BOOK NO. 918 Az16 2
ACCESSION 232710

SAN FRANCISCO PUBLIC LIBRARY
3 1223 00583 7019

VIAJES

POR LA

AMÉRICA MERIDIONAL

POR

D. FÉLIX DE AZARA

COMISARIO Y COMANDANTE DE LOS LÍMITES ESPAÑOLES
EN EL PARAGUAY DESDE 1781 HASTA 1801

CONTIENEN LA DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA, POLÍTICA Y CIVIL DEL PARAGUAY Y DEL RÍO DE LA PLATA; LA HISTORIA DEL DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE ESTAS REGIONES; DETALLES NUMEROSOS SOBRE SU HISTORIA NATURAL Y SOBRE LOS PUEBLOS SALVAJES QUE LAS HABITAN; EL RELATO DE LOS MEDIOS EMPLEADOS POR LOS JESUÍTAS PARA SOMETER Y CIVILIZAR A LOS INDÍGENAS, ETC.

PUBLICADOS CON ARREGLO A LOS MANUSCRITOS DEL AUTOR, CON UNA NOTICIA SOBRE SU VIDA Y SUS ESCRITOS, POR

C. A. WALCKENAER

ENRIQUECIDOS CON NOTAS POR

G. CUVIER

SECRETARIO PERPETUO DE LA SECCIÓN DE CIENCIAS FÍSICAS DEL INSTITUTO

TRADUCIDA DEL FRANCÉS POR

FRANCISCO DE LAS BARRAS DE ARAGÓN

TOMO II

Con una lámina.

CALPE

1923

ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe, Madrid, 1923.

918
Az16 2
232710

Papel expresamente fabricado por La Papelera Española.

Jiménez y Molina-Impresores. Tel. 315 J.

3 1223 00583 7019

La presente edición de Azara ha sido revisada por J. Dantín Cereceda. Son del mismo las notas que se acompañan de la letra *D*.

LOS GRANDES VIAJES CLÁSICOS

VOLÚMENES PUBLICADOS POR «CALPE»

1 y 2.—Speke (J. H.), **Diario del descubrimiento de las fuentes del Nilo.** Dos tomos, con grabados y un mapa. Cada tomo, 4 pesetas.
3 y 4.—Bougainville (L. A. de), **Viaje alrededor del mundo.**—Dos tomos, con cartas y grabados. Cada tomo, 3,50 pesetas.
5 y 6.—Bernier (F.), **Viajes al Gran Mogol, Indostán y Cachemira.**—Dos tomos, con grabados, láminas y cartas. Cada tomo, 3 pesetas.
7.— La Condamine (C. de), **Viaje a la América meridional.**—Un tomo, con una lámina y un mapa, 3 pesetas.
8.—Matthews (J.), **Viaje a Sierra Leona, en la costa de Africa.**—Un tomo, con un mapa, 2,50 pesetas.
9 y 10.—Darwin (C.), **Diario del viaje de un naturalista alrededor del mundo.**—Dos tomos, con grabados y mapas. Cada tomo, 4 pesetas.
11, 12 y 13.—Cook (J.), **Relación de su primer viaje alrededor del mundo.**—Tres tomos, con grabados, láminas y mapas. Cada tomo, 4 pesetas.
14, 15 y 16.—Cook (J.), **Viaje hacia el Polo Sur y alrededor del mundo.**—Tres tomos, con 32 grandes láminas fuera de texto y mapas. Cada tomo, 4 pesetas.
17.—Núñez Cabeza de Vaca (Alvar), **Naufragios y Comentarios de...**—Un tomo, con mapas, 4,50 pesetas.
18.—Fernández de Navarrete (M.), **Viajes de Cristóbal Colón.**—Un tomo, con un mapa, 4 pesetas.
19 y 20.—Hernán Cortés, **Cartas de relación de la conquista de Méjico.**—Dos tomos, con grabados. Cada tomo, 3,50 pesetas.
21 y 22.—López de Gómara (F.), **Historia general de las Indias.**—Dos tomos. Cada tomo, 3,50 pesetas.
23.—Pigafetta (A.), **Primer viaje en torno del Globo.**—Un tomo, con un mapa, grabados y láminas, 3,50 pesetas.
24.—Cieza de León (Pedro), **La crónica del Perú.**—Un tomo, con tres mapas, 4,50 pesetas.
25.—Fernández de Navarrete (M.), **Viajes de los españoles por la costa de Paria.**—Un tomo, con dos mapas, 4 pesetas.
26.—Fernández de Navarrete (M.), **Viajes de Américo Vespucio.**—Un tomo, con un mapa, 3,50 pesetas.
27 y 28.—Azara (Félix de), **Viajes por la América meridional.**—Dos tomos.

EN PRENSA

Ross (John), **Narración de un segundo viaje en busca del paso del Noroeste.**—Dos tomos.
Mungo Park, **Viajes por las regiones interiores de Africa.**
Dumont D'Urville, **Viaje alrededor del mundo.**
Camerón, **A través del Africa.**
Schweinfurth, **En el corazón de Africa.**
Burton (R.), **Aventuras en el Dahomey.**
Clavijo (Ruy González de), **Vida y hazañas del Gran Tamorlán.**
Bonneville (B. L. E.), **Las Montañas Rocosas.**
Hernández (Luis), **Relación de Omagua y El Dorado.**
Clapperton, **Viaje al Africa central.**
Wood Rogers, **Viaje alrededor del mundo.**
La Perouse, **Viaje alrededor del mundo.**
Carver (Jonathan), **Viajes por el interior de América septentrional (1766-1768).**
Caillié (Renato), **Diario de un viaje a Tumbuctu y a Yenne, en el Africa central.**
Dampier (Guillermo), **Nuevo viaje alrededor del mundo (1697).**

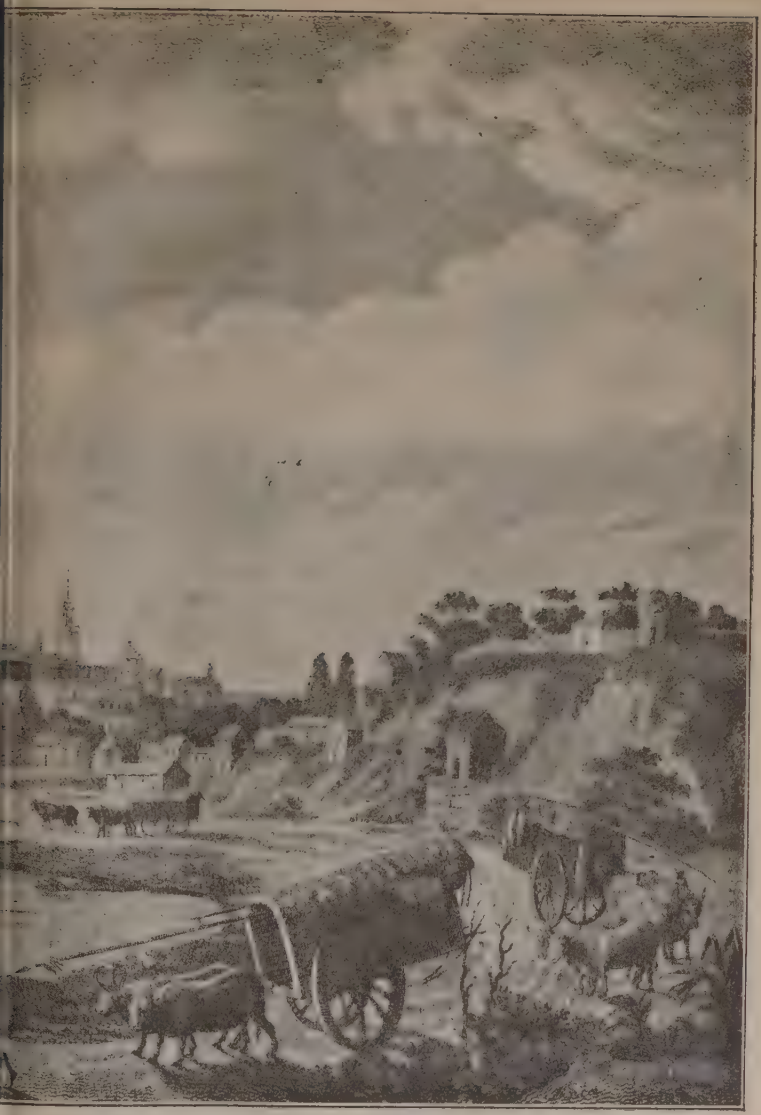
ÍNDICE

Páginas.

CAPÍTULO X.—De los indios salvajes..... 1
CAPÍTULO XI.—Algunas reflexiones generales sobre los indios salvajes..... 98
CAPÍTULO XII.—De los medios empleados por los conquistadores de América para reducir y sujetar a los indios y del modo como se los ha gobernado..... 116
CAPÍTULO XIII.—De los medios de que se sirvieron los jesuítas para reducir y sujetar a los indios y de la manera como estaban gobernados..... 132
CAPÍTULO XIV.—De las gentes de color..... 155
CAPÍTULO XV.—De los españoles..... 164
CAPÍTULO XVI.—Noticia abreviada de todas las ciudades, villas, aldeas y parroquias, ya sean de españoles, ya de indios o ya de gentes de color, que existen en el gobierno del Paraguay..... 188
CAPÍTULO XVII.—Noticia abreviada de todas las ciudades, villas, pueblos, aldeas y parroquias, de españoles, de indios y de gentes de color, que existen en el gobierno particular de Buenos Aires 198
CAPÍTULO XVIII.—Historia abreviada del descubrimiento y conquista del Río de la Plata y del Paraguay..... 205

31.530.234

Vista de Buenos A



n tiempos de Azara.

CAPITULO X

De los indios salvajes.

Aunque el hombre sea un ser incomprensible, y sobre todo el hombre salvaje, que no escribe, que habla poco, que se expresa en una lengua desconocida, a la que faltan una multitud de palabras y expresiones, y que no hace mas que lo que le imponen las pocas necesidades que experimenta, no obstante, como ésta es la parte principal y la más interesante en la descripción de un país, daré aquí algunas observaciones que he hecho sobre un gran número de naciones indias, libres o salvajes, y que no están ni han estado nunca sujetas al imperio español ni a ningún otro. No me he de extender mucho, para evitar el aburrimiento y para no parecerme a los que, por haber visto una media docena de indios en la costa, dan una descripción acaso más completa que la que podrían hacer de sí mismos. Añadamos a esto que no gusto de conjeturas, sino de hechos, y que no tengo tanta instrucción y talento como otros.

He vivido durante largo tiempo entre algunas de estas naciones salvajes, menos tiempo con otras. Diré también alguna cosa de las que no he visto, a fin de que se sepa con certeza las que han existido y las que existen aún en el país que describo, y para que los viajeros, los geógrafos y los historiadores no los mul-

tipliquen tan enormemente como han hecho hasta ahora. Los conquistadores y los misioneros nunca pensaron en hacer una verdadera descripción de las diferentes naciones indias, sino sólo en realzar sus proezas y exagerar sus trabajos. Desde este punto de vista han aumentado al infinito el número de indios y de naciones, y los han hecho antropófagos. Se equivocaban por completo, porque hoy ninguna de estas naciones come carne humana, y no recuerdan haberla comido, siendo, como son, tan libres ahora como a la primera llegada de los españoles.

Se ha escrito también que se servían de flechas envenenadas, lo que es otra positiva falsedad. Los eclesiásticos han añadido otra diciendo que estos pueblos tenían una religión. Persuadidos de que es imposible vivir sin tener una, buena o mala, y viendo algunas figuras dibujadas o grabadas en las pipas, los arcos, los bastones y los cacharros de los indios, se figuraron al instante que eran sus ídolos, y los quemaron. Estos pueblos emplean aún hoy las mismas figuras, pero no lo hacen mas que por diversión, porque no tienen religión alguna (1).

---

(1) Es posible que no tengan ídolos; pero es bien difícil creer que no estén sometidos al imperio de ciertas ideas supersticiosas, más o menos razonables o fuera de razón. A menos de conocer perfectamente las costumbres y el lenguaje de un pueblo, es muy difícil determinar con exactitud cuáles son sus ideas religiosas. Tenemosun ejemplo de ello en los absurdos consignados por Tácito y los otros autores romanos sobre la religión, los dogmas y las ceremonias de los judíos, y, no obstante, los judíos tenían un culto público, hablaban la lengua de los romanos, vivían en medio de ellos y formaban un pueblo civilizado y culto. Los salvajes de América no tienen nada de común ni en el lenguaje ni en las costumbres con los europeos civilizados que comunican con ellos. Aunque se entendieran perfectamente sus numerosas lenguas, no es creíble que les fuera posible definir con exactitud el pequeño número de ideas que diferentes causas les han hecho nacer, y que casi todas, o puede ser que todas, son necesariamente absurdas o incoherentes. ¡Cuántas naciones instruídas y civilizadas se encontrarían a estos respectos en situación tan embarazosa como estos salvajes! *(C. A. W.)*

Antes de hacer la descripción de cada nación en particular debo advertir también que llamaré *nación* a toda reunión de indios que se consideren ellos mismos como formando una sola y misma nación y que tienen el mismo espíritu, las mismas formas, las mismas costumbres y la misma lengua. Poco importará que se componga de pocos o muchos individuos, porque éste no es carácter nacional. Advierto aún que cuando marque los lugares habitados por estas naciones no se debe creer que sean estables, sino sólo que el paraje designado es como el centro del país que habitan. Porque todas son errantes, unas más y otras menos, en la extensión de un cierto distrito; pero es muy raro que pasen al territorio frecuentado por otra nación. Por el contrario, están casi siempre separadas por un desierto, a veces considerable.

Prevengo, por fin, que cuando diga que la lengua de una nación es diferente de la de otra debe entenderse que esta diferencia es al menos tan grande como entre el inglés o el alemán y el español, de manera que no hay una sola palabra en que se parezca la una a la otra, en lo que yo he podido asegurarme. Los indios hablan ordinariamente mucho más bajo que nosotros; no llaman la atención con sus miradas; para pronunciar mueven poco los labios y hablan mucho de garganta y nariz. Es lo más frecuente que sea imposible expresar con nuestras letras sus palabras y sus sonidos. Resulta, pues, muy difícil aprender semejantes lenguas y aun saber una sola de modo que se pueda hablar. Al menos, yo no no he encontrado mas que un solo español que hablase el idioma mbayá, porque había pasado veinte años entre ellos, y D. Francisco Amancio González, que habiendo tenido en su casa (como tiene aún) algunos indios del Chaco, entendía un poco sus lenguas. Ambos convienen (y en ello no hay duda) en que estas lenguas son muy pobres y carecen de relación las unas con las otras. Sería, pues,

muy embarazoso el pretender hacer investigaciones sobre su origen y sus relaciones (1).

CHARRÚAS.—Es una nación de indios que tiene una lengua particular, diferente de todas las demás y tan gutural que nuestro alfabeto no podría dar el sonido de las sílabas. En la época de la conquista era errante y habitaba la costa septentrional del río de la Plata desde Maldonado hasta el río Uruguay, extendiéndose a lo más a treinta leguas hacia el Norte, paralelamente a esta costa. Sus fronteras del lado del Oeste tocaban en parte a las de la nación *yaro*, que habitaba hacia la desembocadura del río de San Salvador, y hacia el Norte estaba separada por un gran desierto de algunos poblados de indios guaraníes.

Los charrúas mataron a Juan Díaz de Solís, que fué el primer descubridor del río de la Plata. Su muerte inicia la época de una sangrienta guerra, que dura aún hoy, y que ha hecho derramar mucha sangre. Desde luego los españoles trataron de fijarse en el país de los charrúas y levantaron algunos edificios en la Colonia del Sacramento, un pequeño fuerte y luego una ciudad en la embocadura del río de San Juan y otra en la confluencia del río de San Salvador y del Uruguay. Pero los charrúas lo destruyeron todo y no dejaron a nadie establecerse en su territorio, hasta que los españoles, que fundaron en 1724 la ciudad de Montevideo, fueron rechazando insensiblemente estos salvajes hacia el Norte, alejándolos de la costa, operación que ha costado un gran número de combates sangrientos.

Por ese tiempo los charrúas habían atacado y exterminado las naciones indias llamadas *yaros* y *bohanes;* pero se aliaron y contrajeron una íntima amistad con

---

(1) Si, como dice el autor, no hay ninguna relación entre estas enguas, no puede haber embarazo en las investigaciones que se hagan con este objeto, porque es inútil hacerlas. *(C. A. W.)*

los *minuanes* para sostenerse mutuamente contra los españoles. Éstos, cuyo número aumentó de modo considerable en Montevideo, ganaron continuamente terreno hacia el Norte a fuerza de batallas y empezaron a establecer puestos para sus ganados. En fin, los españoles consiguieron su objeto de forzar a una parte de los charrúas y de los minuanes a incorporarse a las partes más meridionales de las misiones de los jesuítas sobre el Uruguay; otros han sido forzados a venir a habitar a Buenos Aires, y se ha reducido a algunos a vivir tranquilos y sometidos en Cayastá, cerca de la ciudad de Santafé de la Vera Cruz. Pero queda aún una parte de esta nación que, aunque errante, habita ordinariamente al este del río Uruguay, hacia los 31 ó 32 ° de latitud. Ésta continúa la guerra a sangre y fuego, con la mayor obstinación, sin consentir que se hable de paz, y ataca también a los portugueses. Cuando yo viajaba por este país, para reconocerlo, estos indios atacaron con frecuencia a mis exploradores, que eran en número de cincuenta o ciento, y mataron a varios.

Su talla media me parece pasar de una pulgada sobre la de los españoles, pero es más igual. Son ágiles, derechos y bien proporcionados, y no se encuentra uno solo que sea demasiado grueso, demasiado delgado o contrahecho. Tienen la cabeza levantada, la frente y la fisonomía abiertas, signos de su orgullo y aun de su ferocidad. Su color se aproxima más al negro que al blanco, casi sin mezcla alguna de rojo. Los trazos de su cara son muy regulares, aunque su nariz me parece un poco más estrecha y hundida entre los ojos. Estos ojos son un poco pequeños, brillantes, siempre negros, nunca azules, y jamás enteramente abiertos; pero tienen sin duda la vista doble más larga y mejor que los europeos. Tienen también el oído muy superior al nuestro. Sus dientes están bien colocados, son muy blancos hasta la edad más avanzada, y jamás

se les caen naturalmente. Sus cejas son escasas; no tienen barba y escaso pelo en las axilas y en el pubis. Tienen los cabellos espesos, muy largos, gruesos, brillantes, negros y nunca rubios. Nunca se les caen, ni se llegan a poner mas que medio grises hacia la edad de ochenta años. Sus manos y sus pies son más pequeños y mejor formados que en Europa, y la garganta de sus mujeres me parece ser menor que la de otras naciones indias.

Nunca se cortan los cabellos. Las mujeres los llevan colgando; pero los hombres se los amarran y los adultos se ponen sobre el nudo que los reúne plumas blancas colocadas verticalmente. Si pueden procurarse algún peine, lo usan, pero ordinariamente se peinan con los dedos. Tienen muchos piojos, que las mujeres buscan con gusto para procurarse la satisfacción de tenerlos durante algún tiempo en la punta de la lengua, que sacan al efecto, y para crujirlos con los dientes y comerlos en seguida. Esta costumbre asquerosa existe generalmente entre todas las indias y entre las mulatas y las pobres del Paraguay. Otro tanto hacen con las pulgas. Las mujeres no tienen alhajas ni otros adornos parecidos y los hombres no se pintan el cuerpo. Pero el día de la primera menstruación de las muchachas se les pintan en la cara tres rayas azules que caen verticalmente sobre la frente, desde el nacimiento del pelo hasta el extremo de la nariz, siguiendo la línea media, y se les trazan otras dos que cruzan las mejillas. Se señalan estas rayas picando la piel, y por consecuencia son indelebles; son signo característico del sexo femenino. La menstruación de estas mujeres, así como la de todas las indias, es menos considerable que la de las españolas. El sexo masculino se distingue por el *barbote*. Voy a explicar lo que es. Pocos días después del nacimiento de un muchacho su madre le perfora de parte a parte el labio inferior, en la raíz de los dientes, e introduce en el agujero el barbote. Es éste un pequeño pedazo de madera de cuatro o cinco pul-

gadas de largo y de dos líneas de diámetro. No se lo quitan en toda su vida, ni aun para dormir, a menos que se trate de reemplazarlo por otro, cuando se rompe. Para impedirle caerse, se hace de dos piezas, una ancha y plana en uno de sus extremos, a fin de que no pueda entrar en el agujero, donde se coloca de modo que la parte ancha se encuentra en la raíz de los dientes; el otro extremo de la pieza sale apenas del labio, y está perforado para sujetar el otro pedazo de madera, que es más largo y que se hace entrar a la fuerza.

Ignoro cuáles eran sus antiguas habitaciones cuando no tenían pieles de vacas ni de caballos (1). Las que tienen hoy no les cuesta mucho trabajo construirlas. Cortan de cualquier árbol tres o cuatro ramas verdes y las encorvan hasta clavar los dos extremos en tierra. Sobre los tres o cuatro arcos formados por estas ramas, y un poco alejados los unos de los otros, extienden una piel de vaca, y he aquí una casa suficiente para el marido, la mujer y algunos niños. Si es muy pequeña se construye otra al lado, y cada familia hace otro tanto. Se comprende bien que no puedan entrar mas que como los conejos en su agujero. Se acuestan sobre una piel y duermen siempre sobre la espalda, como todos los indios salvajes. Es inútil advertir que no tienen sillas, bancos ni mesas y que sus muebles se reducen a casi nada.

No sé nada tampoco de su antiguo traje. Hoy los hombres no llevan ni gorro ni sombrero y van enteramente desnudos; pero si pueden procurarse algún poncho o sombrero, lo usan cuando hace frío. Por esta misma razón algunos de ellos se hacen con pieles suaves, y aun con la de jaguarete, una camiseta muy es-

---

(1) No es inútil recordar a algunos lectores que los toros y los caballos son animales que no existían en América, y que han sido llevados por los europeos (españoles). En 1550 se labró por primera vez la tierra en el valle del Cuzco. *(C. A. W.)*

trecha, sin cuello ni mangas, que les cubre apenas las partes, y esto no siempre. El poncho es un pedazo de tela de lana, muy basta, de siete palmos de ancho y doce de largo, con una hendedura en medio para pasar la cabeza. Las mujeres se cubren con un poncho o llevan una camisa de algodón, sin mangas, cuando sus padres o sus maridos han podido procurarse o robar una. Pero no lavan nunca sus vestidos, ni sus manos, ni su cara, ni su cuerpo, como no sea a veces en los grandes calores, cuando se bañan; de manera que no se puede encontrar nada más sucio ni, por consecuencia, oler nada más apestoso. Tampoco barren jamás sus habitaciones, y no cosen ni hilan, acaso porque en su país no hay algodón ni se crían carneros.

Yo creo que nunca han cultivado la tierra, al menos no lo hacen hoy, y se alimentan únicamente de la carne de vacas salvajes, que abundan en su distrito. Las mujeres guisan, pero todos sus guisos se reducen al asado sin sal. Atraviesan la carne con un palo aguzado, y clavan la punta en tierra; encienden fuego al lado y le dan vuelta a aquélla una sola vez para hacerla asar por igual. Ponen a la vez varios palos con carne, y cuando uno está despojado ya de ella se le substituye por otro. A cualquier hora que sea, el que tiene hambre coge uno de estos palos, lo coloca ante sí, y sentado sobre los talones come lo que le parece, sin prevenir a nadie ni decir una palabra, hasta cuando marido, mujer e hijos comen del mismo pedazo, y no beben mas que después de haber concluído de comer.

No conocen ni juegos, ni bailes, ni canciones, ni instrumentos de música, ni sociedades o conversaciones ociosas. Su aire es tan grave que no se pueden conocer en ellos las pasiones. Su risa se reduce a entreabrir ligeramente las comisuras de los labios, sin lanzar jamás una carcajada. Nunca levantan la voz y hablan siempre muy bajo, sin gritar, ni aun para quejarse cuando se los mata. Esto llega hasta el punto de

que si tienen que tratar algo con alguno que vaya diez pasos por delante no lo llaman, y prefieren andar hasta alcanzarlo. No adoran a ninguna divinidad ni tienen ninguna religión: se encuentran, por consecuencia, en un estado más atrasado que el del primer hombre descrito por algunos sabios, pues que le dan una religión. No se observa entre ellos ni acción ni palabra que tenga la menor relación con las atenciones de respeto y cortesía. No tienen, igualmente, ni leyes, ni costumbres obligatorias, ni recompensas, ni castigos, ni jefes para mandarlos. Tenían otras veces caciques, que en realidad no ejercían ninguna autoridad sobre ellos y que desempeñaban allí el mismo papel que en las otras naciones de que hablaremos. Todos son iguales; ninguno está al servicio de otro, a no ser alguna mujer vieja que, por carecer de recursos, se reúne a una familia o que se encarga de amortajar y enterrar a los muertos.

Los jefes de familia se reúnen a la entrada de la noche para convenir entre ellos cuáles deben pasarla de centinela y los puestos que deben ocupar; son tan astutos y previsores, que no olvidan nunca esta precaución. Si alguien ha formado algún proyecto de ataque o defensa, lo comunica a esta asamblea, que lo ejecuta si lo aprueba. Se colocan todos en círculo, sentados sobre los talones (1). Pero a pesar de esta aprobación, ninguno está obligado a concurrir a la ejecución, ni aun el mismo que ha propuesto el asunto, y no hay ninguna pena que imponer a los que faltan. Son las partes mismas las que arreglan sus diferencias particulares; si no están de acuerdo se pelean a puñetazos hasta que uno vuelve la espalda y abandona al

---

(1) Hay, pues, una especie de Gobierno, mezcla de aristocracia y democracia; todo esto está enteramente conforme con lo que he dicho de la forma de gobierno de los pueblos, en el segundo período, en la página 63 de mi *Essai sur l'Histoire de l'espèce humaine. (C. A. W.)*

otro, sin que se vuelva a hablar del asunto. En estos duelos jamás hacen uso de armas, y nunca he oído decir que hubiera ningún muerto. No obstante, con frecuencia se derrama sangre porque se aplastan las narices, y aun a veces se parten algún diente (1).

Tienen caballos y yeguadas. La mayoría poseen bridas guarnecidas de hierro, que los portugueses, cuando están en paz con ellos, les dan en cambio de los caballos que reciben. Los hombres montan generalmente en pelo, y las mujeres en una especie de gualdrapa muy sencilla. Si alguno de ellos pierde sus caballos en la guerra, no debe esperar que sus compañeros le presten otros. Si sólo queda uno, monta el marido, mientras que su mujer y su familia lo siguen a pie cargados con el resto del equipaje. La mayoría no tienen por toda arma mas que una lanza de once pies, armada de un hierro muy largo, que les facilitan los portugueses, y los que no las tienen se sirven de flechas muy cortas, que llevan en un carcaj suspendido del hombro.

Cuando han resuelto hacer una expedición militar ocultan sus familias en un bosque y envían a la descubierta, cuando menos seis leguas por delante, explorado-

---

(1) «Las necesidades de que depende una sociedad cualquiera son la adquisición de la subsistencia necesaria para sostener la vida de cada uno de sus miembros, la seguridad exterior y la tranquilidad interior. Acabamos de ver cómo una autoridad legal se establece naturalmente en un pueblo, en este período, para atender a las dos primeras, y en cuanto a la última, es casi nula entre ellos. Poco celosos entre sí de la autoridad, cuya adquisición es más penosa que deseable la posesión, reunidos por un mismo interés, ignoran el tumulto de las facciones y las tormentas de las disensiones políticas. Su pequeño número, resultado necesario de su manera de vivir, contribuye aún a hacer reinar entre ellos la mayor unión y el más perfecto acuerdo. En las injurias particulares se permite al ofendido tomarse la justicia por su mano. Hay pocos altercados que interesen a la sociedad entera; y si los hay que merezcan su atención, se los juzga en la asamblea, ya consagrada por el uso como autoridad soberana.» *(Essai sur l'Histoire de l'espèce humaine,* par C. A. Walckenaer; in 8.°, 1798; pág. 69.)

res bien montados. Éstos avanzan con las mayores precauciones, tendidos todo a lo largo sobre los caballos.

Van lentamente y se detienen de tiempo en tiempo para dejarlos pacer. A causa de esto no les ponen bridas, y se contentan con amarrarles a la mandíbula inferior una pequeña correa, a la cual unen otras dos que les sirven de riendas. Añadid a estas precauciones la ventaja de ver antes de ser vistos en estas inmensas llanuras, porque su vista es muy superior a la nuestra. Cuando están muy cerca, es decir, a distancia de una o dos leguas, se detienen. A la puesta del Sol traban sus caballos y se aproximan a pie, encorvándose y ocultándose en las hierbas, hasta haber reconocido bien la situación del campo enemigo o de la casa que quieren atacar, así como de sus puestos avanzados, de sus centinelas y de su caballería. Aun cuando no tengan intención de atacar, sus exploradores siguen siempre a las tropas españolas que atraviesan el país; de modo que aunque no se vea un solo indio, el comandante debe suponer que se siguen todos sus pasos y que será infaliblemente atacado si no toma todas las precauciones necesarias. Por tanto, debe constantemente estar acampado durante el día y no emprender las marchas mas que por la noche.

Los exploradores, después de tomar los datos necesarios, parten a galope para avisar a los suyos; pero si han sido vistos, huyen en la dirección contraria a la de su tropa y no hay que pensar siquiera en alcanzarlos, porque sus caballos son mucho más ligeros que los nuestros. Cuando, por el contrario, esperan tener ventaja, después de recibir las noticias se distribuyen en los puntos escogidos para el ataque y marchan lentamente. Tan pronto como están cerca profieren grandes gritos, se dan sobre la boca golpes redoblados, se precipitan contra el enemigo como el rayo y matan a todo el que encuentran, no conservando mas que las mujeres y los niños menores de doce años. Estos prisioneros los

llevan consigo y los dejan en libertad entre ellos. La mayoría se casan y se acostumbran a su género de vida, siendo raro que quieran dejarlo para volver entre sus compatriotas. Estas expediciones las hacen siempre antes del amanecer, pero atacan también en pleno día si notan que el jefe enemigo tiene miedo o que hay desorden en su tropa. Además saben amagar falsos ataques, hacer fugas simuladas y preparar emboscadas; siendo cosa segura que ninguno de los que salen huyendo se les escapa, a causa de la superioridad de sus caballos y de la destreza con que los manejan. Felizmente, se contentan con una sola victoria, como el jaguarete, y no se les ocurre aprovecharse de sus ventajas; sin esto acaso los españoles no hubieran podido extender su población por las llanuras de Montevideo. Cada uno se aprovecha del botín que hace personalmente, porque no efectúan reparto.

Cuando se piensa que los charrúas han dado más que trabajar a los españoles y les han hecho derramar más sangre que los ejércitos de los Incas y de Moctezuma, se creerá sin duda que estos salvajes formen una nación muy numerosa. Debe saberse, sin embargo, que los que existen actualmente, y que nos hacen tan cruel guerra, no forman hoy, seguramente, mas que un cuerpo de unos cuatrocientos guerreros. Para someterlos se han enviado con frecuencia contra ellos más de mil veteranos, ya en masa, ya en diferentes cuerpos, para envolverlos, y se les han dado golpes terribles; pero, en fin, el caso es que ellos subsisten y nos han matado mucha gente. Se ha observado que cuando atacan conviene echar pie a tierra y esperarlos formados en fila, contentándose con hacer algunos disparos unos después que otros; ésta es la única manera de hacer que las armas de fuego les infundan respeto. Entonces se van, luego de haber caracoleado con sus caballos y sin acercarse mucho. Si se les hace una descarga general todo está perdido.

Jamás permanecen en el celibato, y se casan en cuanto sienten necesidad de esta unión. Nunca he visto ni oído que se casen entre hermanos. Les he preguntado la razón, y no me la han sabido dar; pero como no tienen ninguna ley que lo prohiba, se debe presumir que si tales alianzas no se verifican es porque cuando la hermana es mayor no espera que su hermano llegue a la edad necesaria, y se casa con el primero que se presenta, y en el caso contrario el hermano hace otro tanto. Como son naturalmente taciturnos y serios y no conocen ni el lujo, ni diferencias jerárquicas, ni adornos, ni juegos, etc., cosas que son el principal fundamento de la galantería, el casamiento, este asunto tan grave y que se impone de un modo tan intenso por la Naturaleza, se concierta entre estos salvajes con tanta sangre fría como nosotros cuando se trata de un espectáculo cualquiera. Todo se reduce a pedir la hija a los padres y llevársela, si éstos lo permiten. La mujer no se niega nunca y se casa con el primero que llega, aunque sea viejo y feo.

Desde que el hombre se casa forma una familia aparte y trabaja para alimentarla, porque hasta entonces ha vivido a expensas de sus padres, sin hacer nada, sin ir a la guerra y sin asistir a las asambleas. La poligamia es permitida, pero una sola mujer nunca tiene dos maridos (1); y aun más: cuando un hombre tiene

---

(1) «Puesto que en este período el hombre retiene a su mujer bajo su dependencia inmediata, sin que ella tenga la libertad de substraerse, el casamiento tendrá más estabilidad y será por parte de este sexo un contrato obligatorio. Se verá con frecuencia a un hombre poseer muchas mujeres, pero nunca a una mujer tener muchos maridos, a menos que las causas que he indicado lo dispongan de otra manera.» *(Essai sur l'Histoire de l'espèce humaine,* pág. 83.)

Se verá en la continuación de este capítulo una de las causas a que yo hago aquí alusión, comprobada con el ejemplo de los ganas, cuyas mujeres pueden poseer varios maridos, aunque estén en el mismo período de civilización que los otros indígenas de estas regiones. *(C. A. W.)*

muchas mujeres, éstas lo abandonan en cuanto encuentran otro del que puedan ser únicas esposas. El divorcio es igualmente libre para los dos sexos; pero es raro que se separen cuando tienen hijos. El adulterio no tiene otra consecuencia que algunos puñetazos que la parte ofendida administra a los dos cómplices, y esto solamente si los coge in fraganti. No enseñan ni prohiben nada a sus hijos, y éstos no tienen respeto alguno a sus padres; siguiendo en esto su principio universal de hacer cada uno lo que le parece, sin estar limitado por ningún miramiento ni ninguna autoridad. Si los niños quedan huérfanos se encarga de ellos algún pariente.

Los jefes de familia, pero no sus mujeres ni sus hijos, se emborrachan lo más frecuentemente que pueden con aguardiente, y a falta de este licor, con chicha, que preparan diluyendo en agua miel salvaje y dejándola que fermente (1). Yo no he advertido que estuvieran sujetos al mal venéreo ni a ninguna otra enfermedad particular, y su vida me parece más larga que la nuestra. Pero, no obstante, como a veces se ponen malos, tienen sus médicos. Éstos no conocen mas que

---

(1) «El hombre es naturalmente inclinado a la ociosidad y a la pereza; tiene, si así puede decirse, una fuerza de inercia que le hace permanecer en reposo, a menos que una fuerza poderosa lo estimule a moverse. Estas causas deben ser en pequeño número y poco frecuentes en los pueblos del primer período, a los que la ambición, el amor y la avaricia son absolutamente extraños. También una de las notas más salientes de su carácter nacional es la indolencia; pero ésta lleva consigo la languidez y el aburrimiento. Para substraerse a estas plagas debieron ser adoptadas con entusiasmo en la infancia de las sociedades las bebidas que imprimen a todos nuestros órganos un movimiento rápido, que excitan una alegría ruidosa, que exaltan la imaginación y que parecen sacarnos de nuestra propia existencia y hacer de nosotros otro ser nuevo. La fermentación espirituosa es uno de los fenómenos más frecuentes en la Naturaleza en la descomposición de los vegetales y uno de los que la industria humana imita con más facilidad.» *(Essai sur l'Histoire de l'espèce humaine*, pág. 50.) *(C. A. W.)*

un remedio universal para todos los males, que se reduce a chupar con mucha fuerza el estómago del paciente para extraer el mal; tal cosa han sabido hacer creer estos médicos para procurarse gratificaciones.

Tan pronto como muere un indio transportan el cadáver a un sitio determinado, que es hoy una pequeña montaña, y lo entierran con sus armas, sus trajes y todas sus alhajas y objetos. Algunos disponen que se mate sobre su tumba el caballo que más querían, cosa que se ejecuta por algún amigo o pariente. La familia y los parientes lloran mucho al muerto y su duelo es muy singular y muy cruel. Cuando el muerto es un padre, un marido o un hermano adulto, las hijas y las hermanas ya mujeres se cortan, así como la esposa, una de las articulaciones de los dedos por cada muerto, empezando esta operación por el dedo meñique. Además se clavan varias veces el cuchillo o la lanza del difunto, de parte a parte, en los brazos, el seno y los costados, de la cintura para arriba. Yo lo he visto. Añadid a esto que pasan dos lunas metidas en sus chozas, donde no hacen mas que llorar y sólo toman poquísimo alimento. Yo no he visto una sola mujer adulta que tuviese los dedos completos y que no llevara cicatrices de heridas de lanza (1).

El marido no hace duelo por la muerte de su mujer ni el padre por la de sus hijos; pero cuando éstos son adultos, a la muerte de su padre se ocultan dos días, completamente desnudos, en su choza, sin tomar casi alimento, y éste solamente puede consistir en carne o huevos de perdiz. Después, por la noche, se dirigen a otro indio para que les haga la siguiente operación:

---

(1) Según RODOLFO R. SCHULLER, que ha prologado y anotado el libro de AZARA (F. DE) *Geografía física y esférica de las provincias del Paraguay y misiones guaraníes*, Montevideo, 1904, la voz *charrúa* quiere decir en lengua guaraní los que se mutilan a sí mismos o los mutilados. (Nota *D.)*

coge al paciente un gran pellizco en la carne del brazo y la atraviesa por distintas partes con pedazos de caña de un palmo de largo, de manera que los extremos salen por los dos lados. El primer pedazo se clava en el puño, y los otros, sucesivamente, de pulgada en pulgada, sobre toda la parte exterior del brazo, hasta el hombro y aun sobre él. No se crea que estos pedazos de caña son del grueso de un alfiler, sino que son astillas cortantes de dos a cuatro líneas de ancho y cuyo grueso es igual por todas partes. Con este triste y espantoso aparato sale el salvaje que está de duelo, y se va solo y desnudo a un bosque o a cualquier altura, sin temer al jaguarete ni a los otros animales feroces porque están persuadidos de que huirán viéndolos ataviados de tal modo. Lleva en la mano un palo armado de una punta de hierro, y se sirve de él para cavar, con ayuda de sus manos, un hoyo donde se mete hasta el pecho y donde pasa la noche en pie. Por la mañana sale para ir a una cabaña, semejante a las ya descritas y que está siempre preparada para los que están de duelo. Allí se quita las cañas, se acuesta para descansar y pasa dos días sin comer ni beber. Por la mañana y los días siguientes los niños de la tribu le llevan agua y algunas perdices, o sus huevos, en muy pequeña cantidad; los dejan a su alcance y se retiran corriendo, sin decir una palabra. Esto dura diez o doce días, al cabo de los cuales el doliente va a buscar a los otros. Nadie está obligado a estas bárbaras ceremonias; pero, no obstante, es muy raro que dejen de realizarse, porque el que no se conforma exactamente a ellas es considerado como débil; este concepto es su único castigo; y aun no le daña en la sociedad a que pertenece.

Los que creen que el hombre no obra nunca sin motivo y que pretenden descubrir la causa de todo podrán ejercer su curiosidad en buscar el origen de un duelo tan extravagante entre esta nación de indios.

YAROS.—Estos indios habitaban en tiempos de la

conquista la costa oriental del río Uruguay, entre el río Negro y el de San Salvador. Del lado del Este tenían por vecinos a los charrúas y por el Norte los bohanes y los chanás. Las noticias que he podido recoger respecto a ellos se reducen a que su lengua era muy diferente de todas las otras; el número de sus guerreros no llegaba a ciento y sus armas eran arcos y flechas. Debían de ser valientes, puesto que atacaron y mataron a un número muy considerable de españoles de los que acompañaban al capitán Juan Álvarez, primer navegante del Uruguay. Por último, fueron exterminados por los charrúas.

BOHANES.—Esta nación, en la época de la conquista, habitaba el borde del Uruguay, al norte del río Negro, y lindaba por el Sur con los territorios de los yaros y de los chanás. Todo lo que yo he podido encontrar respecto a ellos en los antiguos manuscritos es que su lengua era diferente de todas las otras, que esta nación era aún menos numerosa que los yaros y que fué exterminada por los charrúas.

CHANÁS.—Cuando los primeros españoles llegaron al país, esta nación vivía en las islas del Uruguay frente al río Negro. De allí pasaron a la orilla oriental del Uruguay, un poco al sur del río de San Salvador, cuando los españoles abandonaron la ciudad de San Salvador; después, acosados por los indios de la vecindad, volvieron a sus islas. Habitaban la que se llama hoy isla de los Vizcaínos cuando, temiendo la vecindad de los charrúas, que habían ya exterminado a los yaros y a los bohanes, buscaron la protección de los españoles de Buenos Aires, suplicándoles que los defendieran y que les formaran un poblado que estaría bajo su dependencia. El gobernador accedió a su demanda, los sacó de su isla y formó con ellos el pueblo que se llama hoy Santo Domingo Soriano. Pero como se han mezclado con los españoles, casi todos pasan hoy por tales. Existen, no obstante, aún algunos, entre ellos uno

que pasa de cien años, y que dice que su padre y su abuelo vivieron todavía mucho más tiempo. Se ve por las noticias de este viejo, confirmadas por algunos escritos antiguos, que el lenguaje de esta nación era diferente del de las otras; que tenía aproximadamente cien guerreros; que vivía principalmente de la pesca; que usaba canoas y que no cedía a los charrúas por su talla y buenas proporciones. Como los que existen hoy han nacido en el pueblo, ignoran las costumbres de sus antecesores salvajes.

MINUANES.—Es una nación que al tiempo de la conquista vivía en las llanuras septentrionales del Paraná. No se alejaba más de una treintena de leguas, y se extendía de Este a Oeste, desde la reunión de este río con el Uruguay hasta frente a la ciudad de Santa Fe. El Uruguay la separaba de las naciones de que hemos hablado. Por la parte norte estaba limitada por grandes desiertos, y tenía por vecinas al sur diferentes hordas que vivían en las islas formadas por el Paraná.

Los minuanes mataron a Juan de Garay, capitán renombrado entre los conquistadores de América, así como a la numerosa tropa que mandaba. Cuando los charrúas empezaron a pasar al lado norte se aliaron del modo más estrecho con los minuanes. Durante algún tiempo las dos naciones vivieron juntas y se reunían para atacar a los españoles de Montevideo. Estas naciones pasaban y repasaban el Uruguay, y aunque se separasen frecuentemente, como reinaba entre ellas la mayor armonía, los españoles las confundían y las confunden aún hoy, llamándolas indistintamente charrúas o minuanes. Hoy están reunidas y no se las puede distinguir con relación a su estado actual ni a la manera de hacer la guerra; por tanto, todo lo que he dicho de los charrúas debe entenderse de las dos naciones reunidas. El jesuíta Francisco García comenzó a formar un poblado de minuanes llamado Jesús María, cerca del río de Ibicuí; pero la mayor parte de los in-

dios volvió a su antiguo modo de vivir, y sólo quedó un pequeño número, que se reunió al poblado de guaraníes llamado San Borja.

Los minuanes son hoy menos numerosos que los charrúas, tienen un lenguaje particular muy diferente, que no guarda relación con el otro, y su talla es semejante a la de los españoles; además, me parece que sus mujeres tienen el seno más grueso. Su cuerpo es menos carnoso, su cara más triste, más sombría y menos espiritual; su carácter, menos activo, menos orgulloso y menos entero; pero se asemejan completamente en el color, las facciones, los ojos, la vista, el oído, los dientes, los cabellos, el pelo, la falta de barba, la mano, el pie, la seriedad, la taciturnidad, el tono de la voz, la costumbre de no reír nunca, la suciedad y el barbote. Como ellos, no gritan ni se quejan nunca, y se les asemejan además por la igualdad, que no admite ni clases ni jerarquías; por los vestidos, los muebles, la falta de adornos, la poca menstruación; por los caballos, las armas, la manera de hacer la guerra, los casamientos, la falta de agricultura, y por la manera de alimentarse y de emborracharse. Así como los charrúas, no sirven a nadie, no se prestan nada unos a otros, no reparten el botín y tienen, igualmente, un cementerio común.

Otro tanto digo de su falta de religión, de educación, de leyes, de recompensas, de castigos, de danzas, de instrumentos de música, de juegos, de sociedades y de conversaciones ociosas; de la costumbre que tienen de reunirse a la puesta de Sol, y de terminar a puñetazos sus diferencias particulares. Pero difieren en otros aspectos de la vida, porque rara vez hacen uso del divorcio y de la poligamia. Los padres y las madres no se ocupan de sus hijos mas que mientras están mamando; luego los entregan a cualquier pariente casado, sea tío, primo o hermano, y no vuelven a vivir con ellos ni a tratarlos como a hijos; tam-

poco ellos los consideran como padres y no hacen duelo por su muerte, sino por la del pariente que los ha criado.

Sus mujeres, en la época de su primera menstruación, se aplican las mismas pinturas que las de los charrúas, de los que han tomado esta costumbre después de su reunión; pero hay aún muchas que, según su antigua práctica, suprimen las rayas de las mejillas. Muchos hombres imitan hoy a los charrúas y no se pintan; pero otros conservan su antigua costumbre de trazarse tres rayas azules indelebles, que pasan de una mejilla a otra, atravesando la nariz a la mitad de su longitud, y otros se embadurnan sólo de blanco las mandíbulas. Curan a sus enfermos chupándoles el estómago, como los charrúas, pero no son sólo los hombres los que ejercen la medicina, habiendo también algunas mujeres de edad que se dedican a esta profesión. Consiguen a veces persuadir a hombres que carecen de mujer de que ellas tienen en sus manos la vida y la muerte (1); inspirándoles así miedo consiguen casarse con alguno.

A la muerte del marido la mujer se corta una falange de un dedo; también se cortan el extremo de su cabellera y el resto sirve para cubrirse la cara. Se tapan el seno con cualquier trozo de tela o de piel, o aun con sus vestidos ordinarios, y permanecen durante varios días ocultas en su choza. Las doncellas adultas hacen otro tanto, no a la muerte de su padre natural, sino del que las ha criado. El duelo de los hombres adultos es tal como el que hemos descrito de los charrúas, pero dura la mitad del tiempo, y en vez de clavarse pedazos de caña en los brazos se perforan con una espina gruesa de pescado las piernas y los muslos por delante y por detrás, así como los brazos, hasta el

---

(1) ¿Cómo podrá ser esto si no tienen ninguna religión ni ninguna idea supersticiosa? *(C. A. W.)*

codo, pero no el hombro. Clavan la espina por un lado y la sacan por el otro, como una aguja de coser, y esto, al menos, de pulgada en pulgada.

PAMPAS.—Así es como llaman los españoles a una nación de indios porque vive errante entre los 36 y 39° de latitud, en las llanuras inmensas a que llaman *pampas*. Los primeros conquistadores los conocieron bajo el nombre de *querandíes*, y parece que se dan hoy a sí mismos el nombre de *puelches*, y aun otros, porque cada división de la nación tiene el suyo. A la primera llegada de los españoles erraban estos indios por la orilla meridional del río de la Plata, frente a los charrúas, sin comunicar los unos con los otros, porque no tenían ni barcos ni canoas. Por el lado oeste lindaban con los guaraníes de Montegrande y del valle de Santiago, llamados hoy San Isidro y las Conchas, y por los otros lados no tenían ningún vecino próximo.

Esta nación disputó el terreno a los fundadores de Buenos Aires con un vigor, una constancia y un valor admirables. Los españoles, después de pérdidas considerables, abandonaron la plaza; pero volvieron por segunda vez para repetir la fundación de la ciudad; y como entonces estaban los españoles fuertes en caballería, los pampas no pudieron resistirlos y se retiraron al lugar que hoy ocupan. Vivían, como antes, de la caza del tatuejo, de la liebre, del ciervo y de los avestruces, que se encontraban en grande abundancia; pero habiéndose multiplicado mucho los caballos cimarrones o salvajes, empezaron a cogerlos para comerlos, cosa que hacen todavía hoy, pues se alimentan de la carne de estos animales y de los otros de que hemos hablado. Las vacas salvajes se multiplicaron en el país después de los caballos, y como los pampas no tenían necesidad de ellas para vivir, nunca han pensado en comerlas, y no las comen aun hoy. Así, este ganado no encontró obstáculo alguno para su multiplicación y se extendió hasta el río Negro hacia el 41° de

latitud, y a proporción hacia el Oeste, hasta los límites de Mendoza y hasta las cimas de la cordillera de Chile. Los indios salvajes de estos cantones, viendo llegar vacas a su país, empezaron a comerlas, y como las había en abundancia, vendían lo que les sobraba a los araucanos y otros indios, y aun a los presidentes de aquella Audiencia que hacían esta especie de comercio.

Así es como el número de estos animales disminuyó en las regiones occidentales, y lo que quedaba se corrió hacia el Este, concentrándose en el país de las pampas. De esto vino el que varias naciones de indios de la vertiente oriental de la Cordillera, y otros del lado de Patagonia, vinieron a establecerse en los cantones en que había ganado y se unieron en amistad con los pampas. Éstos tenían ya una gran cantidad de caballos de silla, de que los reciénvenidos se apoderaron en gran número, así como de vacas, que iban a vender a otras naciones de la Cordillera y a los españoles de Chile. Así acabaron de destruir el resto de las vacas salvajes. A la verdad, en esto los ayudaron los habitantes de Mendoza y de Buenos Aires, que por su parte hicieron un gran estrago para alimentarse y para procurarse cueros y sebo.

Los pampas y las otras naciones coligadas, al faltarles el ganado, que era una parte de su alimento y único artículo de comercio, comenzaron, a la mitad del siglo anterior o un poco antes, a robar el ganado domesticado que los habitantes de Buenos Aires poseían en sus pastos o parques. Tal fué el origen de una guerra sangrienta, porque los indios no se limitaban a robar los ganados, sino que mataban a todos los hombres adultos, no conservando mas que las mujeres y los adolescentes, que se llevaban consigo y que trataban como he dicho que lo hacían los charrúas; es verdad que les exigían algunos servicios y los tenían como esclavos o criados hasta que se casaban, pero entonces eran tan libres como los demás.

En el curso de esta guerra quemaron muchas casas de campo y mataron millares de españoles. Con frecuencia han saqueado el país e interrumpido durante mucho tiempo las comunicaciones de Buenos Aires con Chile y el Perú, y forzado a los españoles a cubrir la frontera de Buenos Aires por once fuertes, guardados por setecientos veteranos de caballería, sin contar las milicias. Lo mismo ha sucedido, proporcionalmente, en los distritos de Córdoba y Mendoza. Es seguro que en esta guerra había varias naciones indias coligadas; pero los pampas han constituído siempre la parte principal, y es indudable que son muy valientes. El siguiente hecho puede dar una idea. En una batalla se habían hecho prisioneros cinco pampas; se los llevó a un buque de guerra de setenta y cuatro cañones y seiscientos cincuenta hombres de equipaje, para conducirlos a España. A los cinco días de navegación el capitán les permitió pasearse por el buque, y desde el mismo instante resolvieron apoderarse de él, matando a toda la tripulación. Para este efecto uno de ellos se aproximó a un cabo de mar y, aprovechando que estaba descuidado, le quitó el sable y en un instante mató a dos pilotos y catorce marineros o soldados. Los otros cuatro indios se lanzaron a apoderarse de las armas; pero como la guardia las defendió bien se arrojaron al mar y se ahogaron, así como el primero, que los imitó. Los jesuítas comenzaron a formar con estos indios dos poblados: uno cerca del río Salé y el otro más al Sur, cerca de una montaña que se llama impropiamente Volcán; pero ni uno ni otro subsistieron.

Hace unos trece años que los pampas concertaron la paz con los españoles. No obstante, son tan desconfiados, que cuando recorrí su territorio observaron escrupulosamente todas mis marchas, sin presentárseme nunca delante ni dejarse ver, porque yo llevaba una buena escolta. Así es que lo que he dicho proce-

de de informes que he tomado y observaciones que he podido hacer sobre los que he visto en Buenos Aires. Tienen una gran cantidad de excelentes caballos y los montan como los charrúas. Compran sus trajes de pieles y las plumas de avestruz a otros indios que viven al sur del país, por el lado de los patagones; y en cuanto a sus mantas y sus ponchos, los adquieren de los indios de la Cordillera y de Chile. Agregan a todas estas mercancías otros pequeños objetos que son de su uso, como hebillas, lazos, riendas de caballo, sal, etc., y vienen a venderlos a Buenos Aires, de donde llevan en cambio aguardiente, hierba del Paraguay, azúcar, dulces, higos y uvas pasas, espuelas, bocados, cuchillos, etc. Con frecuencia van acompañados por indios de Patagonia y de la Cordillera de Chile, y de tiempo en tiempo los caciques hacen una visita al virrey para obtener algún presente.

Yo creo que esta nación puede tener a lo sumo cuatrocientos guerreros. Su lenguaje es diferente de todos los otros, pero no tiene ningún sonido nasal ni gutural; así es que podría escribirse con letras de nuestro alfabeto. Me parece que son menos silenciosos que las otras naciones y que su voz es más sonora y más llena. En efecto, aunque algunos hablan muy bajo en una conversación ordinaria, cuando pronuncian una arenga ante el virrey el orador refuerza su voz, y después de haber dicho tres o cuatro palabras hace una pequeña pausa, apoyando con fuerza sobre la última sílaba, como un ayudante que manda el ejercicio. Su talla no me parece inferior a la de los españoles, pero en general tienen los miembros más fuertes, la cabeza más redonda y más gruesa, los brazos más cortos, la cara más ancha y más severa que nosotros y que los otros indios y el color menos obscuro. Nadie entre ellos se pinta ni se corta los cabellos. Los hombres levantan todas las puntas de éstos hacia arriba y los amarran con una correa o cuerda, con la que se ciñen la

cabeza, sobre la frente. Las mujeres dividen sus cabellos en dos mitades iguales, de cada una de las cuales hacen una coleta, gruesa, larga y apretada, como la de los soldados. Esta doble coleta no les cae por detrás, sino sobre las orejas, y parecen dos largos cuernos colgando sobre las orejas y a lo largo de los brazos. De todas las mujeres indias, éstas son las más limpias y las que se lavan con más frecuencia; pero las creo también las más vanas, más orgullosas y menos complacientes.

Los hombres no tienen el barbote, y no usan traje alguno cuando van a la guerra o a la caza, ni cuando están en su casa, a no ser que haga mucho frío; pero para entrar en Buenos Aires se ponen un poncho. Ya he dicho lo que es esta prenda. Los más ricos llevan un sombrero, una chaqueta y alguna cubierta amarrada a los riñones. Los capitanes o caciques tienen un vestido, que les regala el virrey, y un cinturón de bayeta. Ninguno posee camisas ni calzones, y advierten que no se los den porque les molestan mucho. Las mujeres no se pintan la cara, y usan zarcillos, collares y alhajas de poco valor. Se envuelven el cuerpo en un poncho, que les cubre completamente el seno y no deja ver mas que la cara y las manos. Quizá entre sí estén menos cubiertas. Las casadas con indios acomodados, y sus hijas, se adornan mucho más. Se cosen al poncho una docena de placas de cobre, delgadas y redondas, de tres a seis pulgadas de diámetro, poniéndolas a igual distancia unas de otras. Además llevan botas de piel o de cuero delgado, muy guarnecidas de clavos de cobre, de cabeza cónica y seis líneas de ancho en la base. Sus bridas, como las de sus maridos, están también cargadas de placas de plata, y lo mismo sus espuelas.

Yo no he observado entre otras naciones indias esta desigualdad de riquezas en los vestidos y adornos. Hay también jefes o caciques, que, sin tener el

derecho de mandar, de castigar ni de exigir nada, son muy considerados de los otros, que adoptan generalmente todo lo que proponen, porque creen que tienen más talento, perspicacia y valor. Cada jefe habita un distrito separado, con los de su horda; pero se reúnen cuando se trata de hacer la guerra o cuando lo exige algún asunto de interés común. Por lo demás, no trabajan ni cultivan la tierra; ignoran el arte de coser y de hacer telas; no conocen ni religión, ni culto, ni sumisión, ni leyes, ni recompensas, ni castigos, ni instrumentos de música, ni bailes; pero se emborrachan con frecuencia. Hay entre ellos algunos que tienen un poco de barba porque proceden de la mezcla de su raza con las de las mujeres y muchachos que nos robaban en la guerra. Me parece que el amor conyugal es más fuerte entre ellos que entre todos los otros indios; que la poligamia y el divorcio son muy raros y que muestran mucha ternura por sus hijos, aunque no les enseñan nada. Sus tiendas o habitaciones portátiles se levantan con gran rapidez. Clavan en tierra tres palos del grueso del puño, a cuatro pies de distancia próximamente uno de otro: el de en medio, de una vara de largo; los otros, menos, y todos terminados en su extremo por una pequeña horquilla. A dos varas próximamente de estos palos clavan otros tres, en todo semejantes, y colocan horizontalmente sobre las horquillas en que todos terminan otros tres palos o cañas, sobre los que extienden pieles de caballo, y he aquí una tienda levantada para una familla. Ésta se acuesta sobre pieles y siempre sobre la espalda. Si sienten frío cubren verticalmente con otras pieles los costados de la tienda. Se casan del mismo modo que los charrúas y hasta la época del casamiento los hijos viven a costa de los padres.

No conocen ni arcos ni flechas, y creo que no los han usado nunca. En efecto, aunque las antiguas relaciones hablan de ellos, yo creo que los autores se han

equivocado atribuyendo a los pampas las flechas de sus aliados los guaraníes, que hacían entonces la guerra a los españoles. Ninguna nación salvaje ha abandonado sus antiguos usos, y en esto se asemejan a los cuadrúpedos salvajes. Sobre todo, ninguna ha renunciado a sus flechas, aunque algunas, después de la llegada de los españoles, les hayan agregado el uso de otras armas. Se servían antiguamente de un dardo o bastón puntiagudo, con el que combatían de cerca, y también de lejos lanzándolo; pero lo han alargado y convertido en una lanza larga, que les es más útil a caballo, y conservan sus antiguas bolas. Las hay de dos clases: la primera, compuesta de tres piedras redondas, gruesas como el puño, recubiertas de piel de vaca o de caballo y amarradas a un centro común con cuerdas de cuero del grueso del dedo y tres pies de largo. Cogen con la mano la más pequeña de las tres, y después de haber hecho dar vueltas con violencia a las otras por encima de la cabeza, las lanzan hasta la distancia de cien pasos, y se enredan de tal modo alrededor de las piernas, el cuello o el cuerpo de un animal o de un hombre, que le es imposible escaparse.

La otra clase de bola se reduce a una sola piedra, y la llaman bola perdida. Es del mismo grueso que las otras, pero cuando la hacen de cobre o de plomo, como a veces sucede, es mucho más chica. Está recubierta de cuero y unida a una correa o cordón que cogen por el extremo para hacer dar vueltas a la bola como una honda, y cuando la sueltan da un golpe terrible a ciento cincuenta pasos o más lejos, porque la lanzan cuando su caballo corre a rienda suelta. Si el objeto está cerca, dan el golpe sin soltar la bola. Los pampas manejan admirablemente estas dos clases de bolas para coger caballos salvajes y otros animales, y llevan gran número de ellas cuando van a la guerra. Con este arma fué con la que en el tiempo de la conquista enlazaron y mataron, en una batalla, a D. Diego

de Mendoza, hermano del fundador de Buenos Aires, otros nueve de los principales capitanes que estaban a caballo, y gran número de españoles. Amarrando manojos de paja inflamada a la correa de las bolas perdidas llegaron a incendiar varias casas de Buenos Aires y algunos buques. Su manera de hacer la guerra es exactamente la misma que la de los charrúas, que he descrito; pero como su país es más llano y no hay ni ríos ni bosques, no pueden tender tantas emboscadas, y las suplen con la sagacidad y el valor, llevados al último extremo, con la superioridad de sus caballos y con su destreza en el manejo de éstos.

AUCÁS Y OTROS.—Al oeste de las pampas están los aucás (que parecen formar parte de los famosos araucanos de Chile) y otras muchas naciones indias, a que se dan diferentes nombres, en las fronteras de la ciudad de Mendoza.

Yo creo que todas estas naciones habitaban antiguamente la cordillera misma de Chile y que descendieron para habitar el país donde se hallan hoy cuando los rebaños salvajes se extendieron hasta allí, como hemos visto antes. Me fundo en el hecho siguiente. Estos indios no se encontraban en la ruta de los españoles que iban en otro tiempo de Buenos Aires a Chile, pasando al lado del volcán de Villarrica, donde la Cordillera está abierta y presenta un paso plano y unido, de cerca de una milla de ancho. Hoy se ha olvidado este camino y se va a Chile por Mendoza, atravesando la Cordillera con grandes dificultades, pues las nieves cierran los pasos la mayor parte del año. Sea lo que sea, yo no he visto estas naciones, y todo lo que puedo decir con probabilidad de acierto es que ignoran o conocen poco la agricultura; que son más o menos débiles y errantes; que van a veces a las pampas, y que reunidas en conjunto han destruído los ganados y hecho la guerra en Buenos Aires; que en el tiempo oportuno van a hacer la recolección de manzanas sil-

vestres en los alrededores del río Negro, a unas treinta o cuarenta leguas al oeste de su reunión con el río Diamante; que sus lenguajes son por completo diferentes de los otros; que tienen caballos y carneros, con cuya lana fabrican cobertores y ponchos, que venden a los pampas a cambio de aguardiente, hierba del Paraguay, de quincalla y de otros objetos que llevan de Buenos Aires, adonde van algunas veces ellos mismos, confundidos con los pampas y haciéndose pasar por tales. También que en estatura son iguales a los pampas, pero otras naciones les son superiores en talla y valor; que sus armas y habitaciones son las mismas, y que se asemejan en lo que se refiere a los jefes, la falta de religión, de ley y de costumbre obligatoria, y, en fin, que andan vestidos como los pampas, o acaso mejor, sobre todo los capitanes y los particulares acomodados.

No he visto tampoco otras muchas naciones errantes de salvajes que habitan entre la costa de Patagonia y la cordillera de Chile desde el 41° de latitud al estrecho de Magallanes; sé, no obstante, que algunas de ellas, entre las que los españoles cuentan a los *balchitá*, los *uhiliches* y los *tehuelchus*, se han reunido con frecuencia con los pampas para hacer la guerra y robar los ganados de Buenos Aires. Hoy mismo, que estamos en paz con los pampas, ocurre con mucha frecuencia que estas naciones pasan al norte del río Negro, y aun del río Colorado, y que se establecen durante algún tiempo al sur de las pampas. Nunca he sabido que se hagan la guerra entre sí, como las naciones que están al norte del Río de la Plata. No obstante, usan las mismas armas que los pampas y no les ceden en fuerza ni en valor; algunos, por el contrario, parecen sobrepujarlos, especialmente los patagones, que yo creo que son los tehuelchus. Dos de estos últimos fueron a Buenos Aires mezclados con los pampas, y alguno que los vió los midió y dice que uno tenía seis pies y siete

pulgadas y el otro dos pulgadas menos. Puede ser que hubiera con ellos otros de la misma nación y que no llamaran la atención por su estatura, porque yo no dudo de que la talla media no sea inferior a la que acabo de señalar, y que ella no pase aún de seis pies y tres pulgadas, según puedo juzgar por comparaciones que me han hecho personas que los habían visto. Como quiera que esto sea, no se debe, a mi modo de ver, hacer ningún caso de la idea de quienes los presentan como gigantes, ni tampoco de los que les suponen una talla media un poco superior a la nuestra. Los que han viajado por mar deben saber que en estos parajes hay muchas naciones indias de las que las más pequeñas son de nuestra talla y las otras mucho mayores. Por consecuencia, no debemos admirarnos de la diferencia de sus relaciones, sino sólo de sus exageraciones.

Todas las naciones que habitan estos parajes tienen idiomas diferentes y no conocen ni religión, ni leyes, ni juegos, ni danzas; son hoy poco numerosas y gobernadas por asambleas, en las que los caciques gozan la mayor influencia. Tienen casi todas caballos, que les sirven de montura y de alimento, y ninguna cultiva la tierra. Viven de la caza que les producen tatuejos, liebres, ciervos, guanacos, hurones, jaguares, jaguaretes, guazuaras, aguarachais, avestruces y perdices. Sus tiendas o habitaciones portátiles están hechas como las de los pampas, y su vestido es el mismo cuando hace frío. Sólo que en vez de poncho usan mantas casi cuadradas y que pueden tener cuatro pies. El centro es ordinariamente de piel de aguarachay, de guanaco o de liebre, y los bordes, de piel de jaguarete. Las cubren de pinturas por el lado opuesto al pelo y se envuelven en ellas enteramente. Venden muchas a los pampas, así como plumas de avestruz, y obtienen en cambio aguardiente, hierba del Paraguay, cuchillos y otros objetos procedentes de Buenos Aires.

GUARANÍES.—Esta nación sola era la más numerosa y más extendida de todas las que he descrito y describiré, pues en la época del descubrimiento de América ocupaba todo lo que los portugueses poseen en el Brasil y la Guyana misma, según creo. Pero (para reducirme a los límites de mi descripción) diré que se extendía al norte de los charrúas, de los bohanes y minuanes, hasta el paralelo 16, sin pasar la parte occidental del río Paraguay y luego del Paraná, a excepción de los dos extremos; es decir, que ocupaba también el territorio de San Isidro y de las Conchas, cerca de Buenos Aires, y la parte meridional, hasta el 30°, y todas las islas de dicho río, sin pasar a la orilla opuesta; y hacia el otro extremo, pasaba al oeste del río Paraguay y penetraba en la provincia de Chiquitos hasta las cimas de la gran cordillera de los Andes, donde había gran número de ellos con el nombre de *chiriguanas.*

Pero se debe observar que entre los chiriguanas y los guaraníes de la misma nación que he dicho se encuentran en la provincia de Chiquitos había un gran espacio de terreno intermedio ocupado por muchas naciones muy diferentes. Se debe observar igualmente que en el espacio que he asignado a la nación guaraní había otras naciones enclavadas en medio de ella y que ésta rodeaba por todas partes, tales como los *tupy,* los *guayaná,* los *ñuará,* los *nalicuega* y los *guasarapo,* y esto solamente en el país que describo. Todas diferían mucho unas de otras, así como de los guaraníes, como veremos.

La nación guaraní ocupaba la enorme extensión de país de que he hablado, sin formar cuerpo político y sin reconocer la autoridad de ningún jefe común. Se encontraba precisamente en el mismo caso que la del Perú cuando el primer inca lo sometió tan fácilmente a su imperio. La nación guaraní estaba en todas partes agrupada en muy pequeñas divisiones u hordas, in-

dependientes unas de otras, y cada una llevaba nombre diferente, tomando el de su capitán o cacique o del paraje que habitaba. A veces se comprendían bajo un mismo nombre diferentes hordas, que vivían a lo largo de un río o en algún otro paraje o distrito. He aquí el origen de la multitud de los diferentes nombres que los conquistadores dieron a la sola nación guaraní. Por ejemplo, y sin separarnos del país que describo, dieron a los guaraníes los nombres de mbguas, caracaras, timbus, tucagues, calchaguis, quiloazas, carios, mangolas, itatines, tarcis, bombois, curupaitis, curumais, caaiguas, guaraníes, tapes, chiriguanas, y aun otros.

La suerte o el destino de la nación guaraní no ha sido la misma en todas partes. Todas las hordas que habitaban en el inmenso país poseído por los portugueses fueron cogidas y vendidas como esclavos, y como se mezclaron con los negros importados de África, resulta que la raza guaraní casi se ha extinguido. Además, los portugueses de *Sao-Paulo*, llamados comúnmente mamelucos, no se detuvieron en lo que acabamos de decir, sino que hicieron largas incursiones en nuestro territorio, y se llevaron no sólo los guaraníes que encontraron en estado de libertad, sino también más de diez y ocho pueblos que los españoles habían ya reducido e instruído en el Paraguay.

La conducta de los españoles ha sido bien diferente: no han vendido un solo guaraní y conservan aún millares no sólo en los poblados, jesuíticos y no jesuíticos, sino en el estado de completa libertad, porque existen aún en el país que describo una multitud de hordas de guaraníes tan libres como antes de la llegada de los europeos. Hablaré a su debido tiempo de los guaraníes sometidos a los españoles y que forman aldeas cristianas; ahora sólo hablo de la nación en estado de libertad. Pero como los que existen en este estado habitan en los bosques más grandes, donde yo no he tenido ocasión de entrar, tomaré mi descripción de los datos

y noticias proporcionados por antiguos manuscritos o por personas que han visto a algunos de estos indios, y de lo que yo he podido observar a veces por mí mismo; o también, en fin, de las observaciones que he hecho sobre los convertidos al cristianismo.

En general, todos los guaraníes libres vivían en los alrededores o en la linde de los bosques, o bien en los pequeños claros libres que a veces se encuentran en el interior de dichos bosques. Si en algunos parajes se han fijado en campos desnudos y de una gran extensión, ha sido cuando no había próxima ninguna otra nación. Se alimentaban de miel y de frutos silvestres; comían también monos, chibiguazús, mborebis y capibaras, cuando podían matar alguno. Pero su principal recurso estaba en el cultivo del maíz, de las judías, de las calabazas, de los mani o mandubi (cacahuet), de las patatas, de las mandiocas (manioc y camanioc). Si tenían un río a su alcance pescaban a flechazos o con anzuelos de madera, y algunos de ellos tenían pequeñas canoas. Cuando terminaban su recolección establecían almacenes para el resto del año, porque en los bosques no encontraban tantas aves ni cuadrúpedos para su subsistencia como en las llanuras. Tampoco iban de caza ni en busca de frutos mas que cuando no estaban ocupados en los trabajos agrícolas, y no se alejaban nunca mucho, para estar a mano cuando la recolección; por esta razón eran estables y no errantes, como las otras naciones de que he hablado.

Su lenguaje es muy diferente de todos los otros, pero el mismo para todas las ramas de esta nación; de manera que hablándolo se podía entonces viajar por todo el Brasil, entrar en el Paraguay, descender hasta Buenos Aires y subir al Perú hasta el cantón de los chiriguanes. Este lenguaje pasa por ser el idioma más abundante de los salvajes de América. Carece, sin embargo, de un gran número de términos; en cuanto a los numerales, no pasa de cuatro, sin poder expresar los

números cinco y seis, y la pronunciación es nasal y gutural. El padre Luis Bolaños, franciscano, tradujo a esta lengua nuestro catecismo; los jesuítas inventaron signos para recoger y expresar su pronunciación nasal y gutural; han llegado a hacer e imprimir un diccionario y una gramática de esta lengua. A pesar de todo esto, es muy difícil de aprender y hace falta más de un año para conseguirlo.

Su talla media me parece ser dos pulgadas menos que la española; es, por tanto, bastante inferior a la de los pueblos que hemos descrito precedentemente. Tienen también el aire de ser, a proporción, más cuadrados, más carnosos y más feos; su color es menos obscuro y tira un poco a rojo. Las mujeres tienen mucho cuello, manos y senos pequeños y poca menstruación. Los hombres tienen a veces un poco de barba y aun de pelo sobre el cuerpo, lo que los distingue de todos los otros indios, pero no los aproxima a los europeos con esto. Un hombre que vivió largo tiempo entre los guaraníes cristianos me aseguró que había observado en los cementerios que los huesos de estos indios se convertían en tierra mucho antes que los de los españoles. Se parecen a los otros indios por los ojos, por la vista, por el oído, por los dientes y por el cabello. Tienen además una particularidad que les es común con todas las otras naciones, y es que las partes sexuales de los hombres no son nunca mas que de un tamaño mediocre, y las de las mujeres son, por el contrario, muy anchas y sus grandes labios excesivamente inflamados (1); sus nalgas son igualmente muy gruesas. Su fecundidad es inferior a la nuestra; porque habiendo examinado una gran cantidad de listas o catastros de poblados antiguos y modernos no he encontrado

(1) Se recuerda que cuando los españoles llegaron a estas regiones del país se les entregaban las mujeres con verdadero furor y contribuyeron mucho a facilitar la conquista. *(C. A. W.)*

mas que un solo indio padre de diez hijos, no dando el término medio mas que cuatro individuos por familia, una con otra. El número de las mujeres es siempre mayor que el de hombres, en relación de 14 a 13.

Su cara es sombría, triste y abatida; hablan poco y siempre bajo, sin gritar ni quejarse; su voz no es nunca ni gruesa ni sonora; jamás ríen a carcajadas, ni se ve nunca en su cara la expresión de una pasión. Son muy sucios; no reconocen ni divinidad, ni recompensas, ni leyes, ni castigos, ni obligaciones, y nunca miran a la cara de la persona con quien hablan. En sus amores y en sus casamientos hay aún más frialdad que en los que he descrito anteriormente. La unión de los sexos no es ni precedida ni seguida de ningún preparativo. Ignoran los celos; nada lo prueba mejor que la franqueza y el placer con que entregaron sus hijas y sus mujeres a los conquistadores, y aun hoy, aunque convertidos al cristianismo, hacen lo mismo (1). Las mujeres se casan muy jóvenes, ordinariamente a los diez o doce años; los hombres, un poco más tarde, y desde luego forman familia aparte.

---

(1) «A fin de que cada uno conozca al hijo de que es padre y no resulte cargado con el sostén y la protección de una familia que no es la suya, el hombre exigirá fidelidad a su compañera y la castigará si ella le falta. No obstante, en un pueblo donde no existe la propiedad y donde el botín es repartido en común, los hijos pueden considerarse como alimentados también en común; además, durante los primeros años el alimento es demasiado grosero para el estómago delicado de los niños. La madre los cría hasta una edad avanzada, en que ellos tienen ya fuerza para ocuparse en el trabajo. Todos los cuidados y deberes paternales se reducen a protegerlos contra una sorpresa o un ataque imprevisto y prepararlos para la caza y la guerra. Así, no cayendo sobre el hombre, sino sobre su compañera, el trabajo principal que exige la educación de los niños, el hombre será poco celoso, dará poca importancia a la fidelidad que exige de ella, y él mismo ofrecerá su mujer a sus amigos y sus huéspedes.» *(Essai sur l'Histoire de l'espèce humaine*, pág. 83.) *(C. A. W.)*

Aunque yo no haya encontrado en los antiguos manuscritos ningún indicio de música ni de danza en los guaraníes, no obstante he observado lo contrario en uno de estos indios, que formaba parte de los que son libres aún hoy. En efecto, le vi echar granos de maíz en un porongo o calabaza vacía; los movía para hacerla sonar, y danzaba de una manera muy desgarbada, como no podía menos de resultar en un hombre que no hacía sino golpear el suelo con el pie, sin levantar éste mas que a dos dedos de altura, y se acompañaba cantando en voz baja y sin pronunciar distintamente una sola palabra.

Cada división o cada horda tenía, como tiene aún hoy, su capitán o cacique, cuya dignidad es por lo común hereditaria y por el cual tienen generalmente cierta consideración, sin que puedan dar la razón de ella. Pero ni en la habitación, ni en el traje, ni por decorados o distintivos tienen estos caciques diferencia de los restantes indios, y están obligados a trabajar como los demás, sin recibir de ellos ni tributos, ni servicios, ni obediencia.

En algunas tribus, que son hoy salvajes y que llaman generalmente *caayguás*, los hombres llevan un barbote tal como yo lo he descrito antes. Pero es de goma transparente, de cinco pulgadas de largo y cuatro líneas de grueso, y para evitar que se caiga le ajustan por el interior de la boca una pieza que lo atraviesa y que es de la forma del puño de una muleta. En la cabeza llevan una gran tonsura semejante a la de los frailes, pero no se pintan el cuerpo ni tienen otro traje que una pequeña bolsa para esconder sus partes.

Las mujeres hacen otro tanto con un pequeño trozo de tela o con una piel; no se cortan los cabellos ni hacen uso de ningun adorno, pero en la época de su primera menstruación se trazan en la piel varias líneas azules indelebles que parten del nacimiento de los cabellos hasta una línea horizontal en que se termina la

parte inferior de la nariz. Como sus habitaciones están alejadas unas de otras, y lo estaban más aún antes de la llegada de los europeos, y no tenían relación de comercio unos con otros, ha resultado, naturalmente, alguna diferencia en sus costumbres. En efecto, he sabido que varias de estas tribus no sabían el arte de hilar ni el de hacer telas; que los conocimientos de otras se limitan a fabricar mantas de algodón, en que se envuelven, como diré de los payaguas y mbayas; que algunas no tenían cementerios determinados y enterraban sus muertos en vasos de tierra cocida, lo que puede ser acaso uso general de esta nación; que ciertas hordas no hacían uso del barbote, porque las relaciones antiguas no hablan de él; que la tribu llamada *timbu* se incrustaba a los lados de la nariz pequeñas estrellas de piedras blancas y azules; y que aquellas que se llamaban *coronda* y *culchaqui* llevaban estas incrustaciones de piedras no en la nariz misma, sino junto a ella.

Todas las otras naciones les inspiraban un terror pánico; nunca les hacían la guerra, ni trataban con ellas, ni aun para pedir la paz. Evitan siempre su presencia, y dudo de que diez o doce guaraníes reunidos osasen hacer frente a un solo indio de las otras naciones que he descrito o de aquellas que me falta describir. Cualquier elogio que los jesuítas hayan hecho de sus cualidades guerreras no tiene a su favor más pruebas que dos o tres combates, poco vivos, con los españoles, y nosotros hemos visto a éstos sojuzgarlos y someterlos en todas partes con la mayor facilidad, lo que no han podido al presente conseguir de ninguna otra nación. En efecto, todas nuestras aldeas indias por esta parte están formadas de guaraníes, con exclusión de cualquiera otra nación. Aquellas hordas que existen aún en estado salvaje, a excepción de la que se encuentra al norte de la aldea de El Corpus, no quieren tener ni comunicación ni paz con los españoles. Si en-

tramos en el interior de su país, procuran matar a al guno a flechazos, y para disparar se ocultan detrás de los árboles, sin mostrar el cuerpo y sin esperar a pie firme que se los ataque. Sus armas son un arco de seis pies, flechas de cuatro y medio, con punta de madera dura, y una macana o bastón de tres pies de largo y más grueso en un extremo que en otro. Van siempre a pie, porque no tienen caballos ni ningún otro animal doméstico. Las antiguas relaciones dicen que los tenían y que criaban pollos y patos; pero no lo creo, porque ni los guaraníes salvajes ni ninguna otra nación los tienen hoy, y los que poseen algunos animales domésticos no tienen sino perros y caballos y alguna vez, muy rara, ovejas.

Las pinturas y las estatuas dan una idea bastante exacta de las flechas de estas naciones y de la manera de tirarlas, pero no de sus arcos. Se reducen a un palo muy duro, poco flexible, liso y del grueso del puño en el medio, que va luego disminuyendo hasta los dos extremos, que son muy agudos, de manera que pueden servir de lanza. La curvatura de este palo es tan poco sensible que una regla aplicada a los dos extremos deja a lo más dos dedos de intervalo entre ella y el medio del arco. Este arco está reforzado en toda su longitud por bandas de corteza de guembe (véase el cap. V) arrolladas como la cinta de la coleta de un soldado. Nunca se arma el arco mas que en el momento de usarlo, porque se limitan a amarrar sólidamente la cuerda a uno de sus extremos y arrollarla allí. Para tirar se amarra esta cuerda al otro extremo, medianamente tensa, se clava ligeramente en tierra la punta del arco, con ayuda del pie, y entonces se tiende cuanto es posible, y sabido es cómo estos salvajes apuntan y tiran. Como las flechas son muy largas, ninguna nación hace uso de carcaj, excepto los charrúas y los minuanes, cuyas flechas son cortas, así como sus arcos, para poder servirse de ellas a caballo.

Los niños que se divierten en la caza de aves y animales pequeños emplean otro arco, de forma bien diferente, más débil, de una madera más flexible y más elástica, más encorvado y de tres pies aproximadamente de longitud. Le ponen dos cuerdas, que sostienen separadas paralelamente, al menos a una pulgada de distancia, por medio de dos palitos terminados en horquilla, por los cuales hacen pasar los extremos de cada cuerda. Hacia el medio de las dos cuerdas hay una pequeña red de guita o bramante que está amarrada a ellas, y que les sirve para colocar el bodoque, que es una bola de arcilla, cocida al fuego y del grueso de una nuez. Llevan consigo una bolsa llena de bodoques; cogen cuatro o cinco con la mano izquierda mientras tienen el arco en la derecha, los colocan uno tras otro en la red y en seguida tienden el arco y lanzan todas esas bolas de una vez contra los pájaros que vuelan, hasta a la distancia de cuarenta pasos, y matan muchos; pero no hacen uso de este arco para tirar flechas ni para combatir, aunque una de estas balas pueda partir una pierna a treinta pasos. Es necesario práctica para inclinar un poco el arco, a fin de que el bodoque no coja a la mano derecha; por esto se coloca la red más allá del medio de las cuerdas. Si los niños de Europa aprendieran este ejercicio no habría tantos gorriones.

No debo omitir lo que me dijo un cura con quien viajaba: «He cogido este muchacho guaraní cuando sólo tenía cuatro años, y lo he criado en mi casa hasta hoy, que tiene catorce. Nunca ha visto río ni masa de agua suficiente para nadar, porque en mi parroquia no la hay, de donde nunca ha salido, ni yo lo he perdido de vista un solo día. No obstante, le mandaré nadar y veréis cómo atraviesa este río (era más profundo que el Sena); porque he observado que los guaraníes saben nadar naturalmente, como los cuadrúpedos.» Al instante vi la prueba, y pensé que los guaraníes, y aca-

so todos los otros indios, tengan el cuerpo específicamente menos pesado que nosotros (1).

No he visto mas que dos indios de la raza de los que vivían bajo el imperio del inca del Perú; pero si tuviera que compararlos con los guaraníes diría que éstos me parecen ser de una talla igual o aun superior, que su color es más fuerte y más moreno que el de los peruanos, cuya cara encuentro menos cuadrada, menos carnosa, más estrecha en su parte inferior y más espiritual. Comparar los peruanos con las naciones salvajes del Paraguay y del Río de la Plata sería establecer

---

(1) Esto no sería suficiente para que pudieran nadar naturalmente sin haber aprendido; para ello haría falta que fueran específicamente menos pesados que el agua. En efecto, los perros y otros cuadrúpedos que son específicamente más pesados que el agua nadan naturalmente porque la posición de su cuerpo debe continuar siendo la misma en el agua que en tierra y porque para ellos el movimiento más favorable para nadar es precisamente el mismo que ejecutan andando o corriendo. No sucede lo mismo con el hombre, que es bípedo y se ahoga si no hace otros movimientos para sostenerse en el agua distintos de los que ejecuta marchando o corriendo. Para esto le hacen falta movimientos particulares extraños a toda clase de ejercicios y que sólo son propios para este objeto. Resulta que es indispensable que todo hombre se ejercite y aprenda, sea por tanteos o ensayos frecuentes y repetidos, sea por una instrucción positiva, hasta llegar a hacer los movimientos necesarios para llegar a adquirir la facultad de dirigirse y sostenerse en el agua, facultad que no tiene naturalmente. Pienso, por tanto, que el guaraní del cura había más de una vez, sin que éste lo supiera, abandonado la parroquia. El levantarse y sostenerse, ya un miembro, ya el cuerpo entero, cuando se agita, se mueve o balancea en el agua, juntamente con el ejemplo de ciertos cuadrúpedos, hace creer a muchas personas que el temor sólo de un elemento a que no se está acostumbrado es la única causa que impide al hombre nadar naturalmente. Éste es un prejuicio que ha costado la vida a muchas personas. No recuerdo, sin embargo, que se haya intentado combatirlo: ¡dichoso sería yo si estas pocas líneas pudieran disuadir a algunos de los que las lean! También, para añadir la autoridad de la experiencia a las demostraciones de la teoría, yo no creo inútil decir que el autor de esta nota es él mismo un experto nadador. *(C. A. W.)*

un paralelo entre el abatimiento del cuerpo y del espíritu con la elegancia, la grandeza, la fuerza, la bravura, la arrogancia y el orgullo.

TUPYS.—Esta nación de indios salvajes estaba y está aún rodeada por todas partes por los indios guaraníes y no puedo concebir cómo ha podido quedar así enclavada. Vive en los bosques, entre los poblados jesuítas de San Javier y Santo Ángel. Aunque ignoro hasta dónde se extiende del lado del este y del norte, yo sé que habita la orilla oriental del Uruguay desde San Javier hasta el 27° 23′ de latitud y que no se extiende al poniente de este río.

Se han mostrado con frecuencia estos indios, dando grandes gritos, desde la orilla que está frente a San Javier; y en otras ocasiones han atacado las habitaciones de los guaraníes de estos dos poblados y sus pastos, así como también a los comisionados para la demarcación de límites, matando a algunos de dichos comisionados. Estos ataques han inspirado a los guaraníes un terror pánico, y cuando yo estuve en aquel país las noticias que me dieron estaban dictadas por el miedo. Me dijeron que llevaban una vida errante y que no dormían dos días seguidos en el mismo sitio; que no hablaban y que ladraban lo mismo que los perros; que tenían el labio inferior enteramente cortado de alto abajo; que eran antropófagos, y que dos de estos salvajes, que habían cogido en dos diferentes ocasiones, se habían dejado morir sin querer ni comer ni hablar.

Los diferentes manuscritos de los jesuítas que yo he leído los llaman caribes y dicen otro tanto y más. Uno de estos manuscritos expone que viven en lo alto de los árboles, en nidos o especie de jaulas, como las aves; pero no creo nada de todo esto y tengo más confianza en las noticias siguientes, que me ha comunicado D. Francisco González, administrador del poblado de la Concepción.

En enero de 1800 un destacamento de cerca de doscientos tupys, perseguido por otra nación que me es por completo desconocida, salió de los bosques donde he dicho que habita, y pasó el Uruguay, que estaba entonces muy bajo, aprovechando un arrecife donde había muy poca agua, entre la Concepción y Santa María la Mayor. Los tupys continuaron su ruta por las alturas de los Mártires, hacia el Norte, hasta el poblado de los guaraníes, que se había comenzado a doce leguas por encima del poblado del Corpus, y llamado San Francisco de Paula; lo destruyeron, lo quemaron, mataron mucha gente y huyeron a los bosques.

Los guaraníes de los poblados vecinos se alarmaron y marcharon en persecución de los tupys, dirigidos por los españoles. En su marcha observaron que habiendo muerto un tupy adulto se le había cavado una fosa poco profunda, cuyo fondo estaba cubierto de hojas de palmera. El cadáver se hallaba cubierto igualmente y no habían echado tierra encima. Fuera de la tumba habían colocado el arco, las flechas y la maza del muerto, y habían puesto, en los cuatro ángulos, cuatro perros amarrados por las cuatro patas y sujetos a gruesas estacas. Estos perros habían muerto cuando se descubrió la tumba. Los guaraníes no osaban nunca atacar a los tupys; pero como éstos se dispersaban para buscar su alimento, cogieron algunos muchachos y varias mujeres. No se tuvo gran cuidado en la guarda de los prisioneros, y todos se escaparon a excepción de una muchacha de doce años y otra de diez y ocho, que el mismo González se llevó consigo y que se le escaparon después para volver a los bosques.

Al principio estaban muy amables y abrazaban a todas las mujeres. Cuando entraron en la casa cogían todos los vestidos que encontraban a mano y se los ponían, sin saber casi nunca la manera de hacerlo. Se bañaban dos y aun tres veces al día, y en ocasiones

bailaban solas. Se podía hablar y escribir su lenguaje sin dificultad, porque no tenía ni sonidos nasales ni guturales. He aquí lo que se ha podido comprender de lo que decían: Su nación conocía la agricultura, y sembraban maíz, calabazas, batatas, yuca o cazabe, judías, etc. Viven sedentarios, menos cuando van a la busca de miel silvestre y de frutos, esperando el tiempo de la recolección y de las siembras; hacen pan de maíz y de manioc, que llaman *eme*. Sus chozas están cubiertas de hojas de palmera; hacen con el caraguata (véase el capítulo V) telas de que las mujeres se sirven para cubrirse la cintura; los hombres van enteramente desnudos, a excepción de algunos que llevan un tipoy, o camiseta corta, estrecha, sin cuello ni mangas y de la misma tela.

No se trazan ninguna pintura sobre el cuerpo; los hombres llevan una especie de tonsura semejante a la de los monjes, y las mujeres se cortan los cabellos por detrás a la altura del hombro y por delante a la mitad de la frente; sobre los lados los cortan en escalones. Llevan al cuello muchos collares de pequeños trozos de conchas, redondos y planos; algunos de estos collares les bajan hasta el seno. Se arrancan, así como los hombres, las pestañas, las cejas y todo el pelo del cuerpo. Estos indios no están en paz con nadie; hacen constantemente la guerra y no perdonan ni sexo ni edad. Tienen arcos de seis pies y flechas de cuatro y medio, armadas de un hueso o de un guijarro, y un bastón corto más grueso en un extremo que en otro. También tienen hachas de piedra, y yo he visto una con la cual me parece imposible cortar nada. Llevan sobre el hombro un canasto de caña perfectamente fabricado, que se sujetan a la frente por medio de una cuerda; yo lo he visto, y se sirven de él para meter los frutos y todo lo que encuentran. Su color es un poco más claro que el de los guaraníes; su talla no es mucho mayor; sus rasgos son bastante más

bellos; su fisonomía, manifiestamente más alegre, más abierta y más espiritual. Las dos muchachas prisioneras de que he hablado no quisieron nunca dormir solas; querían tener consigo a un guaraní; lo buscaban con gran empeño, y se mostraban furiosas contra el que pretendía ponerles algún obstáculo.

GUAYANAS.—No debe confundirse esta nación con las diferentes hordas de guaraníes salvajes a que los habitantes del Paraguay dan el mismo nombre. Habita en medio de los bosques situados al oriente del Uruguay, desde el río Guairay, hacia el Norte. Habita también la región de bosques situada al oriente del Paraná, muy por encima de la aldea del Corpus. Tiene esta nación un lenguaje particular, diferente de todos los otros, y su metal de voz es elevado, agudo y discordante. Su talla no cede a la española, y es bien proporcionada, aunque sean un poco demasiado delgados. Esta nación difiere de todas las que conozco en que su color es visiblemente más claro; además, algunos de estos salvajes tienen los ojos azules y el aire más alegre y más arrogante. Conservan sus cejas y su pelo, que tienen en pequeña cantidad, y carecen de barba. Son pacíficos y hasta cariñosos con los extranjeros. Los hombres se ciñen la frente con una banda tejida con hilo y guarnecida con un gran número de plumas, y prefieren las rojas a las otras, pero van desnudos, y las mujeres se contentan con cubrirse la cintura con un trozo de tela de la misma naturaleza que la que he descrito en el capítulo de los tupys; se parecen a estos últimos por la falta de religión y construcción de sus chozas; se alimentan de las mismas plantas que cultivan y de miel y frutos silvestres; pero parece que temen mucho nadar o pasar los grandes ríos. No tienen animales domésticos y parecen estar divididos en muchas pequeñas hordas independientes. Tienen arcos extraordinariamente largos, a veces de siete pies y medio, y flechas de cinco y medio. Como

se les ven sobre las piernas y los brazos muchas cicatrices semejantes a las de los charrúas, los payaguas y otras naciones, no cabe duda de que estas cicatrices son el resultado de heridas que se hacen en señal de duelo o en las fiestas que describiremos a continuación.

NUARA.—Ésta era una nación como las dos precedentes; estaba rodeada por los guaraníes, y los portugueses se la llevaron toda entera, para vender a sus individuos, como esclavos, en el Brasil. En tiempos de la conquista vivía en el país llamado las llanuras de Xerez y era bastante numerosa. La talla de los individuos era superior a la de los guaraníes; vivía de la agricultura; su lenguaje difería de todos los otros, y era de un carácter tranquilo, pacífico y amable. He aquí lo que encuentro en los antiguos manuscritos originales, en los que tengo más confianza que en el poema de Barco Centenera, que los llama impropiamente guaraníes y los supone una nación guerrera.

NALICUEGAS.—Debo todas las noticias que puedo dar sobre esta nación a los indios salvajes llamados mbayás, que son los únicos que la han visto. Dicen que reside hacia los 21° de latitud, a dos jornadas al este de las llanuras de Xerez; que tiene un lenguaje particular diferente de los que ellos conocen; que se reduce a un corto número de familias; que vive bajo tierra, en cavernas; que los dos sexos andan enteramente desnudos y que no adoran ningún dios; que su talla y su color se asemejan a los de los guaraníes; que son excesivamente cobardes y pusilánimes; que tienen arcos y flechas, de que se sirven para defenderse, sin salir de sus cavernas; que cultivan la tierra y viven de maíz, judías, batatas, calabazas y cazabe.

GUASARAPO.—Conservo a esta nación el nombre con que fué conocida por los primeros conquistadores, y lo prefiero al de *guachié* que le han dado los habitantes del Paraguay, a imitación de los mbayás, que

los llaman así. Jamás ha cambiado de domicilio y habita terrenos inundados o lagunas que están en el interior de las tierras, y de donde sale el río *Guasarapo* o *Guachié*, que se reúne por el lado del este al río Paraguay a los 19° 46′ 30″ de latitud. Tienen algunas canoas semejantes a las de los payaguas. Se sirven de ellas para pasar de su río al del Paraguay cuando quieren comunicar con los mbayás, sus íntimos y antiguos aliados. Navegando de este modo fué como encontraron y mataron en otro tiempo a varios españoles que navegaban por el Paraguay.

Como su domicilio es inaccesible por tierra y por agua no es posible aproximarse mas que a fuerza de gastos, trabajos y peligros, no se conoce esta nación mas que por las noticias de los mbayás, con los cuales se ve alguno de tiempo en tiempo. Dicen que su lenguaje es diferente de todos los otros. Su talla media me parece ser de cinco pies y seis pulgadas; son muy bien proporcionados y su color es semejante al de los guaraníes. Llevan la cabeza descubierta y los hombres no usan vestido alguno, como no sea comprado a los mbayás o ganado en la guerra. Se asegura que las mujeres están en el mismo caso. Todos se cortan el cabello tan de raíz que se diría que se lo afeitan. Además carecen de barba y se arrancan las pestañas de ambos párpados, las cejas y el poco pelo que tienen, sin dejarlo renacer. Los hombres llevan barbote (véase CHARRÚAS). No tienen religión, ni leyes, ni costumbres obligatorias, ni caciques, ni jefes.

La nación entera no reúne apenas sesenta guerreros. No conocen ni animales domésticos, ni agricultura, ni caza. Viven del arroz silvestre que producen sus lagunas y del pescado, que matan a flechazos y que pescan con anzuelos de madera, y aun de hierro, cuando pueden proporcionárselos de los mbayás, que los obtienen de nosotros y de los portugueses, porque estos indios guasarapos no tienen ninguna comunicación directa

con nosotros. Sus armas son flechas y bastones o macanas, especie de maza. Nunca hacen solos la guerra, a causa de su poca población; pero como son vigorosos y llenos de orgullo y valor, los mbayás los encuentran siempre dispuestos a seguirlos al menor aviso para atacar a la nación ninaquiguila y nuestros poblados de la provincia de Chiquitos.

GUATOS.—Esta nación vivía en el tiempo de la conquista, como hoy, en una laguna llamada, según creo, por los jesuítas Laguna de la Cruz. Comunicaba ésta hacia poniente con el río Paraguay bajo el paralelo 19° 12′. Nadie ha visto de cerca a estos indios y ellos jamás han comunicado con nadie. Se cree que la nación, tomada en conjunto, no pasa de treinta hombres adultos, y acaso ni doce; que tienen un lenguaje particular, y que no conocen ni divinidad, ni leyes, ni jefes. Lo que hay de indudable es que no salen jamás de su laguna y que navegan por ella en canoas muy pequeñas, dos a dos, probablemente marido y mujer; que tan pronto como perciben de lejos a cualquiera huyen y se ocultan entre los juncos, de suerte que están tan unidos a su laguna como una ostra a su roca. ¿Qué ideas tendrán? Sobre esto no se pueden hacer mas que hipótesis más o menos verosímiles. Parece evidente que son poco fecundos, pues en trescientos años no han aumentado ni disminuído.

AGUITEQUEDICHAGAS.—Tal es el nombre que dan a esta nación los indios mbayás, que son los únicos que la han visto. En efecto, por mucho deseo que yo tuviera de observar por mí mismo esta tribu, y aunque habita nuestro territorio, los portugueses me lo han impedido, porque a pesar de las estipulaciones expresas de los tratados se han establecido últimamente al poniente del río Paraguay y no nos dejan navegar por su parte superior. No podré, pues, decir de esta nación mas que lo que me han contado los mbayás. Creo que es la única que resta de los antiguos cacocys, que

los primeros conquistadores llamaron también *orejo nes*. Habita la mayor de las pequeñas montañas de país, llamada por los antiguos Santa Lucía y por lo modernos San Fernando, entre los 18 y 19° de latitu Oeste y cerca del río Paraguay. Su número es tan pe queño que no llega acaso a cincuenta guerreros. La chozas son en todo semejantes a las de los pampas excepto en que no las cubren de pieles, sino de paja Como están estacionarios en un país donde no pued haber mucha caza y se hallan alejados de los ríos, sub sisten del cultivo del maíz, cazabe, batatas, calabaza y mani o mandubi (cacahuet). Su lenguaje es muy di ferente del de los mbayás; y aunque su color se ase meja bastante al de los guaraníes, su talla es mayor No hacen la guerra a nadie, pero tienen para su defen sa arcos, flechas y palos. Van enteramente desnudos Se distinguen los hombres por las piedrecitas de dife rentes colores que llevan en las orejas y lados de la nariz. Las mujeres se reconocen por las orejas, que les cuelgan hasta los hombros. Para este efecto se las perforan y ensanchan sucesivamente el agujero duran te toda la vida metiéndose trozos de madera redon deados y cuyo grueso aumenta gradualmente, como lo diré de los lenguas. A veces van al río Paraguay para bañarse y quizá pescar.

NINAQUIGUILAS.—Los portugueses no me han per mitido tampoco ir a reconocer esta nación, así llamada por los mbayás. Nuestros indios de la provincia de Chiquitos creo que les dan el nombre de *potoreras*. Según los mbayás, habita el interior de un gran bos que que, comenzando hacia el 19° de latitud, a algu nas leguas de distancia del río Paraguay, penetra mu cho al oessudueste en el Chaco y separa por la parte sur la provincia de los Chiquitos del país ocupado por los guanás y los mbayás; está dividida en varias hor das, que nunca salen del bosque. Los mbayás tienen algunas relaciones de amistad con los más meridiona-

les, en tanto que están en guerra con las del Norte. Se me asegura que estos indios se parecen a los otros en que no reconocen ni divinidad, ni leyes, ni jefes, y tienen un idioma diferente de todos los demás. Por la talla y el color me dicen que se asemejan a los guaraníes; que son muy numerosos; que no hacen nunca la guerra ni saben defenderse mas que débilmente; que usan arcos, flechas y palos; que no se arrancan ni las cejas, ni las pestañas, ni el pelo, y no se cortan los cabellos; que las mujeres hacen con el caraguatá mantas para envolverse, y que llevan al cuello collares de judías de hermoso color; por último, que aunque los hombres vayan de ordinario desnudos por completo, algunos, no obstante, llevan una manta para envolverse, y se adornan la cabeza con coronas de plumas.

GUANÁS.—Así llaman los habitantes del Paraguay a una nación de indios; pero los lenguas, los machicuys y los enimagas les dan los nombres de *apianeé*, de *sologua* y de *chané*. Además reconocen en esta nación ocho hordas diferentes, llamadas layana, ethelenoé o quiniquinao, chabaraná o choroaná, o tchoaladi, caynaconoé, nigotisibué, yunaeno, tay y yamoco. Tales son los nombres que les dan los indios salvajes que viven en los alrededores, cuando se les hacen preguntas referentes a los guanás; y si se les pregunta si se trata de naciones diferentes, ellos dirán que sí porque no saben lo que es una nación y creen que cada horda forma una nación distinta. En consecuencia, os indican la habitación de cada horda, y de ahí procede que de la sola nación de los guanás se haga una multitud que figura en las cartas; esto es lo que sucede con todas las naciones y esto es lo que hace que se las multiplique tanto en las relaciones, las historias y las cartas. Estas naciones y sus divisiones cambian de nombre con el tiempo, y cuando se quieren hacer informaciones con respecto a ellas se encuentran siempre nuevas, sin saberse que las antiguas hayan desapa-

recido; de manera que en las cartas del Chaco levantadas por los jesuítas apenas hay espacio para escribir el nombre de un número tan considerable de naciones. Estos son otros tantos errores que corregir, porque yo no tengo duda de que del río de la Plata hacia el Norte no hay otras naciones que las que voy a describir, y por tanto sólo quedarán por determinar aquellas que existan al sur y al oeste de los indios pampas.

Guaná significa en su lengua hombre o macho; así, parece muy mal aplicado a una nación; pero con este nombre es conocida en el Paraguay. Al tiempo de la llegada de los primeros españoles habitaba el Chaco, entre los 20 y 22° de latitud. Allí permaneció hasta 1673, en que una gran parte de la nación fué a establecerse al este del río del Paraguay, al norte del trópico, en el país que se llamaba entonces la provincia de Itati; luego se ha extendido hacia el Sur. En este tiempo los españoles la dividían en seis hordas principales. La *Layana* o *Eguaacchigo* habita hoy hacia el 24° de latitud, al norte del río Jesuy, en paraje llamado Lima, y está compuesta de cerca de mil ochocientos salvajes. La *Chabaraná* o *Tchoaladi* acaba de colocarse a los 26° 11′ de latitud, en el territorio de la aldea de Caazapá, y puede tener dos millas indias. La *Quiniquinao*, que tiene cerca de 600, está dividida: una parte ocupa el Chaco hacia el 21° 56′ de latitud, a ocho leguas del río Paraguay, y el resto se ha incorporado con los mbayás. La *Ethelenoé* puede tener tres mil individuos; una parte vive en el Chaco, cerca de los quiniquinao, y la otra al este del río Paraguay, bajo el paralelo 21°, sobre una cadena de pequeñas montañas que llaman Echatiyá, al este de otra que se llama Nogoná. La horda llamada *Niguecactemic* está compuesta apenas de trescientos salvajes, con tres caciques, y habita un día de marcha a poniente del río Paraguay, hacia el 21° 32′ de latitud; está dividida en cuatro pueblos. La última es la *Cho-*

roaná, que puede estar compuesta de seiscientas personas; está incorporada a los mbayás y vive con ellos, al este del río Paraguay, sobre alturas situadas hacia el 21°.

Algunas personas hacen ascender a veinte mil almas el número de los guanás; en cuanto a mí, considero como más exacto el cálculo que he hecho, y cuyo resultado no da más que ocho mil trescientos. Según este cálculo, es aún la nación más poderosa de esta región, a excepción de los guaraníes, y es también la menos salvaje. Cada horda forma con sus casas una plaza cuadrada más o menos grande, según el número de indios. El plano topográfico de cada casa se reduce a dos líneas paralelas, de ocho varas y media de largo, separadas una de otra por un intervalo de cuatro varas y cuarto y terminadas en cada uno de sus extremos por un semicírculo. Clavan en tierra, en la dirección de cada una de estas líneas paralelas, ramas de árboles, que encorvan, y añadiéndoles otras, que amarran fuertemente por sus extremos, constituye el conjunto una serie de arcos, a un pie de distancia unos de otros; amarran en seguida otras ramas horizontalmente, cruzando estos arcos a la misma distancia, es decir, a un pie, y recubren el total con paja larga que reúnen en los campos y que amarran fuertemente a las ramas; todo lo cual forma una bóveda cilíndrica que se extiende de una de las líneas paralelas a la otra. Cierran los extremos con ramas de manera que formen una bóveda cónica en cada uno, y que ellos reúnen a la otra, la cual, como acabamos de decir, es cilíndrica.

No tienen otro muro que esta bóveda ni más abertura que la puerta, y sin embargo estas casas sirven a doce familias, las cuales se acomodan dentro sin tabiques ni separación. Barren sus casas diariamente, y en esto difieren de todos los otros indios, así como por su costumbre de acostarse en camas y no en pieles tendidas en el suelo. Construyen estas camas plantan-

do en tierra cuatro palos terminados en horquilla, sobre los cuales ponen otros cuatro, que amarran para servir de armazón de la cama; encima ponen ramas atravesadas y pieles, que cubren de paja.

Su lenguaje es diferente del de todos los demás y muy difícil, a causa de su pronunciación nasal y gutural. Su talla me parece variar más de la de otras naciones y su media me parece ser de cinco pies y cuatro pulgadas; pero son derechos y bien proporcionados, como todos los indios, entre los cuales no he visto nunca ni un hombre contrahecho ni un jorobado. Se parecen también a los otros por su fisonomía grave, en que no se descubre la expresión de pasión ninguna, por lo flemático de su manera de obrar, por su color, la fuerza de su vista y de su oído y la blancura y duración de los dientes; por sus cabellos negros, gruesos y largos; por la rareza del pelo y la falta de barba; por la pequeñez del pie y de la mano y lo gruesos que son el seno y las nalgas; por las pequeñas proporciones de las partes sexuales de los hombres, bien diferentes de las mujeres en este respecto, y por la escasa menstruación de estas últimas; por su tono de voz, que es siempre bajo y nunca fuerte ni sonoro, por lo cual jamás se les oyen gritos, ni llantos, ni risa a carcajadas, y no conocen juegos, danzas, ni canciones ni instrumentos de música.

Tampoco conocen recompensas, ni castigos, ni religión, ni leyes obligatorias. Pero como tratan mucho a los españoles y éstos les hablan de cristianismo, de recompensas y penas futuras, su respuesta ordinaria cuando se los interroga en este sentido es decir que hay un principio o cosa material y corporal que está no se sabe dónde, y que recompensa a los buenos y castiga a los malos, pero que recompensa siempre a los guanás porque es imposible que sean malos ni hagan el mal. Yo creo que el pequeño número de estos salvajes que se expresan así ha obtenido el

fondo de estas ideas de los españoles, porque no hay un solo guaná que adore a la divinidad y que la reconozca, exterior ni interiormente. También son las partes interesadas las que resuelven entre sí sus diferencias, y las deciden a puñetazos en último extremo. Parecen también entretenerse charlando unos con otros un poco, y aunque rara vez se reúnen para hablar.

Reciben con mucha hospitalidad a los viajeros, sean quienes sean, los alojan, les dan de comer y los acompañan hasta el poblado a donde desean ir. Tienen un pequeño número de caballos, de vacas y de ovejas y viven de la agricultura. Cultivan las mismas plantas que los españoles del Paraguay. Se arrancan, durante toda su vida, las cejas, las pestañas y el pelo y llevan el barbote como los charrúas. Se cortan el cabello a la mitad de la frente y se afeitan en forma de media luna por encima de las orejas, dejando colgar en libertad el resto de sus cabellos. Algunos se afeitan la mitad anterior de la cabeza y otros la afeitan toda entera, a excepción de un penacho que conservan en la parte superior, como los mahometanos. Sus pinturas, sus adornos y sus trajes se asemejan a los de los payaguás, de que hablaré luego. Los hombres, que pasan mucho tiempo entre los españoles, se visten ordinariamente como éstos, es decir, que llevan un sombrero, un poncho y hasta calzones blancos.

Todas las ceremonias del casamiento se reducen a un pequeño presente que el novio hace a su pretendida; pero debe previamente pedirla al padre, que lo concede sin dificultad porque no conocen la desigualdad de clases. Aparte de esto, ninguna mujer consiente en casarse sin haber hecho previamente estipulaciones muy detalladas con su pretendiente y con su padre y familia a los respectos del género de vida recíproco, que no es igual en todos los matrimonios. Se trata ordinariamente de saber si la mujer fabricará

mantas para el marido; si le ayudará, y de qué manera, a construir la casa y cultivar la tierra; si irá a buscar leña; si preparará todos los alimentos o sólo las legumbres; si el marido no tendrá mas que una mujer o si la mujer tendrá varios maridos, y cuántos; y en este último caso, cuántas noches pasarán juntos; en fin, ellas piden explicaciones aun de los menores detalles. Pero a pesar de todo esto el divorcio es libre a los dos sexos, como todo lo demás, y las mujeres son muy inteligentes y consideradas.

Esto dimana de que su número es mucho menor que el de hombres. Esta desigualdad no procede de la Naturaleza; es obra de las mismas mujeres, acostumbradas a la acción más bárbara que pueda hacerse ni aun imaginarse. Matan a la mayor parte de las niñas que dan a luz. Para este efecto, apenas sienten los dolores de parto, se van solas al campo, y realizado el alumbramiento hacen un agujero en el suelo y entierran vivo al reciénnacido, volviéndose tranquilamente a su casa. Ha ocurrido con frecuencia que los españoles ofrecieran a las mujeres encinta dinero, alhajas, etc., para que les entregaran los niños, o al menos que no los mataran; pero nunca han consentido y, por el contrario, siempre han tomado el mayor número posible de precauciones necesarias para realizar su propósito lo más secretamente posible y sin obstáculo. No todas las mujeres son culpables de tan bárbara acción; pero es muy frecuente en la mayoría de ellas. Aun las mismas que siguen la costumbre no matan a todos sus hijos, sino que crían a la mitad o más, pero teniendo siempre cuidado de conservar más varones que hembras. Esto dicen ellas que es para que se busque con empeño a las mujeres y hacerlas así más dichosas.

Esto es lo que sucede, porque la que tarda más en casarse lo efectúa a los nueve años, mientras que los hombres permanecen solteros hasta los veinte o más, porque hasta entonces es raro que tengan bastante

habilidad para disputar la victoria a sus concurrentes. Las mujeres, por su lado, no dejan de encender las rivalidades entre los hombres con una redoblada limpieza, amabilidad y coquetería desconocida en las otras naciones. Así resulta que los hombres son menos sucios, tienen más cuidado de su adorno y a veces se raptan mutuamente las mujeres y se escapan con ellas. Sucede también, naturalmente, que las mujeres son más orgullosas, que son inclinadas al divorcio y al adulterio y que los hombres son celosos. Aunque la mujer adúltera no incurre en ninguna pena, es muy común ver al marido engañado reunir algunos amigos y parientes para que le ayuden a dar al galán una gran paliza, que muchas veces le cuesta la vida. Por lo demás, la poligamia es bastante rara en esta nación, así como en las otras.

Cada horda o división de guanás tiene varios caciques o capitanes hereditarios, y cada uno posee un cierto número de indios que dependen de él, siendo la costumbre considerar como súbditos de los hijos del cacique, y no de su padre, a todos los que nacen algunas lunas antes o después de este hijo. Entre estos caciques hay uno al que se considera como más distinguido, pero ni él ni los otros difieren del último de los indios ni por sus adornos, ni por sus trajes, ni por su casa, y está obligado a trabajar para vivir porque nadie le sirve. Él no da ninguna orden, pero parece que en las asambleas nocturnas, en que se reúnen para tratar de los asuntos comunes, ejerce más influencia que los demás, y en general se le tiene alguna consideración. La plaza de cacique es hereditaria en el hijo mayor, y las mujeres suceden a falta de varones. Pero también a veces un indio cualquiera resulta cacique cuando por sus méritos lo reconocen así los demás, que entonces abandonan al antiguo, porque su libertad se extiende hasta ello y es uso corriente en todas estas naciones.

En la época de la primera llegada de los españoles los guanás acudían, como hoy, a reunirse en tropas con los mbayás para obedecerlos y servirlos y cultivar sus tierras sin ningún salario. De aquí procede que los mbayás los llamen siempre sus esclavos. Es verdad que se trata de una esclavitud muy dulce, porque el guaná se somete voluntariamente y la deja cuando le parece. Además, sus dueños les dan bien pocas órdenes, no emplean jamás tono imperioso ni obligatorio y reparten todo con los guanás, hasta los placeres carnales, porque los mbayás no son celosos. Yo he visto a un mbayá que tenía frío buscar su manta para envolverse; pero como viera que un guaná su esclavo la había cogido antes que él con el mismo objeto, no se la quitó ni le manifestó siquiera que la deseaba.

Se ve diariamente descender al Paraguay tropas de cincuenta y cien guanás para alquilarse a los españoles en calidad de agricultores, y aun de marineros, pues llegan hasta Buenos Aires. Trabajan con mucha flema, y para que no los obligen prefieren trabajar por tareas. Cuando entran en territorio español dejan sus armas en el primer juzgado que encuentran, para recogerlas al regreso. Algunos de ellos se casan con indias o negras de las habitaciones españolas, donde se fijan para siempre y se hacen cristianos. Otros se construyen una cabaña en territorio español; allí viven de la agricultura, como todos los demás, hasta que se aburren y o se van a otra parte o se vuelven a su país. Este último partido es el que toman ordinariamente las tropas de guanás, al cabo de uno o dos años, llevando lo que han ganado, es decir, ropas y utensilios de hierro. Un cacique viene a veces para comprometerlos a regresar o les envía alguno para hacerles la proposición en su nombre. En estos viajes no llevan casi nunca a las mujeres, porque son raras entre ellos y no quieren viajar si no es a caballo y con otras comodidades que pocos indios pueden procurarles. Tampoco llevan a los niños

consigo, porque no habría casi ninguno que pudiera seguirlos en tan largo viaje, donde casi siempre van a pie, sin otra provisión que las piezas que les proporciona la caza.

Aunque no ejercen autoridad alguna sobre sus hijos, que no hacen ninguna especie de trabajo hasta la época de su casamiento, se observa, no obstante, que suelen echarles grandes reprimendas, acompañadas de bofetadas, para poner freno a sus impertinencias o a sus excesos. Cuando estos niños llegan a la edad de ocho años próximamente celebran una fiesta muy singular: se van por la mañana muy temprano al campo y regresan de noche a su habitación, en ayunas, en procesión y en el mayor silencio; se tiene preparado con que calentarles bien las espaldas; en seguida algunas viejas les pinchan y atraviesan los brazos con un hueso puntiagudo. Estos niños sufren tamaña crueldad sin llorar ni dar la menor muestra de sensibilidad. Esto hecho, sus madres terminan la escena dándoles maíz y judías cocidos en agua.

Los hombres hechos tienen también sus fiestas con ocasión del nacimiento de un hijo, de la primera menstruación de una hija, de cualquier otra cosa o por capricho. Estas fiestas no merecen tal nombre porque se reducen a emborracharse, privilegio reservado a los hombres hechos y de que no participan los adolescentes, ni los hombres no casados, ni las mujeres. Pero además cada habitación entera celebra una vez al año una fiesta solemne que describiré al tratar de los indios payaguás.

Los guanás tienen también sus médicos, que los curan como los de los charrúas; pero no son hombres los que ejercen esta profesión. Está reservada a las viejas, que chupan el estómago a los enfermos. Parece que estos indios no tienen tanto horror a los muertos como las otras naciones, pues los entierran a las puertas de sus casas para recordar, dicen ellos, la memoria, y cada

familia no deja de llorar a los suyos, sobre todo si era un cacique o un hombre de reputación.

Sus armas son arcos, flechas y bastones o macanas; pero los que tienen caballo hacen también uso de una lanza muy larga. Su sistema político es estar en paz con todas las naciones y no hacer nunca guerra ofensiva; pero si se los insulta combaten y se defienden con mucho valor. Matan a todos los hombres de más de doce años, pero conservan y adoptan los niños y las mujeres, como he dicho hablando de los charrúas.

MBAYÁS.—Los indios machicuys y los enimagas llaman a esta nación *tajuanich* y *guaiquilet*. A la llegada de los españoles los mbayás habitaban el Chaco entre los 20 y 22° de latitud, divididos en un gran número de hordas o habitaciones. Había desde luego entre ellos muchos guanás, que les servían voluntariamente, como he dicho antes, y lo mismo sucede aún hoy. En 1661 los mbayás pasaron al este del río Paraguay y atacaron al pueblo de guaraníes llamado Santa María de la Fe, situado a los 22° 5′ de latitud, cerca de este río, y que estaba bajo la dirección de los jesuítas. Mataron a multitud de indios y obligaron a emigrar a los otros. Continuaron en seguida sus expediciones hacia el Este y destruyeron la ciudad española de Xerez. Muchos de ellos no volvieron al Chaco, estableciéndose al oriente del río Paraguay. En 1672 descubrieron la aldea de Pitun o Ipané; se aproximaron de noche y algunos lograron atravesar el foso estrecho que la rodeaba haciendo un puente con sus lanzas; pero viendo que los habitantes los habían oído, se retiraron llevándose algunos caballos viejos que encontraron pastando en la llanura. Estos fueron los primeros que tuvieron, y como les agradaron mucho, volvieron al cabo de pocos meses y lograron llevarse algunos más, con varias yeguas. Estos éxitos les hicieron resolver la entera destrucción de esta misma aldea de Ipané, así como la de Guarambaré, que estaba próxima. Marcha-

ron contra ellas en diciembre de 1673; pero no faltó quien previniera a los habitantes del peligro que los amenazaba, y se escaparon hacia la capital del Paraguay, y con ellos los habitantes de Atirá.

De este modo los mbayás quedaron dueños absolutos de la provincia de Itati, que comenzaba hacia el 24° 7′ de latitud, en el río Jesuy, y se prolongaba en toda su anchura hacia el Norte hasta el lago de los Xarayes, sin pasar al oeste del río Paraguay. Resultó que los mbayás dieron diferentes nombres al país; por ejemplo, llaman hoy Appa y Aquidaban a los ríos conocidos antiguamente con los nombres de Corrientes y de Piray; Agaguigo, al distrito nombrado en otro tiempo Pitun, Piray e Itati; Ytapucú-Guazú, a lo que se llamaba antes Monte de San Fernando; Guaché, al río Guasarapo, etc. De este modo han cambiado todos los nombres, cosa que embrolla mucho la geografía y la demarcación de límites.

No contentos los mbayás con estas conquistas, avanzaron mucho al Sur e hicieron grandes daños en la aldea de Tobaty, situada a 25° 1′ 35″ de latitud, y obligaron a los habitantes a emigrar. Atacaron en seguida a los españoles, matando a varios centenares, y destruyeron hasta las granjas inmediatas a la misma Asunción, que era la capital. Atacaron también la ciudad de Curuguaty, y faltó bien poco para que no exterminaran a todos los españoles del Paraguay. Esta guerra se terminó en 1746 por una paz no interrumpida hasta el 15 de mayo de 1796, en que un capitán español mató algunos mbayás. Éstos, después de la paz, se fijaron en las inmediaciones del trópico de Capricornio, no lejos del río Paraguay, y volvieron sus armas contra los caayguas, los aguitequedichagas y los ninaquiguilas, descritos anteriormente, y llevaron el saqueo por todas partes. Esto es lo que han hecho también en nuestra provincia de Chiquitos, de donde han obligado a emigrar a los habitantes de Sagrado Corazón. También

atacaron a los portugueses de Cayaba, pero actualmente están en paz.

Se divide ordinariamente esta nación en una porción de hordas, pero se reducen a cuatro principales. La *Catiguebo* se subdivide: una parte, en número próximamente de mil almas, habita a 21° 5′ de latitud al Oeste y cerca del río Paraguay, en la laguna llamada en otro tiempo de Ayolas. Su cacique, Nabidrigui o Camba, tiene seis pies y dos pulgadas de alto. En 1794 respondió a uno que le preguntaba por su edad: «No lo sé; pero cuando se empezaba a edificar la catedral de Asunción yo estaba ya casado y era padre de un niño». Como esta catedral se levantó en 1689, suponiendo que este cacique tuviera entonces quince años, resulta que tenía ciento veinte. Tenía cuando yo le vi el cuerpo encorvado, los cabellos medio grises y la vista un poco más débil que los demás indios; pero no le faltaba ni un diente ni un cabello. Montaba a caballo, manejaba la lanza e iba a la guerra como los demás. La otra parte de los catiguebos está dividida en dos hordas, que viven al oriente del río Paraguay. Una, que puede tener quinientas almas, habita entre los ríos Ipané y Corrientes o Appa, cerca del Paraguay, y la otra, que tiene cerca de trescientos individuos, vive en las laderas de las pequeñas montañas que llaman Nogoná y Nebatená, sobre el 21° de latitud. Las otras tres hordas, llamadas *Tchiguebó*, *Gueteadebó* y *Bentuebó*, que forman en conjunto cerca de dos mil almas, habitan los ribazos de Noatequidi y Noateliyá, entre los 21 y 20° 40′ de latitud, al este del Paraguay.

Evalúo su talla media en cinco pies y ocho pulgadas; sus formas y sus proporciones me parecen las mejores del mundo y muy superiores a las de los europeos. Se asemejan a los guanás y a otros indios en todas las cosas de que he hablado antes. No conocen ni obediencia, ni recompensas, ni castigos, ni leyes obligatorias, y sus diferencias particulares se deciden a pu-

ñetazos. Hablan también mucho entre ellos, y su mirada es abierta; los hombres usan el mismo barbote y todos se arrancan constantemente las cejas, las pestañas y el pelo, y dicen que no son caballos para tener pelo. Sus trajes, sus fiestas, sus borracheras, sus adornos, sus pinturas, sus caciques, su manera de curar los enfermos, se asemejan enteramente a los de los payaguás y de los guanás, siendo la única diferencia que los médicos son hombres y no mujeres. Pero se afeitan por completo la cabeza. Las mujeres solamente conservan, desde la frente hasta la parte superior de la cabeza, una banda de cabellos, de una pulgada de ancho y un poco menos de alto. Sus casas o chozas son semejantes a las de los pampas, que he descrito anteriormente. Son tan sólo más altas y anchas y las cubren con mantas, como los payaguás.

Su lenguaje es muy diferente de todos los otros y fácil de pronunciar. No tiene ningún sonido nasal ni gutural y carece de la letra *f*. Además, parece ser pomposo, y los nombres propios son significativos, como en el vizcaíno. Este lenguaje da lugar a la siguiente singularidad extravagante: los jóvenes de ambos sexos, antes de su casamiento dan a las palabras otra terminación que los hombres hechos, y a veces emplean términos diferentes, de manera que al oírlos se diría que son dos idiomas. Se observa algo semejante a esta extravagancia en la ciudad de Curuguaty, en el Paraguay. Las mujeres no hablan nunca mas que el guaraní, y los hombres de toda edad no usan sino este lenguaje con ellas, mientras que entre sí se expresan siempre en español. Esto parece aún más extraordinario cuando se sabe que todos los otros españoles del Paraguay hablan siempre el guaraní y sólo los muy educados hablan español.

Los españoles, fundadores de la ciudad de que acabo de hablar, tomaron mujeres indias. Sus hijos aprendieron el lenguaje de las madres, como era natural, y

probablemente conservaron el español; mas como cuestión de honor, para probar que su raza era más noble. Pero los españoles del resto de esta provincia no pensaron así, sino que olvidaron su lengua, substituyéndola por la de los guaraníes. Exactamente lo mismo ocurrió en la inmensa provincia de San Pablo, donde los portugueses, habiendo olvidado por completo su lengua, no hablan mas que guaraní. Deduzco de todos estos hechos que son las madres y no los padres quienes enseñan y perpetúan las lenguas, y que mientras los Gobiernos no establezcan la uniformidad de lenguaje entre las mujeres es en vano que se cansen en reglamentar la instrucción a este efecto.

Los mbayás se creen la nación más noble del mundo, la más generosa, la más formal en el cumplimiento de su palabra con toda lealtad y la más valiente. Como su talla, la belleza y elegancia de sus formas, así como sus fuerzas, son bastante superiores a las de los españoles, ellos consideran a la raza europea como muy inferior a la suya. En cuanto a religión, carecen de ella y no se observa entre ellos nada que se refiera a este fin, ni a la vida futura. Se encuentran algunos que para explicar su primer origen se expresan así: «Dios creó al principio todas las naciones tan numerosas como son hoy, no contentándose con crear un solo hombre y una sola mujer, y las distribuyó sobre toda la superficie de la tierra. Posteriormente pensó en crear un mbayá con su mujer; y como había ya dado toda la tierra a las otras naciones, de manera que no le quedaba nada que distribuir, ordenó al ave llamada *caracara* ir a decirles de su parte que estaba muy pesaroso de no tener terreno que darles y que por esto sólo había creado dos mbayás; pero que para remediarlo les ordenaba andar siempre errantes por el territorio de los otros y no cesar nunca de hacer la guerra a todas las naciones, matar a todos los hombres adultos y adoptar los niños y las mujeres para aumentar su número.»

Nunca preceptos divinos se han ejecutado con más fidelidad, porque la única ocupación de los mbayás es errar de un lado a otro cazando o pescando, para alimentarse, y hacer la guerra a todo el género humano, matando o conservando a sus enemigos, conforme a la orden del caracara. Hacen, no obstante, una excepción con respecto a la nación guaná, con la cual están estrechamente unidos en una gran amistad. En efecto, como ya lo hemos dicho, los mbayás tienen siempre una multitud de guanás que les sirven como esclavos voluntaria y gratuitamente, que cultivan la tierra para ellos y les prestan otros servicios. Además de estos esclavos o domésticos los mbayás encuentran otros muchos en los niños y mujeres que cogen en la guerra, y que no son sólo indios, sino también españoles, de manera que el mbayá más pobre tiene tres o cuatro esclavos. Éstos van por leña, guisan, levantan las tiendas o chozas, cuidan de dar pienso a los caballos y de tenerlos prontos para ser montados, y también cultivan las tierras, lo que es bien poca cosa. Los mbayás no se reservan mas que la caza, la pesca y la guerra; de manera que me ha sucedido hacer a un mbayá regalos que no ha querido tomar, y ha ordenado a sus esclavos recibirlos: tan vanos y perezosos son.

Es cierto que los mbayás quieren mucho a todos sus esclavos; jamás les mandan de un modo imperioso, nunca les riñen, ni los castigan, ni los venden, aun tratándose de prisioneros de guerra. Se confían a la buena fe del esclavo y se contentan con lo que quiere hacer por sí mismo, y reparten con él lo que tienen, de manera que ningún prisionero de guerra, aunque esclavo, quiere dejarlos, ni tampoco las mujeres españolas que tienen consigo, aunque algunas de ellas fueran ya adultas y hubieran tenido hijos cuando las cogieron. ¡Qué contraste con el trato que los europeos dan a los africanos!

Los mbayás subsisten de la agricultura ejercida por

sus esclavos, de la pesca y de la caza. Desde algún tiempo a esta parte varios de ellos se han dedicado a pescar con anzuelo o a flechazos, y se han provisto también de algunas canoas semejantes a las de los payaguás. Otros se han dedicado a criar y sostener pequeñas piaras de vacas y ovejas, pero sin hacer uso de la leche, que aborrecen, como todos los indios salvajes. Poseen muchos caballos, pero es raro que vendan ninguno: tanto interés ponen en ellos. Sobre todo tienen especial cuidado con el que destinan para el combate, y no se desharían de él por nada del mundo. Montan en pelo y se colocan casi sobre la grupa. Algunos hacen uso de un bocado de hierro; otros lo suplen con dos pequeños palos, que hacen su oficio, o se limitan a amarrar la mandíbula inferior con una correa a la cual corresponden otras dos, que sirven de riendas. Pero no saben hacer uso de las bolas, de que he hablado, ni del lazo, que es tan común entre los españoles.

Sus solas armas en la guerra son una lanza muy larga y una macana o bastón de tres pies de largo y más de una pulgada de diámetro, en todo su grueso, hecha de una madera muy pesada y muy dura, y aunque ellos tengan también arcos y flechas, no hacen uso de ellos mas que para la caza y la pesca. Cuando han resuelto atacar a un enemigo montan sobre el caballo más malo que tienen, y cada uno lleva en reserva el que destina al combate. Cuando están a tiro cambian de caballo y abandonan el malo. No omiten precaución para sorprender al enemigo; pero si no pueden conseguirlo, lo atacan de frente, ordenados en forma de media luna, para tratar de envolverlo. Si ven que el enemigo se conserva en orden sin mostrar temor, se detienen a más de un tiro de fusil; tres o cuatro se bajan del caballo y se acercan mucho al enemigo haciendo muecas, dando saltos y brincos y arrastrando por el suelo o sacudiendo pieles de jaguarete para espantar a los caballos del enemigo y desordenar sus filas, o bien inci-

tarlo a hacer una descarga general; si consiguen esto último se lanzan con la rapidez del rayo y no se les escapa nadie.

Los españoles aguerridos conservan bien sus filas, y cuando ven venir a los que traen las pieles mandan echar pie a tierra a los mejores tiradores del centro y de las alas y les ordenan hacer fuego graneado, y desde muy cerca, sobre los que avanzan. Si se consigue matar a alguno, vienen los otros a recoger el cadáver, y cuando se los deja, todos se van; pero es necesario estar prevenido, porque si se los persigue sin conservar la formación, o se corre tras de alguno en particular, o se quieren reunir los malos caballos que ellos han abandonado, repiten la carga con la velocidad del rayo. También saben preparar peligrosas emboscadas y falsos ataques; en fin, en número igual no se lleva ventaja con ellos, a pesar de las armas de fuego. Como puede presumirse, no tienen jefe ninguno en la guerra ni en la paz, porque su Gobierno se reduce a asambleas, donde los caciques, los viejos y los indios más prestigiosos arrastran los votos de los otros. En cada expedición se contentan con obtener una sola ventaja. Sin esto no quedaría ya hoy un español en el Paraguay ni un portugués en Cuyabá.

Entre los mbayás los hombres comen de todo, pero las mujeres casadas no emplean nunca en su alimentación ni vaca, ni capibara, ni mono, y cuando tienen su evacuación periódica no comen mas que legumbres y frutas, y jamás prueban con pretexto alguno nada que tenga o pueda tener grasa. Como razón de esto dicen que le salieron cuernos a una mujer que estando en su período crítico comió pescado con grasa. Sería, sin duda, una cosa extraordinaria una mujer con cuernos, pero no es menos singular ver caballos cornudos y toros mochos, como hemos referido en el capítulo IX. El alimento de las mujeres mbayás ofrece una particularidad, y es que las doncellas no comen nunca carne de

ninguna clase, ni aun de peces grandes, es decir, de aquellos que tienen un pie o más de largo. Viven, pues, de vegetales y pequeños peces, sin poder decir la razón. Los mismos cartujos no han llegado a tal grado de austeridad. Las mujeres mbayás son, en general, las más incitantes y más complacientes de todas las indias, y sus maridos son poco celosos. El divorcio y la poligamia son libres entre ellos, como en todas las otras naciones indias, pero uno y otro son raros.

Las mujeres mbayás celebran de tiempo en tiempo una fiesta que se reduce a hacer una procesión alrededor de sus chozas. Llevan en la punta de las lanzas de sus maridos las cabelleras, huesos y armas de los enemigos que han matado en la guerra, y celebran las proezas de los hombres. Para inflamar su valor y darles a entender que ellas tampoco carecen de él y que son dignas de su confianza y su ternura terminan la fiesta peleándose unas con otras a puñetazos hasta ensangrentarse la boca y la nariz y aun partirse algunos dientes. Los maridos las felicitan y ponen fin a la fiesta emborrachándose todos ellos, pero no las mujeres, que no beben ningún licor.

Ya he dicho que se prostituyen fácilmente; pero lo que hay de más singular es que hayan adoptado la costumbre, bárbara y casi increíble, de no criar ninguna mas que un hijo o hija y matar todos los demás. Conservan ordinariamente el último de que quedan embarazadas, cuando esperan no tener más, en vista de su edad y el estado de sus fuerzas. Si se equivocan en el cálculo y tienen otro hijo después del que han conservado, matan al último. Algunas se quedan sin hijos porque han calculado mal que tendrían aún otro. Yo me encontraba en medio de muchas de estas mujeres con sus maridos y les hacía severos reproches porque permitían sacrificar a sus propios hijos y exterminar así su nación, puesto que no podían ignorar que un matrimonio formado por marido y mujer no producía así

mas que un hijo. Me respondieron, sonriendo, que los hombres no se debían mezclar en los asuntos de las mujeres.

Me dirigí entonces a las mujeres, hablándoles lo más enérgicamente que me fué posible, y después de mi arenga, que oyeron con escasa atención, una me dijo: «Cuando damos a luz en su tiempo completo, esto nos estropea, nos deforma y nos envejece, y vosotros los hombres no nos queréis en ese estado; además, nada más engorroso para nosotras que criar los niños y llevarlos en nuestras diferentes marchas, en las que con frecuencia nos faltan los víveres; esto es lo que nos ha decidido a provocarnos el aborto en cuanto nos sentimos embarazadas; porque nuestro fruto, siendo entonces más pequeño, sale con más facilidad.» Yo le pregunté que cómo se valían para abortar, y ella me contestó: «Vas a verlo.» En seguida se tendió de espaldas en el suelo, completamente desnuda, y dos viejas empezaron a darle sobre el vientre golpes muy violentos hasta que empezó a salir sangre; tal fué el preludio del aborto, que se verificó el mismo día. También supe que algunas quedaban lastimadas para el resto de su vida y que otras se morían. Como estos salvajes no llevan cuenta de nada, no pueden fijar la antigüedad de esta horrible práctica, pero dicen que en otro tiempo no la conocían, y esto debe creerse porque ningún manuscrito antiguo hace referencia a ella. En cuanto al presente, está universalmente extendida entre todas las mujeres de esta nación y de algunas otras, como veremos.

Se cura a los enfermos chupándoles el estómago, como he dicho anteriormente; pero si tienen que ir a establecerse a otro lado y hay un enfermo que no está en estado de seguir a la horda o cuya enfermedad tiene trazas de durar mucho, lo abandonan. La familia o parentela llora los muertos, sobre todo si es un cacique o un sujeto de reputación, y se le entierra en el

cementerio o lugar destinado para este objeto, con sus alhajas o sus atavíos y sus armas. Además se degüellan sobre la tumba cuatro o seis de sus mejores caballos. Yo creo que esto procede del mismo principio que hace enterrar las alhajas con el muerto, y esta costumbre no puede remontarse a más que la época en que empezaron a tener caballos. Si entierran con el cadáver las alhajas y los caballos del difunto es porque todos los indios salvajes tienen un gran horror a los muertos y no quieren conservar nada que les recuerde su memoria (1). Si el enfermo ha muerto muy lejos del cementerio, y esto hace que sea de temer la descomposición, lo envuelven en una manta y lo suspenden de un árbol durante tres lunas, para dejar disolverse las entrañas y secar el cuerpo como cartón, y entonces lo llevan al cementerio. El duelo dura tres o cuatro lunas, pero sólo entre los parientes, y se reduce a que las mujeres y los esclavos no coman mas que vegetales y nada de carne y guarden un silencio tan profundo que no responden una sola palabra a los que les hablan.

PAYAGUÁS.—Esta nación, fuerte y poderosa, da su nombre al río Paraguay, que se llamaba antes *Payaguay* o *río de los Payaguás*, nombre que hemos nosotros alterado un poco haciéndolo extensivo a todo el

---

(1) Esta costumbre es universal en casi todos los pueblos bárbaros y responde ciertamente en todos al mismo principio, es decir, a la idea de una vida futura y al deseo de procurar a los muertos, en el otro mundo, las armas, los animales y con frecuencia los servidores que tenían en éste. Por tal razón, en muchos pueblos salvajes han degollado sobre las tumbas de los muertos sus mujeres y sus esclavos. Esta bárbara costumbre se perpetuó hasta un período muy avanzado de la civilización. Tal sucede con las mujeres de los brahmanes indios, que se queman sobre la pira de sus maridos (*). Homero y los otros poetas griegos nos ofrecen frecuentes ejemplos de este género de superstición. *(C. A. W.)*

(*) Léase BERNIER (F.), *Viaje al Gran Mogol, Indostán y Cachemira*, en la colección de *Viajes clásicos*, editada por CALPE.

país, como se ha visto en el capítulo IV. A la primera llegada de los españoles esta nación estaba dividida en dos hordas, que se habían repartido el imperio del río Paraguay sin permitir que nadie lo navegara. Una habitaba a los 21° 5′ de latitud, lugar ocupado al presente por una partida de mbayás, como antes he dicho, y la otra hacia los 25° 17′ de latitud. La nación entera llevaba el nombre de *payaguá*, y para distinguirse las hordas se llamaban a sí mismas *cadigué* y *magach;* pero los españoles aplicaron el nombre genérico, el de payaguá, exclusivamente a la división más septentrional y corrompieron el otro llamándole *agace*. Después de la muerte del cacique Magach, cuya horda llevaba entonces el nombre, los españoles, habiendo reconocido que los indios eran verdaderamente payaguás, suprimieron y olvidaron el nombre de agaces y llamaron a todos payaguás. Los historiadores, que no estaban instruídos en estos hechos, han creído que la nación agace había sido totalmente exterminada; se fundaban en que no encontraban este nombre en la lista de las naciones indias, y además ignoraban que no era una nación, sino simplemente una horda. Hoy en el Paraguay se da el nombre de payaguás a toda la nación, y en cuanto a la parte que habita más al norte, se la llama *sarigué*, y la otra *tacumbú*, aunque se distinguen ellas mismas en *cadigués* y *siacuás*.

Los siacuás o tacumbús, antiguamente *agaces*, mataron quince españoles del ejército de Sebastián Gaboto, que fué el primer europeo que entró por el río Paraguay. Algún tiempo después los mismos siacuás, con sus canoas, entablaron un combate desesperado con los españoles que subían por el mismo río, mandados por Juan de Ayolas, y les mataron quince soldados. El mismo Ayolas subió luego más arriba, con doscientos españoles, siendo atacados y muertos todos por los payaguás sarigués. También destruyeron una aldea española cerca del río Jesuy y el pueblo de in-

dios ohomas, y faltó poco para que hicieran lo mismo en Ipané, Guarambaré, Itati y Santa Lucía, etc. En fin, desde la conquista estos indios han sido los enemigos más constantes, astutos y crueles de los españoles, de los portugueses de Cuyabá y de todos los otros indios, sin excepción. De manera que si alguna vez han hecho la paz con algunos ha sido para ligarse contra otros y para realizar alguna traición, porque jamás conocieron la lealtad ni la buena fe. Sus proezas están consignadas en un gran número de piezas que se hallan depositadas en los archivos de la Asunción. Como no es el caso de dar aquí el extracto, baste saber que han matado a muchos millares de españoles y que con frecuencia ha faltado poco para que exterminaran a todos los del Paraguay.

Esta nación astuta observó que la población de los españoles aumentaba en el Paraguay y que los de Buenos Aires podían auxiliarlos; vió también el aumento de los portugueses en Cuyabá, y reflexionando que no había para ella ningún medio de escaparse y que no tenían fuerzas suficientes para exterminar a todos sus enemigos, resolvió hacer la paz de buena fe con los españoles, aliándose a ellos del modo más estrecho. Ofrecieron, en consecuencia, estos indios hacer una alianza ofensiva y defensiva contra todo el mundo, sin excepción. Otro artículo de sus ofertas fué que la horda tacumbú se fijaría en Asunción, capital del Paraguay, donde se la dejaría seguir tranquilamente sus costumbres y género de vida, y que se le permitiría algunas veces hacer la guerra en particular a los indios que no tuvieran ni comunicación ni tratado con los españoles.

Efectivamente, en 1740 la horda tacumbú se fijó en Asunción, y no sólo son aliados fieles en tiempos de guerra, sino también habitantes muy útiles porque proveen a los españoles de pescados, de sauces, de cañas, de forraje para los caballos, de canoas, de remos,

de algunas mantas y otros objetos menudos, y además les prestan otros servicios particulares. Todo el producto de este comercio lo emplean en aguardiente, carne, dulces, judías, etc., sin hacer ningún ahorro, y conservan sus costumbres, sin cambiar nada absolutamente y sin hacer caso alguno de las de los españoles.

En 1790 la horda sarigué se incorporó a la de los tacumbús, y están las dos reunidas en la capital del Paraguay y forman en totalidad cerca de mil almas. Un gobernador que deseaba hacer valer sus servicios a la Corte hizo bautizar a ciento cincuenta y tres niños menores de doce años, el 28 de octubre y 3 de noviembre de 1792. Ya se ha comprobado que ellos no quieren, en absoluto, ser cristianos, y si se los obligara empezarían otra vez la guerra.

Su lenguaje es muy diferente de todos los otros; es tan gutural que no se pueden expresar los sonidos con nuestras letras, y tan difícil que nadie ha podido aprenderlo; pero un gran número de payaguás entiende y habla el guaraní, pues habitan una ciudad en que no se usa otra lengua. Yo estimo que su talla media puede ser de más de cinco pies y cuatro pulgadas; sus proporciones son bellas, y me parecen más ágiles y más ligeros que ningunos otros indios y que los españoles. Es inútil observar que ninguno de ellos es contrahecho y que carecen del menor defecto corporal. Esta ventaja es común a todos los indios, que tampoco llegan nunca a ser demasiado gordos; pero su color es algo más claro y su fisonomía menos sombría y más abierta. Por lo demás, se parecen a los guanás en los siguientes aspectos: se arrancan constantemente las cejas, las pestañas y el pelo, y no conocen ni obediencia, ni recompensas, ni castigos, ni leyes obligatorias. Las mujeres tienen un uso particular, y es que desde que el seno de las doncellas llega a su punto máximo natural de crecimiento empiezan a comprimirlo y diri-

girlo hacia la cintura, apretándolo, ya sea con la manta misma, o con una correa, de modo que a los veinticuatro años o antes está colgante como una bolsa. Independientemente de esto, el seno de todas las indias parece tener menos elasticidad que el de las europeas y cae mucho más pronto. No es, por tanto, extraño verlas muchas veces dar de mamar a sus hijos por debajo del brazo o por encima del hombro, porque sus mamas son muy colgantes y tienen siempre el mamelón muy grueso.

Cuando las mujeres quieren hilar preparan el algodón disponiéndolo en forma de larga morcilla del grueso de un dedo, sin torcerlo; después, sentándose en el suelo con las piernas extendidas, toman su huso, que tiene cerca de dos pies de largo, y empiezan a hilar, haciendo dar vueltas al dicho huso sobre la pierna desnuda, pero torciendo poco el hilo, que van arrollando sobre el huso mismo. Cuando han hilado todo el algodón que tenían en el brazo ponen alrededor de este mismo brazo el hilo que había en el huso, para torcerlo por segunda vez, y lo van reuniendo en la parte inferior del repetido huso. En este estado, y sin ponerlo doble, lo emplean ellas para fabricar sus cobertores y nunca para coser, pues no practican jamás esta operación.

Estos cobertores o mantas se reducen a una pieza de tela de algodón, más o menos grande, según su destino. Aquellas que usan las mujeres de edad no tienen a lo sumo mas que la longitud necesaria para cubrirlas desde los hombros a la pantorrilla, y ancho suficiente para dar vuelta y media alrededor del cuerpo. Las fabrican sin telar, disponiendo los hilos entre dos palos separados a proporción de la longitud que ha de tener la manta. Pasan en seguida el hilo a través sin lanzadera, con la sola ayuda de los dedos, e inmediatamente lo aprietan con fuerza con una especie de regla o cuchillo de madera. Tal es la manera de hilar y

hacer las telas que emplean todas aquellas naciones de que yo he dicho hacen uso de vestidos tejidos, a excepción de las de la cordillera de Chile que se fabrican ponchos, porque al menos algunas hacen uso de telares.

Las mujeres emplean para vestirse una de estas mantas, en que se envuelven del estómago al tobillo y a veces desde los hombros; pero llevan además un trapo de un pie cuadrado, atado con una cuerda y fijo a la cintura, de manera que cuelga delante de las partes sexuales. Los hombres van enteramente desnudos; pero cuando hace frío, y para entrar en las casas de la ciudad, se ponen por los hombros una de estas mantas, para cubrirse, en tanto en cuanto es necesario, las partes anteriores. Otros se ponen una camiseta que no tiene cuello ni mangas y cubre apenas el signo distintivo del sexo. Los hay que se pintan el cuerpo de diferentes colores, a manera de chaqueta, de chaleco y de pantalón, y aunque desnudos del todo, van así por todas partes.

El barbote es la marca distintiva de los hombres, que llevan además brazaletes, tan diferentes por sus formas como por las materias de que están construídos, no sólo en los brazos, sino en los tobillos.

A veces se suspenden de las muñecas pesuñas de ciervo, que producen un cierto sonido chocando unas con otras, y llevan tahalíes de hilo de plata o de fragmentos de conchas, donde suspenden una bolsa tan pequeña que apenas cabe en ella una moneda como una peseta. Es verdad que casi no hacen uso de esta bolsa, porque se meten siempre en la boca el dinero que ganan. Llevan sobre la cabeza penachos de plumas, y los que han matado algún enemigo los colocan verticalmente sobre el cerviguillo. Se hacen rocallas de formas y materias muy variadas. Se trazan en la cara y el cuerpo dibujos imposibles de describir y de color diferente, según el capricho de cada uno. No

llevan estos ornamentos todos los días, sino cuando les parece, a capricho. Se cortan los cabellos al rape por delante y a la altura de la oreja por los costados, dejando caer en libertad el resto de dichos cabellos y amarrándoselos por detrás con una pequeña correa de piel de mono, pero que conserva su propio pelo.

Cuando las jóvenes llegan a la época de su primera menstruación dan parte de este acontecimiento a todo el mundo y se aplican las pinturas características de la adolescencia de su sexo. Estas pinturas se reducen a una banda o raya que parte del nacimiento del pelo y se prolonga en línea recta sobre la nariz hasta el extremo de la barbilla, pero exceptuando el labio superior. Además, se ven salir de la raíz de sus cabellos siete o nueve líneas verticales que cortan la frente y el párpado superior. En cada comisura de la boca se pintan dos cadenas paralelas a la mandíbula inferior, terminadas a los dos tercios de la distancia de la oreja. Aun se pintan dos eslabones, que salen de cada ángulo exterior del ojo y terminan en la parte superior de la mejilla.

Todas estas pinturas que emplean las mujeres no son superficiales, como las de los hombres, sino permanentes y de color violeta, porque se pican la piel para que el color penetre interiormente. Algunas de estas mujeres, más coquetas que las otras, se pintan de rojo la cara, el seno y los muslos, y se trazan una cadena parda de grandes anillos en los brazos, desde el puño hasta el hombro; pero estas pinturas no están impresas en la piel y las que son rojas no presentan nunca ningún dibujo.

Las mujeres, como los hombres, se cortan los cabellos al rape por delante, pero no sobre las orejas, y dejan caer el resto naturalmente, sin sujetárselo nunca. Llevan sortijas, sean de la clase que sean, en todos los dedos; pero no llevan ni collares ni alhajas de ninguna otra especie.

Sus chozas o sus casas son semejantes a las que ya he descrito. La sola diferencia es que las cubren de juncos que no están tejidos, sino colocados en toda su longitud y cosidos o reunidos con hilos. El deber de las mujeres es hacer esteras, levantar y desmontar las chozas, fabricar mantas y también los pucheros y platos de barro. Estos pucheros están cubiertos de pinturas y dibujos, pero muy mal cocidos. Deben también hacer cocer las legumbres y el pescado algunas veces, pero esto es raro, porque son los maridos los que preparan la carne y el pescado, yendo también a buscar la leña. Comen de todo, pero las mujeres jamás se alimentan de carne, porque dicen que les hace daño.

Estos indios se parecen a las otras naciones en que comen cuando tienen gana, escogiendo lo que les agrada entre los alimentos cocidos, sin esperar ni advertir a nadie; en que no hablan ni beben hasta el final de la comida; en que no hacen uso de tenedor ni cuchara y se mantienen mientras comen a cierta distancia unos de otros, aun entre padres e hijos y marido y mujer; en que para tomar el caldo o la salsa no se sirven mas que del índice y del dedo inmediato, y que no obstante lo hacen tan de prisa como si tuvieran una cuchara; en que comiendo el pescado más abundante en espinas no las separan de la carne sino por un movimiento de la lengua y las guardan a los lados de la mandíbula, como los monos, para arrojarlas todas de una vez después de haber acabado de comer, y en que tienen horror a la leche; en que no se lavan jamás las manos, la cara ni el cuerpo, y no barren nunca sus habitaciones. Saben también encender fuego sin piedra de chispa, como todos los otros indios. Para este efecto hacen dar rápidamente vueltas a un pedazo de palo, del grueso de un dedo, que hacen entrar por un extremo en otro pedazo agujereado al efecto, y le dan un movimiento como el de un molinillo de chocolate, hasta que este movimiento, reiterado, produce un pol-

vo semejante a la yesca inflamada. Como a todos los otros indios salvajes, nuestra forma de casas les da miedo, ya sea a causa de su obscuridad, ya porque teman que se les caigan encima, y nada del mundo puede reducirlos a pasar en ellas una sola noche.

El famoso *Magache*, que en la época de la llegada de los españoles era el cacique de estos indios, no existe ya. El de los sarigués, es el hijo mayor de Cuaty, que yo he conocido personalmente, y que era con seguridad tan viejo como Nabidrigué o Cambá, de que he hablado, es decir, que tenía ciento veinte años. En efecto, decía que era ya cacique y estaba casado cuando se empezó la catedral de Asunción. Tenía, como el otro, todos sus dientes, tan blancos y bien ordenados como un europeo de veintiséis años; igualmente conservados estaban todos sus cabellos, de que sólo la tercera parte era blanca. Únicamente su vista se había debilitado. Pero a pesar de esto remaba, pescaba, se emborrachaba y obraba como todos los otros. La primera vez que yo lo vi estaba sentado en el suelo, completamente desnudo, y sin molestarse soltó sus aguas en plena conversación. El cacique de los payaguás, no más que los otros, no tiene ninguna autoridad ni ninguna marca distintiva, y no recibe ni tributos ni servicios. La nación está gobernada por la asamblea, que se reúne al ponerse el Sol, pero sin poder imponer obligación a nadie, porque el payaguá es absolutamente libre y no reconoce ninguna desigualdad de clases, como no sea la del cacique, que se reduce a nada.

Siendo todo libre en esta nación, el divorcio lo es también, aunque sea bastante raro. Entonces la mujer va a buscar a su familia, llevándose a todos sus hijos. Se lleva también los materiales de la choza, la canoa y cuanto es de la casa. El marido sólo conserva sus armas y sus vestidos. Si no hay hijos, cada uno guarda lo que le pertenece. Las indias no buscan ayuda de

nadie para dar a luz. Sin embargo, cuando una mujer payaguá está en el trance y se la oye suspirar, o sus dolores duran demasiado tiempo, sus vecinas acuden llevando en la mano cascabeles enhebrados y se los sacuden violentamente sobre la cabeza durante un instante; después la dejan, pero recomienzan si lo creen necesario.

Apenas la mujer ha dado a luz, sus amigas se colocan en dos filas desde la casa hasta el río, que está siempre muy cerca. Extienden sus ropas a los dos lados, como para interceptar el paso del viento, y la que ha dado a luz pasa por el medio y se arroja al agua para bañarse.

Los payaguás se parecen a todas las demás naciones indias en que no conocen otra fiesta ni más diversión que la borrachera. El día que destinan a emborracharse no comen nada y beben una enorme cantidad de aguardiente; y se mofan de los borrachos españoles que comen al mismo tiempo, porque dicen que no les queda lugar para la bebida. Los que aun están solteros y que viven, sin trabajar, a expensas de sus padres, no beben jamás aguardiente. Las mujeres no lo beben mas que rara vez, y eso si ellas poseen con que comprarlo, porque los maridos no se lo dan jamás; y sin embargo, cuando ellas lo tienen son ellos los que se beben la mayor parte. El hombre borracho va siempre acompañado de su mujer o de un amigo; cuando éstos ven que no puede casi tenerse en pie lo llevan a su choza y le hacen sentarse. Entonces el borracho empieza a cantar en voz baja, diciendo: «Quién osará ponerse ante mí? Que vengan uno o dos o más: estoy lleno de ardimiento y valor y los haré pedazos.» Repite lo mismo muchas veces, y da luego puñetazos al aire como si se peleara, acabando por caer profundamente dormido. Pero no hay ejemplo de que un borracho coja armas ni haga el menor mal a nadie, ni que insulte a las mujeres, mientras que éstas provo-

can a sus maridos cuanto les es posible. El motivo para estas fiestas de borrachera se reduce a cualquier pretexto, sea el que sea, o nada, como antes he dicho.

Además de estas fiestas particulares celebran otra más solemne y más sangrienta, en el mes de junio. Toda la nación toma parte; y es también celebrada por los guanás, los mbayás y todas las naciones siguientes; pero las mujeres y los que no son jefes de familia no participan en ella (1).

La víspera los hombres se pintan la cara y todo el cuerpo lo mejor que son capaces y se adornan la cabeza con plumas de colores y de formas tan extraordinarias que es imposible dejar de admirarse al verlos y también son imposibles de describir. Además cubren con pieles tres o cuatro vasijas de barro y golpean encima con unos palillos más pequeños que la más diminuta pluma de escribir: así es que apenas se oye el sonido a quince pasos. A la mañana siguiente se beben todo el aguardiente que tienen, y cuando están bien borrachos se pellizcan unos a otros en los brazos, los muslos y las pantorrillas, cogiendo la mayor porción de carne que pueden, y se clavan de parte a parte una astilla de madera o una espina de raya de las más gruesas. Repiten de tiempo en tiempo esta operación hasta la noche, de modo que se encuentran todos acribillados del mismo modo, y de pulgada en pulgada, en ambos muslos, ambas pantorrillas y ambos brazos, desde el puño hasta el hombro. Como los payaguás celebran esta fiesta en la ciudad misma de Asunción, capital del Paraguay, y en público, todo el mundo va

---

(1) Se ve por este pasaje de nuestro autor, y por otros muchos, que a pesar de la libertad individual de que gozan estos salvajes existe realmente entre todos ellos una clase intermedia entre el cacique y el resto de la nación, que es la de los jefes de familia o de tribu, lo cual es conforme a lo que yo he dicho del gobierno de estos pueblos en mi *Essai sur l'Histoire de l'espèce humaine*, pág. 65. *(C. A. W.)*

a contemplarlos. Pero cuando se ve que los pinchazos no se limitan a lo dicho, sino que además se atraviesan también de parte a parte la lengua y el miembro viril, las señoras huyen dando gritos agudos; pero las indias, a quienes personalmente interesa, asisten con gran sangre fría al espectáculo.

Reciben en la mano la sangre que corre de la lengua y se frotan con ella la cara. En cuanto a la que destila del miembro, la hacen caer en un agujero pequeño que hacen en el suelo con el dedo. De la sangre que corre de las demás heridas no hacen caso alguno. He visto esta ceremonia durante varios años, y tan de cerca que tocaba al paciente, y puedo asegurar con toda formalidad que no he oído a ninguno hablar ni quejarse, ni he visto en su cara ni en los movimientos de su cuerpo el menor signo de dolor ni sensibilidad. En una palabra, se hubiera dicho que los actores de la escena eran maniquíes. No dan razón alguna de esta costumbre, y dicen ingenuamente que no conocen otra que el deseo de demostrar que son valientes. No se aplican nada para curarse las heridas, que duran largo tiempo y se llenan de pus, que se contentan con exprimir.

Algunos se bañan en ese estado, y se comprende perfectamente que se les hinche todo el cuerpo y las cicatrices les duren toda la vida. Como durante el tiempo empleado en la festividad ninguno puede ir a buscar con que vivir, y algunos se quedan imposibilitados de hacerlo durante muchos días, las familias sufren bastante de hambre. Es cierto que todos los indios la soportan mejor que nosotros y mucho más tiempo; pero toman también a la vez una gran cantidad de alimento. En esto se asemejan a las aves de rapiña y a muchos cuadrúpedos carniceros.

Cuando la tempestad o el viento vuelca sus casas, cogen algunos tizones de su hogar y corren cierta distancia contra el viento, amenazándole con dichos tizo-

nes. Otros, para espantar la tempestad, dan numerosos puñetazos en el aire. Otro tanto hacen a veces cuando aparece la luna nueva, pero dicen que esto es sólo para mostrar su alegría, lo que ha dado lugar a que algunos crean que la adoran; pero el hecho positivo es que no reconocen creador, que no hacen adoración ni culto a nada y que no tienen religión alguna. Yo les he hablado diferentes veces de la vida futura: unos me han dicho que no tenían idea alguna de ella, y otros que todos los payaguás, después de su muerte, iban a un lugar lleno de calderas y de fuego; otros aún, que sólo los payaguás malos iban a ese lugar, mientras que las almas de los buenos habitaban entre las plantas acuáticas y se alimentaban de peces y yacarrés (1).

Habiéndoles preguntado que por qué no iban al cielo de los españoles, me respondieron que no era posible porque su origen era por completo diferente. Quise saber si tenían alguna idea de este primer origen, y me respondieron que no sabían nada; sólo dos me dijeron: «Nuestro primer padre fué el pez que llamamos pacú; el vuestro fué el pez que llamamos dorada, y el de los guaraníes fué un sapo. Por esto vuestro color es más claro y más bello, única ventaja que tenéis sobre nosotros, porque os superamos en todo lo demás; por esto también los guaraníes son ridículos y despreciables como los sapos.»

El método de sus médicos es el mismo que en todas las otras naciones; pero si el enfermo es una persona de reputación y que paga bien, hacen preparativos mucho más solemnes y grandes. El médico, completamente desnudo, con el cuerpo cubierto de pinturas y con una gran corbata de estopa o de caraguata

---

(1) Si tienen idea de una vida futura poseen una especie de religión, y las costumbres supersticiosas que el autor acaba de describir lo prueban con evidencia. *(C. A. W.)*

que le desciende hasta la cintura, coge una pipa y la enciende. Esta pipa es un palo, de un pie de largo y el grueso de la muñeca, perforado en toda su extensión, teniendo en uno de sus extremos un pico para aspirar el humo. Coge con la otra mano una calabaza vacía, de dos pies de largo, y formada por la unión de dos calabazas juntas en su longitud. Tiene dos agujeros, uno en cada extremo, el más grande de tres pulgadas de diámetro. El médico sopla por el agujero pequeño humo de tabaco y a continuación baña bien la calabaza, repitiendo la operación tres o cuatro veces. Después se aplica el borde del agujero mayor en el labio superior, cerca de la nariz, de modo que pueda abrir libremente la boca en medio de este agujero, y grita de modo que da a su voz sones variados y muy extraordinarios; pero no se comprende nada y el operador dice que son cosas que espantan la enfermedad. Continúa este manejo durante algún tiempo, y a veces durante dos horas, golpeando el suelo con el pie derecho y haciendo a la vez contorsiones a derecha e izquierda, inclinándose sobre el enfermo, que está tendido en el suelo, de espaldas y descubierto. En fin, se sienta a su lado, le pasa la mano por el estómago, friccionándolo durante unos momentos, y chupa luego con fuerza extraordinaria; a veces, deteniéndose, se escupe en la mano y muestra alguna piedrecita, algunas gotas de sangre o alguna espina. Tenía estas cosas en la boca preparadas para hacer creer que sacaba la enfermedad del cuerpo del paciente. En general los payaguás, así como todos los indios salvajes, están persuadidos, o al menos inclinados a creer, que el médico conoce y puede curar toda clase de enfermedades y que nadie moriría si el médico quisiera curarlo.

Esto es lo que dicen los mismos médicos, y procuran persuadir de ello para hacerse pagar bien y ser considerados en la sociedad. En efecto, lo consiguen, y algunas personas aseguran que las primicias

de todas las vírgenes son para los médicos. Para ejercer esta profesión basta hacer creer que se tiene la habilidad necesaria, y lo es generalmente el más borracho y el más holgazán. Si quisiéramos deducir de aquí el primer origen de la medicina, diremos que se considera a las enfermedades como gases o espíritus que se introducen en el cuerpo sin que lo advierta el paciente, y que los primeros médicos fueron charlatanes que hicieron creer que tenían el talento de extraer ese gas por la succión. El fondo de su medicina está en no dar a los enfermos mas que legumbres o frutos, en pequeña cantidad. Resulta, como entre nosotros, que la mayor parte de los enfermos se curan, lo que da fama a los médicos, y los demás enfermos sucumben a la última enfermedad. Pero si muere muy de prisa los demás salvajes se enfurecen con el médico y le dan una paliza y a veces lo matan.

Los payaguás, como todas las naciones salvajes, son de larga vida. Yo he visto, en efecto, muchos muy viejos, entre ellos los caciques Nabidriqui y Cuaty, que tenían ciento veinte años. Aunque se crea comúnmente en Europa que el exceso de aguardiente impide llegar a viejo, todos estos indios son borrachos en sumo grado; no obstante, yo no dudo de que su vida sea más larga que la nuestra, así como la de los negros; recientemente una negra nacida en el Paraguay y transportada a Tucumán ha muerto allí a la edad de ciento ochenta años. Como quiera que sea, los indios salvajes gozan de una perfecta salud. Yo jamás observé que ninguno tuviera el mal venéreo, ni que los españoles que han tenido comercio con mujeres indias salvajes hayan adquirido esta enfermedad. Pero aunque he observado que es muy rara entre los guaraníes sometidos o cristianos, es cierto que los españoles que tienen comercio con las mujeres de estos indios contraen ordinariamente un mal venéreo muy difícil de curar y que no se manifiesta, como en Europa, en

las glándulas del cuello, sino más bien en la nariz; de modo que yo estoy inclinado a creer que este mal procede de la mezcla de razas extremadamente diferentes y que no se conocía en América antes de la llegada de los españoles.

Apenas muere un payaguá, las viejas lo envuelven, con sus adornos y sus armas, en su manta o camiseta, y la familia alquila un hombre para llevarle al cementerio. Este hombre, así como los suyos, puede conservar lo que quiera de los efectos del difunto, porque los payaguás no son en esto tan escrupulosos como los otros indios. Aun no hace mucho tiempo que enterraban sus muertos sentados, con la cabeza fuera de la fosa, pero cubierta con una gran campana o pote de barro cocido. Han aprendido de nosotros a enterrarlos enteramente en toda su longitud, cosa que hacen de miedo de que los tatuejos y los cerdos salvajes devoren los cadáveres, como antes sucedía. Tienen cuidado de arrancar las hierbas sobre las sepulturas, barrerlas y cubrirlas con chozas semejantes a las que habitan, y poner sobre la tumba de los hombres a quienes querían una multitud de campanas o de vasos de barro cubiertos de pinturas, unos sobre otros y con la abertura hacia abajo. Los hombres no hacen nunca duelo por motivo ninguno, y en cuanto a las mujeres, se reduce a llorar durante dos o tres días por su padre o su marido; pero si ha sido muerto por los enemigos, o un hombre de gran reputación, lo lloran más tiempo, dando vueltas, llorando día y noche, alrededor del pueblo.

Los payaguás no conocen cultivo alguno y son solamente marineros. Las canoas, que ellos mismos construyen, tienen diez a veinte pies de largo; su mayor anchura es de dos a cuatro palmos a los dos tercios de su longitud, a contar de la proa. Ésta es muy aguda y la popa casi lo mismo. El remo tiene nueve pies, cuya extremidad, que es muy aguda, forma el tercio. Re-

man en pie sobre el extremo de la popa, pero se sientan en el medio de la canoa para pescar con sedal, y se dejan arrastrar por la corriente del río. Algunas veces sucede que la canoa zozobra, cuando se meten en ella grandes pescados que se debaten mucho. Entonces se ve con sorpresa que estos indios, no teniendo el agua mas que hasta el pecho, aunque haya seis varas de profundidad, manejando su canoa como un tejedor de lanzadera, vacian toda el agua en menos de tres minutos y saltan dentro de nuevo, sin perder jamás el sedal, el remo, ni el pescado, ni el arco, ni las flechas, ni nada de lo que tenían.

Para ir en son de guerra se colocan en pie seis o siete a lo largo de cada canoa, y remando todos a la vez la hacen marchar tan de prisa que avanzan seguramente más de siete leguas marinas por hora. El bichero puede servirles de lanza, según es de largo y puntiagudo, pero tienen además la macana o palo que he descrito previamente, arcos de siete pies y flechas de cuatro y medio, que llevan en haces, sin usar carcaj. Manejan estas armas con gran destreza, y cuando quieren proporcionarse un ave o un pequeño animal vivo ponen en la punta de la flecha algo para amortiguar el golpe, a fin de aturdirlo sin matarlo. Matan en la guerra a todos los hombres adultos y no conservan mas que las mujeres y los niños, lo mismo que hacen las otras naciones salvajes. Procuran siempre obrar por sorpresa y no alejarse del río, porque si se alejaran serían vencidos por las otras naciones que pelean a caballo.

Guaicurús.—Es una de las naciones más famosas en las historias y en las relaciones de estas regiones. Era también una de las más numerosas, y yo creo que la más fiera, la más fuerte, la más guerrera y la de más alta talla. Habitaba el Chaco, casi frente a Asunción, capital del Paraguay; su lenguaje era muy gutural y diferente de todos los demás; no cultivaba la tierra y vivía de

la caza. De esta nación tan orgullosa y tan poderosa no queda hoy mas que un solo hombre, el mejor proporcionado del mundo, que mide seis pies y siete pulgadas de alto. Tiene tres mujeres, y para no estar en tan grande soledad se ha reunido a los tobas, de que ha adoptado el traje y la manera de pintarse. El deplorable exterminio de esta valiente y soberbia nación no procede sólo de la guerra continua que no ha dejado de hacer a los españoles y a los indios de todas clases, sino también de la costumbre bárbara adoptada por sus mujeres, que se hacían abortar y sólo conservaban a su último hijo. (Véase lo que antes he dicho de los mbayás.) Se debe también presumir que es entre los guaicurús donde este uso inaudito ha tenido su origen antes que ninguna nación lo conociera; esto es, al menos, lo que hace pensar su destrucción total, y lo que hay de seguro es que esta costumbre le era desconocida en otro tiempo.

Para formarse una idea del efecto destructor de esta execrable costumbre basta pensar que el producto de ocho casamientos sólo será de ocho hijos. Según las reglas de probabilidades de duración de la especie humana, sólo cuatro llegarán a los ocho años y de estos cuatro sólo dos pasarán de los treinta. ¿Qué pasará cuando no se críe mas que un solo hijo, que formará la segunda generación? Siendo la primera de ocho, resulta que disminuyen las generaciones en progresión geométrica, que es en razón de ocho a uno. Resulta, pues, que las naciones que siguen este uso desaparecerán pronto de la superficie terrestre. ¡Qué lástima ver exterminarse así, por sí mismas, las naciones de la mayor talla, las más fuertes, mejor proporcionadas y más bellas que haya en el mundo! Lo mas doloroso es que no veo posibilidad de poner remedio. Yo creía que el amor de los padres, y sobre todo de las madres, por sus hijos procedía de la Naturaleza misma, y que la fuerza de este sentimiento era tan im-

periosa que ningún ser viviente dejaba de poseerlo en grado supremo; pero estos indios demuestran que hasta esta regla tiene sus excepciones.

LENGUAS.—Esta nación se da a sí misma el nombre de *juiadgé;* los payaguás la llaman *cadalu*; los machicuyus, *quiesmagpipo;* los enimagas, *cochaboth;* los tobas y otros indios, *cocoloth;* y los españoles los llaman *lenguas*, a causa de la forma particular de su barbote. Las relaciones y las historias la confunden ordinariamente con la nación guaicurú, pero es muy diferente de todas las demás. Vivía errante en el Chaco y en la vecindad de los guaicurús, y era una de las naciones más respetadas y formidables, orgullosa, presuntuosa, feroz, vengativa, implacable y tan holgazana, que no conocía más ocupaciones que la caza y la guerra. Sus armas eran las mismas que las de los mbayás, es decir, una lanza, una maza y algunas flechas. Montaban también sus caballos en pelo y tenían gran cuidado de los que estaban destinados al combate. En la guerra procuraban sorprender al enemigo, pero no dejaban de atacarlo de frente, como hemos visto en los mbayás, y mataban a todos los hombres adultos, no respetando sino las mujeres y los niños. He hablado de esta nación como si no existiera porque, a la verdad, está a punto de expirar. En 1794 no estaba compuesta mas que de catorce hombres y ocho mujeres, de todas edades, lo que da un total de veintidós individuos. De estos indios cinco se habían establecido con D. Francisco Amansio González, siete se habían reunido a la nación pitilaga, y el resto, a los machicuys. Estimo su talla media en cinco pies y nueve pulgadas, y sus proporciones son las más bellas del mundo. Se cortan los cabellos por delante a la mitad de la frente, y el resto a la altura del hombro, sin atárselos nunca. Desde que nacen les agujerean las orejas, y se meten en el agujero sucesivamente, durante todo el curso de su vida, trozos de madera, cada vez mayores, resultando unos

agujeros tan grandes que a la vejez forman círculos de más de dos pulgadas de diámetro, y que las orejas les caen sobre los hombros, de manera que cuesta trabajo creer que las orejas y el agujero que las perfora hayan tomado tal desarrollo. En esto se parecen a las mujeres aquitedechidagas, de que antes he hablado.

En todas las naciones indias el barbote caracteriza al sexo masculino. El de los lenguas es singular en extremo. Se reduce a un semicírculo de diez y seis líneas de diámetro, formado por una pequeña lámina de madera, que introducen diametralmente en un corte horizontal que se hacen en el labio inferior y que penetra hasta la raíz de los dientes; de manera que a la primer ojeada se diría que tienen dos bocas y que la lengua les sale por la inferior; esto es lo que ha dado origen al nombre de lenguas, porque este pedazo de madera o barbote tiene el aspecto de una lengua, y como no puede ajustar nunca perfectamente al corte, resulta que caen de él constantemente saliva y baba, que le dan un aspecto asqueroso. Este corte es muy pequeño en los niños, pero no cesan de aumentarlo durante toda su vida metiendo sucesivamente láminas cada vez mayores.

Los lenguas no entienden una palabra del lenguaje de todos los otros indios, lo que prueba que el suyo es totalmente diferente. Sobre esto me he fundado siempre para decir que en todas estas naciones hay un lenguaje particular que no tiene relación con el de ninguna otra. Don Francisco Amansio, de quien ya he hablado, dice lo mismo; es más, cree que el lenguaje de los lenguas no está falto de elegancia ni de precisión, pero su pronunciación es nasal y gutural y extraordinariamente difícil. En cuanto a los otros usos de que no hemos hablado aquí, se parecen a los mbayás, incluso en los trajes; sólo que carecen por completo de caciques.

No reconocen culto, ni divinidad, ni leyes, ni jefes,

ni obediencia, siendo libres en todo. Emplean entre sí una singular fórmula de urbanidad cuando ven a alguien después de algún tiempo de ausencia. He aquí a lo que se reduce: los dos indios derraman algunas lágrimas antes de decirse una sola palabra; obrar de otro modo sería un ultraje o al menos una prueba de ser visita desagradable. Aunque no se pintan el cuerpo tanto como los payaguás, celebran las mismas fiestas y se emborrachan igualmente. No cultivan la tierra, siendo la guerra su única ocupación, juntamente con la caza y el robo, que practican apoderándose de los ganados pertenecientes a los españoles. La destrucción de esta nación procede igualmente de que todas las mujeres han adoptado la costumbre de matar a sus hijos haciéndose abortar, a excepción del último, de la misma manera que los mbayás. Las mujeres de los lenguas se abstienen igualmente de carne y de todo alimento susceptible de contener grasa, cuando tienen su enfermedad periódica, así como tres días después de dar a luz. Durante el parto no las asiste nadie, y a continuación de él no dejan de hacer sus trabajos ordinarios.

No dan a sus enfermos mas que agua caliente, frutos o alguna otra bagatela, y si no se curan en seguida los abandonan por completo y los dejan morir. Tienen tal horror a los muertos que no dejan nunca a nadie morirse en sus chozas o casas. Cuando se figuran que uno va a morir lo cogen por las piernas y lo arrastran a unos cincuenta pasos. Lo colocan de espaldas, y la parte posterior sobre un agujero hecho expresamente para que hagan sus necesidades. De un lado le encienden fuego y de otro le dejan un cacharro lleno de agua, por si tiene sed. No le dan nada más, si bien se aproximan con frecuencia, no para socorrerlo ni hablarle, sino para ver desde lejos si se ha muerto.

Tan pronto como el enfermo ha expirado, algún indio, pagado por los parientes, o algunas viejas, lo envuelven, sin perder un instante, en su cobertor de tela

o de piel, con sus adornos y trajes, se le coge por los pies y se le arrastra a una centena de pasos o hasta que e cansan, se cava una fosa y se le entierra de manera que apenas queda cubierto. Los parientes lloran dante tres días, pero ni ellos ni ningún otro pronuncian unca el nombre del muerto, aunque refieran algunas le sus más notables acciones. Lo más extraordinario s que a la muerte de cualquiera de ellos todos cambian de nombre; de modo que en toda la nación no queda ninguno de los antiguos nombres. Cuando uno le ellos muere dicen que la muerte estaba en su casa que se llevaba la lista de los que vivían, para volver matarlos en seguida, y que cambiándose el nombre muerte no los encontrará e irá a buscar a otro lado.

MACHICUYS.—Así denominan los españoles del Paraguay a una nación que se llama a sí misma *cabanahaith* y que los lenguas conocen con el nombre de *marcoy*. Habita en el interior del Chaco, a orillas de un riachuelo que llaman *Lacta* y *Nelguata*, y que se reúne al río Pilcomayo antes de su unión con el Paraguay. No obstante, no siempre se verifica esta reunión, porque antes se pierde en los terrenos inundados. Su lenguaje es no sólo nasal y gutural y diferente de todos los otros, sino que además las palabras son tan largas y tan llenas de síncopas y diptongos, que don Francisco Amansio González, que ha procurado aprenderlo de los indios que tenía consigo, está admirado de que sus hijos mismos puedan llegar a hablarlo.

La nación está dividida en 19 hordas o pueblos, de que es imposible pronunciar los nombres, y menos aun escribirlos. Los pondré, sin embargo, aquí lo mejor que pueda y tal como mi oído ha podido coger los sonidos; pero no dudo de que si se dictan a veinte personas, todas convendrán en que es imposible escribirlos, y si quisieran hacerlo, cada una lo ejecutaría de un modo diferente. La primera, *quiomoguigmon*,

está subdividida en tres; el cacique principal se llam *Aubuyamadimon;* la segunda se llama *cabanathaith* la tercera, *quiesmanapon;* la cuarta, *quiabanalaba;* l quinta, *cobayte;* la sexta, *cabastigel;* la séptima, *emeg sepop;* la octava, *quioeyeé;* la novena, *quiomomcome* la décima, *quiaoguaina;* la oncena, *quiaimmanagua* la doce, *quiabanaelmayesma;* la trece, *quiguailyeguay pon;* la catorce, *siquietiya;* la quince, *quiabunapuaesia* la diez y seis, *ycteaguayenene;* la diez y siete, *painu hunguié;* la diez y ocho, *sanguotaiyamoctac*, y la die y nueve, *apieguhem.*

Cuatro de estas hordas, que pueden formar 200 hom bres de armas, van a pie y carecen en absoluto de ca ballos; pero las otras, en número de cerca de mil gue rreros, tienen una gran cantidad de caballos y montar en pelo, como he dicho de los mbayás y de los len guas. Una de estas hordas habita en cavernas excava das por ella; son pequeñas y muy sucias, no recibiend la luz mas que por una pequeña puerta, o más bie una abertura que ni siquiera tienen con qué cerrar Encienden el fuego fuera. Las otras hordas construyen sus tiendas o chozas portátiles con mantas, como lo lenguas, a los que no ceden ni por su talla, ni por su formas, ni por su fuerza, ni por la elegancia de sus pro porciones. Se los asemejan también por el tamaño d sus orejas, por la costumbre de tener caciques, por su fiestas, por sus borracheras y por todos sus usos. E necesario comprender entre ellas la costumbre qu tienen todas las mujeres de hacerse abortar constante mente, excepto en su último embarazo, del modo qu hemos explicado.

Pero difieren en que su barbote es semejante al d los charrúas y otros que hemos descrito, y en que sól hacen la guerra para defenderse o para vengar las in juria, porque son muy vindicativos, como todo indio Su manera de hacer la guerra es semejante a la de lo lenguas; tienen las mismas armas; matan, como ellos, a

todos los hombres adultos y sólo conservan los niños y las mujeres. La caza y algunas ovejas que crían son sus principales medios de subsistencia; no obstante, hacen aún más uso de los productos de su agricultura, que, como la de los guanás, consiste en maíz, cazabe, judías y otros frutos del país. No hace mucho que se han procurado algunos perros, y los quieren tanto que les permiten de tiempo en tiempo comerse alguna oveja.

ENIMAGAS.—Con este nombre se conoce en el Paraguay una nación de indios que se llama a sí misma *cochaboth*, y que los machicuys llaman *etaboslé*. Según una tradición conservada por los enimagas, esta nación estaba dividida en dos bandas en la época de la llegada de los españoles. Habitaban la orilla austral del río Pilcomayo, en la parte más interior del Chaco. Se dice que antes de esta época tenían en una especie de esclavitud a los mbayás; pero como estos indios eran extraordinariamente altaneros, orgullosos y feroces, y declaraban la guerra a todo el mundo, excepto a la nación guentusé, sufrieron grandes pérdidas y su número disminuyó considerablemente. Los mbayás se aprovecharon para abandonarlos, escapándose hacia el Norte. Viéndose los enimagas debilitados hasta este punto, hicieron la paz y se incorporaron a los lenguas, de que habían sido anteriormente aliados y amigos. Pero esto no les impidió hacer la guerra a todos los otros, de manera que sus pérdidas continuas han forzado a una de sus hordas, reducida a 150 hombres de armas, a abandonar su país para ir a establecerse hacia el Norte, a orillas de un río que atraviesa el Chaco y se reúne al Paraguay a los 24° 24′ de latitud, y que ellos llaman *Flagmagmegtempelá*. La otra división, que no estaba compuesta más que de 22 hombres, contando el número correspondiente de mujeres, se ha retirado a vivir con D. Francisco Amansio González, que les proporciona carne para su alimento.

Aunque el lenguaje de los enimagas sea diferente del de los lenguas, de manera que no se entienden los unos con los otros, González encuentra cierta relación entre la construcción de sus frases. Este lenguaje es muy gutural y muy difícil. Vestidos, adornos, talla, color, todo es como en los lenguas, y es inútil repetir estos detalles. En efecto, la sola diferencia es que su barbote se asemeja al de los machicuys y otros muchos indios y que las mujeres no han adoptado la costumbre de hacerse abortar. Van a caballo y están armados como los lenguas. Su subsistencia procede hoy de la caza y un poco de agricultura, que se practica por sus esclavos. Parecen más inclinados al divorcio que ninguna otra nación de indios. En efecto, yo conocí uno que a los treinta años de edad había repudiado ya seis mujeres y tenía la séptima.

GUENTUSÉ.—Esta nación habitaba en otro tiempo el Chaco, frente a los enimagas, de los que han sido y son aún amigos tan fieles, que han abandonado su patria para seguirlos en su emigración y se han fijado, al lado de ellos, cerca del río de Flagmagmegtempelá, de que hemos hablado. Está dividida en dos hordas, que pueden formar aproximadamente trescientos hombres de armas; pero no son inquietos y no hacen más guerra que la defensiva. Su idioma parece ser una mezcla de los de los lenguas y los enimagas, lo cual procede sin duda de las relaciones continuas que han tenido con los dos pueblos. Por lo demás, sus formas, su talla y sus usos son los mismos que entre los lenguas; pero las mujeres no se hacen abortar. Su barbote se parece al de los enimagas y de la mayor parte de los indios. No conocen jefes, ley, ni religión, etc.

Viven de la agricultura y de la caza; pero no se crea que estos indios emplean animales ni arados para sus ocupaciones de los campos, porque no hacen uso de otros instrumentos que palos puntiagudos que les sirven para hacer agujeros donde meten el grano o se-

milla. Con esto puede formarse una idea de su agricultura. Los guanás, que sobrepujan a todos los otros en este arte, se sirven de omoplatos de buey o de caballo enmangados en un palo, a modo de pico. Como estas naciones, aun las agrícolas mismas, son más o menos errantes, los indios siembran en cualquier parte donde pasan lo que se les ocurre, y luego vuelven para hacer la recolección.

TOBAS.—Así denominan los españoles a esta nación, llamada por los enimagas y los lenguas *natocoet* y *yucanabacté*. Puede estar compuesta de quinientos guerreros, que habitan el Chaco entre el río Pilcomayo y el Bermejo. Su lenguaje es muy diferente de todos los otros, muy gutural y muy difícil; pero como son vecinos de los pitilagas y los ven y los frecuentan mucho, emplean las mismas frases y los mismos giros. Se parecen a los payaguás por sus orejas, su barbote y su costumbre de criar a todos los niños; pero tienen más relación con los lenguas en lo que se refiere al uso de caballos, talla, proporciones, libertad, igualdad, ignorancia de la divinidad, de la religión y de las leyes. Otro tanto digo de todos sus usos, de su fuerza, de su pereza y de su manera de alimentarse, que se reduce a la caza. Pero tienen además algunos rebaños, poco considerables, de vacas y de ovejas. Los jesuítas, otras Órdenes y varios gobernadores han formado con frecuencia poblados de estos indios, pero ninguno ha subsistido.

PITILAGAS.—Esta nación está compuesta de doscientos guerreros, que viven en un solo pueblo, no lejos del río Pilcomayo, y de indios tobas, en un distrito que posee algunas lagunas saladas. Ya he dicho que su lengua, gutural, nasal y difícil, tenía las mismas frases y los mismos giros que la de los tobas. En cuanto a lo demás, se parecen en todo a los mismos tobas, que acabamos de describir, y a los que se reúnen ordinariamente para pasar el Paraguay e ir a robar caballos y rebaños de los españoles en esa región.

AGUILOT.—Así llaman los enimagas a esta nación, a la cual los españoles no han dado nombre todavía. El número de sus guerreros no pasa de ciento. Habitan en el interior del Chaco, en las orillas del río Bermejo, pero hace cerca de diez años que abandonaron su país para ir a incorporarse a los pitilagas. Yo presumo que esta nación no es esencialmente diferente de la de los moncobys, porque su lenguaje es el mismo, aunque mezclado de frases y expresiones del idioma toba. Es posible que esta mezcla provenga de su trato recíproco y no de una relación de origen. Sea lo que sea, su talla, sus formas y sus costumbres se asemejan en todo a las de los moncobys y, como ellos, no tienen ni religión, ni jefes, ni leyes.

MONCOBYS.—Esta nación, fiera, orgullosa, guerrera y temible tanto como perezosa, se divide en cuatro hordas principales, que todas juntas pueden formar dos mil guerreros y que habitan las orillas del río Bermejo o Ipitá, en el interior del Chaco. No conoce la agricultura y no vive mas que de la caza y de la carne de algunas vacas y carneros, de que posee rebaños, sin contar los animales que anualmente roba a los españoles del Paraguay, de Corrientes y de Santa Fe. Su lenguaje es enteramente diferente de todos los otros, original y difícil, y nos es imposible escribirlo con nuestras letras, así como todos los que tienen la pronunciación nasal y gutural. Yo estimo que su talla media es de cinco pies y seis pulgadas. En cuanto a sus proporciones, son bellas y anuncian gentes robustas. Montan bien a caballo, siempre en pelo, como los lenguas, los tobas, etc., y sus armas son las mismas, es decir, una lanza y una maza, y flechas cuando combaten a pie. Matan a todos los hombres adultos de sus enemigos y sólo conservan las mujeres y los niños.

Se parecen a los otros indios por el color, la gravedad de la cara y todas las cualidades de que antes he hablado. No conocen ni divinidad, ni religión, ni cul-

o, ni jefes, ni leyes obligatorias. Sus médicos, sus ca-
iques, sus casamientos, sus borracheras, sus chozas o
asas, su barbote, sus trajes y sus pinturas son absolu-
amente los mismos; pero sus mujeres, además, se tra-
an muchos dibujos diferentes sobre el seno. Se ha
ratado en todo tiempo de civilizar y colonizar a esta
ación, que tanto ha molestado a los españoles por sus
obos de ganados. Se han gastado, en diversas épocas
lo mismo en mi tiempo, sumas inmensas para este
fecto, y se han formado muchos poblados con estos
ndios; pero todos han desaparecido y no subsisten
as que tres del lado de Santa Fe, que son: San Ja-
ier, San Pedro e Inispín. Veremos en el capítulo XIV
ue ninguno de ellos se ha civilizado ni es cristiano,
uando yo explique lo que son estos poblados y cómo
e forman.

ABIPONES.—Los antiguos españoles dieron a los in-
ios de esta nación el nombre de *mepones;* los indios
enguas los llaman *ecusgina,* y los enimagas los lla-
an *quiabanabaité.* Habitaban hacia el 28° de latitud,
n el Chaco, y su idioma era diferente de los otros,
ifícil, nasal y gutural. Hacia el comienzo del último
iglo los abipones se empeñaron en una guerra cruel
on los mocobys, a los cuales no cedían ni en orgullo,
i en fuerzas, ni en talla; pero como eran mucho me-
os numerosos, se vieron precisados a implorar la me-
iación y protección de los españoles. Estos les fun-
aron algunas reducciones o poblados, cuyo cuidado
onfiaron a los jesuítas. Hoy no existe mas que una
ola, es decir, la de San Jerónimo, establecida en re-
a en 1748. Pero como es difícil que la venganza de
s indios se extinga, la guerra continuó, con más o
enos ardor, y una parte de los abipones se expatrió
pasó el río Paraná para formar en 1770 el poblado
e Las Garzas. Yo he pasado por este lugar, y según
ipe por el cura y luego por otras personas, estos abi-
ones están hoy en el mismo estado que los de San Je-

rónimo, es decir, sin cristianismo ni civilización y conservando casi todas sus antiguas costumbres. Observé al primer golpe de vista que la mayor parte de ellos se arrancaban las cejas, las pestañas y el pelo del cuerpo; que se cortaban al rape una faja de cabellos desde la frente hasta lo alto de la cabeza, y las mujeres llevaban pintada, de un modo indeleble, una pequeña cruz de brazos iguales en medio de la frente; cuatro líneas horizontales y paralelas sobre la nariz, en el nacimiento de las cejas, y a cada lado dos líneas que parten del ángulo exterior del ojo. Los abipones se asemejan a las demás naciones en todo lo que anteriormente he dicho: por su manera de emborracharse y de celebrar las crueles fiestas antes descritas; por sus médicos y manera de tratar a los enfermos; en que no conocen ni divinidad, ni religión, ni ley, ni obligación; por el barbote, las chozas o casas, los caciques, los trajes, los adornos, las pinturas y el casamiento; por la manera de tratar a sus esclavos y el horror por los muertos. Este horror es tal, que no dejan los cadáveres un instante en la choza y los llevan en seguida al cementerio; cavan una fosa poco profunda, y entierran al difunto con todo lo que le pertenecía, a fin de que no quede nada que pueda recordar su memoria; y con la misma idea matan sobre la tumba los caballos de que el indio se servía con más frecuencia. Si la persona ha muerto en un paraje muy alejado del cementerio hacen lo que antes he dicho. Pero como tienen mucho comercio con los españoles hay muchos que no llevan barbote (aunque tengan en el labio el agujero destinado a colocárselo) y que, en lugar de mantas de algodón, llevan ponchos de lana, así como sombreros, que les dan los españoles o que ellos mismos se procuran. Algunas mujeres se visten como las españolas pobres, no se afeitan por encima de la frente y se dejan crecer las cejas.

VILELAS Y CHUMIPIS.—Yo no sé de estas dos na-

ciones mas que lo que me han dicho los lenguas y los enimagas; es decir, que habitan el Chaco en los alrededores de la ciudad de Salta, al sur del río Bermejo; que son muy pacíficos, viven de la caza y de la pesca, y principalmente del cultivo de la tierra, y que cada una de ellas no posee mas que un poblado, compuesto aproximadamente de cien guerreros; que su lenguaje no tiene relación alguna el uno con el otro, y que tampoco la tiene con el de las otras naciones.

XARAYES.—En la época de la llegada de los españoles esta nación vivía en un paraje bajo e inundado que los portugueses llaman aún *Matogroso*. Su población era poco considerable; su talla, grande, anunciaba la fuerza; su lenguaje era diferente del de los otros. Eran tan pobres como todos los indios salvajes. Los hombres iban enteramente desnudos y en lugar del barbote se metían en el agujero del labio inferior la corteza de un gran fruto. Las mujeres no se cubrían mas que las partes sexuales y se trazaban sobre la cara muchas rayas y dibujos indelebles. Yo supongo que estos indios son los mismos a que los portugueses dan hoy el nombre de *bororos*. He aquí los únicos datos que tengo seguros de esta nación; porque todo lo demás que se encuentra, relativo a su imperio, sus cualidades y a su misma situación, en las historias, en las relaciones antiguas y aun modernas, es enteramente falso.

Había además al oeste del río Paraguay, en la provincia de Chiquitos, muchas naciones indias diferentes unas de otras, poco numerosas, pero hablando lenguas muy distintas. Estas naciones estaban enclavadas entre varios pueblos pequeños de guaraníes salvajes. Todas han sido sometidas o civilizadas por los españoles de Santa Cruz de la Sierra y por los jesuítas, en la provincia de Chiquitos, de que antes hemos hablado.

CAPITULO XI

Algunas reflexiones generales sobre los indios salvajes.

Algunos sabios han imaginado que las primeras sociedades de hombres salvajes no comían mas que frutos espontáneos de la tierra, y que pasó un larguísimo período de tiempo antes de que el hombre salvaje se acostumbrara a vivir de la caza, de la pesca y de la agricultura. Pero ¿dónde está el país que produce frutos espontáneos en todas las estaciones del año, y con tanta abundancia que hayan podido ser suficientes para alimentar a muchas sociedades de hombres salvajes? Yo puedo, al menos, asegurar que los países que he descrito no están en este caso. Parece, por otra parte, que habrá sido tan nuevo y tan difícil a los primeros salvajes comer un fruto o una raíz espontánea como la carne de un cuadrúpedo (1). Sea como sea,

---

(1) Como este capítulo es uno de los que han sido agregados y me ha enviado de España el autor, es probable que le haya sido sugerido por la lectura de mi *Essai sur l'Histoire de l'espèce humaine*, que le remití después de escrita su obra. En la página 25 de este *Ensayo* se verá que yo distingo un primer período de sociedades humanas, comprendiendo los pueblos que se alimentan principalmente de productos espontáneos de la tierra. De que han existido y existen todavía tales pueblos, espero que se convencerá todo lector imparcial que quiera tomarse el trabajo de consultar

todas las naciones indias salvajes que he descrito en el capítulo precedente estaban a la llegada de los españoles, como hoy, compuestas de individuos que vivían de la caza, de la pesca o de la agricultura, y ninguna llevaba la vida pastoril porque los cuadrúpedos y aves domésticas les eran del todo desconocidos. Es verdad que la vida pastoril y los cuidados que exige no parecen agradar al hombre tanto como el ejercicio de la caza, acaso porque las sorpresas que ésta ocasiona y las victorias que procura producen un vivo placer y desarrollan la vanidad. Lo que hay de seguro es que prefieren hoy la caza a la vida pastoril y a la agricultura. Aunque les fué fácil a todos procurarse nuestros animales domésticos, los que los han adquirido no tienen mas que poco o ningún cuidado con ellos, a excepción del caballo, que les es necesario (1). Parece, pues, que la primera ocupación del hombre libre fué la caza; la de la pesca depende menos de la elección que del azar, que motiva el estar colocado al borde del agua. Los que se encuentran en este caso, como los payaguás y los guatos, prefieren la pesca a todo porque ella tiene también sus sorpresas y sus facilida-

---

las descripciones dadas por los diversos autores que yo he citado en la obra que es objeto de la crítica de nuestro autor. Convengo con él en que es tan fácil al hombre comer un animal como un fruto, aunque esto mismo podrá dar lugar a observaciones que el lector sabrá hacer sin que yo las exponga. Pero lo que no es menos evidente es que es siempre más fácil y menos peligroso proporcionarse un fruto o una raíz que un animal, que tiene vida y movimiento y sabe huir o combatir. *(C. A. W.)*

(1) «Por penosa y dolorosa que parezca en el segundo período la existencia de un pueblo que no está situado en un suelo fértil, no debe pensarse, sin embargo, que deseará cambiar, aunque tenga a su vista el ejemplo de un pueblo pastor o de una nación agricultora y civilizada. Los de entre estos pueblos salvajes que saben ya suplir los recursos inciertos de la caza y de la pesca por un cultivo grosero encargan (así lo hemos observado) a las mujeres de este trabajo, y los hombres lo consideran indigno de

des, que igualan, y aun sobrepujan, a las victorias del cazador. La agricultura y la vida pastoril sólo vienen después. En el país había muchas naciones agrícolas, pero ninguna llevaba la vida pastoril: lo que prueba que esta vida es bastante posterior a la del hombre salvaje y que éste es el último de los medios de subsistir que adopta.

Si se reflexiona, se verá que todas las naciones que viven de la caza, como los charrúas, los minuanes, los pampas, los tehuelchus o patagones, los guaicurús, los mbayás, los lenguas, los enimagas, los tobas, los pitilagas, los mocobys y los abipones, son las más errantes, las más holgazanas, las más guerreras, las más fuertes y las más feroces; y las que viven de la pesca, como los payaguás, los guasarapos y los guatos, son más estables y más activas, pero igualmente fuertes, guerreras y feroces; y si la última lo es menos, puede atribuirse al pequeño número a que está reducida. Pero las naciones agrícolas son todas dulces y pacíficas y no hacen, a lo sumo, mas que defenderse, aunque su talla y sus fuerzas sean muy superiores a las de las otras, como sucede a los guanás, los machicuys y los guentusés.

Las naciones agrícolas siembran algodón, mani o mandubi (cacahuet), maíz, batatas, pimientos, judías, manioc y camanioc, calabazas y muchas especies di-

---

ellos: tan poderoso es el influjo de un largo hábito y las impresiones de la primera infancia. Acostumbrados a guiarse por su sola voluntad, a no obrar sino cuando la necesidad lo exige, la subordinación, que sostiene el orden y asegura la tranquilidad, sería para ellos una odiosa servidumbre; el trabajo reglado y casi continuo, que procura la consideración y las riquezas, una fatiga monótona e insoportable. A la seguridad, a la abundancia, a las satisfacciones y comodidades de la vida que se encuentran en los pueblos familiarizados con la agricultura, el comercio y las artes, prefieren su pobreza, sus ejercicios viriles y su altiva independencia.» *(Essai sur l'Histoire de l'espèce humaine*, pág. 105.)

ferentes de cada una de estas plantas. No se concibe de dónde las han sacado, pues ninguno de estos vegetales crece espontáneamente en el país. Nuestros agricultores, a fuerza de meditaciones, de abonos, de combinaciones y de injertos consiguen perfeccionar las flores, los frutos y las semillas, pero no poseen aún muchas especies de maíz, de batatas, de judías, de calabazas, etc., que los indios han sabido procurarse, aunque estos pueblos sean salvajes y no empleen ni razonamientos, ni abonos, ni injertos, y se limiten a hacer un agujero en tierra con un palo, metiendo allí la semilla y no volviendo al sitio generalmente hasta el momento de la recolección. Si la Naturaleza creando estas naciones les pone las semillas al alcance de la mano, ¿por qué no hace el mismo presente a todas las naciones de aquellas regiones que viven de la caza y de la pesca y que están privadas de plantas? Si ella se las dió y ellas las han dejado perder, ¿por qué se las ha dado?

Yo no puedo comprender tampoco cómo la nación guaraní, siendo agrícola y por consecuencia poco viajera, se extendió de un modo tan enorme y en tan gran número como hemos visto en el capítulo precedente, mientras todas las demás, más vagabundas, se encuentran reducidas a un tan pequeño número de individuos como hemos dicho y están en cierto modo confinadas en distritos infinitamente más pequeños, y algunas, como la de los guatos, se hallaban ocultas en una pequeña laguna, cosa que sucede poco más o menos con la de los guasarapos. Pensar que los guaraníes son más fecundos sería un error, porque no tienen seguramente en esto ninguna ventaja sobre los otros; yo creería más bien lo contrario, y los jesuítas tenían la misma idea porque en sus poblados de guaraníes tocaban a media noche una gran campana para despertar a los indios y excitarlos a la procreación; esto es, al menos, lo que asegura todo el mundo. Pero lo

que está fuera de duda es que los guaraníes forman la nación menos robusta y menos vigorosa y que no vive más, sino acaso menos, que nosotros.

Se podría imaginar que ha sido la paz la que ha favorecido la multiplicación de los guaraníes, mientras que la guerra destruía a los otros indios; pero esto no es creíble, pues vemos a los guatos metidos en su laguna sin hacer la guerra, y sin embargo su población no ha aumentado en tres siglos. Además hay otras naciones tan pacíficas y tan agrícolas como los guaraníes, como son los guayanás, los nalicuegas, los guanás, los machicuys, los guentusés y otros, cuya población no está menos, sino acaso más disminuída en comparación con la de los guaraníes. Añadamos a esto que antes de la llegada de los europeos estas naciones no conocían el uso de los caballos y que estando muy alejadas unas de otras no podían sino con mucha dificultad hacerse la guerra.

Una cosa igualmente incomprensible para mí es que el lenguaje guaraní haya podido extenderse por el territorio inmenso poseído por los portugueses y los franceses y en una parte del país que describo, como hemos visto en el capítulo precedente, entre un número tan grande de hordas independientes, casi aisladas y casi sin conocer comercio ninguno, ni menos el uso de libros; mientras que vemos que los Gobiernos de Francia y España, a pesar de sus esfuerzos, sus escuelas, sus libros y sus medios de comunicación, nunca han podido introducir en todas sus provincias el uso general y exclusivo del español y el francés.

Una cosa digna de notarse es que los portugueses en un corto número de años hayan reducido a la condición de esclavos a todos los guaraníes del Brasil (véase el capítulo precedente); que en el mismo espacio de tiempo los conquistadores españoles reunieron más de cuarenta poblados, y que poco después los jesuítas formaron sus famosos establecimientos del Pa-

raná y del Uruguay, reduciendo también en forma de poblados a los guaraníes que encontraron en la provincia de Chiquitos. En tanto, vemos, por otro lado, que nadie hasta el presente ha podido formar poblados ni reducir al estado de civilización a ninguna de las naciones que he descrito, aunque se haya empleado para llegar a ese fin el dinero, la persuasión y la violencia, durante el curso de tres siglos y constantemente. Estos hechos prueban que hay entre los guaraníes y las otras naciones de que he hablado más diferencia que entre las del antiguo continente y entre muchos cuadrúpedos de especie diferente. Y no se crea que esto viene del clima, pues los guaraníes, los payaguás, los lenguas, etc., vivían en las mismas llanuras y bajo la misma latitud y su país común poseía los mismos vegetales, las mismas aves y los mismos cuadrúpedos, sin ninguna diferencia en la forma ni en el tamaño. Por otra parte, los patagones y otros indios de diferente talla se encuentran en el mismo caso. Sería equivocado creer que los guaraníes eran débiles y de pequeña talla porque vivían en los bosques y sus alrededores, y que las otras naciones vivían en campo raso, pues todos los guaraníes no se encontraban en el mismo caso, y los tupys y los guayanás, que nunca han salido de sus bosques, no dejan de tener una gran talla y las más bellas proporciones, y hasta el día nadie ha podido sojuzgarlos.

Otros puntos dignos de admiración son aún la gran variedad de sus lenguas, su fuerza, su talla y su vigor. No es menos sorprendente el ver pueblos que no conocen ni religión, ni jefes, ni leyes, ni sumisión, ni temores, ni esperanzas presentes o futuras, sea en el respecto que sea, someterse, sin embargo, a ciertas prácticas en sus enfermedades, sus casamientos, etc., prácticas tan extravagantes y tan crueles que los más crueles tiranos no podrían llegar a someternos, fuera el que fuera el precio o la recompensa que ofrecieran.

Lo corriente es que estos indios no den razón de lo que hacen, y es bien difícil y aun imposible adivinarlo. En efecto, nosotros no podríamos figurarnos cómo tales ideas pueden haber entrado en cabeza humana.

Admiro también la altura de su talla, la amplitud y elegancia de sus formas y proporciones, que no tienen igual en el mundo, y al mismo tiempo no dudo de su escasa fecundidad. Me he convencido examinando una gran cantidad de listas o catastros antiguos y modernos de los pueblos guaraníes, y he notado que la suma total de cada sexo arrojaba más mujeres que hombres, en la relación de 14 a 13. Aunque yo no he podido obtener semejantes listas para otras naciones salvajes, he tomado, sin embargo, informaciones, y yo he observado que entre las que no destruyen a sus hijos ninguna mujer ha tenido diez, y en general no son tan fecundas como las españolas; lo que prueba también la disminución en todas las naciones indias, excepto los guaraníes. Se ve aún considerando que el número de guatos no ha aumentado en el curso de tres siglos, ni tampoco el de guasarapos, machicuys, guentusés, vilelas y chumipys, como lo hemos visto en el capítulo precedente; aunque no conocen ni la bárbara costumbre del aborto ni la guerra y son pescadores o agricultores.

No podré atribuir al clima la escasa fecundidad de las indias cuando veo que en el mismo país las españolas son más fecundas que ellas y tanto, al menos, como en Europa. No se puede creer tampoco que un gran número de niños indios perezca por falta de alimento o a causa de la dureza de su género de vida, pues que tienen siempre qué comer y su modo de vivir, lejos de debilitarlos y matarlos, los vuelve a todos más fuertes que nosotros, les hace disfrutar mejor salud, prolongar la vida más tiempo y conservar hasta la muerte no sólo los cabellos, sino también todos sus dientes, mientras que entre los españoles que habitan

la misma región hay muchas cabezas calvas y muchas personas sin dientes, que yo he visto por todas partes.

Se debe admirar igualmente la facilidad con que dan a luz todas las indias, sin ayuda de nadie, sin consecuencias enojosas, sin dejar de ocuparse el mismo día de sus quehaceres ordinarios y sin que jamás les falte la leche. Se lavan inmediatamente después del parto con agua a la temperatura ambiente. Cuando es una mujer payaguá la que está en este caso algunas de sus compañeras forman dos filas desde su casa al río, que está cerca, extendiendo al costado sus mantas, como para evitar que pase el viento; la parturiente pasa por en medio y se arroja al agua. En todo esto los indios se parecen seguramente a los cuadrúpedos, y los hombres aun los sobrepujan, por la insensibilidad con que sufren la intemperie, el hambre y los tratamientos bárbaros que tienen lugar en sus duelos y en sus fiestas; en que jamás se quejan en sus enfermedades, ni aun cuando se los mata, y en la indiferencia que muestran en sus últimos momentos, en que no dejan percibir inquietud alguna por el porvenir ni por la suerte de las mujeres ni de sus hijos.

En cuanto a la situación local, no comprendo bien cómo ciertas naciones muy poco numerosas se encuentran enclavadas entre las otras. Por ejemplo, en el país que describo la nación guaraní contiene en su seno otras naciones enteramente aisladas, como los tupys, los guayanás, los ñuaras, los nalicuegas, los guasarapos y los guatos. En efecto, si estas naciones entraron en el interior del país antes de ser rodeadas por los guaraníes, ¿por qué no se han multiplicado y extendido tanto como éstos? Si, por el contrario, penetraron después de haber expulsado de aquel lugar a los guaraníes, ¿por qué han dejado, por así decirlo, cerrada la puerta tras ellos?

Concibo aún menos qué ruta han podido seguir todas las naciones que he descrito para venir a fijar-

se en los lugares que habitan. En efecto, si han venido del Norte, ¿cómo no ha quedado en la América septentrional un solo indio de las razas de que he hablado? ¿Puede suponerse que los guatos, reducidos a doce o veinte, no encontraron en tan inmensos desiertos otra laguna que la que poseen, y que les haya ocurrido otro tanto a los guasarapos? ¡Cómo!, los charrúas, los pampas, los patagones, los aucás, los guaicurús, los lenguas, los mocobys, los mbayás, etc., que son las naciones de más alta talla, las más fuertes, las más poderosas y más indomables que haya en el mundo, ¿no pudieron encontrar establecimiento ni aun en los desiertos de la América septentrional y se vieron forzados a refugiarse en el último rincón de la parte meridional de este continente? ¿No hubieran encontrado del lado del Norte tanto terreno y facilidades para la caza y para la pesca, etc., como las naciones débiles que ocupan hoy estas regiones septentrionales? ¿O el exceso mismo de su población los forzó a emigrar? Ninguna de estas conjeturas me parece verosímil. Lo sería menos creer que las naciones débiles y pusilánimes del Norte hayan podido obligarlos a abandonar el país, pues que vemos que todo el poder de los españoles, a pesar de la ventaja incalculable que les da el uso de los caballos y de las armas de fuego, no ha podido conseguir hacerles perder terreno, no obstante tres siglos de combates continuos.

Hemos dicho en el capítulo IX que algunas personas se imaginaban que los cuadrúpedos habían sido creados en este país unos después de otros y que cada especie no procedía de una pareja primitiva sola, sino de varias de la misma naturaleza. Estas personas pretenden, sin duda, explicar del mismo modo mis observaciones sobre los indios. Se figuran que ninguna de estas naciones ha existido en el antiguo continente, que no han viajado tanto como se imagina y que han sido creadas en la región misma que ocupan, con in-

dependencia del continente antiguo, las unas más pronto y las otras más tarde. Suponiendo que su raza (1) es diferente de la nuestra, no tendrán ninguna dificultad en explicar esta diferencia recíproca. No se verán más embarazadas al convenir que cada una de las naciones menos numerosas puede deber su origen a un solo hombre y una sola mujer, y puede ser que se imaginen que los guaraníes proceden de una multitud de parejas de la misma naturaleza y que estas primeras parejas existían con anterioridad a las que han producido las otras naciones. Los que se ocupen en hacer investigaciones sobre la historia del hombre podrán examinar esta opinión, de que yo no participo. Entre tanto se resuelve el asunto, yo no debo omitir aquí la exposición de una duda acerca de los americanos tan antigua como el descubrimiento de América.

Los primeros españoles que frecuentaron a los indios o americanos no los consideraron como hombres que tuvieran el mismo origen que nosotros, sino más bien como una especie intermedia entre el hombre y los animales, que aunque con formas semejantes, difería de nosotros en otros aspectos, y que no era susceptible de la inteligencia, de la capacidad ni del talento para entender y practicar nuestra religión. Tal fué la idea de la mayor parte de los laicos y aun de varios religiosos respetables que formaban parte del pequeño número de eclesiásticos que en aquella época pasaron a América. No obstante, no podían dejar de comprender que siguiendo esta opinión no podían desempeñar ningún papel religioso en un tan grande y rico descubrimiento. Uno de los principales partidarios de esta idea fué Francisco Tomás Ortiz, obispo de Santa Marta. Escribió una larga Memoria al Consejo

---

(1) Aquí la palabra *raza* está con el valor de *especie*, y, como vemos, va seguida de una exposición de hipótesis poligenista, de que Azara no participa, según dice.

Supremo de Madrid, sacando en conclusión que la experiencia que él había adquirido por un largo trato con los indios le hacía considerarlos como seres estúpidos y tan incapaces como los animales de comprender nuestra religión y de observar sus preceptos. Otros eclesiásticos, a cuya cabeza estaba el famoso Francisco Bartolomé de las Casas, decían, por el contrario, que los indios eran hombres de nuestra especie y tan apropiados al cristianismo como nosotros. Se disputó con calor de una y otra parte, y hubo también eclesiásticos que, para conciliar las dos opiniones, dijeron que, en verdad, los indios eran hombres de nuestra misma especie, pero tan cerrados que debían contentarse con bautizarlos, pero no administrarles los otros sacramentos. Tal era el estado del asunto cuando Las Casas se declaró el apologista y ardiente protector de los indios. Alegó en su favor todas las razones que pudo encontrar, y para debilitar los argumentos de sus adversarios no olvidó el método ordinario de los abogados y de los declamadores; es decir, que difamó a los españoles diciendo que si querían a toda costa que los indios fueran puros animales era para tratarlos como tales y excusar las atrocidades que cometían con ellos (1).

Logró con esto obtener una bula del Papa Paulo III, fechada en 2 de junio de 1537, que declaraba a los indios verdaderos hombres capaces de todos los sacramentos de nuestra religión. Esta victoria valió a Las Casas un obispado y una gran reputación; pero esto no fué bastante para decidir a los curas del Perú a administrar la eucaristía a los indios. Durante más de un siglo persistieron en negársela, bajo pretexto de la incapacidad de estos pueblos. Fué necesario para vencer su repugnancia la autoridad de muchos conci-

---

(1) Nadie ha dicho tanta verdad ni ha sido tan sincero y justo como Las Casas. *(F. B. A.)*

lios, tres de ellos celebrados en Lima, y los otros en Arequipa, La Plata o Chuquisaca, La Paz y la Asunción.

Debemos hacer notar que en esta disputa cada partido tenía a su cabeza un obispo; que el Papa, a pesar del poder que entonces tenía, no pudo vencer la repugnancia de los curas experimentados en la materia, que durante mucho tiempo rehusaron administrar otro sacramento que el bautismo a los indios más civilizados, es decir, a los súbditos del Inca, y que la Santa Sede misma parecía dudar de la capacidad de los indios para la religión, pues los exceptuó del Tribunal de la Inquisición y de casi todos los preceptos eclesiásticos.

Todo esto parece indicar que de una parte y de otra había razones plausibles y que la cuestión era muy importante. En efecto, ninguna podía serlo mayor para los católicos, pues adoptando la opinión de Ortiz y sus partidarios se exponían, en caso de que fuese falsa, a privar a los indios de los sacramentos necesarios a su salud espiritual, y por tanto del paraíso. Por otro lado, si se aceptaba el criterio de Las Casas y estaba equivocado, resultaría una profanación horrible de los sacramentos. Yo no pretendo decidir, sino sólo indicar algunas razones en pro y en contra. Empezaré por la opinión del obispo de Santa Marta.

He aquí cuáles creo que fueron sus primeras reflexiones:

Para que los indios tuvieran el mismo origen que nosotros habría sido necesario que hubieran pasado de nuestro continente al suyo y recorrido éste de un extremo a otro; ellos no hubieran podido ser determinados a esta marcha mas que por una necesidad extrema, pues el hombre se une al país donde ha nacido y no lo abandona nunca voluntariamente; ejemplo de esto son las naciones indias, que no han hecho emigración alguna en el espacio de tres siglos, así como

las naciones civilizadas, que nunca cambian de lugar. Las solas causas naturales de la emigración de un pueblo parecen ser el exceso de población, que hace al territorio demasiado pequeño para el número de habitantes, y la mala calidad del suelo y del clima. Pero las naciones indias que he descrito son tan poco numerosas que ningún clima ni suelo parecen ser malos para ellas: no se ve, pues, la razón que hubiera podido hacerlas emigrar, y si no lo han hecho es que su origen es distinto del nuestro.

La situación local de las naciones de que he hablado, naciones que se encuentran todas en la parte meridional más remota de América y ninguna en el norte de este continente, y mucho menos en el antiguo; esta situación, digo yo, indica que no se encuentran allí llegadas por emigración, pues hubiera quedado una parte en sus antiguas residencias. Los que sostuvieran la opinión contraria no dejarían de decir que los indios pasaron de un continente a otro, y que supuesto aún que no fueran sino animales, se sabe que el diluvio los hizo perecer a todos, excepto un pequeño número de individuos, conservados en el mundo antiguo. Pero los laicos se imaginan que este diluvio no fué general mas que en el antiguo continente, pues que las aguas no se elevaron mas que a quince codos por encima de las montañas de Armenia; es decir, que faltó mucho para que pudieran cubrir las alturas de América, que son tan elevadas que en ellas nunca llueve. Sus cimas son superiores a la región de las nubes, que nunca llegan a ellas, ni menos las lluvias. Así, los indios y los animales de América pudieron naturalmente preservarse de la inundación retirándose a las partes más elevadas; y pues toda la raza humana pereció en el diluvio del antiguo continente, las especies existentes en América no deben ser consideradas como formando parte de ella.

Entre las naciones que he descrito se encuentran

treinta y cinco lenguajes diferentes. No creo que haya exageración en presumir que existan aún seis lenguas más entre las naciones que están al oeste de las pampas, como también entre las del sur otras tantas, y ocho entre los antiguos indios de la provincia de Chiquitos. Como he indicado en el capítulo precedente, esto da un total de cincuenta y cinco idiomas muy diferentes; y en este respecto no es hacer una suposición aventurada el creer que en toda la extensión de América habrá mil lenguas diferentes; es decir, acaso más que en toda Europa y en toda Asia.

Partiendo de esta sola consideración, ¿cómo puede explicarse razonablemente el paso de estas naciones de un continente a otro por el Norte o por cualquier otro paraje que sea? No se trata aquí del paso de un hombre o de una mujer en una canoa o balsa, ni aun del de una parte de una nación vecina: es necesario concebir un brazo de mar atravesado por una multitud de naciones enteras, de las que no ha quedado un solo individuo en su antigua patria; naciones muy diferentes en talla, en vigor, en proporciones, y que hablaban mil lenguas que no tenían absolutamente ninguna relación, lenguas que parecen dictadas por la Naturaleza misma cuando enseñó a los perros a emitir sonidos; es decir, muy pobres en expresiones, casi todas nasales y gutturales, empleando poco la lengua y semejantes en esto al lenguaje de los animales. La unidad de lenguaje entre los guaraníes, que ocupan una tan vasta extensión de país, ventaja que ninguna de las naciones civilizadas del mundo ha podido obtener, indica aún que estos salvajes han tenido el mismo maestro de lenguaje que enseñó a los perros a ladrar del mismo modo en todos los países.

Es natural creer que los que tomaron a los indios por simples animales los compararon recíprocamente y que encontraron aún entre ellos otras semejanzas, sea en lo físico, sea en lo moral. En efecto, los indios

se asemejan a los animales por la delicadeza del oído, por la blancura, limpieza y disposición regular de sus dientes; en que no hacen uso de la palabra sino rara vez; en que nunca ríen a carcajadas; en que los dos sexos se unen sin preámbulos ni ceremonias; en que las mujeres dan a luz fácilmente y sin ninguna consecuencia enojosa; en que gozan en todo de entera libertad; en que no reconocen ni superioridad ni autoridad; en que siguen en su conducta ciertas prácticas a las que no están obligados ni sujetos y de las que ignoran el origen y la razón; en que no conocen ni juegos, ni danzas, ni cantos, ni instrumentos de música; en que soportan pacientemente la intemperie del cielo y el hambre; en que no beben mas que antes o después de la comida, pero nunca mientras comen; en que no se sirven mas que de la lengua para quitar las espinas del pescado que comen y las conservan en los ángulos de la boca; en que no saben lavarse, ni limpiarse, ni coser; en que no dan instrucción ninguna a sus hijos y algunas naciones matan a los suyos; en que no se ocupan del pasado ni del porvenir; en que mueren sin inquietud por la suerte de sus hijos y mujeres y de cuanto dejan en el mundo; y finalmente, en que no conocen ni religión ni divinidad de ninguna especie. Todas estas cualidades parecen aproximarlos a los cuadrúpedos, y parecen tener aún alguna relación con las aves por la fuerza y finura de su vista.

Estos observadores debían encontrar también otras diferencias entre los salvajes de América y los europeos; porque independientemente de las relaciones que podían encontrar entre esos salvajes y los cuadrúpedos debieron notar que el color de los indios era diferente; que carecían de barba; que los hombres tenían menos pelo y las mujeres una evacuación periódica menos abundante; que sus cabellos eran más gruesos, más laxos y siempre negros; que sus partes sexuales no tenían las mismas proporciones, como

hemos dicho en el capítulo precedente; que eran mucho más flemáticos y menos irascibles; que su voz no era ni fuerte ni sonora y casi no se los oía; que apenas reían, y no se podía distinguir en ellos ningún signo exterior de pasión; que parecían igualmente insensibles en sus enfermedades, en sus dolores, en sus duelos y en sus alegrías; que su vida era más larga; que la fecundidad de sus mujeres era inferior a la de las europeas establecidas en el mismo país; que los indios conservan todos sus dientes intactos y sanos, mientras que los europeos los pierden fácilmente; que el mal venéreo pareció nacer de la unión de estos últimos con los americanos; que este mal era antes tan desconocido en Europa como en América; que es debido a una mezcla que no era conforme a la Naturaleza, y que algunas naciones no quieren a sus hijos, pues que los matan o los echan de la casa paterna tan pronto como están destetados. Tal vez observaran también que la gravedad específica de sus cuerpos no es tan considerable como parecen indicar las observaciones consignadas en el capítulo precedente; en fin, puede ser que observaran que muchas de estas naciones nos sobrepujaban por la altura de su talla y la belleza de sus proporciones, al mismo tiempo que otras nos eran muy inferiores en estos dos aspectos, y que la diferencia recíproca era acaso mayor que la observada entre las naciones europeas.

Los que tenían esta idea siendo españoles debían imaginar, por otra parte, que si los indios descendían de Adán no habría ninguna justicia en condenarlos eternamente por no haber sido bautizados, es decir, por no haber hecho una cosa que les era imposible, pues nadie los había instruído. Es verdad que para obviar esta dificultad se dijo que Santo Tomás había ido a predicar a América, y aun se ha pretendido encontrar ciertos vestigios de su misión; pero yo creo que estos pretendidos vestigios son una pura imaginación y que

esta misión no está probada de un modo auténtico. Al menos no se encontró en estas regiones ningún obispo ni ninguna iglesia, aunque se han encontrado en todos los sitios en que los apóstoles han predicado; además, no parece posible que un solo hombre haya podido recorrer e instruir todo el continente americano. Otros suponen que el Creador hizo conocer por revelación su voluntad a los indios y que de ellos depende seguirla o no.

Veamos ahora en qué se han fundado para decidir que los americanos descendían de Adán y para creer, en consecuencia, que habían venido del antiguo continente y que se debía trabajar en su conversión. Se ve que su cuerpo era casi enteramente semejante al nuestro y que estaba compuesto de las mismas partes; que aprendían todas las artes que se les enseñaba; que aprendían igualmente nuestra lengua e imitaban todas nuestras acciones; que discurrían y razonaban como nosotros, y que en Méjico y en el Perú tenían ídolos y adoraban al Sol. De allí se concluyó que teniendo un cuerpo como el nuestro, obrando y razonando lo mismo, y adorando a un ser, material o no, eran hijos de Adán, capaces de adorar un espíritu creador.

Se confirmó, sin duda, esta idea viendo que de la unión de los europeos con las americanas resultaron hijos que tenían la facultad de propagarse, pues el famoso conde de Buffon y la mayoría de los naturalistas creían que para probar la identidad de especie basta que de la unión de un macho y una hembra nazcan individuos fecundos (1). Es verdad que yo no he adop-

---

(1) Los naturalistas consideran como de una misma especie a todos los animales que tienen una conformación interna y externa enteramente semejante, o cuyas diferencias no son debidas a ninguna causa nativa y procreatriz, sino al resultado del clima o de la manera de vivir. La mezcla o cruzamiento de las especies y la reproducción de las especies mestizas o que son el producto de dos especies distintas es posible sin duda, y aun se ha probado; pero

tado esta opinión en mis noticias para servir a la Historia Natural de los mamíferos del Paraguay.

---

esta mezcla es infinitamente rara y esta reproducción infinitamente dificultosa. No se ven ejemplos mas que en el estado de domesticidad y sólo entre especies poco diferentes. Si esta reproducción se verifica en el estado salvaje, lo que es dudoso, no puede tener continuación porque la especie mestiza es destruída prontamente. Resulta que la facilidad de la reproducción al infinito entre razas que ofrecen alguna diferencia es siempre una gran prueba en favor de la identidad de la especie. Además, entre los caracteres, tanto físicos como morales, por los cuales se ha querido distinguir a los indios de los europeos no hay uno solo que pueda considerarse como específico, aunque muchos sean exagerados y otros absolutamente falsos, pues que son contrarios a los relatos mismos de Azara. *(C. A. W.)*

CAPÍTULO XII

De los medios empleados por los conquistadores de América para reducir y sujetar a los indios, y del modo como se los ha gobernado.

Los españoles emplearon con respecto a los indios que describo una conducta distinta de la observada en otras partes de América; y como hago una descripción particular, que no quiero generalizar, me limitaré a exponer lòs medios empleados para reducir los indios en los límites de la región de que me ocupo, porque quizá no se la conoce. Para mayor claridad hablaré en este capítulo de la conducta de los conquistadores laicos y en el siguiente de la de los jesuítas en sus famosos poblados del Paraná y del Uruguay.

Los jefes encargados de la conquista del Paraguay y del Río de la Plata establecieron una distinción en la manera de tratar a los indios. Si éstos eran culpables de insultos o injusticias con los españoles, éstos, después de vencerlos, se los repartían entre sí y se servían de ellos como criados. Hubo también muchos indios que solicitaron de los españoles, voluntariamente y con insistencia, ser recibidos en esta calidad. De aquí vinieron las encomiendas llamadas *yanaconas* y de *indios originarios*. En estos establecimientos cada encomendero español tenía continuamente consigo los

indios, fuera cual fuera su sexo y edad, y los ocupaba como domésticos en la forma que tenía por conveniente. Pero le estaba prohibido venderlos, maltratarlos ni despedirlos por causa de mala conducta, enfermedad o vejez, y estaba obligado a vestirlos, alimentarlos, cuidarlos en sus enfermedades, instruirlos en la religión y enseñarles un oficio. Se comprobaba todo esto en una gran revista que se verificaba anualmente, y se oían las reclamaciones de los indios. De esta manera fueron repartidos no sólo los guaraníes que había en San Isidro, Las Conchas y las islas de la parte inferior del Paraná, sino también algunos prisioneros pampas, agaces o payaguás, guaicurús y mbayás que se habían cogido en la guerra, así como los orejones y otros de la provincia de Chiquitos, que fueron conducidos al Paraguay.

Pero si los indios se sometían durante la paz o en la guerra por una capitulación, se los obligaba a escoger un lugar en su propio territorio y fijarse, estableciendo sus casas, para formar un pueblo. Se escogía en seguida un cacique o sujeto capaz de ser corregidor, y se tomaban entre los otros indios los oficiales municipales y los alcaldes, lo mismo que en las ciudades españolas. Cuando todo esto estaba bien establecido y en marcha se formaban las encomiendas llamadas *mitayos*, y se los repartía entre los españoles, según sus servicios individuales. Cada encomienda estaba compuesta de una división, es decir, de un cacique e indios que lo reconocían como tal; pero estas encomiendas no eran tan buscadas como las de yanaconas, porque eran sólo los hombres de diez y ocho a cincuenta años los que tenían obligación de ir por turno a servir durante dos meses al encomendero. El resto del año eran libres, exentos de servicio y absolutamente iguales a los españoles. Además, los encomenderos no podían exigir nada de las mujeres, de los caciques, de sus hijos mayores, de aquellos que no

habían llegado a la edad marcada o la habían pasado, ni de todos aquellos que ejercían cualquier empleo o función en el pueblo.

Como se recibían constantemente órdenes y exhortaciones para extender los descubrimientos y conquistas, sin que se procuraran los fondos y medios necesarios, Domingo Martínez Irala, que reglamentó todo lo que hacía relación a la conquista del país, inventó una manera de hacer progresos sin gastos. Si sabía que en alguna parte había salvajes en corto número, daba la posesión, a título de encomendero, a quien quisiera encargarse a su costa de reunir estos salvajes a cualquier pueblo de indios reducidos, o a formar con ellos uno nuevo si quería. Entonces, si aquel a quien se daba semejante encomienda no podía por la astucia llegar a reducirlos, reunía una pequeña tropa de hombres de armas y forzaba a los indios a fijarse en un pueblo, y los poseía a título de encomienda de mitayos. Pero si el jefe sospechaba que los indios eran muy numerosos (como pasó en las provincias de Guayra y de Chiquitos y en los campos de Jerez), los hacía reconocer, y en estando seguro del hecho enviaba una compañía de españoles a fundar una ciudad más o menos grande. Estos españoles se repartían los indios y formaban encomiendas, ya de originarios, ya de yanaconas, ya de mitayos, según las circunstancias que antes hemos expuesto.

Para compensar los gastos, trabajos y peligros que habían experimentado los particulares (nunca el Gobierno) en la reducción de los indios y en la formación de ciudades y pueblos, este Irala de que hemos hablado dió unas disposiciones consistentes en que estas encomiendas pertenecían al primero y al segundo posesor durante toda su vida; pero pasado este término debían ser abolidas y los indios gozar de una plena y entera libertad, en absoluto, como los españoles, pagando tan sólo un tributo al Tesoro. Irala juzgaba ade-

más que el tiempo prescrito era necesario para la instrucción y civilización de los indios, bajo la dirección y cuidado de los encomenderos, que estaban en ello interesados personalmente, y bajo la inspección del jefe, que no olvidaba informarse del estado en que se encontraban los indios y de la manera como se los trataba. De modo que, a mi modo de ver, era imposible combinar mejor el engrandecimiento de las conquistas y la civilización y la libertad de los indios con la recompensa debida a los particulares, que lo hacían todo a sus expensas.

Como los conquistadores no habían llevado mujeres de Europa y tenían necesidad de ellas, tomaron indias, ya como esposas legítimas, ya como concubinas. Algunos no se contentaron con una sola y tomaron muchas a la vez. Tal sabemos, entre otros, del mismo jefe principal Irala, que había tenido hijos de siete indias, que eran hermanas, según declara él mismo en su testamento, que he leído. Había, pues, en este respecto una libertad absoluta, y los mestizos que resultaban eran considerados como españoles. Pero a pesar de esta relajación, inevitable en una soldadesca altanera y vigorosa y que conocía bien la necesidad que se tenía de sus esfuerzos para extender las conquistas, los españoles conservaron su religión, y cuando entendieron el idioma de los indios les dieron con la mejor voluntad una idea del cristianismo. Pero esto debía reducirse a bien poco, pues los maestros apenas sabían lo necesario y su atención se dirigía principalmente a la reducción y civilización de los indios, a fin de procurarse criados útiles.

En estos primeros tiempos los eclesiásticos no hicieron nada, y nada podían hacer porque los primitivos españoles no habían llevado consigo sino un solo sacerdote; y aun veinte años después de la conquista no había en el país mas que diez y siete eclesiásticos, comprendidos el obispo, los canónigos y los frailes. Ignoraban

casi todos la lengua y aun no se había redactado un catecismo. Resultó por fin que había siete u ocho ciudades o colonias españolas y próximamente una cuarentena de pueblos indios, y como se vió que había apenas veinte eclesiásticos, se reconoció la imposibilidad en que se estaba de velar por todo a tan grandes distancias. En efecto, aunque el pequeño número de ellos que sabía la lengua del país estuviera constantemente en marcha de un lado para otro no tenían ni aun siquiera bastante tiempo para bautizar.

En su consecuencia se pidieron jesuítas, y cuando llegaron, al principio del siglo XVII, el juez eclesiástico los distribuyó de la manera siguiente: destinó dos para los trece grandes poblados indios de la provincia de Guayra, que no tenían curas, y envió uno para llenar separadamente esta función entre los indios de San Ignacio Guazú. Esta escasez de eclesiásticos fué igualmente causa de que se encargara a dos jesuítas de instruir los tres pueblos indios que había en la provincia de Itati.

Hablaré en el capítulo siguiente de los jesuítas y de sus famosos pueblos; pero no puedo dejar de observar aquí que la época de su llegada fué también la de la decadencia del imperio español y de la cesación total de la reducción de los indios por los conquistadores de América. Véase al fin de este capítulo el cuadro de los pueblos indios fundados por los españoles laicos por los medios indicados anteriormente. Mirando la columna que marca el año de la fundación se observará que la reducción y sometimiento de los salvajes hacía al principio rápidos y admirables progresos y que estos progresos cesaron súbitamente en la época de la llegada de los jesuítas. Leyendo la historia se ve igualmente que desde esta misma época no se han establecido colonias españolas; que se han abandonado algunas de las antiguas; que desde este tiempo la conquista no dió un paso y que el poderío

español decayó cada día más y más. No me ocuparé aquí de examinar si son los jesuítas o la mala administración los que han causado tan grandes males, o si estas dos causas se han reunido para producir todos los efectos de que acabo de hablar. Proseguiré mi objeto sin detenerme.

La Corte ordenó a D. Francisco Alfaro, auditor de la Audiencia de Charcas, pasar al Paraguay en calidad de visitador. La primera medida que tomó, en 1612, fué ordenar que nadie pudiera ir en lo sucesivo a la caza de indios para reducirlos, y que no se dieran más encomiendas en la forma que antes hemos explicado. No concibo en qué podía fundarse una medida tan absurda políticamente; pero como este auditor favorecía las ideas de los jesuítas, se sospechó en aquel tiempo que ellos le habían marcado la conducta. Desde esta época nada excitó ya a los particulares españoles a tomarse el trabajo de ir, corriendo grandes peligros, a buscar indios salvajes para aprovecharse de su trabajo durante dos generaciones, a título de encomenderos. Como no había entonces en el país ni tropas a sueldo ni dinero, los gobernadores no tenían ningún medio de aumentar las conquistas ni de reducir a los indios, y todas las operaciones cesaron de pronto. Los portugueses, nuestros vecinos, que no se contentaban con dar los indios en encomienda a particulares, sino que les permitían vénderlos como esclavos a perpetuidad, buscaron salvajes por todas partes, incluso en los más escondidos rincones del país. Se apoderaron además, usurpándonoslo, de la mayor parte del territorio que ocupaban los indios, aumentaron la población y descubrieron las minas.

Después de haber extirpado de raíz el método único que habían seguido los laicos para reducir a los indios, sin que costara nada al Gobierno, y al que se habían debido progresos tan rápidos y seguros como se prueba en mi cuadro, se substituyó por un método ecle-

siástico, del que voy a hablar, y que se ha seguido desde entonces y se sigue hoy, aunque sea muy costoso y absolutamente inútil, porque yo no encuentro un solo pueblo de indios formado por este método eclesiástico, aunque se haya hecho para esto una cantidad innumerable de tentativas, que no marco en mi cuadro para no sobrecargarlo de detalles inútiles. Se me objetará acaso que se encuentran en este cuadro pueblos indios existentes hoy y fundados posteriormente a las órdenes de Alfaro, es decir, después de 1612, y que deben, por consecuencia, su existencia a los eclesiásticos, después de la entrada de los jesuítas. Pero es necesario saber que el pueblo de Aracayá fué formado por un gobernador a quien los indios quisieron matar, lo cual lo enfureció, y apoderándose de ellos los entregó a particulares españoles, incorporándolos en seguida al pueblo de Los Altos, que era muy antiguo. Es necesario saber igualmente que el pueblo de Santo Domingo Soriano fué formado voluntariamente, a causa del miedo que los indios chanás tenían de los charrúas, como hemos visto en el capítulo X; que los indios de Itapé se morían de hambre, y que formando las mujeres los dos tercios de la población, los forzaron a pedir alimentos a los españoles, y éstos se aseguraron de dichos indios distribuyéndolos en varios pueblos hasta que estuvieran bien civilizados. En cuanto al pueblo de Los Guitmos, se formó con indios que se llevaron de Santiago del Estero, para situarlos cerca de Buenos Aires. De suerte que ninguno de estos pueblos debe su formación al método eclesiástico, sino únicamente a los laicos y al azar. Los otros pueblos que van indicados en el cuadro y que han sido fundados por el método eclesiástico no contienen un solo indio civilizado o cristiano y se reducen a lo que voy a decir.

En todo tiempo, después de la abolición del antiguo método, ha habido eclesiásticos que han procu-

rado reducir a los indios salvajes, sea por verdadero celo, sea para hacer méritos en su carrera, sea por estar más libres y alejados de un superior de un partido contrario al suyo, o sea por los honorarios que se les concedieran. Siempre han encontrado a los jefes temporales favorablemente dispuestos, porque esto les ofrecía una buena ocasión de hacerse valer en la Corte y porque sabían que si no lo hacían se harían sospechosos de irreligiosidad. En Madrid siempre se aprobaron los proyectos de este género, y se les concedieron los fondos pedidos como necesarios; se permitía con la mayor facilidad tomar estos fondos del tesoro de las bulas o de otros bienes eclesiásticos que no se consideraran pertenecientes al Tesoro real.

Preparado todo, se enviaba algún presente, poco considerable, a los indios salvajes, diciéndoles que si querían fijarse en algún lugar de su elección se les enviaría un eclesiástico o dos para vivir con ellos y se los proveería de víveres, hierro, etc. Nunca los indios dejaron de aceptar una proposición que les aseguraba lo suficiente para vivir sin trabajar y que tanto favorecía a su pereza. En consecuencia, se fijaban los honorarios de los curas y éstos iban al lugar elegido con los obreros, víveres y útiles necesarios para construir una capilla y habitaciones. Hecho esto y retirados los obreros, ellos se instalaban solos, sin otra cosa que hacer que distribuir la ración a los indios. No se entienden los unos con los otros y todos no hacen mas que comer y dormir. Si algunos indios se aburren de este género de vida, se marchan y vuelven cuando les parece; y he aquí lo que se llama un pueblo o una reducción. En fin, todo se desvanece cuando se agotan los fondos acordados; pero jamás se advierte a la Corte el poco éxito de la empresa, para no enfadarla y disgustarla de semejantes proyectos.

Yo he visto muchos pueblos o reducciones empezados y terminados de esta manera, y sé sin duda al-

guna que se ha formado un inmenso número de otros, porque apenas hay un jefe que no intente una empresa de este género; y lo que hay de seguro es que yo no conozco un solo pueblo indio existente hoy fundado de esta manera. La experiencia no interrumpida de dos siglos parece ser suficiente para probar la inutilidad del método eclesiástico, al mismo tiempo que mi cuadro muestra la eficacia infalible del método laico, que se debe preferir cuanto se pueda, porque es única, empleando estos mismos fondos que se pierden inútilmente por el sistema contrario, que se sigue para engañar a la Corte. Los eclesiásticos, que no pueden disimular la inutilidad de sus propios esfuerzos, han procurado siempre, y procuran aún, ponerse a cubierto atribuyendo su poco éxito a la insuficiencia de los fondos o a la maldad de los gobernadores o de los españoles, etc. Que no se aleguen contra lo que acabo de decir los pueblos jesuíticos, de que yo no hablo aquí porque veremos en el capítulo siguiente que la fuerza tuvo en su formación más parte que los medios eclesiásticos.

Pero independientemente de una experiencia tan larga y tan costosa se vendrá al convencimiento de la insuficiencia de los medios eclesiásticos si se piensa en la imposibilidad en que se encuentra un cura o un fraile de hablar el lenguaje de estos indios, a excepción del guaraní que se habla en el Paraguay. Aunque se llegara a conseguir que desapareciera un tan grave inconveniente es imposible redactar un catecismo en lenguas tan pobres y que carecen de palabras para expresar ideas abstractas y aun para contar más allá de tres o cuatro. Esta dificultad es tal que aunque el idioma guaraní sea el más fácil y el más abundante de todos los lenguajes indios y sea casi el único que hablan los españoles del Paraguay, yo sólo he conocido a cuatro eclesiásticos que se atrevieran a predicar y dar sus enseñanzas en guaraní, y ellos mismos decían que era

cosa casi imposible, aun adoptando muchos términos españoles. Los jesuítas, que son sin duda alguna, entre todos los eclesiásticos, los que se han aplicado más a aprender las lenguas indias, nunca han podido formar una gramática, un diccionario ni un catecismo de las lenguas toba, pitilaga, abipona, mocoby, pampa, etc., durante veinte o más años que sus misiones han pasado entre estos pueblos. No han obtenido mejor resultado con la lengua payaguá, aunque han vivido durante el mismo tiempo, cuando menos, con los indios que la hablan, en la misma ciudad, y estos salvajes habitaran a las mismas puertas del colegio de la Asunción. El catecismo guaraní es el único conocido en el país que describo. Que se busquen todos los que existen en la parte de América que nos pertenece, y acaso no se encuentren más de cinco, aunque haya acaso mil lenguas diferentes y los jesuítas y otros eclesiásticos hayan procurado predicar el cristianismo y formar pueblos entre todos los salvajes que hablan estas lenguas. Puede ser también que para contar estos cinco catecismos sea necesario comprender en el número el guaraní, el guechoá, el aimará y el mejicano, lenguas que han sido todas adoptadas por los españoles independientemente de los trabajos de los eclesiásticos.

Se podrá también objetar que el Gobierno envía continuamente una multitud de religiosos de España a América y han fundado una infinidad de pueblos de indios salvajes en diferentes provincias; pero yo no hablo aquí mas que de lo que he visto en el país que describo, sin extenderme más allá.

No obstante, algunos mismos de esos religiosos misioneros que habían pasado varios años en los pueblos de que hablamos aquí me han dicho francamente «que ignoraban todos el lenguaje de los indios; que no tenían tampoco catecismo escrito en esas lenguas, y que los pueblos se reducían a lo que antes he dicho».

Este auditor Alfaro, de que ya he hablado, ordenó también que ningún indio estuviera obligado a ningún servicio a su encomendero, debiendo tan sólo pagarle anualmente un ligero tributo en frutos del país; pero ordenó al mismo tiempo que los que poseían encomiendas de yanaconas o de indios que no pertenecían a ningún pueblo dieran a estos indios tierras para cultivar por su cuenta y a voluntad. Esta medida privaba a los eclesiásticos, así como a los otros españoles, de todos sus servidores, y se quejaron al auditor. Este tomó el extraordinario partido de dejar las encomiendas como estaban y decir lo contrario a la Corte en la Memoria que le dirigió, y en que aseguraba que había suprimido el servicio personal y tomado medidas para suprimir las encomiendas. Así, todo el mundo quedó contento; la Corte lo aprobó todo y hasta convirtió en leyes las ordenanzas de Alfaro, y se obró en el Paraguay como si tales leyes no hubieran existido; pero el decreto de que antes hablé quedó en pleno vigor. Así, todo permaneció de la misma manera hasta que en una época muy próxima a nuestros días, hará unos veinticinco años, el Consejo de Indias se enteró de que existían en el Paraguay encomiendas y que se obligaba a los indios a una servidumbre personal. Entonces ordenó que esta costumbre se aboliera, como antes lo había sido en todo el resto de América. Los habitantes del Paraguay hicieron representaciones, y la cosa ha quedado indecisa.

Todo lo que acabo de decir concierne a los diferentes medios empleados para reducir a los indios en el país que describo; y es necesario decirlo porque yo creo que no se sabe y porque esta exposición puede dar ideas acerca del modo de conducirse en los casos semejantes. Voy ahora a decir algo referente a la suerte de los indios sometidos. Los yanaconas eran y son ahora una especie de esclavos, cuya suerte, por consecuencia, no ha podido variar, y por tanto su civiliza-

ción y su estado los ponen en la clase de los esclavos nacidos en el país.

Los indios mitayos o pertenecientes a los pueblos, después de terminados los dos meses de trabajo que debían a sus encomenderos eran en otro tiempo tan libres como los españoles y podían comerciar, adquirir y poseer a su voluntad. Así estuvieron durante un siglo, hasta que los jesuítas, habiendo establecido la forma de comunidad entre los indios que gobernaban (de que hablaré en el capítulo siguiente), los jefes laicos los imitaron en los pueblos que dependían de ellos, porque esta manera de administrar los hacía dueños absolutos de todo el trabajo de los indios, sin excepción de edad ni sexo. Sólo los pueblos de Baradero, de Quilmos, de Calchaquí y de Santo Domingo Soriano han tenido la suerte de no conocer esta manera de vivir en comunidad, y que conservando su antigua libertad han llegado a ser tan civilizados como los españoles. Estos indios han olvidado sus lenguas y sus costumbres, se han aliado a los españoles, y pasan por tales casi todos. Esto no se encontrará en ninguno de los pueblos en que los indios viven en comunidad.

Los jefes laicos no se han contentado con copiar a los jesuítas en el establecimiento del gobierno en comunidad en sus pueblos indios, sino que los han imitado en las precauciones para impedir a los indios toda comunicación con los españoles. Igualmente han puesto gran cuidado en tener oculto todo lo que hacían en sus pueblos, y aun su misma existencia, que sin duda es ignorada en España, pues lo sería en Buenos Aires aún si yo no la hubiera dado a conocer. Cuando los jesuítas dieron a sus indios pequeñas granjas para cultivarlas en particular, los gobernadores laicos los imitaron igualmente en sus pueblos; y cuando, después de la expulsión de los jesuítas, se dió un reglamento para los indios de los pueblos que ellos di-

rigían, se lo copió también para los pueblos de que aquí hablo.

Este reglamento dice en substancia que se conceden a los indios dos días para cultivar libremente sus granjas particulares y para disfrutar sus productos; que los otros días de la semana deben trabajar para la comunidad, que entonces tiene la obligación de alimentarlos; que cada india está obligada a hilar diariamente una onza de algodón bruto, y que se les darán sus vestidos todos los años, es decir, seis varas de tela, fabricada en la misma localidad, para los hombres adultos y cinco para las mujeres.

Pero como los bienes de las comunidades son un verdadero tesoro para los jefes y para los administradores, no es difícil comprender lo que sucede, es decir, que no se dan trajes ni a la décima parte de la población, y que no se da mas que carne cruda a los trabajadores y sólo los días en que son empleados por la comunidad, sin ocuparse en estos días ni aun de sus familias; que se los priva algunas veces de sus dos días libres; que cuando conviene se obliga a los indios a trabajar en los campos; que se los fuerza constantemente al trabajo, y finalmente, que todos los bienes de la comunidad se reparten entre los jefes, sus protegidos y los administradores. Éstos son españoles que tienen la confianza de los jefes, que estos últimos nombran y destituyen a su arbitrio y a los que hacen rendir cuentas en lo relativo a la administración de cada pueblo.

Es inútil dar detalles de este manejo, y básteme decir que el gobernador del Paraguay y el virrey de Buenos Aires, cada uno en su departamento, son los dueños absolutos de todos los bienes de las comunidades de los pueblos, es decir, de todo el trabajo de los indios, sin distinción de edad ni sexo, aunque tienen que partir con los administradores y con los agentes de los negocios hechos por bajo cuerda. Es sorpren-

dente que el Gobierno supremo permita todo esto y sufra que los pueblos indios no hayan dado un cuarto al Tesoro real desde su fundación hasta el día, pues además de que no pagan ningún tributo, ni diezmos, ni primicias, todos sus productos están exentos de impuestos y derechos. Es verdad que no son cargas para el Estado, pues que pagan sus curas y sus administradores y aun sus maestros de escuela, cuya utilidad no veo.

Por lo demás, si comparamos su civilización con la de los pueblos de Europa está muy atrasada; pero si, como se debe, se establece el paralelo entre estos indios y los españoles de última clase o los pastores se encontrará que esta civilización es casi igual. La instrucción que han recibido de los encomenderos, relativa a los trabajos del campo, un mayor trato de españoles, con los que no dejan de hacer ocultamente un pequeño comercio, los han civilizado más que los jesuítas lo habían hecho con sus indios. Así, aunque sus casas y sus templos no sean tan sólidos ni de tan gran apariencia, cada indio tiene su pequeña casa, provista más o menos de muebles, con una cocina y separaciones en el interior que no se encuentran en los pueblos jesuítas. Otra diferencia es que se visten a la española, y que es raro que alguno deje de tener una yunta de bueyes, algunas vacas de leche, algunos caballos o asnos, pollos y un cochino. Se encuentran entre ellos los más hábiles carpinteros del país. Como sus curas han sido siempre naturales del país, cuyo lenguaje indio es la lengua materna, han tenido también más facilidad para instruirlos en la religión cristiana, cosa que los jesuítas no han podido hacer en sus pueblos.

Cuadro de los pueblos indios formados por los gobernadores.

NOMBRE DE LOS PUEBLOS	Años de su fundación	Latitud austral	Longitud W. de París	
Ita	1536	25° 30′ 30″	59° 45′ 8″	
Yaguarón	1536	25 33 20	59 39 14	
Areguá	1538	25 18 1	59 45 38	
Altos	1538	25 16 6	59 38 30	
Yois	1538	25 16 45	59 30 22	
Tobaty	1538	25 1 35	59 29 1	
Ipané	1538	23 16 26	59 22 10	
Guarambaré	1538	23 23 1	59 19 29	
Atira	1538	*d* 23 26 17	*d* 59 26 57	Incorporada a la de los yois en 1674.
Maracayu	1538	24 7 25	57 52 54	
Terecany	1538	24 9 30	58 12 10	Destruída por los portugueses en 1676.
Ibiraparya	1538	24 22 56	58 15 28	
Candelaria	1538	24 30 43	58 29 4	
Loreto	1555			
San Ignacio-Miri	1555			
San Xavier	1555			
San José	1555			
Anunciación	1555	En la provincia de Guaira.		
San Miguel	1555			
San Antonio	1555			Destruída por los portugueses en 1631.
San Pedro	1555			
Santo Tomé	1555			
[illegible]	1555			

San Pablo	1535	En la provincia de Guaira.							
Jesús María	1555								Destruídas por los portugueses en 1631.
Calchaqui	1573	32°	34′	2″	63°	26′	30″		Los indios se han españolizado y dispersado.
Perico-Guazú	1579	23	13	30	59	15	25		Destruída por los portugueses en 1674.
Jesuí	1579	*d* 24	4		*d* 59	19			Destruída por los portugueses en 1676.
Curumiay	1580	*d* 23			*d* 57	1			Destruídas por los portugueses en 1635.
Pacuyu	1580	20	25		57	41			Destruída por los payaguás en 1748.
Baradero	1580	33	46	35	62	6	30		
Ohoma	1588	27	46		60	59	56		
Guacaras	1588	27	27	31	60	55	8		
Itaty	1588	27	17		60	31	38		
Santa Lucía	1588	28	59	30	61	18	8		
Tarey	1592	22	4		60	13	4		Reunidas han tomado el nombre de Santa María de Fe.
Bomboy	1592	*d* 22	14		*d* 60				
Caaguazú	1592	*d* 22	30		*d* 59	30			Los jesuítas la llaman Santiago.
Caazapa	1607	26	11	8	58	49	49		
Yuty	1610	27	18	55	58	39	29		
Arecaya	1632	*d* 24	22	40	*d* 58	37			Incorporada a la de Los Altos en 1675.
Santo Domingo	1650	*d* 33	23	56	60	38	20		
Itapé	1673	25	52		58	59	33		
Quilmes	1677	34	38	45	60	36	50		
San Xavier	1743	30	32	15	61	27	15		
San Jerónimo	1748	29	10	20	61	43	46		
Cayasta	1749	31	9	20	62	39			
San Pedro	1765	29	57		62	37			
Garzas	1770	28	28	49	61	11	40		
Inispin	1795	29	43	30	62	40	30		

NOTA.—La letra *d* indica pequeña duda sobre el lugar donde se encuentra.—Los pueblos que no llevan indicación de destrucción existen aún.

CAPÍTULO XIII

De los medios de que se sirvieron los jesuítas para reducir y sujetar a los indios y de la manera como estaban gobernados.

Los jesuítas entraron en el Paraguay a fines del siglo XVI, cuando había allí tan pocos eclesiásticos que los pueblos indios los tenían rara vez y las ciudades españolas mismas carecían de ellos, como hemos visto en el capítulo precedente. En consecuencia de esto, no les debían faltar ocasiones de ejercer su celo apostólico; pero en lo que más se distinguieron fué en la reducción de los indios salvajes, de los que formaron una multitud de pueblos, que existen aún, y que se pueden ver en el cuadro colocado al fin de este capítulo; pero como no comprende mas que los pueblos fundados por los jesuítas, no figuran en él los de Loreto, San Ignacio-Miri, Santa María de Fe y Santiago, porque habían sido establecidos por los conquistadores laicos antes de la llegada de los dichos jesuítas, por lo que los he colocado en el cuadro precedente. Es verdad que éstos creen ser los fundadores, pero se equivocan, porque está demostrado por documentos que existen en los archivos de Asunción que dichos pueblos son los mismos que se les entregaron ya formados, como he dicho en el capítulo X. Los jesuítas solamente los hicieron emigrar hasta el río Paraná y

los instruyeron y gobernaron como todos los que formaron desde su entrada hasta su salida del Paraguay. Por tanto, annque yo no considere como jesuíticos a estos pueblos en cuanto a su origen, los consideraré como tales siempre que se trate de su gobierno y su civilización.

Se contienen en el cuadro veintinueve pueblos de origen jesuítico. Los veintiséis primeros forman la famosa provincia de las Misiones tapes o guaraníes y están situados sobre las orillas de los dos grandes ríos Paraná y Uruguay. Los tres últimos se encuentran en la parte norte del Paraguay, a una gran distancia de los primeros. Yo no he visto ningún manuscrito antiguo que hable del procedimiento empleado por los jesuítas para reducir y dominar a los veintiséis pueblos comprendidos en estas misiones. Lo que ellos mismos han escrito dice en substancia: Que comenzaron por formar el pueblo de San Ignacio-Guazú en 1609, con ayuda de un gran número de indios escogidos que llevaron del muy antiguo pueblo de Yaguarón y de varios destacamentos de tropas españolas, que forzaron a los indios salvajes a fijarse para formar un pueblo; que en los veinticinco años siguientes formaron otros diez y ocho pueblos, y que se pasaron a continuación cincuenta y un años hasta la fundación del de Jesús, que ellos formaron tan sólo con un grupo de indios sacados del pueblo de Yatapua, que tenía ya setenta y un años de antigüedad. Por lo que concierne a las otras seis colonias de la misma provincia, no se fundaron con indios salvajes, sino destacamentos de colonos sacados de pueblos ya reducidos o dominados.

Los jesuítas dicen que para reducir a estos indios su procedimiento se limitó a la persuasión y la predicación apostólica. Observo yo, sin embargo, dos cosas: es la primera que formaron sus diez y nueve primeros pueblos en el corto espacio de veinticinco

años, y que el fruto de su celo y de sus predicaciones faltó de pronto, sin obtener éxito alguno durante ciento doce años, es decir, desde el año 1634, época de la fundación del pueblo de San Cosme, hasta 1746, que sometieron la de San Joaquín; y en este largo intervalo de tiempo no formaron otro pueblo que el de Jesús, y menos aún por sus predicaciones que por la ayuda de los indios de Itapuá, pueblo que tenía ya setenta y un años de antigüedad.

La segunda observación es que estos veinticinco años, tan fecundos en fundaciones de pueblos, caerán precisamente dentro del tiempo en que los portugueses perseguían con furor por todas partes a los indios para venderlos como esclavos, y en que los indios, espantados, corrían a refugiarse entre los ríos Paraná y Uruguay y los bosques de los alrededores, donde no era fácil penetrar a aquellos encarnizados corsarios, cosa que en efecto no se verificó.

Combinando ahora estas dos observaciones, hay alguna razón para creer que estos famosos pueblos jesuíticos debieron su formación más al miedo que los portugueses inspiraban a los indios que al talento persuasivo de los jesuítas. Era en efecto natural que dichos religiosos dominaran y dirigieran a los indios con la facilidad que no deja nunca de ofrecer un pueblo expatriado y poseído de un terror pánico. La rapidez de la fundación de las diez y nueve primeras colonias, que no fué seguida de ninguna otra, aunque se debe suponer que el celo de los misioneros era el mismo y que no faltaban indios salvajes, indica que debió intervenir otra causa en la fundación de los pueblos del Paraná y del Uruguay. La que me parece más natural es el terror que habían inspirado los portugueses, pues fué igualmente el miedo a los españoles el que determinó el establecimiento de todos los pueblos de que he hablado en el capítulo precedente.

Esta idea está además confirmada en cierto modo

por la naturaleza de los medios que los jesuítas emplearon para someter los tres últimos pueblos que figuran en el cuadro. Consideraron como inútiles y despreciaron enteramente las vías de persuasión y recurrieron a los medios temporales. Pero los manejaron con tanta moderación, prudencia y habilidad que me parecen dignas de los mayores elogios. Es verdad que ocultaron con mucho cuidado su conducta en este respecto, cosa natural, pues, en su cualidad de eclesiásticos, querían pasar por tales en sus acciones. Pero yo tuve ocasión de enterarme de esta conducta y voy a decir de qué modo.

Sabiendo que había en el Tarumá guaraníes salvajes, les enviaron algunos pequeños regalos, remitiéndoselos por medio de dos indios que hablaban la misma lengua y que habían escogido en sus pueblos de antigua formación. Repitieron en varias ocasiones estas embajadas y estos presentes, que decían les eran enviados por un jesuíta que los amaba tiernamente y que deseaba ir a vivir entre ellos y procurarles otros objetos más preciosos, entre ellos muchas vacas, a fin de que tuvieran de que comer sin fatiga. Los indios aceptaron estos ofrecimientos, y el jesuíta partió con el que los había prometido, y acompañado de un gran número de indios escogidos en sus antiguos pueblos. Estos indios permanecieron con el jesuíta, porque eran necesarios para construir la casa del cura y para cuidar las vacas, que duraron muy poco, porque los indios sólo pensaban en comer. Los salvajes pidieron entonces otras vacas y se las llevaron por medio de otros indios escogidos, como los primeros, quedándose todos en el mismo lugar bajo pretexto de construir la iglesia y otros edificios y cultivar el maíz, la mandioca, etcétera, para el jesuíta y para todos los otros. El alimento, la afabilidad del cura, la buena conducta de los indios que habían llevado las vacas, las fiestas y la música y el alejamiento de toda apariencia de sujeción

atrajeron a este poblado todos los indios salvajes de los alrededores.

Cuando el cura vió que sus indios escogidos eran mucho más numerosos que los salvajes los hizo cercar, en un día determinado, por sus gentes, y les dijo, en pocas palabras, pero con dulzura, que no era justo que sus hermanos trabajaran para ellos, y por tanto que era necesario que los hombres cultivaran la tierra y aprendieran oficios y las mujeres hilasen. Algunos parecieron descontentos; pero como vieron la superioridad de los indios del cura y que éste supo oportunamente halagar a los unos y castigar a los otros con la mayor moderación y vigilarlos a todos durante algún tiempo, el poblado de San Joaquín quedó enteramente formado. El jesuíta hizo aún más, pues sacó todos los indios salvajes y los distribuyó entre los pueblos jesuíticos del Paraná. Los indios salvajes se escaparon, y a pesar de la distancia volvieron a su país; pero se los sometió por segunda vez de la misma manera. Este procedimiento se empleó otra vez en seguida para formar la colonia de San Estanislao. Yo he visto en estos dos pueblos centenares de indios de los que habían llevado las vacas y que me han contado lo que acabo de decir, y hoy son más numerosos en el pueblo que los salvajes mismos. Yo me refiero de preferencia a estos indios que al jesuíta José Mas, quien dice, en un manuscrito que dejó en el país, que no había empleado más de doce indios para conducir las vacas.

La idea de los jesuítas al fundar sus colonias de San Joaquín y San Estanislao era establecer una comunicación entre sus misiones del Paraná y del Uruguay con las que tenían en la provincia de Chiquitos.

Con esta misma mira ensayaron establecer el pueblo de Belén, bajo el trópico. Después de los preliminares de embajadas y presentes partió el primer jesuíta, con cierto número de guaraníes, escogidos en sus antiguas colonias, llevando consigo una gran cantidad de vacas.

No obtuvo en este caso el resultado que se deseaba, porque los indios salvajes con quienes iba a tratar eran los mbayás, de que hemos hablado en el capítulo X, y era imposible dominarlos con todos los guaraníes del mundo. El jesuíta encargado de la fundación de la colonia tocó la dificultad y pensó en los medios de deshacerse de los principales mbayas, creyendo que podría sojuzgar fácilmente al resto. Siguiendo esta idea, hizo creer a los mbayás que los indios sojuzgados de la provincia de Chiquitos querían hacer la paz con ellos y devolverles algunos prisioneros que les habían hecho cuando los sorprendieron hacia el 20° de latitud, al oeste del río Paraguay. El jesuíta consiguió con su habilidad llevar con él al territorio de los chiquitos todos los mbayás de que quería deshacerse. Cuando llegaron a los primeros puestos donde se encontraban los ganados del pueblo del Sagrado Corazón, que después ha cambiado de lugar, se los recibió magníficamente y se los condujo al pueblo mismo al son de instrumentos de música. Se celebró su llegada con conciertos, bailes y torneos, etc.; pero habiéndoles hecho, con astucia, acostarse separadamente, a un toque de campana dado a media noche fueron amarrados todos los mbayás y retenidos prisioneros hasta la expulsión de los jesuítas. Entonces los nuevos administradores los pusieron en libertad y regresaron a su país, donde viven libres y cuentan todo lo que les ha ocurrido. Pero este mismo hecho no produjo efecto alguno para la sumisión de los mbayás. El pueblo de Belén subsistió reducido como antes a los solos guaraníes que se habían llevado de los antiguos pueblos.

Como tengo que hablar ahora del gobierno establecido por los jesuítas en sus pueblos indios, comprendo en mis observaciones no sólo las veintinueve colonias que se encuentran en el cuadro que termina este capítulo, sino las otras cuatro que no fueron fundadas por estos religiosos, pero que ellos instruyeron y dirigie-

ron. En cuanto a las treinta y tres colonias que dependían de ellos, las gobernaban del siguiente modo:

Colocaron en cada pueblo dos jesuítas. El que se llamaba cura había sido provincial o rector en sus colegios o era al menos un padre grave; pero él no ejercía las funciones del curato, y con frecuencia no sabía hablar la lengua de los indios, ocupándose únicamente de la administración temporal de todos los bienes del pueblo, de que era director absoluto. La parte espiritual estaba encomendada al otro jesuíta, que se llamaba *compañero* o *vicecura* y que se hallaba subordinado al primero. Los jesuítas de todos los pueblos estaban subordinados a otro, llamado *superior de las Misiones*, y que tenía poder del Papa para administrar la Confirmación.

No había para dirigir los pueblos leyes civiles ni leyes criminales, siendo la única regla la voluntad de los jesuítas. En efecto, aunque había en cada pueblo un indio corregidor y alcaldes y regidores, que formaban un Ayuntamiento como en las colonias españolas, ninguno de ellos ejercía verdadera jurisdicción y sólo eran los instrumentos que servían a los curas para hacer ejecutar sus voluntades, incluso en lo criminal, pues jamás citaron a los acusados ante los tribunales del rey ni ante los jueces ordinarios.

Obligaban a los indios de toda edad y sexo a trabajar para la comunidad del pueblo, sin permitir a nadie hacerlo en particular. Todos debían obedecer las órdenes del cura, que hacía almacenar el producto del trabajo y que estaba encargado de alimentar y vestir a todo el mundo. Se comprende bien que los jesuítas eran los dueños absolutos de todo y que podían disponer del excedente de los bienes de la comunidad entera; que todos los indios eran iguales, sin distinción alguna y sin que pudieran poseer propiedad ninguna particular; ningún motivo de emulación podía conducirlos a ejercer su talento ni su razón, porque ni el más

hábil, ni el más virtuoso, ni el más activo estaba mejor alimentado ni mejor vestido que los otros, ni podía disfrutar otras satisfacciones. Los jesuítas llegaron a persuadir al mundo entero de que esta clase de gobierno era la única conveniente y que hacía la felicidad de estos indios, que, semejantes a niños, eran incapaces de dirigirse por sí mismos. Añadían que los dirigían como un padre conduce su familia; que recogían y guardaban en sus almacenes los productos de la recolección, no para su utilidad particular, sino para hacer apropiadamente la distribución a sus hijos adoptivos; que eran absolutamente incapaces de previsión y que no sabían conservar nada para el alimento de sus familias.

Esta manera de gobernar ha parecido en Europa digna de tan grandes elogios, que se ha llegado a envidiar la dichosa suerte de estos indios; pero acaso no se haga una reflexión, y es que ellos en el estado salvaje sabían alimentar a sus familias, y que estos mismos indios que se habían reducido y sujetado en el Paraguay vivían un siglo antes en estado de libertad, sin conocer esta comunidad de bienes, sin tener necesidad de ser dirigidos por nadie ni que se los excitara o forzara al trabajo, y sin guardaalmacén ni distribuidor de sus cosechas, como lo hemos visto en el capítulo precedente; y esto aun más todavía cuando ya tenían que soportar la carga de las encomiendas, que les quitaban la sexta parte de su trabajo anual. Parece, pues, evidente que no eran tan niños y que no tenían la incapacidad que se quiere suponer; pero aunque así hubiese sido verdad, ya que el espacio de siglo y medio no había sido suficiente para corregir los defectos de los indios, parece que se debe concluir una de estas dos cosas: o que la administración de los jesuítas era contraria a la civilización de los indios, o que estos pueblos eran esencialmente incapaces de salir de este estado de infancia.

Los cuatro pueblos de Loreto, San Ignacio-Miri,

Santa María de Fe y Santiago estaban formados en encomienda cuando los jesuítas se encargaron de su dirección; éste era también el estado de los de San Ignacio-Guazú, de Itapuá y del Corpus; y como estas encomiendas contrariaban las ideas de los jesuítas, porque ellas se aprovechaban de la sexta parte del trabajo de los indios, y además los gobernadores iban todos los años a escuchar las quejas que los indios pudieran tener contra sus encomenderos y sus administradores, los jesuítas resolvieron destruir enteramente estos establecimientos. Para este efecto no se contentaron con exagerar la inmoralidad de los encomenderos, sino que los pintaron aún como peores que demonios por su avaricia y su crueldad, suponiendo que imponían a los indios trabajos tan insoportables, sobre todo para la recolección de la hierba del Paraguay, que habían exterminado centenares de miles. Por estos medios, y con ayuda del favor de que disfrutaban en la Corte, y porque los habitantes del Paraguay eran tan débiles que apenas elevaron la voz para destruir calumnias tan atroces, obtuvieron la abolición de las encomiendas. Es verdad que esta abolición debía haberse verificado a la muerte del segundo posesor, pues que era una especie de esclavitud; pero como los jesuítas no la obtuvieron ni la solicitaron mas que para sus pueblos y los encomenderos fueron conservados en los otros de que hemos hablado en el capítulo precedente, estos religiosos se han hecho sospechosos de interés personal.

Los motivos que los jesuítas alegaron eran positivas calumnias. Es verdad que había en el Paraguay la licencia en lo referente a las mujeres, de que hemos hablado en el capítulo precedente; pero no hubo ni pudo nunca haber ninguno de los otros vicios imputados por los jesuítas. No se conocía ni moneda, ni minas, ni fábricas, ni edificios grandes y costosos, ni casi ningún comercio, ni ningún género de lujo. No se po-

día, pues, emplear a los indios mas que en la agricultura necesaria para que vivieran unos pocos de encomenderos y en cuidar sus ganados, que no ascendían entonces mas que a seis mil vacas. En ese tiempo, y aun hoy, ningún encomendero llevaba camisas mas que de tela del país, que es la más mala del mundo, y los únicos objetos de fuera que se empleaban se reducían a quincalla, y esto en pequeña cantidad, porque casi nunca tenían llaves en las puertas. No se explotaba la vigésima parte de hierba del Paraguay que hoy y no se recolectaba mas que la que hacía falta en el país y para transportar a Buenos Aires. Pero aun suponiendo que el consumo fuera entonces tan grande como hoy en el país, en el Río de la Plata, en Potosí, en Chile, en Lima y en Quito, lo más que harían falta serían ciento cincuenta indios para explotarla.

Los escritores, los sabios, los filósofos de todas las naciones parecen haberse dado la consigna para decir todo lo malo que pueda concebirse de la conducta de los primeros españoles para con los indios. Acaso pudieran decir mucho más de sus naciones respectivas si hubieran sabido lo que hicieron en América los ingleses, los holandeses, los portugueses, los franceses y aun los alemanes que Carlos V, su compatriota, envió allá y que poseyeron todos vastos dominios y pueblos innumerables de indios; pero como todas esas naciones no tuvieron otro fin que satisfacer su avaricia, sacando todo el partido posible del país y de sus desgraciados habitantes, no se encontró entre aquéllos un solo autor que osase censurar su conducta estando todos interesados en callar aquello que podía desacreditarlos ante el mundo entero. Los españoles se ocuparon, por el contrario, sin descanso en civilizar a los indios y particularmente en instruirlos en la religión católica, y por tanto debieron emplear eclesiásticos a expensas considerables del Estado, y más aún de su reputación y su gloria, porque algunos de estos ecle-

siásticos se prevalieron de la libertad que les daba su carácter poderoso, respetado e independiente, en aquellos tiempos atrasados, y mancharon la reputación de sus compatriotas, considerando este medio como el único que podía ocultar sus proyectos ambiciosos, como acabamos de decir, o sus esfuerzos inútiles, como hemos visto en el capítulo anterior y siguientes. He aquí la verdadera causa que hace hoy que los diferentes escritores encuentren solamente estas declamaciones contra los españoles. Pocas personas saben que España tuvo en todo tiempo y aun hoy un voluminoso Código de leyes, de las que cada frase y cada palabra respiran una humanidad admirable y la protección más completa a los indios, igualándolos en todo y aun prefiriéndolos a los españoles, mientras que yo no sé que las otras naciones hayan jamás pensado en escribir una sola línea en favor de sus indios. Sería temerario decir que nuestras leyes eran buenas, pero que no se ejecutaban, cuando es de toda notoriedad que los españoles conservan millones de indios civilizados y salvajes; y puedo probar por los registros y catastros originales de la fundación de cada pueblo, sacados de los archivos y comparados con los actuales, que el número de indios originarios ha aumentado, aunque una infinidad se haya convertido en españoles por la mezcla de razas. Los españoles podrían, por tanto, hacer ver a esos pretendidos filósofos extranjeros los innumerables poblados y naciones de indios originarios que conservamos en el centro mismo de nuestras posesiones y decirles: Mostradnos los que quedan en vuestras colonias y hagamos un paralelo con los nuestros para ver si, en proporción, tenéis tantos como nosotros. Quizá todas esas naciones se verían en un compromiso para mostrar en la inmensa extensión de sus colonias un solo pueblo de indios originarios y a lo sumo una docena de familias; y si éstas se encuentran es que recientemente han desertado de las nues-

tras; porque después de varios siglos de murmuraciones exasperadas, todos tratan de imitarnos, atrayendo habitantes, conservándolos y formando con ellos aldeas. En cuanto a los indios salvajes, es cierto que todas estas naciones los tienen aún en sus límites, pero ningunos en el centro de sus colonias, como sucede en las nuestras; y ellas se deshacen día por día de dichos indios suscitando entre ellos guerras intestinas y con la mayor frecuencia fusilándolos. El carácter español no ha variado nada y es el más constante y el más humano posible. Nunca se ha manchado con el vil y asqueroso tráfico de esclavos, y si la necesidad le ha forzado a comprar algunos siempre los ha tratado y los trata como veremos en el capítulo siguiente y nunca con la crueldad de las otras naciones, pues nadie puede negar la dulzura, la humanidad y la generosidad españolas con respecto a los esclavos negros; ¿cómo se osará asegurar que estos mismos españoles no son y no han sido para los indios mas que tigres y leones? Los indios desgraciados no deben atribuir su desgracia a los españoles, sino al gobierno en comunidad que se les había dado, y que a pesar de ser el más absurdo, el más despótico y el peor de cuantos se pueden escoger ha sido el único que los filósofos han elogiado.

Los jesuítas libraron a sus pueblos de los encomenderos, pero todos fueron obligados a pagar al Tesoro real un tributo anual de un peso fuerte por cabeza de indio de diez y ocho a cincuenta años, y cada pueblo debía dar además cien pesetas a la masa de los diezmos, por forma de compensación. Esta carga no podía molestarlos, porque debiendo pagar el Tesoro cada año seiscientos pesos al cura y otro tanto al vicecura, haciendo balance, todo quedaba en paz, y si había algún excedente era en favor de los jesuítas o de los pueblos. Ellos generalmente afectaban perdonarlo y procuraban hacerlo valer como mérito. En último tér-

mino, estos pueblos fueron tan estériles para el Tesoro real como aquellos de que hablé en el capítulo precedente, porque tenían además el privilegio de no pagar derecho alguno por los productos que iban a vender fuera de su territorio.

Los jesuítas, haciendo suprimir en sus pueblos las encomiendas y todos los derechos reales, haciendo una especie de transacción en cuanto a los diezmos y gozando de la facultad de administrar el sacramento de la Confirmación, habían, por así decirlo, cortado toda relación con su soberano, así como con los jefes, obispos y todos los españoles, pues no permitían a los particulares hacer el comercio. No obstante esto, quisieron aún asegurar más su independencia por medios más positivos que hicieran igualmente imposibles la comunicación con los españoles y la deserción de sus indios. Con este objeto cerraron las avenidas de sus pueblos, cortándolas con profundos fosos, que guarnecieron con gruesas estacas o fuertes empalizadas, puertas y cerrojos en los sitios por donde debían necesariamente pasar, y establecieron guardias y centinelas que no dejaban entrar ni salir a nadie sin una orden escrita. Marcaron igualmente la jurisdicción o territorio de cada pueblo no por mojones u otros signos de este género, sino por nuevos fosos y puertas y nuevas guardias en los parajes de paso obligado, para evitar que los indios fueran de un pueblo a otro. Con la misma mira, no permitieron nunca montar a caballo mas que a un pequeño número de indios que necesitaban para transmitir sus órdenes y cuidar sus ganados, para lo que no era necesaria mucha gente, porque para evitar tener un gran número de pastores y verse obligados a marcar a hierro cada animal habían rodeado de trincheras o fosos todos los pastos, de manera que formaban verdaderos parques.

Con disposiciones tan serias y tan positivas, los cañones de artillería que se procuraron y los armamen-

tos que realizaron para defenderse, según decían, de los indios salvajes, hicieron sospechar a algunas personas que había minas preciosas en el territorio ocupado por los indios, y otros pensaron que los jesuítas aspiraban a formar un imperio independiente. Estas sospechas aumentaron cuando se vió que no se contentaban con rehusar la entrada en sus pueblos a los particulares españoles, sino que hicieron otro tanto con algunos gobernadores que de orden superior querían rectificar las listas de indios, necesarias para la percepción de tributos, y aun a los obispos que pretendieron visitar sus iglesias. En efecto, con respecto a éstos no podían alegar las mismas razones que para los particulares, ni decir que eran tan pervertidos y tan malos que corrompían la inocencia de sus neófitos. Como el rechazar de un modo tan escandaloso lo hubiera sido aún más si no hubiera tenido excepción ninguna, permitieron la entrada en algunos de sus pueblos a ciertos gobernadores y obispos que, siéndoles afectos, al dar cuenta de sus visitas lo hicieron en forma que les era muy favorable.

En verdad no tenían minas, y la debilidad de sus indios se mostraba tal que eran incapaces de defender su independencia ni aun contra el pequeño número de españoles que había en el Paraguay; pero yo no sé si los jesuítas, sobre todo los de Europa, conocían esta debilidad tan bien como yo, porque el corazón y el amor propio nos engañan muchas veces. Por consecuencia, es aún un problema saber si querían o no hacerse independientes. En efecto, aunque todas las medidas tendieran a la independencia y no se les pudiera suponer otro objeto, la debilidad de sus indios era contradictoria al proyecto. Es verdad que los jesuítas no omitieron nada para animar e instruir a sus tropas, porque todas las danzas que establecieron en sus pueblos casi se reducían a lecciones de esgrima de la espada, como yo lo he visto, y nunca dejaban danzar a las

mujeres. Puede ser que los jesuítas de Europa ignoraran en gran parte lo que hacían sus hermanos de América. Lo que hay de seguro es que no todos aprobaron su conducta con relación a los indios, ni tampoco la que siguieron en las disputas, tan famosas, entre los españoles del Paraguay y los jesuítas del país, y cuyo resultado fué más de una vez su expulsión por los españoles. En efecto, entre los papeles que los jesuítas dejaron en el país se encontró una carta escrita de la misma mano del padre Rabago, que decía en substancia a sus hermanos: «Que las quejas que se recibían contra ellos en la Corte eran en tan gran número, tan graves y de tan mal género, que le era imposible impedir su efecto, a pesar de que él gobernaba por completo al rey, pues era su confesor». En armonía con esto, les aconsejaba arreglarse, a cualquier precio que fuera, con los habitantes del Paraguay, porque él estaba ya cansado y no podía continuar protegiéndolos.

Sea lo que sea, el hecho es que la Corte de España concibió violentas sospechas contra los jesuítas, especialmente considerando que eran casi todos ingleses, italianos o alemanes y que el pequeño número de españoles de su Orden que había en el país no tenía ninguna autoridad ni jugaba papel ninguno; pero nunca el Gobierno osó comprometer su autoridad tomando un partido vigoroso y decisivo, temiendo quizá que sus tropas fueran rechazadas. Se limitó, pues, a negociaciones y a representar a los jesuítas que al cabo de siglo y medio había llegado el día de dar libertad a los indios, a fin de que pudieran vivir por sí mismos, tratar y comerciar con los españoles, y que era necesario sacarlos de un retiro en que estaban metidos como los conejos en una madriguera. Los jesuítas sostuvieron siempre que los españoles eran tan injustos como habían ellos dicho y que los indios no estaban en estado de conducirse por sí. Pero como las razones que se alegaban eran evidentes y se exponían con energía,

para salir del paso ofrecieron ensayar el acostumbrar poco a poco a los indios a conocer la propiedad privada dando a cada uno de ellos tierras o pequeñas granjas que cultivaran libremente durante dos días de la semana para disfrutar en propiedad de ellas. La Corte se dió por satisfecha porque no conocía lo inútil de la medida, pues estando los indios en la imposibilidad de vender a nadie lo sobrante de sus productos no obtenían nada de más de lo que les daba la comunidad. Por tanto, la medida no surtió efecto alguno, y además los jesuítas guardaban en sus almacenes el producto de estas granjas, como todo el resto, a lo que dicen los indios mismos.

Está fuera de duda que los jesuítas gobernaron arbitrariamente estos pueblos, sin estar subordinados a nadie bajo relación ninguna, y que pudieron disponer de los bienes de todas las comunidades y los trabajos de todos los indios tan libremente como lo hacen hoy los jefes que les han sucedido y como ellos han hecho siempre en los pueblos nombrados en el capítulo precedente, que por su desgracia han adoptado el gobierno en comunidad. Pero los jesuítas eran mucho más moderados. Entretenían a sus neófitos con gran número de bailes, fiestas y torneos, y en todas estas ceremonias vestían a los actores y al cuerpo municipal con los trajes más costosos que se inventaban en Europa. Daban cada año a todos los indios el traje de que he hablado en capítulo precedente, y les proporcionaban suficiente y aun abundante alimento. Se contentaban con hacerlos trabajar poco más o menos la mitad del día, y el trabajo mismo tenía un aire de fiesta, porque cuando los obreros iban a trabajar al campo marchaban siempre en procesión, con música y llevando alguna pequeña imagen en unas andas. Se comenzaba por hacer un cobertizo para colocarla, y la música no cesaba hasta la vuelta al pueblo, que se ejecutaba del mismo modo.

Encargaban exclusivamente de la costura a los músicos, los sacristanes y los niños de coro, porque las mujeres no hacían otra cosa que hilar algodón. Las telas que fabricaban los indios, deducción hecha de las necesarias para sus vestidos, se vendían en las poblaciones españolas, a donde se las transportaba juntamente con el algodón, el tabaco, las legumbres secas y la hierba del Paraguay. El transporte se hacía por medio de barcos de su propiedad, por los ríos navegables que tenían a su alcance, y traían de retorno la quincalla y cuanto era necesario. Los curas permanecían encerrados en sus colegios o en sus casas, sin ver a ninguna mujer, ni aun siquiera a más indios que los que era estrictamente necesario. Su rigor en esto era tan grande, que no entraban nunca, por motivo ninguno, en el pueblo ni en las casas de los indios, y si algunos enfermos tenían necesidad de los auxilios espirituales los hacían transportar a una habitación destinada a este uso, cerca del colegio, y allí iban los curas, conducidos en silla de manos, para administrarles los Sacramentos. Cuando se mostraban en el templo era con toda la ostentación y todo el aparato posibles, revestidos de los ornamentos más preciosos, rodeados y servidos por numerosa tropa de sacristanes, niños de coro y músicos. Sus iglesias, las más grandes y magníficas de todas estas regiones, estaban llenas de grandes altares, esculturas y dorados, y los ornamentos no podían ser más ricos; lo cual prueba que los jesuítas empleaban en estos gastos al menos una parte de los bienes de las comunidades. Sus casas eran sencillas, pero tenían grandes almacenes.

Por lo que se refiere a los indios, según lo que yo he observado y he podido comprobar visitando todos sus pueblos, la población se reducía a bien poca cosa. Ninguno entendía el español, y los únicos que sabían leer y escribir eran aquellos de que no se podía prescindir para llevar los libros de cuentas. No aprendían

ciencia alguna, y en cuanto a las artes, fabricaban telas de las más bastas, con que se vestían, y telas que los esclavos y los pobres empleaban para sus camisas. Tal era también el estado de su cerrajería, su orfebrería, su pintura, su música, etc., artes que les habían enseñado jesuítas enviados de Europa a este efecto. Ninguno usaba calzado; las mujeres, sin excepción, no tenían otro vestido que una camisa sin mangas, ceñida sobre los riñones por un cinturón, y hecha de la tela de que acabamos de hablar, que dejaba percibirlo todo a través de ella. Se hacían con los cabellos una coleta como la de los soldados; pero se los soltaban para entrar en la iglesia y no llevaban nada en la cabeza. Los hombres tenían los cabellos cortados y un gorro de algodón, y su traje consistía en una camisa, calzones y un poncho de la misma tela. Todos los indios reconocían a un mismo cacique y habitaban en una misma galería o cámara larga; pero luego hicieron separaciones de tres en tres varas, y en cada una vivía una familia, sin camas ni muebles. Estaban bautizados y sabían las oraciones y los mandamientos de la ley de Dios, porque todas las muchachas y los muchachos iban diariamente a repetirlos en común delante de la iglesia. Pero según dicen hoy los curas sucesores de los jesuítas había poca religión en el fondo. Se me ha asegurado que en la época del cumplimiento de Iglesia un indio llamado *mayor*, que es una especie de alguacil, va a buscar al cura y le pregunta cuántos indios quiere confesar al día siguiente. Si, por ejemplo, el cura responde quince, el mayor reúne por la mañana los quince primeros indios que encuentra y los lleva a la iglesia. Mientras que uno de ellos se confiesa, los otros esperan a la puerta, y cuando sale le preguntan que de qué se ha confesado y de qué humor está el cura. Si responde que es sobre el sexto mandamiento y que el cura se ha enfadado, convienen todos en acusarse de haber robado una vaca o un pollo, y lo eje-

cutan unánimemente, de modo que el cura sólo puede enfadarse con el primero. No obstante, si se observa a los indios en la iglesia se admirará su gravedad y su decencia; pero esto es efecto de su carácter taciturno y apacible.

Los jesuítas salieron de sus pueblos en 1768 (1), y se pusieron en su lugar dos frailes en cada uno, para lo espiritual, y un administrador para la dirección temporal de la comunidad; de manera que el gobierno de estos pueblos no hizo mas que cambiar de mano. Pero como los jesuítas los consideraban como su propiedad particular los querían, y lejos de destruírlos procuraban su mejora, mientras que los jefes y administradores que han sucedido a estos religiosos consideran estos establecimientos como una cosa de que sólo pueden disponer un tiempo limitado y únicamente procuran aprovecharse del momento presente. De aquí que ellos no alimentan ni visten a los indios tan bien como otras veces y los fatigan de trabajo. El Tesoro real no saca nada, ni nunca sacó nada, de estos pueblos, y las cosas están en el mismo pie que las del Paraguay, como he dicho en el capítulo anterior. Pero no debe ocultarse que después de la salida de los jesuítas algunos indios se han civilizado algo y gozan de cierto bienestar, debido a su comercio y a sus ganados. Hablando en general, han progresado algo hacia la civilización; se visten a la española y adquieren cierta pequeña propiedad; pero como no se tiene el especial cuidado que los jesuítas, la mitad de sus pueblos está desierta y los indios se extienden por todas partes en libertad mezclados con los españoles.

Expondré algunas observaciones que he hecho en estos pueblos, porque pueden dar alguna idea del ca-

---

(1) Léase BOUGAINVILLE (L. A. DE), *Viaje alrededor del mundo*, volúmenes números 3 y 4 de la colección de *Viajes clásicos*, editada por CALPE.

rácter de los guaraníes, del estado actual de su civilización y también de cómo en este respecto se encontraban bajo el régimen de los jesuítas. Aunque estos indios no desdeñan tener un empleo cualquiera o una apariencia de mando, lo abandonan y descienden sin dificultad a las últimas funciones porque no conocen el valor de las distinciones, ni tampoco el honor ni la vergüenza. Las indias admiten indiferentemente a todos los hombres, sean viejos, jóvenes, negros, esclavos, etc. Los indios consideran el engaño como una marca de habilidad y no dejan escapar ninguna ocasión de este género; pero no emplean nunca la violencia y no roban objetos de importancia aunque tengan ocasión; ellos no llaman a esto *robar*, sino *coger*, y *conducir* si se trata de ganados. Es fácil seducirlos cuando se trata de hacer mal, y no enseñan en este respecto a sus hijos ningún principio positivo ni negativo. Cuando un administrador quiere hacer azotar fuertemente a una mujer o algún muchacho, encarga ordinariamente al marido o al padre, porque nadie lo hace mejor, y la inversa daría el mismo resultado. En efecto, un indio no deja nunca de ejecutar lo que se le ordena, sin replicar, aunque no comprenda el asunto. No son celosos, y acaso no haya un solo ejemplo de una india mayor de ocho años que haya rehusado las proposiciones que se le hayan hecho.

Son estos indios entusiastas por emborracharse; pero esto no les hace daño alguno. Cuando se les pregunta si saben hacer una cosa contestan siempre que no, a fin de que no se les mande hacerla, porque obedecen siempre sin réplica a cuanto se les manda. Cuando acompañan a un viajero nunca dicen: «detengámonos a comer». Si se va delante de ellos y se equivoca el camino jamás lo advierten; es, por tanto, necesario hacerlos ir delante y solos. Sufren con paciencia increíble la intemperie, la lluvia, las picaduras de los insectos y el hambre; pero si se detienen a comer se des-

quitan con usura del tiempo perdido. Gustan de los torneos, de los juegos de la sortija, de fiestas, de carreras y gozan en llevar siempre sus caballos a rienda suelta; pero cuidan poco a estos animales y los maltratan sin piedad, tanto por los malos arreos que les ponen cuanto por el exceso de fatiga que les hacen sufrir. Crían pollos y cochinos, a los que no dan alimento alguno, dejándolos atenidos a lo que ellos pueden encontrar en el campo; crían también muchos perros y gatos, y no matan ninguno de los que nacen, dejándolos atenidos a lo que ellos pueden atrapar. Son lentos, sucios, extremadamente pacientes en sus dolores y enfermedades y no se quejan nunca. Tienen gran repugnancia por toda clase de remedios, y especialmente por las lavativas, a las que prefieren la muerte. Cuando se sienten muy malos y están acostados en una hamaca o red suspendida hacen poner fuego debajo, y no quieren hablar, ni oír hablar, ni tomar nada, y se mueren sin inquietud alguna por lo que dejan en este mundo ni temor por el porvenir; ven igualmente morir o matar a otra persona sin mostrar la menor compasión, y por último yo los he visto marchar al patíbulo con el mismo aire que irían a sus bodas.

Nos resta aún decir que los jesuítas intentaron también someter a los indios del Chaco y algunos otros; pero como les era imposible dominarlos con las tropas de guaraníes de que podían disponer, como hemos visto, con relación a los indios de San Joaquín, emplearon el método eclesiástico descrito en el capítulo precedente. Así formaron muchos pueblos, de que hablan en sus historias, de los que sólo subsisten algunos hacia la ciudad de Santa Fe de la Vera Cruz; es decir, San Xavier y los otros dos que vienen después en el cuadro del capítulo anterior. Se los ha colocado en ese cuadro porque fueron verdaderamente los jefes temporales los que los formaron y los que los entregaron a los jesuítas, proporcionándoles todos los auxilios

necesarios; pero no ha habido nunca y no hay hoy en estos pueblos indios sometidos, civilizados, ni cristianos, como he comprobado por mí mismo y como los mismos indios me han asegurado, y que no eran otra cosa que lo que he dicho en el capítulo XII. La única diferencia es que la gran economía, la destreza, la habilidad de los jesuítas, superiores a las de los otros jefes, hacían durar un tiempo mucho más largo los fondos de subsistencia de los indios, y por consecuencia la existencia de sus pueblos.

Cuadro de los pueblos de indios formados por los jesuítas.

NOMBRE DE LOS PUEBLOS	Años de su fundación.	Latitud austral.	Longitud O. de París.	
San Ignacio-Guazú	1609	26° 54′ 36″	59° 4′ 14″	
Itapuá	1614	27 20 16	58 12 59	
Concepción	1620	27 58 44	57 57 13	
Corpus	1622	27 7 23	57 52 29	
Santa María Mayor	1626	27 57 14	57 46 4	
Yapeyú	1626	29 31 47	58 58 28	
Candelaria	1627	27 26 46	58 7 34	
San Nicolás	1627	28 12 0	57 39 49	
San Xavier	1629	27 51 8	57 34 4	
La Cruz	1629	29 29 1	58 48 28	
San Carlos	1631	27 44 36	58 17 12	
Apóstoles	1632	27 54 43	58 9 19	
San Luis	1632	28 25 6	57 22 14	
San Miguel	1632	28 32 36	56 59 27	
Santo Tomé	1632	28 32 49	58 17 43	
Santa Ana	1633	27 23 45	57 58 39	
San José	1633	27 45 52	58 8 57	
Mártires	1633	27 47 37	57 50 2	
San Cosme	1634	27 18 55	58 39 29	
Jesús	1685	27 2 36	58 25 6	
San Borja	1690	28 39 51	58 15 58	Colonia de Santo Tomé.
San Lorenzo	1691	28 27 24	57 8 30	Colonia de Santa María la Mayor.
Santa Rosa	1698	26 53 19	59 14 39	Colonia de Santa María de Fe.
San Juan	1698	28 26 56	56 48 40	Colonia de San Miguel.
Trinidad	1706	27 7 35	58 4 50	Colonia de San Carlos.
Santo Angel	1707	28 17 19	57 0 12	Colonia de la Concepción
San Joaquín	1749	25 1 47	58 33 20	
San Estanislao	1749	24 38 31	58 56 15	
Belén	1760	23 26 17	50 28 0	

Se coloca aquí la latitud y la longitud que los pueblos ocupan hoy porque no se podría fijar la de sus emplazamientos primitivos.

No se citan aquí otros pueblos fundados por los jesuítas y citados en sus historias porque están refundidos casi todos en este cuadro y porque en verdad casi ninguno estaba establecido en regla al tiempo de su retirada.

CAPÍTULO XIV

De las gentes de color.

Conviene saber que al tiempo de la conquista toda la región que describo, y aun una mayor extensión de país, no formaba mas que un solo gobierno y un solo obispado, cuya capital era la Asunción, en el Paraguay. Pero como se separaron las provincias de Chiquitos, de Moros y de Santa Cruz, y los portugueses se apoderaron injustamente de la isla de Santa Catalina y de las provincias de San Pablo, de Vera y de Guayrá, se dividió en 1620 el resto del país en dos gobiernos, cada uno con un obispo, uno con el título de Buenos Aires y el otro con el de Paraguay. Éste perdió mucha parte de su extensión por las usurpaciones de los portugueses en las llanuras de Xerez, de Matogroso y de Cayabá, y en cuanto a los límites de los dos gobiernos, permanecieron mucho tiempo sin fijarse porque estaban separados por las misiones o los pueblos de los jesuítas, que en el fondo eran independientes.

Hoy estos límites son aún los mismos, tanto para lo espiritual como para lo temporal, y yo los he marcado en mi carta, excepto los del Chaco, porque, a pesar de una gran proximidad, los habitantes del Paraguay no tienen en él ninguna posesión. Es verdad que para lo temporal los dos gobiernos se disputan una pequeña

parte que está poblada y situada hacia el norte del río Paraná, en su confluencia con el Paraguay. Cada gobierno tiene su obispo y su gobernador; pero el de Buenos Aires está unido a la plaza de virrey y el del Paraguay depende del otro gobernador. En calidad de virrey, el de Buenos Aires posee en su distrito los diez y siete pueblos jesuíticos más meridionales, y el del Paraguay los otros. Hablo aquí de los límites de estos dos gobiernos porque en adelante los distinguiré alguna vez.

Todo el mundo sabe que la población actual de América está compuesta de tres razas de origen diferente, a saber: indios o americanos, blancos o europeos y negros o africanos. Estas tres razas se mezclan con facilidad las unas a las otras, y de esta mezcla resultan individuos mixtos, que se llaman en general *gentes de color* (pardos); de éstos voy a tratar en este capítulo.

Es verdad que en el país se comprende también a los negros bajo esta misma denominación general; pero yo no hablaré de éstos mas que en relación a su estado civil y no diré nada de sus cualidades físicas y originales. Si el hombre de color proviene de la mezcla de una india con un blanco se llama *mestizo*, y se da el mismo nombre a toda su descendencia, supuesto que no tenga mezcla alguna de sangre negra o descendiente de negro y que la unión haya sido entre blanco e india o sus mestizos. Pero si el africano se une con el blanco o el indio el hijo se llama *mulato*. Lo mismo sucede siempre que hay mezcla de sangre negra, sea en el grado que sea; de manera que las denominaciones de mestizos y mulatos no hacen alusión al color, como podría creerse, sino sólo a la naturaleza de las razas mezcladas.

Diré algo de los mestizos y de los mulatos, siguiendo la acepción general que se da a estos nombres, como acabo de explicar, porque me sería imposible

seguirlos en todas sus subdivisiones. En efecto, ¿quién pudiera comprobar todas las diferentes combinaciones de que cada mulato o mestizo es resultado? (1). No hablaré, pues, de estos detalles al tratar de las gentes de color.

En consecuencia, no diré nada de sus cabellos, más o menos largos o crespos, ni de su color, más o menos blanco o más o menos negro, porque los hay que son tan blancos, tan sonrosados y también tan rubios como en Europa y con los cabellos tanto o más largos. Tampoco especificaré la calidad del sexo que ha intervenido en las mezclas; por ejemplo, yo no diré si el hombre de color viene de un blanco y una negra o, por el contrario, de un negro y una blanca. En cuanto a lo demás, deseo que no se considere como cosa positiva y demostrada mi opinión sobre tan difícil materia. En efecto, mi único objeto, si me atrevo a decirlo, es excitar a otras personas a hacer observaciones más numerosas y más detalladas sobre una parte tan interesante de la historia del hombre y aun de la de los animales.

Hemos visto en el capítulo XII que uno de los medios empleados por los conquistadores de América para reducir y sojuzgar a los indios fué hacerlos españoles casándose con indias, porque sus hijos o mestizos fueron declarados españoles. Estos mestizos se unieron en general los unos con los otros porque iban a América muy pocas mujeres europeas, y son los descendientes de esos mestizos los que componen hoy en el Paraguay la mayor parte de los que se llaman españoles. Me parece que tienen sobre los españoles de

---

(1) En el Museo Nacional de Antropología se conserva una interesantísima y completa colección de cuadros, pintados por orden del Gobierno español en el siglo XVIII, representando todos los casos que se conocían de mestizajes en nuestras posesiones de América, con sus nombres. *(F. B.)*

Europa alguna superioridad, por su talla, la elegancia de sus formas y aun por la blancura de su piel. Estos hechos me hicieron sospechar no sólo que la mezcla de razas las mejora, sino que la raza europea mejora a la larga unida a la americana, o al menos el sexo masculino sobre el femenino.

Creo también que estos habitantes del Paraguay tienen mas finura, sagacidad y luces que los criollos, es decir, que los hijos nacidos en el país de padre y madre españoles, y también los creo de más actividad. Como han venido siempre de Europa a Buenos Aires muchos españoles de los dos sexos, que se han aliado a los mestizos primitivos, la raza de éstos no se ha conservado tan pura y no ha adquirido las mismas ventajas que en el Paraguay; esto es lo que hace que los españoles de este último país sobrepujen a los de Buenos Aires en talla y proporciones y también en actividad y talento.

Los indios sometidos o convertidos no ponen para sus alianzas ninguna atención en el color, ni en el estado del pretendiente, ni en su libertad o su esclavitud. Aunque los negros, los mestizos y los mulatos se encuentran casi en el mismo caso, se observa, no obstante, que recíprocamente se dan alguna preferencia y que de la raza india es de la que hacen menos caso, salvo cuando se trata de esclavos, que prefieren las indias, porque así sus hijos son libres, como lo son todos los procedentes de madre libre. Observo que los mulatos que proceden de estas mezclas toman un color medio, pero muy amarillo, y que tienen sobre sus padres y madres la misma ventaja que los mestizos sobre los suyos.

Hay otros mulatos procedentes de la unión de las razas europea y africana. En algunos parajes de América se les llama *cuarterón*, *salto atrás*, etc., según la mezcla de sangre africana que tenga. Por ejemplo, de la unión de un europeo y una negra resulta un *mulato;*

de la unión de éste con una europea procede un hijo que es *cuarterón*, porque no tiene mas que un cuarto de sangre negra; pero si esta unión se verifica con un negro, el resultado se llama *salto atrás*, porque en vez de ganar en blancura el individuo retrocede, por así decirlo, pues tiene tres cuartos de negro. Pero no se conocen estas denominaciones en el país que describo, y en él se llama simplemente *mulato* a todo el que tiene mezcla de sangre negra, por poco considerable que sea y aunque fuera enteramente blanco o rubio.

Hallo que estos mulatos procedentes de la unión de negros y blancos tienen ventaja en lo físico y en lo moral sobre los que resultan de la unión de los indios y de los negros; los encuentro también más activos, más ágiles, más vigorosos, más vivos, más espirituales y más finos que los mismos a quienes deben la vida. Pero pienso que estas cualidades no van aumentando mas que hasta un cierto grado y que cuando un mulato ya blanco se alía a una europea el resultado no obtiene mas que poca o ninguna ventaja. Estos mulatos sobrepujan a todos los otros por la frescura y dulzura de su piel, y no es ésta la única ventaja que hace que los inteligentes prefieran las mulatas a las mujeres españolas, pues además pretenden que con dichas mulatas experimentan placeres especiales que las otras no les proporcionan. Además estas mulatas no son modelos de castidad ni resistencia, y es raro que conserven su virginidad hasta la edad de nueve o diez años. Son espirituales, finas y tienen aptitud para todo; saben escoger; son limpias, generosas y hasta magníficas cuando pueden. Los mulatos tienen las mismas cualidades morales y la misma finura. Sus vicios más comunes son el juego de cartas, la borrachera y la trampa; pero los hay muy honrados.

Según el último catastro o censo de población del Paraguay, hay en el país cinco españoles por cada mulato, y aunque no se haya pensado en hacer un seme-

jante censo en el gobierno de Buenos Aires, se puede estar seguro de que la relación es la misma aproximadamente o que quizá los españoles son más numerosos que los mulatos en proporción aún mayor.

En el Paraguay se dividen en libres y esclavos y su relación es de 174 a 100; es decir, que por cien negros o mulatos esclavos hay 174 libres.

Si se compara esta colonia española con las que otras naciones tienen en América se encontrará una diferencia enorme en la proporción de los blancos a las gentes de color, porque en las colonias no españolas los blancos son, a lo sumo, a los negros y aun a los mulatos como 1 es a 25, y en cuanto al estado de libertad, la proporción es quizá aún menos favorable a las gentes de color. Esta escasez de esclavos debe necesariamente hacer más caro el precio de los jornales y de las manufacturas en esta colonia española, porque todo es obra de gentes libres que se hacen pagar bastante.

No se puede dejar de admirar aquí la generosidad de los españoles del Paraguay, que han dado libertad a ciento setenta y cuatro de sus negros y mulatos por cada ciento, aunque nadie los necesita tanto como ellos. No se conocen esas leyes y esos castigos atroces que se quieren disculpar como necesarios para retener a los esclavos en el trabajo.

La suerte de estos desgraciados no difiere nada de la de los blancos de la clase pobre y es hasta mejor.

Muchos son jefes de parques o de pastos de ganados y tienen a sus órdenes jornaleros españoles. La mayoría mueren sin haber recibido un solo latigazo, se los trata con bondad, no se los atormenta jamás en el trabajo, no se les pone marca, y no se los abandona en la vejez. Las mujeres de sus amos los cuidan en sus enfermedades; nadie les prohibe casarse, y aun con indias o mujeres libres, para procurar esta ventaja a sus hijos; se los viste tan bien o mejor que a los blancos pobres y se les da un buen alimento. En fin, para creer

la manera de tratar a los esclavos en este país es necesario haberlo visto, porque no se parece nada al trato que sufren en las otras colonias americanas. Así, nunca habrá derecho a quejarse de los esclavos. Yo he visto a varios esclavos rehusar la libertad que se les ofrecía y no querer aceptarla mas que a la muerte de sus dueños; y entre otros, alguno de los míos sólo la quiso aceptar por fuerza. Los españoles de este país tratan con la misma dulzura y humanidad a los indios de sus encomiendas, y nada es más opuesto a su carácter que la dureza y la crueldad que algunos escritores les han atribuído. Que se compare el número de indios que han conservado en sus colonias con el que se ve en las de algunas otras naciones que tachan de crueles a los españoles. Yo puedo demostrar, por la comparación de los catastros originales, que hay más indios en el país actualmente que los que existían en el tiempo de la conquista.

Hace próximamente diez y ocho a veinte años que una esclava inglesa se escapó con sus hijas y vino a refugiarse en una isla española en las Antillas. Su dueño la reclamó, y la esclava, que por su habilidad había reunido algún dinero, ofreció en pesos fuertes el precio de su libertad; pero su dueño no quiso recibirlo.

El gobernador español, indignado por la injusticia del inglés, rehusó devolverla, aunque la restitución había sido ordenada por el tratado de paz, y dió cuenta del asunto al Consejo de Indias. Este Cuerpo dirigió una representación al rey y se decidió en principio que no se devolvería ningún esclavo; que la libertad era un derecho natural sobre el que las convenciones humanas no podían tener fuerza, y que la huída era un medio lícito y honrado de obtenerla. Esta decisión, que honra a España, llegó al Paraguay cuando yo estaba allí; pero como el gobernador de este país acababa de recibir presentes considerables de los portugueses, para complacerlos, despreciando la orden del

rey, les devolvió un infeliz esclavo fugitivo. Es más: hizo representaciones a la Corte por medio del virrey de Buenos Aires, que apoyó sus ideas, y a fuerza de repetir sus solicitudes han logrado hacer revocar una medida tan justa como útil por un ministro que quería agradar a la Corte de Lisboa. Se tomó por pretexto que las granjas españolas sólo estaban explotadas por esclavos y que se arruinarían si desertaban. Pero todo esto es falso, pues hemos visto que los esclavos son aquí en pequeño número y que no tenemos que temer su deserción. Si se realizara podría a lo sumo causar un ligero perjuicio a uno o dos particulares, y el Estado ganaría infinitamente por la emigración de una multitud innumerable de desertores del Brasil, donde los esclavos son tratados con rigor y aun crueldad (1). Yo creo que tan justa medida como la que se había tomado era el único medio de hacer floreciente este país y aun de conservarlo.

En cuanto a los mulatos libres, su clase está considerada como la última, pues las leyes prefieren antes que ellos no sólo a los blancos, sino a los indios, los mestizos y aun los negros. Pero no sucede lo mismo en la opinión pública, porque se desprecia a los indios y se considera a los mulatos y negros como iguales. Es verdad que los mulatos libres, cuyo color es claro o casi blanco, se marchan frecuentemente a pueblos donde no se los conoce y pasan por españoles. En el gobierno de Buenos Aires las gentes de color no pagan ningún tributo y gozan en plena libertad del fruto de su trabajo. La sola diferencia entre ellos y los españoles es que no pueden ocupar empleos públicos por ser de una clase considerada inferior.

Pero además de esta humillación sufren una veja-

---

(1) Léase DARWIN (C. R.), *Diario del viaje de un naturalista alrededor del mundo*, en la colección de *Viajes clásicos*, editada por CALPE.

ción conocida con el nombre de *del amparo*. Consiste esto en que D. Francisco de Alfaro, aquel visitador de que ya hablamos, ordenó que cada hombre de color, libre, de diez y ocho a cincuenta años de edad, pagara tres pesos de tributo anual, y como entonces no había en el país ni moneda ni comercio y muchas gentes de color no podían pagar el tributo, se ideó entregarlos a los eclesiásticos y a los españoles de posición para emplearlos como si fueran sus esclavos, pero a condición de pagar por ellos el citado tributo. Esta manera de entregar a un español un hombre de color es lo que se llamaba *amparo*. Los gobernadores no tardaron en abusar de esta institución y la extendieron a todo sexo y edad, y tanto si pagaban como si no pagaban el tributo, estos desgraciados eran entregados a los amigos y a las favoritas de aquéllos, en perjuicio de la Hacienda, a la que no pagaban nada. En este estado se encuentran hoy las cosas, si bien muchas de estas gentes de color, quizá la mayor parte, viven en plena libertad, sin pagar ni contribución ni tributo, ya sea porque tengan protectores, ya porque se ignore dónde viven, allá en las lejanías de los campos, o ya porque vayan a establecerse a otros gobiernos. También hay algunos que pagan el tributo, si bien los gobernadores no quieren que lo paguen al Tesoro real, sino a otra caja, que llaman *departamento de la guerra*, porque es un fondo de que pueden disponer arbitrariamente.

Un gobernador que se vió apretado de cerca por los indios mbayás tomó en 1740 una parte de gentes de color que estaban en amparo, los declaró libres de tributo y formó con ellos el pueblo llamado de la Emboscada, y los obligó al servicio militar, de que habían estado libres hasta entonces. Esto fué lo que dió ocasión a que los gobernadores que vinieron luego obligaran a todo hombre de color al servicio militar, así como a cualquier otro. Es verdad que la mayor parte se substraen, así como al amparo, por los mismos medios.

CAPITULO XV

De los españoles.

Los que habitan el gobierno de Buenos Aires provienen más de reclutas continuas de inmigrantes procedentes de Europa que de la mezcla con los indios, que en este país han sido siempre en número escaso, y por esto es por lo que hablan español. Por el contrario, los españoles del Paraguay y sus vecinos los habitantes del distrito de la ciudad de Corrientes proceden principalmente de la mezcla de sus antepasados con las indias, como hemos dicho. Por esto hablan guaraní, y sólo las personas instruídas y los hombres de la villa de Curuguaty entienden el español, como hemos visto en el capítulo X.

Los españoles de todas estas regiones creen ser de una clase muy superior a la de los indios, los negros y las gentes de color; pero reina entre estos mismos españoles la más perfecta igualdad, sin distinción de nobles y plebeyos. No se conocen entre ellos ni feudos, ni substituciones, ni mayorazgos. La única distinción que existe es puramente personal, y es debida sólo al ejercicio de los cargos públicos, a la mayor o menor fortuna o a la reputación de talento y honradez. Es cierto que algunos se envanecen de descender de los conquistadores de América, de los jefes, o simplemente de los españoles; pero no por esto son más con-

siderados, y si pueden se casan con cualquier mujer, con tal de que tenga dinero, sin preocuparse de lo que ella fuera antes. Tienen tal idea de su igualdad, que creo que aunque el mismo rey concediera ejecutorias de nobleza a algunos de estos particulares nadie los miraría como nobles y no obtendrían más distinciones ni servicios que los otros. En Lima se han creado títulos de Castilla (barones, condes, marqueses o duques). Ignoro qué consideración gozan; pero si la obtienen, acaso no se deba mas que a los capitales o bienes que posean. Este mismo principio de igualdad hace que en las ciudades ningún blanco quiera servir a otro y que el mismo virrey no podría lograr encontrar un cochero o lacayo español, por lo que todo el mundo se sirve de negros, de gentes de color o de indios.

Como los españoles difieren mucho unos de otros, hablaré primero de los ciudadanos o habitantes de las ciudades de Buenos Aires, Montevideo, Maldonado, Asunción, Corrientes y Santa Fe de la Vera Cruz, que se pueden considerar como las únicas ciudades españolas del país. En efecto, aunque se encuentran algunas villas y parroquias, sus habitantes no están reunidos en un solo lugar, como en España, sino muy dispersos en los campos, en casas aisladas y muy alejadas, de modo que generalmente junto a la iglesia no viven mas que el cura, algún herrador, algún tendero y algún tabernero o *pulpero*. Y aunque algunos de los vecinos de estas parroquias construyen casa en el pueblo, no les sirve mas que para los días que van a misa o a alguna fiesta eclesiástica, después de la cual regresan a sus casas de campo.

Las ciudades que he citado contienen quizá tantos españoles como todo el resto del país, cosa que en mi concepto es una costumbre muy perjudicial, en la que los jefes no se fijan. En efecto, es cosa clara que son las ciudades las que engendran y propagan todos los vicios, la corrupción de costumbres y esta especie de

alejamiento o, por mejor decir, aversión decidida que los criollos, o hijos de españoles nacidos en América, tienen por los europeos y por el Gobierno español. Esta aversión es tal que yo la he visto con frecuencia reinar entre los hijos y el padre y entre el marido y la mujer cuando los unos eran europeos y los otros americanos. Pero yo no la he observado entre los habitantes del campo. Los que se distinguen por esta aversión son los abogados, los comerciantes quebrados, los que se han arruinado y todos aquellos que tienen más pereza, más incapacidad y más vicios. Además, las ciudades roban al campo los brazos, de que tiene una extrema necesidad y que son la verdadera riqueza del país. El mal no sería tan grande si hubiera fábricas; pero éstas son absolutamente desconocidas y la mayoría de los habitantes no deben sus medios de vida mas que al bajo precio de la carne y a la facilidad que tienen de vivir casi sin trabajar.

Yo estimo la renta del obispo del Paraguay en seis mil pesos fuertes por año. Aunque semejante renta lo hace la persona más rica del país, el rey le da además mil ochocientos treinta y ocho pesos fuertes y dos reales sobre las cajas del Potosí, porque las del Paraguay no bastan para pagar a la tercera parte de los empleados. El Capítulo de la catedral está compuesto de un deán, tres dignidades, dos canónigos y un beneficiado. El primero, a ochocientos siete pesos fuertes por año; los otros, setecientos, y el último, trescientos. Las rentas de todos los curas no exceden seguramente de lo necesario. En 1793 el número total de eclesiásticos del país ascendía a ciento treinta y cuatro, pero había además ciento diez frailes. El obispo de Buenos Aires cuenta de diez y ocho a veinte mil pesos de renta anual. Tiene en su catedral el mismo número de dignatarios y canónigos que el del Paraguay, pero cada uno de ellos posee casi tanta renta como todos los del Paraguay juntos. No sé el número de eclesiásticos que

habrá en toda la diócesis; pero en 1793 se contaban ciento treinta y seis en la ciudad de Buenos Aires, y además cuatro numerosos conventos de frailes: de San Francisco, de Santiago, de la Merced y de Belén.

Los dos obispos y sus Capítulos sacan sus principales ingresos de los diezmos; pero esto parece un poco riguroso en Buenos Aires, donde se exige el diezmo de los ladrillos; mas en el Paraguay se exige el de la hierba que lleva el nombre del país, aunque sea la hoja de un árbol silvestre, que todo el mundo puede coger y que no tiene propietario particular; es decir, que se encuentra en el mismo caso que los hongos, los frutos silvestres y las plantas medicinales; y aun esta hierba no paga en Buenos Aires ningún derecho de venta al Tesoro real. Muchas personas, sobre todo los eclesiáticos y las viejas, fundan durante su vida o por testamento un gran número de capellanías laicas o eclesiásticas en favor de conventos o de particulares, imponiéndoles la obligación de decir o hacer decir algunas misas. Estas fundaciones aumentan de tal modo que constituyen una carga que pronto no podrá soportar el país. Muchos eclesiásticos viven de la renta de las capellanías; pero los curas no tienen mas que sus derechos casuales. En efecto, aunque las leyes les asignen una parte de los diezmos, y ellos la reclaman, los que gozan de un poder superior los privan de ella.

Este país fué conquistado a expensas de los jefes de la empresa y no se les prometió mas que dos mil ducados de sueldo en el caso de que su conquista diera esta suma; pero en el caso contrario el Tesoro no prometió nada. Estos jefes fueron acompañados de dos o tres personas encargadas de la percepción de los dineros o derechos pertenecientes al rey, sin otro sueldo que el tanto por ciento. En 1620 se dividió el país, como he dicho en el capítulo XIV, y se estableció en Buenos Aires un gobernador con tres empleados de Hacienda, y otro gobernador en el Paraguay, con un

teniente de oficial real para la Hacienda. Tal fué el estado de cosas hasta 1776, época en que se estableció en Buenos Aires el virrey, con cuarenta mil pesos de sueldo. Se erigieron inmediatamente tantos tribunales y se multiplicaron de tal modo los empleados de todas clases que sería imposible contarlos. En el Paraguay no se hizo mas que doblar el sueldo del gobernador y se establecieron dos oficiales reales para la Hacienda, cada uno de ellos con casa, dos mil pesos anuales y muchos empleados, de manera que todo el producto de la provincia no bastaba para pagar el tercio de los sueldos. Hay además un gran número de personas a quienes se conceden sueldos en expectativa de colocaciones, y un enjambre de supernumerarios y gentes que trabajan en las oficinas para merecer por su trabajo obtener un empleo. ¡Qué admirable resultaba la sencillez de aquel tiempo en que cuatro o seis hombres eran suficientes para todo! ¡Y qué súbito trastorno emplear para el mismo objeto tantos hombres, cuyos brazos son perdidos para la prosperidad pública! En efecto, a pesar de todo este aparato es imposible al ministro, y a quienquiera que sea, saber si este virreinato produce o no algo al Tesoro público, porque en toda su extensión apenas hay una caja o una administración que no haya hecho bancarrota. Un gran número no ha rendido aún sus cuentas y todavía no se han comprobado las de varios que las habían presentado.

Apenas han nacido los españoles se les ponen nodrizas mulatas, negras o indias, que están ordinariamente encargadas de ellos hasta la edad de seis años o más. Durante todo este tiempo el niño no ve nada que merezca ser imitado. Añadid a esto un mal principio, aceptado en este país aun más que en España, es decir, que la nobleza y la generosidad consisten en no hacer nada y en destruir. La repugnancia por el trabajo, que es todavía más fuerte en América que en ninguna otra

parte, fortifica aún esta inclinación en los niños. Imbuídos de estos principios y de la idea de igualdad, los niños, aun de un simple marinero, desdeñan toda clase de trabajo y creen cosa inferior a ellos seguir la profesión de sus padres. Prefieren hacerse frailes, curas, abogados o comerciantes; y muchos no quieren esta última profesión por considerarla demasiado penosa. Se enorgullecen mucho de tener empleos, aunque afectan desdeñarlos, y manifiestan escaso agradecimiento a los que se los proporcionan; en realidad es que los fatigan y molestan las diligencias y dificultades inevitables para obtenerlos. Los que van a Europa (su número es escaso) y que ven que es preciso someterse a guardar deferencias desconocidas entre ellos y reconocer una jerarquía política, regresan siempre a América maldiciendo de lo que han visto. Es verdad que su país les da la libertad, la igualdad, la facilidad de vivir casi sin trabajo y aun muchos medios de ganar dinero. No se ven coartados por las leyes, porque éstas no están en vigor y dejan que cada uno haga lo que quiera. Las contribuciones no los molestan, porque son casi nulas; las únicas molestias a que están expuestos consisten en la necesidad de no tener por criados mas que indios o esclavos, y a veces también las malas artes o las pasiones de sus jefes. Si reflexionaran, debían amar un gobierno tan dulce y complaciente que los deja en el estado en que están.

Sus principales vicios son la pasión por las mujeres, el furor por el juego y además la borrachera en el pueblo bajo. Pero a mi entender tienen finura, exactitud y claridad de entendimiento, y creo que es éste el caso en que se encuentran todas las razas perezosas procedentes de la mezcla de unas con otras. Si tuvieran a su alcance estudiar como en Europa, si dispusieran de las mismas facilidades y pusieran de su parte igual aplicación, no dudo de que nos sobrepujarían. En Buenos Aires y en el Paraguay no se les enseña mas que la gra-

mática latina, la teología tomista, la filosofía peripatética y acaso un poco de derecho canónico. Las artes y oficios se reducen a los que son indispensables, y casi no son ejercidos mas que por algún español pobre venido de Europa o por las gentes de color. Las mujeres de Buenos Aires, Montevideo y Maldonado no gustan de hilar la lana ni el algodón, pero en las otras ciudades se ocupan en hilar. Las costumbres, los trajes y modas son en general los de España, pero en Buenos Aires y Montevideo, que son las ciudades más considerables y ricas, el lujo es mayor, el mobiliario más numeroso y se vive mejor alojado. Las casas en general sólo tienen un piso y la arquitectura no ha hecho progreso alguno. Todas las calles son anchas y tiradas a cordel, excepto las de Asunción.

Como me refiero ahora a los habitantes del campo y no de las ciudades, comenzaré por los agricultores y hablaré después de los pastores. Casi todos los indios convertidos, más de la mitad de los habitantes del Paraguay, los de las orillas del río de la Plata y de las ciudades, se ocupan en el cultivo de los vegetales, de que he hablado en el capítulo VI, donde ya indiqué la imperfección de sus instrumentos y sus métodos; pero como se trata de trabajos fatigosos no se dedican a agricultores mas que los que carecen de medios de hacerse negociantes o de adquirir tierras y rebaños para hacerse pastores, y por último, los jornaleros que no pueden contratarse para conducir rebaños. Los que generalmente desdeñan más el género de vida agrícola son los habitantes de las proximidades del Río de la Plata. Dicen ellos que la agricultura no es necesaria en el país, pues todos pueden vivir como pastores, que sólo comen carne, sin hacer uso de ningún otro producto agrícola.

Como el labrador únicamente tiene necesidad del terreno que puede cultivar y del que es necesario para el pasto de sus caballos, sus vacas de leche y a veces

de algunos carneros, todas las habitaciones construídas en medio de las tierras de explotación no están generalmente tan distantes unas de otras como las de los *estancieros* o dueños de ganados. Hay en cada distrito un cura y una iglesia, o al menos una capilla, ordinariamente pequeña y mal construída. Esto es lo que se llama generalmente un pueblo, aunque los habitantes de la parroquia no estén reunidos en el mismo punto, como he dicho. No me refiero a los indios convertidos, cuyas habitaciones están reunidas en un solo y mismo lugar, como en Europa, sino a los españoles. Sus casas son en general barracas o chozas pequeñas y bajas, cubiertas de paja. Los muros están formados por palos clavados en tierra a un pie de profundidad, unos al lado de otros, y los intervalos rellenos de argamasa de tierra. Poseen pocos muebles, y sin embargo estos agricultores tienen alguna superioridad sobre los pastores en trajes, civilización y moralidad, como pronto veremos. También difieren de ellos en que no se alimentan sólo de carne, comiendo también vegetales, y en que además saben condimentar sus alimentos.

Hay en todas las villas y parroquias del Paraguay un maestro de escuela, y los niños van a buscarlo diariamente hasta de dos leguas de distancia. Permanecen allí todo el día, sin tomar otro alimento que raíces de mandioca cocidas, que llevan de su casa, y retornan por la noche. Como en el país no hay médicos ni cirujanos ni boticarios, cada localidad del Paraguay tiene su curandero. Éste no visita a los enfermos, pero los días de fiesta va a la parroquia o a la capilla del lugar con tres o cuatro simples o hierbas medicinales. Se sienta a la puerta de la iglesia, porque sabe que los enfermos le envían sus orines en canutos de caña. Este curandero, sin decir una palabra ni hacer casi nunca una pregunta, toma la orina, derrama algunas gotas en el hueco de la mano, las mira a contraluz y las arroja al aire verticalmente, repitiendo la operación, como para

asegurarse. Examina si estas gotas al caer forman bolas o una especie de rocío, y de esto deduce si la enfermedad viene de calor o de frío, porque a esto se reduce todo su sistema medicinal, y en armonía con ello da al enfermo una hierba que debe tomar en infusión. Yo he visto llevar de más de treinta leguas orina para presentarla al curandero, sin decirle una palabra del estado del enfermo. Entre esta especie de médicos se encuentra rara vez alguno que otro que vaya a visitar a los enfermos; éstos lo hacen porque han leído el libro de madama Fouquet o porque poseen el repertorio de recetas de Asperger, de que he hablado en el capítulo V. Por lo que se refiere a los pueblos o parroquias del gobierno de Buenos Aires, no todas tienen maestro de escuela ni médico. Cada uno en sus enfermedades se arregla como le parece, y lo más frecuente es que se atengan a los consejos de las viejas.

Hablemos por fin de los pastores o ganaderos, pues que este género de vida no ha sido conocido por el hombre mas que con posterioridad a la caza, a la pesca o a la agricultura, como hemos visto en el capítulo II; y ha sido necesario que así suceda, pues que los hombres han debido de vivir del producto de su caza, de su pesca o de su agricultura antes de domar, domesticar y multiplicar sus rebaños (1).

---

(1) La agricultura que se hace sólo por los brazos del hombre, con la azada y azadón, apenas merece este nombre. Se realiza en los pueblos más salvajes para suplir a la caza o a los alimentos que les proporcionan los frutos espontáneos de la tierra; muy lejos de formar su principal ocupación, apenas se dignan los hombres intervenir, y son con frecuencia sus mujeres o sus esclavos los encargados de confiar a una tierra ligeramente o nada preparada semillas de plantas nutritivas que no reclaman ya ningún cuidado hasta el momento de la recolección. Pero no es lo mismo la agricultura en grande, que se hace por medio del arado tirado por animales. Este medio de procurarse la subsistencia y los demás objetos necesarios para el sostenimiento, necesidades y comodidades de la vida es talmente superior a todos los otros, que los pueblos

Como esta vida pastoril es la última que el hombre ha abrazado, parece que también debería formar su más alto punto de civilización; pero como vamos a ver que los ganaderos de estas regiones son los menos civilizados de todos los habitantes, y que este género de vida casi ha reducido al estado de indios bravos a los españoles que lo han adoptado, es verosímil que la vida pastoril no es compatible con la civilización.

Estos ganaderos están ocupados en guardar doce millones de vacas y tres millones de caballos, con un considerable número de ovejas. Tal es, según mi cálculo, el número de ganados no salvajes de estas regiones. El gobierno del Paraguay contiene la sexta parte y el de Buenos Aires el resto. No comprendo en este número los dos millones de vacas salvajes o cimarronas que estimo que puede haber en el país, ni tampoco la innumerable cantidad de caballos salvajes que se encuentran.

Todos los ganados domésticos están divididos en tantos rebaños particulares como propietarios hay. Una *estancia* o dehesa que no tiene mas que cuatro o cinco leguas cuadradas de superficie o extensión está

---

que lo conocen hacen de él su principal ocupación, y lejos de desdeñarlo, como los cazadores y pastores, honran como héroes o dioses a los que por sus dichosas invenciones o prácticas nuevas han hecho progresar a esta primera de las artes. Pero es evidente que supone necesariamente el de domar los animales y reunirlos en rebaños. Este último medio de proveer a su subsistencia es mucho mas sencillo, mucho menos penoso y supone menos industria que el de cultivar la tierra. El arte del pastoreo ha debido, pues, preceder al arte agrícola, y con un pequeño número de excepciones que pueden presentarse, hijas de la necesidad, por la posición geográfica o la naturaleza del suelo, se puede asegurar que la historia nos muestra por todas partes pueblos pastores que se convierten en agricultores, y acaso nunca ha sucedido que un pueblo agricultor se convierta en pastor. He tratado este asunto más a fondo en mi *Essai sur l'Histoire de l'espèce humaine.* A él remito al lector. *(C. A. W.)*

considerada en Buenos Aires como poco considerable, y en el Paraguay pasa por ser de extensión ordinaria. En el interior de estas posesiones se establecen las habitaciones de los ganaderos, como ya he dicho; pero carecen casi todas de puertas y postigos de madera, reemplazándolos con pieles de vaca, que se cuelgan por la noche.

Cada rebaño tiene un capataz, acompañado de un jornalero por cada millar de vacas. El capataz es ordinariamente casado, pero los otros son muchachos, a no ser que se trate de negros, de gentes de color o de indios cristianos desertores de algún pueblo, porque éstos están generalmente casados y sus mujeres y sus hijas sirven de ordinario para consolar a los que no lo están. Se da tan poca importancia a este asunto, que yo no creo que ninguna de estas mujeres conserve su virginidad pasada la edad de ocho años. Es natural que la mayoría de las mujeres consideradas como españolas que viven en los campos, entre los ganaderos, usen de igual libertad, y también ordinariamente el padre y toda la familia duermen en la misma habitación.

Estas gentes no acompañan nunca los ganados al campo, como sucede en Europa; todos sus cuidados se reducen a salir una vez por semana, seguidos de algunos perros, para dar una vuelta a sus posesiones, gritando y a todo galope.

Entonces todas las vacas, que pacen en libertad por un lado y por otro, se ponen a correr y se reúnen en un lugar determinado y abierto que se llama *rodeo;* se las retiene allí algún tiempo y luego se las deja volver en libertad a sus pastos. El objeto de tal operación es impedir a estos animales alejarse de las tierras del propietario, y con el mismo fin de tiempo en tiempo reunen sus piaras de caballos, no en el rodeo, sino en el corral. Se ocupan el resto de la semana en castrar y domar sus animales, o en alguna otra cosa, pero la mayor parte del tiempo están ociosos.

Como estos pastores están distantes a 4, a 10 y a veces a 30 leguas unos de otros, las capillas son raras; por consecuencia, no van casi nunca o nunca a misa. Bautizan con frecuencia ellos mismos a sus hijos, y a veces difieren este sacramento hasta la época de su casamiento, porque entonces se les exige. A mí me han pedido algunas veces, galopando a caballo por la llanura, que bautizara a sus hijos, que me mostraban. Cuando van a misa la oyen de ordinario a caballo fuera de la iglesia, cuya puerta se deja abierta al efecto. Todos desean vivamente que los entierren en sagrado, y los padres y los amigos prestan este servicio a los difuntos. Pero como algunos de ellos mueren muy lejos de las iglesias, dejan ordinariamente que se pudran los cadáveres en el campo, sin enterrar, cubiertos de piedras y ramas, y cuando sólo quedan los huesos los llevan al cura para que les dé sepultura.

Otros despedazan a los muertos y les quitan bien la carne con un cuchillo, y después de tirarla o enterrarla llevan los huesos al cura. Si la distancia no pasa de veinte leguas visten al muerto como si estuviera vivo y lo ponen a caballo con los pies en los estribos, y lo sujetan con dos palos amarrados en forma de cruz de San Andrés, de manera que al verlo se diría que estaba vivo, y así lo llevan al cura. Encontré por estos campos a un francés llamado *Bénoit la Hitte Ducos*, nacido en las inmediaciones de Tolosa y que está actualmente en París; él puede certificar de la verdad de la descripción que yo hago aquí de estos españoles, así como de lo que he dicho en el capítulo X de los indios charrúas, minuanas y otros.

Su único recurso en sus enfermedades es dirigirse a alguna india o indio cristiano, o sólo a alguno de los pastores, que le aplica un remedio o un emplasto, según le parece. Cuando tienen algún enfermo en su casa es su costumbre pedir un remedio a los que pasan, y si se les indica alguno, lo hacen en seguida de

buena fe. Habiéndome consultado un viejo con dolor de cabeza, le dije en broma que se hiciera sangrar dos veces, creyendo que en estos desiertos no habría nadie que supiera realizar la operación. Por la noche vino a quejárseme de que un oficial que me acompañaba no había querido sangrarlo, aunque se lo había suplicado. Lo consolé diciéndole que sería mejor acostarse en seguida, después de lavarse bien los pies y cortarse las uñas, porque las tenía tan largas que parecía seguro no se las había cortado nunca, y de eso vendría su mal. Lo hizo al pie de la letra, y se encontró curado. Adquirió tal confianza en mí, que me escribió seis meses después para consultarme sobre la enfermedad de su hijo, sin entrar en detalle alguno y contentándose con indicarme que unos decían que era una hernia y otros una fiebre maligna.

Estos pastores no tienen ordinariamente en sus casas otros muebles que un barril para ir a buscar agua, un cuerno para beber, palos puntiagudos para asar la carne y una chocolatera de cobre para calentar el agua donde efectúan la infusión de la hierba del Paraguay, como hemos dicho en el capítulo V. Para hacer caldo a un enfermo no tienen puchero alguno; en un cuerno de toro lleno de agua meten carne partida en pequeños pedazos, y la cuecen rodeando el cuerno de una gran cantidad de brasas. Algunos tienen una marmita y un cuenco, una o dos sillas o un banco, y a veces un lecho; pero lecho miserable, formado por cuatro palos amarrados a cuatro estacas, que le sirven de pies, con una piel de vaca por encima; pero lo más corriente es que duerman en una piel de vaca tendida en el suelo. Se sientan sobre sus talones o sobre un cráneo de vaca o de caballo. No comen legumbres ni ensaladas, diciendo que son pasto, y se mofan de los europeos, que comen como los caballos y usan el aceite, otra cosa que les repugna mucho. No se alimentan absolutamente mas que de carne de vaca asada como lo

hacen los charrúas y sin sal. No tienen hora fija de comer y se limpian la boca con el lomo del cuchillo y las manos en las piernas o en las botas. No comen terneros y no beben mas que después de la comida. Los alrededores de sus casas están siempre cubiertos de huesos y cadáveres de vacas, que se pudren y apestan; porque estos ganaderos no comen mas que el solomillo, la pierna y la carne que recubre el vientre y el estómago, a la que llaman *matahambre*, y tiran todo lo demás. Estos cadáveres atraen multitud de aves, que incomodan con sus continuos gritos, y la corrupción engendra igualmente una infinidad de moscas, de escarabajos y otros insectos. En los pastos del Paraguay, que son más pequeños y administrados con más economía, se hace *charquear* (desecar) la carne, cortándola en tiras del grueso de un dedo, que se ponen a secar al sol para comerlas después. Se encuentra también un poco más de limpieza y un mobiliario un poco mejor montado; es decir, una hamaca o una red, suspendida de sus dos extremos, para acostarse.

Los capataces o los propietarios, y en general los que gozan de algún bienestar, usan un jubón, un chaleco y unos pantalones, unos calzones blancos, un sombrero, calzado y además un *poncho*, es decir, un trozo de tela de lana o de algodón, fabricado en la provincia de Tucumán, de siete palmos de ancho y doce de largo, con una abertura en el centro para pasar la cabeza. Pero los jornaleros no tienen ni jubón, ni calzones, ni chaleco, y se limitan a amarrarse a los riñones con una cuerda la *chiripa*, que es un pedazo de tela basta de lana. Hay muchos que no tienen camisa, pero poseen todos sombrero, calzones blancos y poncho y botas de un medio pie de altas, hechas con la piel de la pierna de una yegua o ternera, cuya curva forma el talón de la bota. Otros se valen para esto de pieles de gato salvaje. Como no tienen barberos, llevan ordinariamente la

barba muy larga; se afeitan ellos mismos, rara vez y generalmente con su cuchillo. Las mujeres llevan los pies desnudos y son sucias. Su traje se reduce ordinariamente a una camisa amarrada a los riñones por un cinturón, y sin mangas; con frecuencia no tienen ninguna para cambiarse. Para lavar esta camisa van a la orilla del agua, se la quitan, la lavan y la extienden al sol; cuando está seca se la ponen de nuevo y vuelven a su casa. En general no se ocupan de coser ni hilar; sus quehaceres se reducen a barrer, encender el fuego para asar la carne y calentar el agua para hacer la infusión del *mate* o hierba del Paraguay. Las mujeres de los capataces y de aquellos que tienen algún acomodo están un poco mejor vestidas, y los jornaleros del Paraguay tienen ordinariamente alguna ropa blanca de recambio.

Como las gentes del campo carecen por lo general de trajes para cambiarse, los preservan de la lluvia cuando cae poniéndolos debajo de la piel que cubre la silla del caballo, y se visten de nuevo apenas deja de llover. Les es indiferente mojarse, porque dicen que ellos se secan en un momento y que no es lo mismo la ropa. Cuando tienen que guisar y la lluvia lo impide, dos de ellos extienden el poncho horizontalmente y el tercero enciende el fuego debajo.

Como hay muchas mujeres que dan a luz solas y no todas saben anudar el cordón umbilical, he visto muchos hombres y mujeres adultos que tenían un ombligo de cuatro pulgadas de largo, que se hubiera tomado por otra cosa; este ombligo era blando e inflado. Apenas tiene un niño ocho días, cuando su padre o su hermano lo cogen en brazos y le dan un paseo a caballo por el campo hasta que empieza a llorar, y entonces lo llevan a la madre, que le da de mamar. Estos paseos se repiten frecuentemente hasta que el niño se encuentra en estado de montar solo en caballos viejos y mansos. Así se le educa, y como no oye nunca la campana

de un reloj, no ve regla ni medida en casi ninguna cosa y sus ojos no perciben mas que lagos, ríos, desiertos y algunos hombres desnudos y errantes que persiguen a las fieras y a los toros, se acostumbra al mismo género de vida y de independencia. No conoce en nada medida, cálculo ni reglas; no aprecia la sociedad de los pueblos, que no ha visto, y el amor de la patria le es desconocido por completo. No da importancia alguna al pudor, la decencia y las comodidades de la vida; carece de toda clase de instrucción y no sabe ni obedecer. Acostumbrado desde la infancia a degollar animales, le parece cosa natural hacer lo mismo con una persona, con frecuencia sin motivo particular y siempre a sangre fría y sin cólera, porque esta pasión es desconocida en estos desiertos, donde faltan ocasiones propias para excitarla, pues sólo en las sociedades numerosas puede originarse y alimentarse esta pasión.

En general estos pastores son muy robustos y poco sujetos a enfermedades, especialmente los mestizos de español e india. Tampoco se quejan nunca cuando por casualidad están malos, ni en sus más grandes dolores. Hacen poco caso de la vida y la muerte les es indiferente. Yo los he visto ir al suplicio con gran sangre fría y sin ninguna demostración de sensibilidad. He visto otros en el mismo momento en que acababan de recibir puñaladas mortales no dejar escapar ninguna queja y contentarse con decir: «Este hombre ha venido a concluir conmigo». Si en sus últimos momentos pierden la razón y esto les hace decir algunas palabras, se reducen a nombrar su caballo favorito, pero no para echarlo de menos, sino sólo para alabar sus buenas cualidades. Cuando yo estaba en estas llanuras sucedió que un mulato, enojado de los propósitos que un mestizo había tenido durante su ausencia, fué a buscarlo, y habiéndolo encontrado sentado sobre los talones, desayunándose, le dijo, sin bajarse del caballo:

«Amigo, estoy enfadado con usted y vengo a matarle». El mestizo no se movió y le preguntó por qué; siguieron explicaciones entre los dos flemáticamente y sin levantar la voz, hasta que el mulato se bajó del caballo y mató al mestizo. Había como espectadores otros doce habitantes del país; pero, según su costumbre invariable, nadie se mezcló en la cuestión. No hay ejemplo de que ninguno se ofrezca como mediador en las cuestiones, ni que hayan detenido o cogido a un delincuente, ni de que pongan en esta clase de cuestiones más interés que en ninguna otra. Es verdad que creo que se considerarían deshonrados si descubrieran o detuvieran a un criminal, fuera el que fuera el delito que hubiera cometido, y por esto los ocultan y favorecen cuanto pueden.

Tienen gran repugnancia a servir de criados en las casas, sea a quien sea; pero demuestran menos vanidad que los habitantes de las ciudades y los españoles, no poniendo ninguna dificultad en servir de criados para la guarda de ganados, juntamente con negros, gentes de color e indios, aunque el capataz sea de esta clase. Pero como están acostumbrados a no hacer mas que lo que quieren, no se los ve nunca tener adhesión ni al lugar ni al amo, aunque éste los pague y los trate bien. Cuando les parece lo abandonan, lo más frecuentemente sin despedirse, y a lo sumo le dicen al marcharse: «Me voy porque hace mucho tiempo ya que le sirvo.» Es inútil suplicarles ni hacerles reproches, porque, a lo sumo, repetirán la misma frase y no dejan nunca de irse. Son muy hospitalarios, y si cualquier transeunte se presenta en su casa, lo alojan y lo alimentan, frecuentemente sin preguntarle quién es ni a dónde va, aun en el caso de que permaneciera muchos meses. Es cosa que he visto.

Estos pastores, criados en un desierto, casi sin ninguna comunicación, apenas conocen la amistad, y son por consecuencia inclinados a la desconfianza y el en-

gaño. De aquí que cuando juegan a las cartas, por las que tienen una gran pasión, se sienten de ordinario sobre los talones, teniendo sujeta con los pies la brida del caballo, para que no se vaya, y con frecuencia tienen a su lado su puñal o su cuchillo clavado en el suelo, dispuestos a matar al que juega con ellos si descubren el menor engaño, porque en este punto son muy conocedores y no son modelos de lealtad en el juego. En un momento se juegan cuanto poseen, y siempre con sangre fría. Cuando han perdido todo su dinero juegan su camisa, si vale la pena, y el que gana da generalmente la suya al que ha perdido si no vale nada, porque entre ellos nadie tiene dos. Cuando se van a casar los futuros esposos piden prestada ropa blanca, se la quitan al salir de la iglesia y la devuelven a los que se la prestaron, yendo a dormir sobre una piel de vaca, pues generalmente no tienen casa ni muebles.

Algunos propietarios o capataces de ganados venden en su casa algunas bagatelas, y sobre todo aguardiente, recibiendo entonces estas casas el nombre de *pulperías*, y son el punto de reunión para los habitantes del campo, que no hacen caso ninguno del dinero y sólo lo emplean para el juego o la bebida. Su costumbre es invitar a beber a toda la reunión; llenan entonces un gran vaso de aguardiente (porque no les gusta el vino) y lo hacen pasar de boca en boca. Repiten esta ceremonia hasta que no les queda un céntimo, y se creen ofendidos si se rehusa la invitación. Para pasar el tiempo que media entre los diferentes vasos hay en cada pulpería una guitarra, y el que la toca es siempre obsequiado y admitido a escote de los que lo escuchan.

Estos músicos no cantan nunca mas que *yarabís*, que son canciones del Perú, las más monótonas y tristes del mundo, por lo que también se las llama *tristes*. El tono es lamentable, y versan siempre sobre amores

desgraciados, sobre amantes que lloran sus penas en los desiertos, pero nunca sobre cosas alegres o festivas, ni siquiera indiferentes.

Estos pastores son naturalmente inclinados al robo de caballos y objetos pequeños, pero nunca hacen robos de consideración. Matan también animales salvajes, y aun vacas, sin necesidad. Tienen una gran repugnancia por todas las ocupaciones que no pueden realizarse a caballo a galope. Casi no saben andar a pie y sólo lo hacen con trabajo y resistiéndose, aunque no sea mas que para atravesar una calle.

Cuando se reúnen en la pulpería o en cualquiera otra parte permanecen siempre a caballo, aunque la conversación dure varias horas. Cuando van a la pesca lo hacen igualmente a caballo, hasta para echar y recoger la red en medio del agua. Para sacar ésta de un pozo amarran la cuerda del cubo al caballo y se la hacen sacar sin echar pie a tierra. Si tienen que hacer mezcla de albañil, aunque la cantidad sea tan pequeña que quepa en su sombrero, hacen que el caballo la amase con las patas obligándolo a pasar y cruzar por encima, sin bajarse nunca. En fin, todo lo hacen a caballo.

Un ejercicio continuo sin interrupción, casi desde su nacimiento, los hace hábiles en este ejercicio por encima de toda comparación, tanto para tenerse firmes cuanto para galopar constantemente sin fatigarse. En Europa acaso considerarían que carecen de gracia y elegancia porque sus estribos son bajos, porque aprietan poco las rodillas y separan mucho las piernas, sin dirigir la punta del pie a la oreja del caballo; pero no hay peligro de que pierdan el equilibrio un solo instante, ni de que su cuerpo abandone su postura por el trote, el galope, ni aun las coces, corvetas y botes del caballo: se diría que forman un solo cuerpo con él, aunque sus estribos se reducen a triángulos de madera tan pequeños que apenas puede entrar la punta del dedo gordo.

En general montan indiferentemente el primer caballo que encuentran, aunque sea cimarrón y acaben de echarle el lazo, y a veces también montan toros. Con el lazo amarrado a la cincha de su caballo detienen y sujetan a distancia de doce a quince varas cualquier animal, un toro mismo, lanzándole el lazo al cuello o a las patas, y nunca dejan de cogerlo por la parte que se han propuesto.

Este lazo es una cuerda o trenza de cuatro correas de piel de vaca, del grueso del pulgar, con un anillo de hierro en el extremo, para que corra bien. Cuando van a galope y cae su caballo, casi todos quedan de pie a su lado, sin hacerse daño y con la brida en la mano para evitar que se escape. Para ejercitarse piden a veces a otro que lance el lazo a las piernas de su caballo a galope, y se quedan siempre en pie, como hemos dicho, aunque el caballo haya caído después de mil corvetas. En cuanto a las bolas, hacen de ellas el mismo uso que los pampas. (Véase el capítulo X.)

Es difícil concebir hasta qué punto conocen los caballos y los animales en general. No tenía mas que decir a uno de estos hombres: «Aquí tienes doscientos caballos (y lo mismo si fueran más) que son míos; encárgate de ellos; tú me responderás.» El hombre así encargado los miraba un instante con atención, aunque algunos estuvieran paciendo a veces a media legua de distancia, y esto era suficiente para que los conociera y no se le perdiera uno solo, aunque se contentase con mirarlos de lejos. Una cosa no menos admirable es la exactitud con la cual aquellos a que se llama *baqueanos*, o conocedores, aprecian al primer golpe de vista el lugar más a propósito para pasar un río que se descubre a una o dos leguas de distancia, aunque no lo hayan visto nunca. También siempre llegan sin dar rodeos al lugar que se les ha indicado, aunque no haya ni árboles, ni caminos, ni marcas, encontrándose en un

país completamente horizontal, y esto de noche como de día y sin brújula.

Además de los pastores hay en estas llanuras muchos hombres que en absoluto se niegan a trabajar ni a servir a nadie, por ningún motivo ni precio. Yo he encontrado varios casi desnudos, y cuando les preguntaba si querían ponerse a mi servicio para tener cuidado de mis caballos y para cualquiera otra cosa, me respondían con la mayor sangre fría:

—Yo busco también alguno que quiera servirme; ¿quiere usted hacerlo?

—¿Tienes tú con qué pagarme?—le respondía yo.

—Ni un cuarto—respondía él—; pero era para ver si por casualidad quería usted servirme *gratis*.

Estos hombres son casi todos ladrones y roban hasta mujeres. Las llevan a lo profundo de los bosques desiertos, donde les construyen una pequeña choza semejante a las de los charrúas (véase el capítulo X), y las alimentan con carne de las vacas salvajes que hay en los alrededores. Cuando la pareja está por completo desprovista de ropas, o cuando los obliga cualquiera otra necesidad urgente, el hombre parte solo y va a robar caballos en las fincas españolas; los vende luego en el Brasil, y regresa trayendo lo necesario. Yo he descubierto y preso a varios de estos ladrones y he encontrado a las mujeres que habían robado. Una de estas mujeres, española, joven y linda, que hacía diez años que vivía con esta clase de gentes, no quería reunirse con su familia y veía con sentimiento que yo la hiciera volver a casa de sus padres. Me contó que había sido robada por uno llamado *Cuenca*, a quien mató otro, que fué muerto por un tercero, éste por un cuarto, al que su último marido había hecho correr la misma suerte. Nunca pronunciaba el nombre de Cuenca sin llorar y sin decirme que éste era el primer hombre del mundo y que su nacimiento había costado la vida a su madre para que fuese único.

He presentado en España al ministerio de Estado una Memoria sobre la parte política del país de que hablo; pero como no es ésta ocasión de copiarla, voy a terminar el capítulo con un estado del comercio que se hace aquí actualmente, después de haber dado una idea del que se hacía en otros tiempos.

Los que comerciaban antiguamente en América no buscaban mas que el oro y la plata, no hacían caso ninguno de los países que, como el que describo, no producen estos metales. Pero como temían que se introdujeran mercancías en el Perú por Buenos Aires y que esto perjudicara a los cargamentos de las flotas y galeones que se enviaban por Panamá, etc., pidieron al Gobierno, y la obtuvieron, la prohibición de todo comercio por el río de la Plata. Los que resultaban perjudicados por esta medida hicieron grandes reclamaciones, y en 1602 se les permitió exportar durante seis años, en buques de su propiedad y a sus expensas, dos mil fanegas de harina, quinientos quintales de tasajo y quinientos quintales de sebo. Pero no podían exportar estas mercarcías mas que al Brasil portugués y a la costa de Guinea, para llevar de retorno los objetos que necesitaban. Todos los demás puertos les estaban prohibidos. Cuando llegó el término fijado por este permiso se solicitó la prórroga indefinida y aun con aumento, porque se quería extender el permiso a toda especie de mercancías y también a la autorización de comerciar directamente con España, ya por buques pertenecientes a la colonia, ya en aquellos que pudieran fletar por su cuenta. Los consulados de Lima y Sevilla se opusieron violentamente a la petición. No obstante, en 8 de septiembre de 1618 se concedió a los habitantes de las orillas del río de la Plata el permiso de expedir dos navíos, de los que ninguno debía exceder de cien toneladas. Se les impusieron varias otras condiciones, y para que no entrara nada en el interior del Perú se estableció en Córdoba del Tucumán una

aduana para que pagaran el 50 por 100 los objetos importados. Esta aduana debía igualmente impedir la extracción del oro y la plata del Perú por Buenos Aires, hasta para el pago de las mulas que este país proporcionaba.

Cuando expiró el tiempo de este permiso se prorrogó de un modo indefinido por otra orden de 7 de febrero de 1622, y se creyó contribuir a la prosperidad del país fundando en 1665 en Buenos Aires una Audiencia Real, que fué necesario suprimir por inútil en 1672. En este estado siguieron las cosas, aunque se permitió de tiempo en tiempo a algunos particulares expedir navíos con carga, hasta el 12 de octubre de 1778, fecha en la cual quedó autorizada toda clase de comercio en las orillas del río de la Plata y con el interior del Perú.

El cuadro adjunto presenta un estado del comercio marítimo de todos los puertos del río de la Plata, tomando el término medio de los cinco últimos años de paz que han transcurrido durante mi estancia en el país. Los precios están ajustados a las tarifas de las aduanas de estas colonias.

Comparando la importación con la exportación se ve que ésta da un excedente de 1.908.427 pesos fuertes, lo que parece indicar que la tarifa es más débil en proporción para los objetos de importación, o que se hace mucho contrabando para la importación de mercancías.

Una gran parte de los objetos de importación de que habla el cuadro pasa a Chile, a Lima, a Potosí y a las provincias del interior; el resto se consume en los gobiernos de Buenos Aires y del Paraguay, que son objeto de mi descripción. Estos mismos gobiernos envían anualmente a Chile y a los otros parajes de que he hablado 150.000 arrobas de hierba del Paraguay y 60.000 mulas; pero en cambio reciben al año 7.313 barriles de vino de Mendoza, 3.900 barriles de

aguardiente de San Juan y 150.000 ponchos, cobertores y cueros de Tucumán. He formado este estado según el resultado medio de cinco años, es decir, de 1792 a 1796.

El gobierno del Paraguay hace un comercio particular con el de Buenos Aires, al que envía 196.000 arrobas de hierba del Paraguay, tabaco, mucha madera y otros objetos, que según el promedio de cinco años, de 1788 a 1792, ascendían a la suma de 327.646 pesos fuertes. Lo que Buenos Aires enviaba en cambio era sólo 155.903 pesos, lo que prueba que el Paraguay se enriquecerá pronto, aunque al tiempo de mi llegada no conocía la moneda.

CAPITULO XVI

Noticia abreviada de todas las ciudades, villas, aldeas y parroquias, ya sean de españoles, ya de indios o ya de gentes de color, que existen en el gobierno del Paraguay.

Como todo lo que hay que decir sobre estas colonias, o al menos sobre la mayoría, se reduce al año de su fundación, al número de sus habitantes y a su situación geográfica, o sea su longitud y latitud, cosas todas que se pueden marcar fácilmente en un cuadro, me limitaré tan sólo a ocuparme aquí de las que ofrecen alguna particularidad y para lo demás me referiré al cuadro que colocaré al final.

Es necesario saber también que las ciudades de los españoles y los pueblos de los indios y de las gentes de color están dispuestos como en España, es decir, que las casas están reunidas y que su reunión forma calles y plazas; pero todas las aldeas y parroquias tienen sus casas extendidas en los campos a diferentes distancias, excepto un pequeño número que se encuentran al lado de la iglesia o capilla.

Observo igualmente que las casas de los pueblos indios establecidos por los jesuítas están cubiertas de tejas y los muros son de ladrillos cocidos, como los de los otros indios y gentes de color, así como también las aldeas y parroquias son como las he descrito

en el capítulo precedente; y la mayor parte de los edificios de las ciudades son de ladrillos cocidos o de piedras unidas por un mortero de arcilla; las junturas exteriores están rellenas de cal y arena y los techos son de tejas.

La Asunción.—Se comenzó a construir esta ciudad en 1536, sobre la orilla oriental del río Paraguay; latitud, 25° 16′ 40″; longitud, 60° 1′ 4″. Fué la capital del imperio español en estas regiones hasta que se estableció en 1620 otro gobierno y otro obispo en Buenos Aires. De ella salieron muchas colonias, como las villas de Ontiveros, Villarrica y Talavera, y los pueblos llamados Ciudad Real, Xerez, Santa Cruz de la Sierra, Corrientes, Concepción del Bermejo, San Juan, Santa Fe de la Vera Cruz y Buenos Aires. El suelo es en pendiente y arenoso, y las calles, tortuosas y de anchura desigual. Hay una catedral, dos parroquias, una sucursal y una población de 7.088 almas. Hay también tres conventos de franciscanos, mercedarios y dominicos, un comisario de la Inquisición y un colegio donde se enseñan los primeros elementos de las letras, la gramática, la filosofía y la teología.

Villarrica del Espíritu Santo.—Se fundó en 1576, en la provincia de Guayra, a dos leguas del río Paraná, pero pronto se abandonó este emplazamiento para ir a establecerse al Este, a orillas del río Huibay, y luego a la confluencia de este río con el Curuguaty. Habiendo destruído los portugueses en 1631 los pueblos indios de los alrededores, se transportó el establecimiento de Villarrica, unido al de Ciudad Real, a diez leguas al norte del paraje en donde existe hoy Curuguaty. En 1634 se formó una colonia entre los riachuelos Jejúy-Guazú y Jejuy Miri, donde está Curuguatay, y habiendo destruído los portugueses los pueblos indios de la vecindad, se estableció en 1676 este pueblo al lado de la parroquia de Los Ajos, de donde fué transportado en 1680 al lugar que ocupa actual-

mente, donde hay un convento de franciscanos. Cuando este pueblo estaba situado en Guayra salió la colonia llamada Segunda Xerez, y en 1715 el actual pueblo de Curuguaty.

CURUGUATY. — Este pueblo es una colonia del precedente.

ITA.—Es el pueblo más antiguo de indios carios o guaraníes. Fueron vencidos por Juan de Ayolas en una batalla dada en 1536. Habitaban en los alrededores del paraje que hoy ocupan.

YAGUARÓN.—Los indios guaraníes que lo habitan vivían en las orillas del riachuelo Yaguary, que vierte en el río Tebicuary. A un destacamento de estos indios se debió la fundación del pueblo de San Ignacio-Guazú.

IPANÉ.—Se fundó en la provincia de Itati, en el lugar marcado en el cuadro del capítulo XII. Se llamaba *Pitun*. Los indios guaraníes de que estaba formado, a causa del miedo que les inspiraban los mbayás, pasaron en noviembre de 1673 al lugar que hoy ocupan, y donde han tenido que rechazar muchos ataques de los indios del Chaco.

GUARAMBARÉ.—Está compuesto de guaraníes y fué fundado al mismo tiempo que el precedente, en el lugar que he indicado en el cuadro del capítulo XII. Los habitantes, reunidos a los de Ipané, han emigrado al lugar que actualmente ocupa este pueblo.

ATIRA.—Estaba compuesto de guaraníes y fué fundado al mismo tiempo que los dos precedentes, en el lugar que hoy ocupa el de Belén, según creo. El temor de los mbayás decidió a estos tres pueblos a reunirse en su emigración, y el de Atira se incorporó a una aldea llamada Los Yois, que perdió su nombre.

AREGUA.—No dudo de que hubiera sido fundada en 1538, en el mismo lugar en que hoy existe, y formada de indios guaraníes llamados mongolás. Parece que el visitador Alfaro los dió al convento de los pa-

dres de la Merced, en calidad de yanaconas o de domésticos, y como estos religiosos los disfrutaron durante mucho tiempo, llegaron a imaginarse que eran sus esclavos, hasta que se declaró por juicio contradictorio, fallado en 1783, que estos indios eran de la clase de los yanaconas.

ALTOS.—Fundada en 1538, en el lugar donde está, y formada de guaraníes, fué incorporada en 7 de noviembre de 1677 al pueblo de Arecaya. Este pueblo había sido fundado en 1632, en los alrededores del río Curuguaty, cuya posición estimo a los 24° 23′ de latitud y 58° 36′ de longitud. El gobernador la destruyó en 1660 y repartió entre los españoles los indios que la componían; pero en 1664 se reunió de nuevo y se estableció a los 25° 11′ 45′′ de latitud y a los 59° 54′ 18′′ de longitud, y se incorporó después a la de Los Altos o de Ibitiruzú.

TOBATÍ.—Se formó este pueblo de indios guaraníes en 1538, en el lugar indicado en el cuadro. Habiéndoles matado mucha gente los mbayás, se trasladaron el último día de febrero de 1699 a habitar el lugar que hoy ocupan.

ITAPÉ.—Dos grupos de guaraníes que vivían en los bosques cerca del nacimiento del río Tebicuary, y cuyos dos tercios se componían de mujeres, que se morían de hambre, pidieron con qué vivir y que los reunieran en pueblo, en el año 1673. El gobernador los puso en seguridad en los pueblos vecinos Caazapá y Yuti, y en 1680 se formó una villa en el lugar donde hoy existe.

YUTY.—Los españoles, en diferentes expediciones, forzaron esta tribu de guaraníes, en 1610, a reunirse en poblado, en el paraje donde existe hoy el de San Cosme; pero en 1673 pasó al lugar que hoy ocupa.

SAN IGNACIO-GUAZÚ.—El establecimiento de esta colonia fué comenzado en 2 de enero de 1610, por el jesuíta Marcelo de Lorenzana y por un eclesiástico lla-

mado Hernando Cueva. Fué desde luego formado por un destacamento de indios sacados del pueblo de Yaguarón, a los que pronto se reunieron los guaraníes de los alrededores, que los españoles reunieron en diferentes expediciones y que forzaron a fijarse en Itaqui, a los 26° 57′ 53′′ de latitud y 59° 20′ 49′′ de longitud. Al cabo de diez y ocho años se trasladó este pueblo al lugar donde está la capilla del Santo Angel, al este 12° sur del pueblo actual, donde se fijó cuarenta años después. En 1640 se les agregaron trescientos guaraníes que se habían cogido sobre la orilla del río Uruguay.

Santa María de Fe.—Juan Caballero Bazán, con su compañía de españoles, formó en 1592 los pueblos de Tarey, Bombay y Caaguazú, en la provincia de Itaty, hacia los 22° de latitud, al este del río Paraguay, y encargó de su dirección a Hernando Cueva, eclesiástico. En 1632 el miedo a los portugueses ocasionó la reunión de Tarey y de Bombay, que tomaron el nombre de San Benito; pero como no había eclesiásticos, se encargó provisionalmente la dirección de este pueblo a los jesuítas. Estos cambiaron pronto los nombres, y llamaron Santa María de Fe al pueblo de San Benito y al de Caaguazú dieron el de San Ignacio. Los portugueses los atacaron en 1649, y se llevaron muchos guaraníes. El resto se fijó a orillas del Piray o Aquidaban, a los 23° 9′ 30′′ de latitud, lugar que se llamaba Aguaranamby. Al cabo de siete años volvieron estas colonias a su antiguo y primitivo emplazamiento, es decir, Santa María de Fe, a 22° 4′ de latitud, un poco al sur de la confluencia de los ríos de Corrientes y Paraguay, y San Ignacio, a poca distancia de este último lugar. En 1661 los mbayás mataron muchos indios del pueblo de Santa María de Fe, y los que pudieron escapar se reunieron a los del otro pueblo y se internaron en un bosque doce leguas al este del río Paraguay, hacia los 22° 30′ de latitud. En fin, los jesuítas, temiendo a los mbayás, trasladaron

en 1772 estos dos pueblos a las orillas del Paraná, donde están actualmente.

SANTIAGO.—Es el pueblo de que se ha hablado en el capítulo precedente con el nombre de San Ignacio, que cambió porque había en los alrededores otro pueblo que llevaba el mismo nombre.

SANTA ROSA.—Formado el 2 de abril de 1698 por los jesuítas, con un destacamento sacado del de Santa María de Fe.

SAN COSME.—El jesuíta Formoso fundó este pueblo el 24 de enero de 1634, en las montañas del Tapé. Temiendo a los portugueses se trasladó en 1638 a un paraje situado entre el pueblo actual de Candelaria y el arroyo de Aguapey. Se le llevó después a la orilla septentrional del Paraná; pero volvió a incorporarse a Candelaria, de que se separó en 1718 para situarse a una legua hacia el Este. En 1740 pasó al norte del Paraná, para establecerse a tres cuartos de legua al norte del lugar que ocupa hoy, desde 1760.

ITAPUÁ.—Los jesuítas fundaron este pueblo en 1614, cerca del lugar donde actualmente está. Se reunieron allí trescientos sesenta indios guaraníes de la de Santa Teresa de Igay o Yacuy, que los portugueses arruinaron el 25 de diciembre de 1637. Se agregó después el resto del pueblo de la Natividad, fundado en 1624 en las orillas del río Acaray y destruído poco tiempo después por los portugueses. En 1703 se fijó en el lugar que actualmente ocupa, y una parte de sus indios sirvió para formar el pueblo de Jesús.

CANDELARIA.—Fundada por los jesuítas en 1627, cerca del nacimiento del riachuelo Pirayú, que vierte en el Piratini, cerca de San Luis. Temiendo a los portugueses, en 1637 pasó al norte del Paraná, cerca de Itapuá, y repasó después este río para colocarse cerca de la desembocadura del riachuelo Igarupá, un poco más abajo del lugar donde hoy está, y donde se estableció en 1665.

SANTA ANA.—Fundada por los jesuítas en 1633, al este del río de Igay o Yacuy. En 1636, temiendo a los portugueses, emigró hacia el Paraná, como a una media legua del paraje en que está hoy, y que ocupa desde 1660.

LORETO.—Nuflo de Chaves redujo estos guaraníes en 1555, y se distribuyeron por encomiendas a los españoles de la provincia del Guayrá. Se estableció el pueblo al lado del río Paraná-Pané; pero como no había eclesiásticos, se encargó a los jesuítas en abril de 1611. En diciembre de 1631 salió huyendo por miedo a los portugueses, y a fin de marzo del año siguiente se estableció a orillas del riachuelo Yabebiry, en el lugar por donde pasa el camino que conduce a San Ignacio Miri. Remontó luego un poco y acabó por tomar otra vez su antiguo emplazamiento, y en 1686 se fijó en el sitio que hoy ocupa.

SAN IGNACIO MIRI.—Absolutamente en el mismo caso que el pueblo precedente. Estaban cerca el uno del otro en la provincia de Guayrá. Se trasladaron juntos a orillas del río Yabebiry, y el de San Ignacio se estableció en el lugar donde este río forma una gran vuelta. Se aproximó luego al Paraná, y el 11 de junio de 1659 se fijó donde está hoy.

CORPUS.—Fundado por los jesuítas en 1622, al oeste del Paraná, a orillas de un pequeño arroyo llamado Jniambey, donde fué aumentado por la incorporación de la mitad de otro pueblo llamado Natividad, del que la otra mitad se reunió a Itapuá. En 1647 pasó a orillas del Paraná, próximamente a tres cuartos de legua del lugar que ocupa, donde se fijó en 12 de mayo de 1701.

TRINIDAD.—Fundado en 1706 y formado con un destacamento de indios sacados de San Carlos, que se estableció a los 27° 45′ 2″ de latitud y a 57° 57′ 46″ de longitud; pero en 1712 se fijó en el lugar que ocupa hoy.

JESÚS.—Los jesuítas la fundaron en 1685, en las o
llas del río Monday, cerca del Paraná; fué luego hac
el lado de poniente, y con el socorro de los indios
Itapuá se estableció a orillas del riachuelo Ibarot
cerca de este mismo río de Monday. Pasó luego al ri
chuelo Mandizoby y después al llamado Capibary, hac
el camino que conduce hoy a la Trinidad, y por últim
al lugar que ocupa.

SAN JOAQUÍN.—Fundado por los jesuítas, como h
dicho en el capítulo XIII, en 1720, bajo el nombre d
Rosario, sobre el riachuelo Tarumá. En 1724 se reuni
al de Santa María de Fe y a otros. Pero en 1733 se
senta familias se escaparon para volver a su país. E
el mes de agosto de 1746 se fundó aún otra vez e
pueblo de San Joaquín, a los 24° 44′ 49″ de latitud
a los 58° 58′ 51″ de longitud, y en 1753 se fijó en e
lugar en que hoy está.

SAN ESTANISLAO.—Comenzada por los jesuítas e
13 de noviembre de 1749 y formada después de l
manera que he expuesto en el capítulo XIII.

BELÉN.—Fundada por los jesuítas en 1760, siguien
do el método descrito en el capítulo XIII.

NOTA.—En el cuadro adjunto, C significa ciudad;
V, villa; P, parroquia; I, pueblo de indios; M, pueblo
de mulatos o gentes de color.

Nombres de las ciudades, villas, pueblos y parroquias	Años de su fundación	Latitud austral	Longitud O. de París	Número de habitantes
a. I.	1536	25° 30′ 30″	59° 45′ 2″	965
aguarón. I.	1536	25 33 20	59 38 14	2.093
ané. I	1538	25 27 44	59 53 15	278
uarambaré. I	1538	25 29 48	59 50 16	368
regua. I.	1538	25 18 1	59 46 42	200
ltos. I	1538	25 16 6	59 38 30	869
tira. I.	1538	25 16 45	59 33 59	972
bbaty. I.	1538	25 16 16	59 28 59	932
apé. I.	1673	25 52	58 59 33	124
aazapa. I.	1607	26 11 18	58 49 49	725
uty. I.	1610	26 36 56	58 36 48	674
nta María de Fe. I	1592	26 48 12	59 18 54	1.144
ntiago. I.	1592	27 8 40	59 8 34	1.097
reto. I	1555	27 19 18	57 54 39	1.519
n Ignacio Miri. I.	1555	27 14 52	57 55 14	806
n Ignacio Guazú. I.	1609	26 54 36	59 4 14	864
nta Rosa. I	1698	26 53 19	59 14 39	1.283
n Cosme. I.	1634	27 18 55	58 39 29	1.036
apuá. I.	1614	27 20 16	58 12 59	1.409
ndelaria. I.	1627	27 26 46	58 7 35	1.514
nta Ana. I.	1633	27 23 45	57 58 39	1.430
orpus. I.	1622	27 7 23	57 52 29	2.267
rinidad. I.	1706	27 7 35	58 4 59	1.017
sús. I.	1685	27 2 36	58 25 6	1.185
n Joaquín. I.	1746	25 1 47	58 33 20	854
n Estanislao. I	1749	24 38 31	58 56 15	729
elén. I	1760	23 26 17	59 28	361
sunción. C	1536	25 16 40	60 1 4	7.088
que. P.	1635	25 15 30	59 52 19	3.813
ontira. P	1718	25 23 50	59 28	2.187
mbaré. P.	1766	25 20	60 1 4	825
mpio. P.	1785	25 10 25	59 51 49	1.769
oncepción. V.	1773	23 23 8	59 36 4	1.551
uamandiyu. P.	1784	24 6 12	59 18 29	979
uruguaty. V	1715	24 28 10	58 14 25	2.254
arimbatay. P	1760	24 33 35	58 17 7	972
llarrica. V	1576	25 48 55	58 51 59	3.014

Nombres de las ciudades, villas, pueblos y parroquias	Años de su fundación	Latitud austral	Longitud O. de París	Númer de habitant
Hiaty. P	1773	25° 44′ 42″	58° 54′ 12″	1.23
Yaca-Guazú. P	1785	25 58 2	58 52 19	86
Boby. P	1789	26 54 46	58 38 49	42
Arroyos. P	1781	25 29 36	59 7 15	1.22
Ajos. P	1758	25 26 34	58 50	71
Cariy. P	1770	25 30 27	59 12 6	65
Ibitimiri. P	1783	25 45 43	59 13 2	62
Piribebui. P	*d* 1640	25 27 54	59 24 37	3.59
Caacupé. P	1770	25 24 21	59 29 24	1.06
San Roque. P	1770	25 22 28	59 23 19	73
Quarepotuy. P	1783	24 23 25	59 33 6	54
Piragu. P	1769	25 29 19	59 35 12	2.35
Paraguary. P	1775	25 36 51	59 39 50	50
Capiata. P	1640	25 21 45	59 51 48	5.30
Itangua. P	1728	25 24 44	59 44 6	2.23
San Lorenzo. P	1775	25 21 14	59 57	1.72
Villeta. P	1714	25 30 56	59 56 25	3.09
Remolinos. P	1777	26 10	60 23 48	45
Carapegua. P	1725	25 45 31	59 36 56	3.34
Quündy. P	1733	25 58 26	59 34 49	1.89
Quiquiho. P	1777	26 13 13	59 20 50	1.13
Acaay. P	1783	25 54 7	59 29 1	85
Ibicuy. P	1766	26 54	59 21 7	1.50
Caapucu. P	1787	26 11 21	59 35 23	65
Neembucu. V	1779	26 52 24	60 31 28	1.73
Laureles. P	1790	27 13 57	59 40 34	62
Taquaras. P	1791	26 50 43	60 9 17	52
Emboscada. M	1740	25 7 42	59 44 5	84
Tabapy. M	1653	25 54 56	59 41 18	64
Total de almas				92.34
Españoles que habitan en los pueblos indios y no comprendidos aquí.				5.13
POBLACIÓN TOTAL				97.48

CAPÍTULO XVII

oticia abreviada de todas las ciudades, llas, pueblos, aldeas y parroquias, de es- añoles, de indios y de gentes de color, que xisten en el gobierno particular de Buenos Aires.

Se deben aplicar aquí las observaciones que he cho en el capítulo precedente. Es necesario tam- én saber que las listas o catastros del Paraguay dan conocer con certeza la población de este país; pero mo ni el Gobierno ni los eclesiásticos han hecho ja- ás un trabajo semejante en lo que depende de Bue- s Aires, el cuadro que daré al final será algo incom- eto en este respecto.

Buenos Aires.—Se comenzó a construir el 2 de orero de 1535. Esta ciudad se despobló en 1539, ro se repobló en 1580, año en que 60 habitantes del raguay se establecieron en el mismo lugar que los imeros fundadores. En 1620 se erigió un gobierno un obispado. En 1776 se estableció un virrey, resta- eciendo al mismo tiempo la Audiencia Real, com- esta de un regente, cinco auditores y dos comisarios l Gobierno. Esta Audiencia había sido fundada 1665 y suprimida en 1672. Se crearon también al smo tiempo varias oficinas de Hacienda. Los puer- s de esta ciudad son el Riachuelo y la Ensenada, de

que hablé en el capítulo IV. Las calles son anchas, tiradas a cordel, y la mitad próximamente están pavimentadas. Está la ciudad situada en llano sobre la playa del Río de la Plata. La catedral es nueva; hay además cinco parroquias, dos conventos de monjas, cuatro de frailes, un hospital de hombres, otro de mujeres, un hospicio de niños expósitos y otro de huérfanas. Hay un comisario de la Inquisición y un colegio en que se hacen los mismos estudios que en el de la Asunción. El virrey reside en una fortaleza que tiene vistas al río y a la ciudad. La población es de 40.000 almas.

MONTEVIDEO.—En 1724 se dispuso la fundación de esta ciudad, cuya población comenzó por habitantes de las islas Canarias, en 1726. Las calles son anchas y tiradas a cordel, pero sin pavimento. Está rodeada por el mar por todas partes, excepto la del fuerte, que tiene cuatro bastiones. De este mismo lado se construyen nuevas fortificaciones, y el todo está rodeado de una muralla armada de muchas baterías. Su población total alcanza a 15.000 almas, de las que casi la mitad habita fuera y a alguna distancia de su recinto. Hay un gobernador militar y un comandante de marina, un convento de franciscanos y una parroquia. He hablado del puerto en el capítulo IV.

MALDONADO.—Se empezó a construir casi al mismo tiempo que Montevideo, y poco después, en 1786, se le dió el título de ciudad. El terreno es unido y arenoso; las calles están tiradas a cordel; el puerto se halla a una legua de distancia. Hablé de él en el capítulo IV.

COLONIA DEL SACRAMENTO.—Esta colonia fué fundada en 1679 por el gobernador portugués de Río Janeiro, y el 7 de agosto de 1680 fué arruinada por el gobernador de Buenos Aires. Al año siguiente se permitió a los portugueses restablecerla provisionalmente. En 1705 el gobernador de Buenos Aires se apode-

ró por segunda vez de esta colonia; pero fué cedida a los portugueses en 1715. Las tropas de Buenos Aires se apoderaron aún de ella en 1762, y se devolvió. Se tomó de nuevo en 1777 y se demolió; pero luego han sido reconstruídas muchas casas españolas, acompañadas de una capilla en muy mal estado. Para el puerto véase el capítulo IV.

Santa Fe de la Vera Cruz.—Esta ciudad fué fundada en 1573, en el paraje que ocupa hoy el pueblo de Cayastá, y en 1651 se la trasladó al lugar que hoy ocupa. Las calles son rectas y anchas. Hay tres conventos de frailes, una parroquia y 4.000 almas.

Corrientes.—Fundada, en el lugar en que existe, en 1588, a orillas del Paraná, sobre un suelo arcilloso y unido; las calles están tiradas a cordel; hay tres conventos de frailes, una parroquia y cerca de 4.000 almas.

Itaty.—Los fundadores de Corrientes sometieron estos indios guaraníes en 1588, y al cabo de algún tiempo fundaron un pueblo a diez leguas de allí, remontando el Paraná, en un lugar llamado Iguary, y reunieron a otros indios que habitaban los mismos lugares. Más de cuarenta años después se fijó este pueblo en el lugar donde se encuentra hoy, agregando los indios de la isla de Apipé y otros a que se hizo venir del Paraguay. Este pueblo expulsó a los franciscanos, que estaban encargados de él, y llamó a los jesuítas. Estos cambiaron en seguida el antiguo nombre de la colonia para darle el de Santa Ana, y le supusieron otro origen. Pero como los otros frailes entablaron pleito, una orden del rey les hizo restituir el pueblo en 1616. Los payaguás y otros indios del Chaco la destruyeron casi enteramente en 1748, así como la de Santa Lucía.

San José.—Fundado por los jesuítas en 1633, al lado de las montañas de Tapé, que poseen hoy los portugueses, en el lugar llamado Itaquatia. Cinco años

después, los habitantes, temiendo a los portugueses, huyeron y fueron a establecerse entre los pueblos de Corpus y San Ignacio-Miri, y en 1660 se fijaron en el lugar donde están actualmente.

SAN CARLOS.—Fué formada en regla por los jesuítas en 1631, en el lugar llamado Caapy. Los portugueses atacaron a este pueblo, así como a otros muchos, cuyos restos reunidos sirvieron para establecer esta colonia en el lugar en que está desde 1639.

APÓSTOLES.—Fundada por los jesuítas en 1632, en las montañas de Tapé, de que ya hemos hablado, con el nombre de la Natividad. En 1637 los habitantes, perseguidos por los portugueses, se fijaron en el lugar que ocupan actualmente, y el pueblo tomó entonces el nombre que hoy lleva.

MÁRTIRES.—En 1630 los jesuítas fundaron en el lugar llamado Ibiticaray el pueblo de Jesús María, y en 1633, los de San Cristóbal y de San Joaquín, o de San Pedro y San Pablo del Caapy, o San Carlos; estas últimas situadas en las montañas del Tapé; pero como fueron destruídas todas por los portugueses, de la reunión de sus restos se formó en 1638 el pueblo de Mártires, entre los de La Concepción y de Santa María la Mayor, situada al lado de la primera, sobre la cima de esta cadena de montañas. En 1704 se fijó el pueblo en el lugar que actualmente ocupa.

SANTA MARÍA LA MAYOR.—Fueron también los jesuítas los que la fundaron, en 1626, en la confluencia de los dos grandes ríos Paraná e Iguazú. En noviembre de 1633 el miedo a los portugueses la obligó a retirarse al lugar que ocupaba al principio la de Mártires, y luego fué a establecerse al paraje que hoy ocupa.

SAN XAVIER.—Fué fundada por los jesuítas en 1629, sobre el riachuelo Itahú, un poco al norte de su emplazamiento actual.

SAN NICOLÁS.—Fué fundada en 1627 por los jesuítas, sobre el arroyo Piratiniy-Miri. Habiéndola atacado

los portugueses en enero de 1638, huyeron los habitantes y pasaron el río Uruguay, para establecerse sobre el riachuelo Aguarapucay, entre el pueblo de Santa María la Mayor y el de San Xavier. En 1652 se reunió a la colonia de los Apóstoles; el 2 de febrero de 1687 se fijó en el lugar donde aun existe.

San Luis.—Los jesuítas la fundaron en 1632, sobre el río Yacuy o Ygay, con el nombre de San Joaquín. En 1638 el miedo a los portugueses la obligó a reunirse con la de la Concepción, de la que se separó en 1687, para establecerse en el antiguo emplazamiento del pueblo de Candelaria, en Caazapa-Miri. De allí pasó a un lugar próximo al que hoy ocupa y luego se reforzó con los restos de otros tres pueblos destruídos por los portugueses, a saber: Jesús María, fundado en Ibiticaray, sobre la parte oriental del Yacuy; la Visitación del Caapy, y San Pedro y San Pablo del Caaguazú.

San Lorenzo.—Es una colonia de Santa María la Mayor, fundada en 1691.

San Miguel.—Fundada por los jesuítas en 1632, en las montañas de Tapé. Seis años después, para evitar las incursiones de los portugueses, esta colonia pasó el río Uruguay y se estableció cerca de Concepción, y en 1687 abandonó este paraje para fijarse en su emplazamiento actual.

San Juan.—Es una colonia de San Miguel, fundada en 1689.

San Angel.—Es una colonia de Concepción fundada en 1707, entre los dos ríos del Yuy; ha terminado por establecerse a orillas del mayor, en el lugar en que hoy se la ve.

Santo Tomé.—Fundada por los jesuítas en 1632, sobre el riachuelo Tebicuacuy, cerca de Ibicuy. En 1639, temiendo a los portugueses, cambió de lugar para aproximarse al río Uruguay, que cruzó, para fijarse en el paraje que hoy ocupa.

SAN BORJA.—Es una colonia del pueblo de Santo Tomé, fundada en 1690.

LA CRUZ.—Fundada por los jesuítas en 1629, al oeste del río Uruguay, en la confluencia del riachuelo Acaragua. Descendió después al río Mbororé; luego se reunió al pueblo de Yapeyú, y por fin, desde 1657, se fijó en el lugar que hoy ocupa.

SAN FRANCISCO XAVIER.—Un grupo de indios mocobís se dirigió al comandante de la ciudad de Santa Fe para organizarse en pueblo, y el comandante encargó el asunto a los jesuítas en 4 de julio de 1743. Dichos religiosos fundaron el pueblo en el lugar en que se asienta hoy el de Cayasta, de donde pasó al que ocupa actualmente; pero como no se emplearon mas que medios eclesiásticos, sin usar de la fuerza, no se ha visto allí todavía ningún católico y los indios de esta colonia no difieren en nada de los salvajes. En fin, ésta no es otra cosa que la que he dicho en el capítulo XII.

SAN JERÓNIMO.—No difiere en nada del precedente, salvo que los indios que lo componen son abipones y que fué fundado en 1 de octubre de 1748.

LAS GARZAS.—Una parte de los abipones que componían el pueblo anterior se escapó en 1770 y formó éste. Así como los otros, no conocían ninguna religión, y están precisamente en el mismo caso que los indios de las dos colonias anteriores.

SAN PEDRO Y SAN PABLO.—Repito por completo lo que he dicho antes. Su fundación data del 10 de agosto de 1765.

CAYASTA.—Una tropa de españoles de Santa Fe sorprendió a un cierto número de indios charrúas y minuanas, que sirvieron para formar esta colonia en 1749. No hay en ella un solo católico; los indios están enteramente salvajes, y todo se reduce al estado que antes he descrito.

INISPÍN O JESÚS NAZARENO. — El comandante de

Santa Fe fundó este pueblo, formado por un destacamento de mocobís, y lo puso al cuidado de los eclesiásticos en 1795; pero no hay un solo católico; los indios son salvajes, y por lo demás yo tan sólo podría repetir lo que he dicho precedentemente.

BARADERO.—No dudo de que haya sido fundada por jefes laicos en 1580, y formada de indios guaraníes de la tribu llamada mbeguás. Su mezcla con los españoles los hace a casi todos pasar hoy por tales, y han olvidado su lenguaje y sus costumbres primitivas.

QUILMES.—En el valle de este nombre, hacia Santiago del Estero, había dos naciones de indios llamados *quilmes* y *calianos*. En 1618 se los reunió para formar este pueblo, compuesto entonces de 700 indios en estado de llevar armas. Sus repetidas alianzas con los españoles hacen que hoy pasen todos por tales y han olvidado sus lenguas, que eran diferentes.

SANTO DOMINGO SORIANO.—Este pueblo, como he dicho en el capítulo X, fué formado por indios chanás, milla y media al oeste del paraje en que está actualmente, y donde se estableció en 1704; pero ignoro el año de su fundación.

NOTA.—El cuadro adjunto no designa el año de la fundación de algunos pueblos porque no se sabe. En cuanto a los signos, son los mismos que en el cuadro correspondiente al capítulo anterior, añadiéndoles una F, que significa *Fuerte*.

Cuadro de la población del gobierno de Buenos Aires.

Nombres de las ciudades, villas, pueblos y parroquias	Año de su fundación	Latitud austral			Longitud O. de París			Número de almas
San José. I.	1633	27°	45′	52″	58°	8′	57″	1.352
San Carlos. I.	1631	27	44	36	58	17	12	1.280
Apóstoles. I	1632	27	54	43	58	9	19	1.821
Concepción. I.	1620	27	55	44	57	57	13	2.104
Santa María la Mayor. I.	1626	27	53	44	57	46	4	911
Mártires. I.	1633	27	47	37	57	40	2	937
San Javier. I.	1629	27	51	8	57	34	4	1.379
San Nicolás. I.	1627	28	12	0	57	39	53	3.667
San Luis. I	1632	28	25	6	57	22	14	3.500
San Lorenzo. I.	1691	28	27	24	57	83	30	1.275
San Miguel. I.	1632	28	32	26	56	59	27	1.973
San Juan. I	1698	28	26	56	56	48	40	2.388
San Angel. I.	1707	28	17	19	57	0	12	1.986
Yapeyú. I.	1626	29	31	47	58	58	28	5.500
La Cruz. I.	1629	29	29	1	58	48	28	2.500
Santo Tomé. I.	1632	28	32	49	58	17	43	1.500
San Borja. I	1690	28	39	51	58	58	15	1.800
Guaceras. I.	1588	27	29	31	60	55	12	60
Itaty. I.	1588	27	17	0	60	31	38	712
Santa Lucía. I.	1588	28	59	30	61	18	2	192
Garzas. I.	1770	28	28	49	61	11	40	218
San Jerónimo. I.	1748	29	10	20	61	43	46	482
Inispín o Jesús Nazareno. I.	1795	29	43	30	62	40	30	600
San Pedro. I.	1765	29	57	0	62	37	0	643
San Javier. I.	1743	30	32	15	62	27	15	1.308
Cayasta. I	1749	31	9	20	62	39	0	67
Baradero. I.	1580	34	46	35	62	6	30	*d* 900
Guilmes. I.	1677	33	38	45	60	36	50	*d* 800
Santo Domingo Soriano. I.	*d* 1650	33	25	56	60	38	20	*d* 1.700
Buenos Aires. C.	1535	34	36	28	60	40	30	40.000
Magdalena. P.	1730	35	5	6	59	55	40	*d* 3.000
San Vicente. P.	*d* 1730	35	2	20	60	46	30	1.750
Morón. P.	1730	34	40	10	61	4	45	*d* 1.100
San Isidro. P	1730	34	28	0	60	43	10	2.000
Conchas. P.	1769	34	24	56	60	53	30	2.000
Lusán. V.	1730	34	36	0	61	40	30	1.500
Pilar. P.	*d* 1772	34	25	56	61	33	40	2.058
Cruz. P	1772	34	16	22	61	43	30	1.772
Areco. V.	1730	34	14	2	62	7	11	2.300
San Pedro. P	1780	33	39	47	62	13	0	*d* 600
Arrecife. V.	1730	34	4	10	62	47	10	1.728
Pergamino. V.	1780	33	53	28	63	3	5	1.200
San Nicolás. V.	1749	33	19	0	62	45	4	4.220
Choscumus. F.		35	33	40	60	22	15	*d* 1.000
Ranchos. F		35	30	30	60	36	14	*d* 800
Monte. F		35	25	40	61	10	54	*d* 750
Luján. F.		34	39	30	62	4	50	*d* 2.000
Salto. F		34	18	45	62	54	40	*d* 750
Roxas. F		34	11	30	63	19	50	*d* 740
Melincue. P.		33	40	30	64	9	56	*d* 400
Montevideo. C.	1724	34	54	36	58	30	42	15.245
Piedras. P.	1780	34	45	24	58	32	4	*d* 800
Canelón. V.	1778	34	35	23	58	34	55	3.500
Santa Lucía. V.	1781	34	30	35	58	40	41	*d* 460
San José. V.	1781	34	22	17	59	13	22	*d* 350
Colla. P.	1781	34	19	39	59	41	43	*d* 300
Colonia. V.	1679	34	26	10	60	9	15	*d* 300
Real Carlos. P	1680	34	25	8	60	9	56	*d* 200
Víboras. P.	1680	33	86	20	60	31	30	*d* 1.500
Espinillo. P.	1680	33	33	30	60	32	15	*d* 1.300
Mercedes o Capilla Nueva. P.	1791	33	12	30	60	17	40	*d* 850
Martín García. P.		34	11	5	60	33	40	*d* 200
Arroyo de la China. V	1780	32	29	18	60	33	55	*d* 3.500
Gualegaichú. V.	1780	32	59	15	60	47	8	*d* 2.000
Gualeguay. V.	1783	33	8	19	61	48	10	*d* 1.600
Pando	*d* 1782	34	41	18	58	9	4	*d* 300
Maldonado. C.	1730	34	53	12	57	7	44	*d* 2.000
San Carlos. V.	1778	34	44	45	57	4	4	*d* 400
Minas. V.	1783	34	21	30	57	25	34	450
Rocha. V.	1800	34	22	0	56	32	58	350
Santa Teresa. F.	1762	33	58	5	55	54	15	*d* 120
San Miguel. F.	1733	33	44	44	55	55	30	40
Melo. V.	1795	32	23	14	56	37	44	820
Santa Tecla. F.	1773	31	16	8	56	34	24	130
Batoby. V	1800	30	36	1	57	6	24	948
Corrientes. C.	1588	27	27	21	61	6	0	4.000
Caacaty. P	1780	*d* 27	31	0	*d* 60	21	0	*d* 600
Burucuya. P.	1780	*d* 27	57	50	*d* 60	35	25	356
Aladas. P	1780	28	15	20	60	50	20	*d* 1.200
San Roque. P.	1781	28	33	30	60	57	30	1.390
Santa Fe. C.	1573	31	40	29	63	12	30	4.000
Baxada. V.	1730	31	44	15	63	4	30	3.000
Novoya. P.	1593	32	17	43	62	24	34	*d* 1.500
Coronda. V.	1768	31	58	47	63	21	50	2.000
Rosario. V.	1730	32	56	4	63	11	20	3.500
Rionegro. V	1781	40	50	0	64	43	30	*d* 300
Malianas. P.		51	32	0	59	57	30	*d* 600
TOTAL								170.000

NOTA. — La letra *d* indica duda, y la *F*, fuerte milicia.

CAPÍTULO XVIII

Historia abreviada del descubrimiento y conquista del Río de la Plata y del Paraguay.

La Corte de España dió el mando de una expedición destinada a hacer descubrimientos a Juan Díaz de Solís, primer piloto, natural de la ciudad de Lebrija (1). En consecuencia, salió de Lepe en el mes de septiembre de 1515, con tres navíos, uno de sesenta toneladas y los otros dos de treinta cada uno. Embarcó sesenta soldados y víveres para dos años y medio. Recaló en la isla de Santa Catalina, y habiendo arribado después al río que llamamos hoy de la Plata, penetró en él, dándole el nombre de río de Solís. Pero habiendo desembarcado en su orilla septentrional con el designio de ponerse al habla con algunos indios charrúas que se presentaron a la vista, fué muerto, así como los que le acompañaban, por estos indios y por otros que salieron de una emboscada cerca de un riachuelo que en recuerdo del suceso lleva hoy el nombre de Solís, entre las ciudades de Montevideo y Maldonado. Su hermano y su cuñado Francisco Torres, que eran pilotos, y todo el resto de la expedición no perdieron un

---

(1) Léase López de Gómara, *Historia general de las Indias*, volúmenes números 21 y 22, de la colección de *Viajes clásicos*, editada por Calpe.

instante para regresar a España, donde nadie se ocupó más del Río de la Plata hasta fines del año de 1525.

Este año la Corte de España envió a Diego García, natural de Moguer, quien salió de La Coruña el 15 de enero de 1526 con un solo navío. Recaló en las Canarias y luego en San Vicente, puerto del Brasil, donde compró un bergantín a los portugueses, y prometió a un bachiller que tan pronto como llegara al río de la Plata enviaría el buque mayor a San Vicente para transportar a Europa ochocientos esclavos pertenecientes a dicho bachiller, el cual se embarcó con García. Este último salió de San Vicente el 15 de enero de 1527, y recaló en el puerto de los Patos, a los 27° de latitud.

En este puerto encontró al veneciano Sebastián Caboto, a quien se había ordenado en España ir a las Indias Orientales por el estrecho de Magallanes. Había salido de Sanlúcar el 3 de abril de 1526 con dicho propósito, conduciendo cuatro buques, de los que perdió el mayor en la isla de Santa Catalina. Encontró también en el puerto de los Patos a los españoles Enrique Montes y Melchor Ramírez, que habían desertado de la expedición de Solís. En los alrededores había también otros quince españoles desertores de la escuadra del capitán D. Rodrigo de Acuña, destinado a las Indias Orientales. Todos estos desertores informaron a Caboto de que había grandes riquezas de oro y plata en el río de la Plata. Por esta causa determinó entrar por él, y para mejor hacerlo construyó una galeota. Pero como algunos de los suyos le reprocharan porque abandonaba su viaje a las Indias Orientales y se opusieran a la idea de ir al Río de la Plata, tomó el partido de abandonar en la isla de Santa Catalina a los que principalmente se oponían, y que eran Martín Méndez, Miguel Roxas y otro llamado también Roxas. Después de esto aparejó el 15 de febrero de 1527; fué a fondear al puerto de los Patos, de donde sacó

cuatro indios y gran cantidad de víveres, y entró por fin en el río de la Plata, donde ancló frente al lugar que hoy ocupa Buenos Aires, en la embocadura de un riachuelo que llamó San Lázaro y que hoy lleva el nombre de San Juan. En este lugar encontró a Francisco Puerto, único que se había salvado de los que desembarcaron con Solís. Caboto dejó en este puerto los dos buques mayores, con treinta hombres y doce soldados para defender los efectos, que depositó en una barca rodeada de una empalizada. El 8 de mayo del mismo año partió con la galeota y la carabela, dando orden a los que quedaban de buscar un puerto mejor en los alrededores. Para ejecutar esta orden entró en el Uruguay uno de los buques grandes, y allí naufragó el tercer día a causa de una tempestad. Por fortuna, se salvó la tripulación y llegó a San Juan, una parte embarcada en la canoa y el resto por tierra, habiendo perecido el capitán y algunos otros en un combate con los indios iaros.

En cuanto a Caboto, tomó con sus dos navíos el brazo más austral del río Paraná, que llamó de las Palmeras. Trató amablemente a los indios guaraníes llamados mbeguás, y después de haberles comprado víveres continuó hasta los 32° 25′ 12″ de latitud, donde se encuentra la desembocadura del río Carcaranal, que procede del interior de las tierras. En este paraje construyó un bergantín y edificó un pequeño fuerte, que llamó del Espíritu Santo. Este país pertenecía a los indios caracarás, que trató con amistad, así como a los timbús, que habitaban un poco más arriba. Todos eran de la nación guaraní. Entre tanto, Caboto expidió la galeota para transportar los efectos que había dejado en San Juan, y cuando llegaron partió, el 23 de diciembre, con su galeota y el bergantín, dejando sesenta soldados en el fuerte. Siguió el curso del Paraná hasta los 27° 27′ 20″ de latitud y 59° de longitud, donde remontó lo que se llama el Salto del Agua, que es un bajo o lugar en que el río tiene muy poca agua.

Se detuvo allí treinta días con los indios guaraníes que hizo venir de Santa Ana, y que hoy son cristianos en el pueblo de Itaty. Estos indios llevaban en las orejas pequeñas láminas de oro y plata, que los españoles cambiaron por otras bagatelas.

Después de esto, en 28 de marzo de 1528, Caboto desanduvo su camino y se introdujo por el río Paraguay, para encontrar a los indios que se le había dicho habían vendido láminas de oro y plata a los que las compraron. Cuando Caboto hubo llegado a la desembocadura del río Bermejo hizo avanzar el bergantín con treinta hombres. Estos encontraron a algunos indios agacés, que persuadieron a los españoles de que efectivamente poseían mucho oro y plata en sus casas, que estaban muy cerca, y que lo cambiarían gustosos por otras cosas. Los españoles, en número de quince, se habían dejado persuadir, y siguieron a los agacés, y éstos los sorprendieron y mataron a todos. Los principales fueron el segundo comandante Miguel Rifos y el tesorero Jerónimo Núñez. Este fracaso y la noticia de que algunos buques habían entrado en el río de la Plata determinaron a Caboto a regresar. No había hecho mas que treinta leguas después de pasar la desembocadura del Paraguay, cuando encontró a García, que subía. Los dos pretendían tener el derecho de primacía al descubrimiento del país, pero al fin convinieron en ir juntos hasta el fuerte del Espíritu Santo, construir allí seis bergantines y continuar el descubrimiento y conquista de común acuerdo.

García, a quien hemos dejado en el puerto de los Patos, se dirigió hacia el río de Solís o de la Plata. Cuando Antonio Grageda, que mandaba en San Juan, descubrió estas naves, tuvo miedo, porque creyó que pertenecían a los que había abandonado en la isla de Santa Catalina; pero al ver que era García lo recibió con las mayores muestras de amistad. García envió inmediatamente su nave mayor a San Vicente a buscar

los esclavos, según el contrato que había hecho con el bachiller portugués; y habiendo armado el bergantín que había llevado de España en piezas, siguió los pasos de Caboto.

Cuando llegó a Espíritu Santo forzó a Gregorio Caro a reconocerlo por su jefe, porque había sido enviado para descubrir el país, mientras que Caboto debía ir a las Indias Orientales, según las órdenes de la Corte. En efecto, Caro lo reconoció por su jefe, de tanta mejor voluntad cuanto que le acababan de decir que Caboto y su gente habían sido muertos. Después de esto García continuó su navegación, y, como hemos visto, encontró a Caboto, y ambos descendieron a Espíritu Santo para continuar los descubrimientos de común acuerdo.

Poco después, como era de esperar, se enemistaron, y García, cuyo partido era menos numeroso, continuó su viaje hasta España. Caboto se detuvo en Espíritu Santo, desde donde despachó en la carabela a Fernando Calderón y Rojel Barto para informar a Su Majestad de sus descubrimientos y sus operaciones, presentándole las láminas de oro y plata que se habían cambiado con los indios de Santa Ana.

He aquí el motivo por que se dió entonces a este país el nombre de Río de la Plata, que aun conserva a pesar de que después de haber hecho por completo el descubrimiento no se ha podido encontrar la menor traza de estos metales ni de ningún otro. El rey de España aprobó la conducta de Caboto y le ordenó continuar la conquista, ofreciéndole enviarle los socorros que pedía. Pero el Tesoro público estaba agotado y no permitía gasto alguno, por lo cual fué necesario encargar de la conquista a D. Pedro de Mendoza, caballero muy rico de Guadix, que ofreció hacerla a su costa. En tanto, Caboto dejó ciento diez hombres en Espíritu Santo, bajo el mando de Nuño de Lara, y se embarcó para España, adonde llegó en 1530.

Lara conservó la paz con los caracarás y los timbús hasta 1532, en que fué perturbada por la siguiente aventura: Mangoré, cacique de los timbús, se enamoró de una española llamada Lucía Miranda, mujer legítima de Sebastián Hurtado. No pudiendo triunfar de ella por los medios ordinarios, decidió recurrir a la violencia para conseguirla, y para esto aprovechar la ausencia de Ruy García Mosquera, que había salido del fuerte con cuarenta soldados, en un bergantín, para comprar víveres a los indios de las islas y de las orillas del río. Mangoré reunió su gente y la ocultó entre los sauces; después, llegada la noche, se aproximó al fuerte con ocho indios y pidió que le abrieran, cosa que se hizo porque se le consideraba como amigo y llevaba víveres. Entonces Mangoré dió la señal, y como logró impedir que se cerraran las puertas, los indios de la emboscada llegaron todos y mataron hasta el último de los españoles, que no esperaban el ataque, pero se defendieron, matando a muchos indios, entre ellos a Mangoré.

Al volver los del bergantín lloraron la desgracia de sus camaradas; pero como Hurtado no encontró el cadáver de su Lucía entró en dudas y partió solo, como un loco, para ir a buscarla entre los indios. Estos querían matarlo, y no le concedieron la vida sino a instancias de Lucía, de la que Syripo, hermano de Mangoré, se había a su vez enamorado. Pero desesperado de su resistencia, la hizo quemar viva, y ordenó amarrar al marido al tronco de un árbol y matarlo a flechazos.

Mosquera, con su tropa y su bergantín, fué a la costa del Brasil y se estableció en Iguá, a veinte leguas de San Vicente, que era una colonia portuguesa. Los portugueses le declararon la guerra en 1534. Estando en esto, llegó un corsario francés que envió su chalupa a tierra para comprar víveres; pero los españoles se apoderaron de ellos durante la noche, se embarcaron en

la misma chalupa y acercándose al corsario se apoderaron de él por sorpresa. En seguida bajaron a tierra los cañones y se sirvieron de ellos para batir a los portugueses, que habían venido a atacarlos en gran número. Se aprovecharon de su victoria llegando hasta San Vicente y saqueándolo. En seguida se reembarcaron y fueron a establecerse en la isla de Santa Catalina.

Don Pedro Mendoza, nombrado jefe del Río de la Plata, partió con catorce buques, setenta y dos caballos, dos mil quinientos españoles y ciento cincuenta alemanes, flamencos o sajones. Salió de Sevilla el 24 de agosto de 1534 y recaló en Río Janeiro. Como estaba peligrosamente enfermo, dió el mando a Juan de Osorio, su segundo. Poco tiempo después lo hizo asesinar, porque los envidiosos de Osorio se lo habían hecho sospechoso, y Mendoza continuó su viaje hasta la isla de San Gabriel, por otro nombre la Colonia del Sacramento.

En seguida hizo reconocer la costa meridional, que está enfrente, hizo llegar allí toda su flota y fundó el 2 de febrero de 1535 la ciudad de Buenos Aires, de la que he hablado en el capítulo anterior. Se comenzó a rodearla de murallas, y los indios guaraníes y pampas o querandíes llevaron víveres los primeros días y los vendieron a los españoles; pero luego mataron a diez que cortaban madera y atacaron a la ciudad para destruir las obras.

Para castigarlos envió el jefe contra ellos doce capitanes a caballo y ciento treinta infantes, a las órdenes de su hermano D. Diego. El segundo día llegaron al valle de Escobar, y viendo ante ellos a los guaraníes y querandíes en armas, los atacaron; mas apenas habían dado unos cuantos pasos, sus caballos se hundieron en el fango hasta el pecho y quedaron inmóviles.

Los enemigos, con sus dardos, sus flechas y sus bolas, mataron a diez caballeros, entre ellos al comandante, y veinte de infantería. Murieron también muchos

indios, y los españoles no volvieron a la ciudad sino después de haber construído un pequeño fuerte, que se reconoce aún, enfrente, al lado de la capilla del Pilar, y en el que dejaron cien soldados.

Se empezaban a sufrir enfermedades y disminuía la provisión de víveres. Para remediar este inconveniente se envió un buque a comprarlos a las islas del Paraná y otro a la costa del Brasil. Otros, bien guarnecidos de tropas, a las órdenes de Juan de Ayolas, remontaron el río para buscar un paraje propio para fundar un establecimiento. El primero regresó sin traer mas que muy pocos víveres, en el momento en que los pampas o querandíes habían atacado la ciudad, donde habían matado a treinta españoles y quemado casi todas las casas. Ayolas llegó a continuación, después de haber construído el fortín de Corpus Christi o Buena Esperanza en el territorio de los indios timbús, cinco leguas por debajo de Coronda. Había dejado cien hombres de guarnición. El jefe se trasladó en seguida a esta nueva colonia, con más de la mitad de su gente; pero como se experimentaron igualmente enfermedades que disminuyeron mucho el número de colonos, algunos desertaron para irse a vivir con los indios. Entonces el jefe envió a Juan de Ayolas, con trescientos soldados, a remontar el río, y poco tiempo después, habiendo caído peligrosamente enfermo, encargó al mismo Ayolas del gobierno en su ausencia. En cuanto a él, se embarcó para España y murió en el viaje.

Juan de Ayolas siguió los pasos de Caboto, remontando el Paraná y tratando amablemente a cuantos indios encontró en su viaje. Después entró en el río Paraguay hasta los 25° 38′ 3″ de latitud, donde este río se estrecha mucho. En este lugar, llamado Angostura, fué atacado por las canoas de los indios agacés, que le mataron quince españoles; pero a pesar de eso triunfó. Continuó su navegación hasta cinco leguas más arriba, y fondeó en el lugar llamado la Villeta, con

la idea de comprar a los indios víveres, de que estaba falto. Remontando Ayolas el río, encontró en las orillas numerosos indios, que le trataron amistosamente; pero habiendo llegado al mismo paraje en que Caboto había sido atacado por los agacés, lo fué él igualmente y le mataron otros quince españoles. Los rechazó y continuó su ruta otras cinco leguas arriba, y fondeó en el lugar denominado hoy la Villeta, con el propósito de comprar víveres a los carios, porque comenzaban a faltarle. Pero estos indios, que forman hoy el pueblo de Itá, no quisieron vendérselos ni tratar con los españoles y les declararon la guerra. Esto determinó a Ayolas a desembarcar con su tropa, y hallándolos reunidos cerca del valle de Guarnipitan, les dió la batalla. Los indios perdieron mucha gente, y murieron diez y seis españoles. Esta victoria forzó a los indios a hacer la paz, y además de los víveres entregaron a los españoles siete muchachas para Ayolas y dos para cada soldado.

Se construyó en seguida un poco más arriba una casa fortificada, que fué la primera de la ciudad de Asunción, de la que he hablado en el capítulo XVI. Se la llamó así a causa del día de la batalla, que se dió el 15 de agosto de 1536. Ayolas dejó alguna guarnición, se proveyó de víveres y remontó el río hasta los 21° 5′ de latitud. Entonces desembarcó, el 2 de febrero de 1537, en un paraje que llamó Puerto de Candelaria. Dejó sus buques a Domingo Martínez de Irala, con orden de esperarlo seis meses, y penetró en el interior de las tierras, hacia el Noroeste, con doscientos españoles.

Durante todo este tiempo, el buque que se había enviado al Brasil entró en Buenos Aires cargado de víveres y llevando a los españoles que, como hemos dicho, se habían fijado en Santa Catalina. Se resolvió, en consecuencia, que Juan de Salazar remontara el río con tropas para reforzar a Ayolas, al mismo tiempo

que se le llevaba la noticia de haber sido nombrado capitán general. Salazar llegó al lugar de cita en que Irala esperaba a Ayolas con los buques, y como no se tenía ninguna noticia de este último, regresó a Buenos Aires, después de haber reforzado al pasar la tropa que guarnecía a Asunción. Como Francisco Ruiz Galán, comandante entonces de Buenos Aires, careciese de víveres, fué a buscarlos a Asunción, encontrando allí a Irala, que acababa de llegar después de haber esperado más de seis meses en el lugar de la cita. Ruiz Galán le ordenó volver allí en seguida, y después de haber tomado víveres descendió el río para volverse a su destino.

Cuando Galán llegó a Corpus Christi encontró a los españoles en discordia con los indios, y después de haber dejado ciento veinte soldados regresó a Buenos Aires. Durante su ausencia había llegado de España un veedor llamado Alonso Cabrera, con tres buques cargados de gente reclutada, de municiones, etc. Otro se había quedado en Santa Catalina, en muy mal estado, lo que motivó el enviarle una nave para prestarle socorro. A la vez se envió otra a España para dar a conocer el estado de la conquista.

Apenas habían salido estos dos buques se supo que los indios habían sorprendido y matado a los españoles que iban a Corpus Christi en un bergantín, y temiendo por la suerte de estas colonias se le enviaron dos buques con tropas. Éstas llegaron en el momento en que los indios tenían sitiado el fuerte. Habían matado ya cincuenta hombres, entre ellos al gobernador. Pero este refuerzo, que llegó tan a punto, los hizo huir, después de bien castigados. No obstante, habiendo reflexionado sobre el partido más conveniente, todos los españoles se embarcaron y se volvieron a Buenos Aires después de haber abandonado el fuerte.

Como los últimos buques llegados de España habían llevado una orden del rey disponiendo elegir por

mayoría de votos un gobernador en el caso de que Ayolas hubiese muerto, cosa que se sospechaba mucho, se resolvió dejar en Buenos Aires la guarnición necesaria y trasladarse todo el resto, con los principales capitanes, a la Asunción, donde debía verificarse la elección. Apenas llegaron encontraron a Irala, que había descendido el río y les dió la noticia segura de la muerte de Ayolas, que había sabido por un indio.

Ayolas había penetrado por el Chaco y por la provincia de Chiquitos hasta el Perú, donde se había procurado un poco de plata, y había vuelto al puerto de Candelaria; pero como no encontró su flota, que acababa de partir, se estableció en el territorio de los payaguás sarigués, que, habiéndose reunido con los mbayás, lo sorprendieron y mataron, así como a todos sus españoles.

Irala estuvo a punto de experimentar la misma suerte la última vez que remontó el río, porque habiendo desembarcado con su gente en una de las islas que forma, vió aparecer cien payaguás, que les dieron a entender desde lejos que, pues estaban desnudos y sin armas, los españoles debían dejar las suyas para ir a hablarles. Así se hizo; pero habiéndose aproximado, cada indio se lanzó sobre un español, y al mismo tiempo doscientos payaguás armados que estaban a la orilla salieron corriendo para matar a los españoles que luchaban con los otros. Irala, que se había quedado un poco atrás, cogió su espada y su escudo y mató a doce en un instante; en fin, los cien indios perecieron casi todos antes de la llegada de los otros. La misma suerte experimentaron al atacar la escuadra, pero allí se perdieron algunos españoles.

En seguida se trató en la Asunción de designar jefe, y en el mes de agosto de 1538 recayó la elección en Domingo Martínez de Irala, quien envió inmediatamente a buscar a todos los españoles que habían quedado en Buenos Aires. Ya había llegado el buque de

Santa Catalina con el que lo había ido a buscar; pero el primero se perdió al entrar en el puerto. Después, reunida la guarnición de Buenos Aires con la del fuerte situado frente al Pilar, de que hemos hablado anteriormente, se subió a la Asunción, y pasando revista se vió que de más de tres mil hombres llegados de España no quedaban más que seiscientos. Se dió a todos terreno para construir una casa y tierras para cultivar. Se rodeó todo de una empalizada, se nombraron alcaldes y regidores, se estableció una policía en la ciudad y se formaron varios pueblos de carios y guaraníes, a los que se hizo prestar juramento de fidelidad o vasallaje. Se quiso hacer lo mismo con los guaycurús y otros indios del Chaco, pero no se pudo obtener resultado.

No estaban terminadas estas operaciones cuando los guaraníes formaron una conspiración para destruir a los españoles. A este efecto se introdujeron en la ciudad para pasar la Semana Santa con los españoles, con el propósito de atacarlos cuando estuvieran en la procesión llamada de la sangre, por ser la de los disciplinantes, en que iban la mayoría de los españoles. Todo estaba dispuesto; pero el Jueves Santo de 1539 una india reveló el secreto de la conspiración a Salazar, quien advirtió a Irala. Éste hizo tocar generala, bajo pretexto de un ataque de los guaycurús, y se apoderó de los principales conjurados, a los que mandó ahorcar, perdonando a los otros.

Como se había sabido en España lo que pasaba en esta colonia y se tenían muchas sospechas en lo referente a la muerte de Ayolas, se nombró a Alvar Núñez Cabeza de Vaca (1) para jefe de la conquista, y él ofreció continuarla a su costa. En consecuencia, reunió cua-

---

(1) Léase ALVAR NÚÑEZ CABEZA DE VACA, *Naufragios y Comentarios*, volumen número 17 de la colección de *Viajes clásicos*, editada por CALPE.

renta y seis caballos, cuatrocientos soldados y cuatro buques, y partió de Sanlúcar el 2 de noviembre de 1540. Llegó a la Cananea, de la cual tomó posesión, y luego a Santa Catalina, después de haber perdido veinte caballos. Hizo allí diferentes reconocimientos y perdió dos buques, lo cual le determinó a ir por tierra al Paraguay.

Para esto envió por mar a Felipe de Cáceres, con los buques y algunas tropas, y él, tomando doscientos cincuenta soldados y todos los caballos, entró en el río Itabucú, que está frente a la isla de Santa Catalina. Navegó cuanto pudo, y el 12 de noviembre de 1541 comenzó a atravesar cadenas de montañas desiertas. Al cabo de diez y nueve días encontró llanuras pobladas de guaraníes, de las que tomó posesión en nombre del rey, dándoles el nombre de provincia de Vera. Continuó su ruta, y el 1.° de diciembre, en el Salto del Iguazú, compró a los indios algunas canoas, que le sirvieron para pasar el Paraná y para enviar a Asunción a los débiles y enfermos, que debían descender este río hasta encontrar el Paraguay y remontar hasta Asunción. En cuanto a él, continuó su viaje por tierra con el resto de su tropa, y el 11 de marzo de 1542 hizo su entrada en la capital y tomó el mando. Se vió pronto llegar felizmente a los enfermos y a Felipe de Cáceres, con el cual Núñez tuvo una disputa muy injusta y muy escandalosa, porque no quería darle posesión de una plaza de regidor para la que el rey le había nombrado.

Por entonces los guaycurús mataron algunos españoles y algunos guaraníes que trabajaban en las casas de los alrededores. El jefe marchó contra ellos y consiguió sorprenderlos y matar algunos, haciendo un gran número de prisioneros. Esta victoria obligó a los lenguas a hacerles presente de algunas muchachas y pedir la paz, que les fué concedida.

El jefe tenía orden de buscar algún camino para co-

municar con el Perú, y encargó a Irala del asunto. Partió éste con tres bergantines, montados por noventa españoles, y después de haber cogido, bajo el trópico, a ochocientos guaraníes de los pueblos de Ipané, Guarambaré y de Atira, remontó hasta las Piedras Partidas, a los 22° 34′. Allí hizo marchar los indios hacia el Oeste, bajo las órdenes del cacique Aracaré, con tres españoles, para ver si se podía entrar en el Perú por aquel lado, y él continuó su navegación remontando el río. Al cabo de algunos días Aracaré se retiró porque temía a los indios del Chaco, lo que obligó al jefe a enviar otros guaraníes de la vecindad de la Asunción; siguieron la misma ruta que los otros y se vieron obligados a volver porque carecían de agua y de víveres. No encontraron a nadie en el camino.

Irala llegó el 6 de enero al 17° 57′ de latitud, y fondeó en el lago Yaibá, que llamó Puerto de los Reyes a causa del día de su llegada. Trató bien a los indios del país, y después de haber desembarcado avanzó en el interior por espacio de cuatro días. Tomó datos, y al regresar a la capital encontró una canoa española que le traía una orden expresa del jefe de hacer ahorcar a Aracaré por haberse retirado. Al pasar ejecutó la orden, y llegó felizmente a la Asunción, donde un incendio había destruído gran número de casas. Los indios de Ipané, Garambaré y Atira, queriendo vengar la muerte injusta de Aracaré, declararon la guerra a los españoles, e Irala se vió obligado a partir con 150 hombres para someterlos, sin poder conseguirlo mas que después de haber dado una sangrienta batalla, en la que perecieron diez y seis españoles y muchos indios.

Alvar Núñez, en armonía con lo que Irala le había comunicado, resolvió ir en persona a buscar un camino para penetrar en el Perú. La primera medida que tomó fué nombrar nuevos empleados de Hacienda,

anulando los nombramientos hechos por el rey, y salió adelante con sus planes, a pesar de los grandes obstáculos que encontró. La expedición partió el 8 de septiembre de 1543, compuesta de 400 españoles y 12 caballos; una parte de ella por agua y otra por tierra, hasta el Monte de San Fernando, hoy Pan de Azúcar, a los 21° 12′ de latitud. En este lugar todas las tropas se reunieron y se embarcaron. Siguiendo su ruta, encontraron varios indios guasarapos, que sorprendieron al último bergantín y le mataron seis hombres. En fin, los españoles arribaron al puerto de Los Reyes, donde desde luego vieron presentarse con disposiciones pacíficas los indios orejones, cacocis, chanés y guaraníes.

El comandante, sin perder tiempo, destacó dos españoles que hablaban guaraní, con algunos orejones; volvieron al cabo de ocho días, y la sola noticia que trajeron fué que habían llegado al país de los Xarayes (1), que habían sido bien recibidos y que éste era un terreno enteramente inundado. El jefe tomó entonces 300 españoles, con víveres para veinte días, y el 26 de noviembre de 1543 dirigió su ruta hacia poniente, entre los bosques. El sexto día encontró un pueblo de catorce guaraníes, y dos días después otro que sólo estaba compuesto de diez. Estos últimos le dijeron que había que hacer diez y seis jornadas de camino a través de un desierto antes de llegar al monte Itapuá-Guazú, pero que a una jornada de allí encontraría muchos indios. En vista de esto, como los víveres disminuían y el país empezaba a experimentar su inundación periódica, se volvieron al puerto.

Tan pronto como el jefe llegó, envió a comprar víveres a los indios de los alrededores, y como no se

---

(1) Léase BOUGAINVILLE (L. A. DE), *Viaje alrededor del mundo*, volúmenes números 3 y 4 de la colección de *Viajes clásicos*, editada por CALPE.

encontrasen, hizo remontar el río a un bergantín. Este buque encontró primeramente una gran cantidad de orejones en la isla Cumplida, después encontró los indios Yacarés, y por último, los Xarayes. Los españoles que iban en el bergantín fueron bien recibidos por todas partes, pero no encontraron víveres y sólo pudieron llevar mantas y bagatelas, que cada uno había adquirido por su cuenta. Alvar Núñez fué al instante al buque, se incautó de todos los objetos y mantas, etcétera, e hizo prender al capitán porque le rogó que devolviera a los soldados sus efectos; pero habiendo los soldados empezado a dar voces y amenazar a Alvar Núñez, se vió obligado a restituir los objetos y poner en libertad al capitán.

Muchos soldados tenían fiebres tercianas y todos estaban sumamente cansados de la avaricia, despotismo, dureza y malos tratos de Alvar Núñez. Éste tenía la fiebre cuartana, y como carecía de medios para llegar al Perú se vió forzado a volver atrás; pero antes se apoderó por fuerza de los orejones de la isla Cumplida y se los llevó prisioneros.

El 8 de abril llegó a la Asunción, de muy mal humor y contrariado al verse detestado por todo el mundo, aun de personas cuyo trato frecuentaba habitualmente. En consecuencia, tomó el partido de no salir de su casa; pero en la noche del 25 al 26 de abril de 1544 doscientos españoles bien armados lo fueron a buscar y lo prendieron. Los más excitados eran los empleados de Hacienda, porque eran aquellos con quienes principalmente había chocado. A la mañana siguiente todos los españoles eligieron gobernador a Domingo Martínez de Irala y decidieron enviar preso a España a Alvar Núñez.

Para esto se empezó a construir un buque, que estuvo acabado al cabo de diez meses. Cuando se sacó a Alvar Núñez de su prisión, gritó dos veces en la calle que nombraba para gobernar en su nombre a Juan de

Salazar. Éste reunió al día siguiente a sus partidarios y a los pocos de Alvar Núñez; pero mientras deliberaban se presentó Irala y les prohibió turbar la tranquilidad pública. Salazar replicó, pero fué preso y embarcado en una canoa para enviarlo a España con los principales conjurados en el mismo buque que llevaba a Alvar Núñez. El Consejo Supremo de Indias, después de oír a las dos partes, trató a Alvar Núñez con más severidad que lo había sido en la colonia, pues lo condenó a ser deportado a África.

Entre tanto, los partidarios de Salazar, que eran numerosos, perturbaban el orden público en la Asunción, donde formaban un partido de oposición. Los agacés y los guaraníes, observando estas disensiones, se aliaron contra los españoles. Irala publicó proclamas y tomó medidas de prudencia, y luego, con trescientos cincuenta soldados y un número considerable de lenguas y guaycurús, en calidad de auxiliares, marchó contra los rebeldes, sobre los que obtuvo tres victorias, sin lograr reducirlos porque huyeron al Ipané. Se embarcó Irala para ir a buscarlos, y los venció hacia mediados del año 1546, concediéndoles la paz y restableciéndolos en sus pueblos.

Se carecía de toda noticia de España. Queriendo Irala penetrar en el Perú, partió en agosto de 1548 con trescientos cincuenta españoles y un gran número de guaraníes en estado de servir. Llegado al monte de San Fernando, hoy Pan de Azúcar, dejó allí cincuenta hombres con dos bergantines, y mandó regresar los otros a la Asunción. En cuanto a él, dirigió su ruta hacia el Oeste, y después de sufrir fatigas increíbles por la falta de agua y víveres, y haber dado batallas terribles a los mbayás y otros indios, atravesó el Chaco y la provincia de Chiquitos y llegó al río Guapay. Lo pasó en balsas formadas con troncos de árboles y perdió en el paso cuatro hombres. Cuatro leguas después encontró el pueblo de los machcasis. Estaban re-

ducidos y pertenecían a la encomienda de Pedro Anzúrez, que había sido el fundador de la ciudad de la Plata o Chuquisaca, en el país de los Charcas, en 1538. Los que hablaban español comunicaron a Irala lo que había ocurrido a Gonzalo Pizarro en el Perú.

No juzgó a propósito penetrar en un gobierno extraño donde había tantas perturbaciones; hizo alto y envió a cuatro comisionados a cumplimentar en Lima al licenciado Lagasca, que gobernaba el Perú, ofreciéndole sus tropas y pidiéndole la confirmación de su cargo de gobernador del Río de la Plata (1). Lagasca, que había sabido desde luego la llegada de Irala, rogóle que no penetrara en un territorio donde había varios partidarios de Pizarro dispersos, que podían seducir a sus soldados y producir de nuevo la perturbación del país. Esto era, en efecto, lo que deseaban los soldados de Irala, y éste se vió bastante apurado para conseguir que regresaran a la provincia de Chiquitos.

Los mensajeros de Irala fueron bien recibidos por Lagasca, que les dió regalos considerables; pero al mismo tiempo que escribía a Irala haciéndole concebir las más bellas esperanzas en cuanto a sus aspiraciones, dió el gobierno del Río de la Plata a Diego Centeno, que murió en Chuquisaca tres días antes de recibir el aviso de su nombramiento.

Los soldados de Irala estaban muy disgustados de verse en un país tan pobre, mientras que podían haberse enriquecido en el Perú, y como su jefe no quería llevarlos, le quitaron el mando, dándoselo a otro, al que tampoco obedecían. En medio de esta confusión, cada uno se fué por su lado para volver al Paraguay. Al llegar a Pan de Azúcar, a fines de 1549, tuvieron

---

(1) Léase López de Gómara, *Historia general de las Indias*, volúmenes números 21 y 22 de la colección de *Viajes clásicos*, editada por Calpe.

noticias de la guerra civil de la Asunción, donde dominaba el partido de los enemigos de Irala, y como todos los que volvían eran del partido vencido, temiendo por sí, reeligieron a Irala para jefe.

Como desde la partida de éste no había vuelto a haber noticias de él en la Asunción, se suponía y aun se creía que había perecido. El comandante D. Francisco de Mendoza había creído que, aprovechando estas sospechas, se procedería a nueva elección y ésta recaería en él. Encontró este asunto algunas dificultades, y cuando se realizó la votación resultó gobernador Diego Abréu, que tomó posesión en seguida. Defraudado Mendoza en sus esperanzas, empezó a propalar que la elección era nula, y ganó algunos partidarios, por medio de los cuales creía que podría lograr prender a Abréu; pero éste se le adelantó y lo hizo ahorcar.

Irala llegó poco después, y al aproximarse a la Asunción pidió que se le devolviese el mando. Abréu no quería; pero viendo que muchos de sus soldados se pasaban al campo de Irala, temiendo que lo entregaran a su rival, se escapó con cincuenta de sus amigos a los bosques y dejó al otro recobrar el mando.

Estando en estos sucesos llegó Nuflo de Chaves, con los otros españoles que Irala había enviado a Lima, acompañados de más de cuarenta voluntarios españoles, que traían por tierra los primeros carneros y cabras que llegaron al Paraguay. Poco tiempo después algunos de estos reciénllegados formaron el proyecto de asesinar a Irala; pero éste se les adelantó, hizo ahorcar a dos y perdonó a los otros.

Nuflo de Chaves se casó a poco con D.ª Elvira, hija de Mendoza, a quien Abréu había hecho ahorcar, y en seguida se dirigió a la justicia pidiendo venganza contra Abréu y los suyos. Irala, para complacerle, envió algunos destacamentos para prenderlos; pero en secreto hacía los mayores esfuerzos para traerlos a la razón,

logrando conseguir su objeto con la mayoría de ellos. Eran los principales Francisco Ortiz de Vergara y Alonso Riquelme, a los que casó con sus dos hijas Marina y Úrsula, quedando sólo Abréu y un escaso número de los suyos sin aceptar las proposiciones de Irala. Uno de los destacamentos enviados en persecución de Abréu lo alcanzó y mató, y trajo su cadáver a la Asunción. Este espectáculo desoló a sus partidarios, pero especialmente a Ruy Díaz Melgarejo, que juró vengar su muerte. Irala, para evitarlo, lo hizo prender; pero le dió en secreto equipajes, armas y escolta para irse por tierra al Brasil, cosa que ejecutó.

Irala juzgó oportuno fundar una ciudad hacia el Río de la Plata, y al comienzo de 1553 hizo partir a Juan Romero, con más de cien soldados, que fundaron a San Juan Bautista, frente a Buenos Aires, en la confluencia del río San Juan. Pero como los indios charrúas atacaban continuamente a la ciudad y los campos que se cultivaban, los fundadores se retiraron a la Asunción.

En este tiempo los guaraníes de la provincia de Guayra pidieron la protección de los españoles contra los portugueses, que les hacían prisioneros y los vendían como esclavos. Irala quiso conocer el país por sí mismo, y partió con una compañía de soldados, llegando por tierra al río Paraná, un poco más arriba de la famosa cascada de que he hablado en el capítulo IV. Los guaraníes de los alrededores les proporcionaron canoas, que les sirvieron para remontar el río Tiete, por donde navegó hasta el segundo arrecife de Abañandabá, donde fué atacado por las gentes del país. Los venció, y después de haber desembarcado recorrió toda la provincia de Guayra y combatió con frecuencia con los indios que le hacían resistencia. Volvió al Paraná y mandó arrastrar por tierra algunas canoas hasta por bajo de la catarata de que hemos hablado; hizo embarcar una parte de sus tropas y, conduciendo el resto por la orilla del río, descendió

algunas leguas más abajo a fuerza de penas y fatigas, y aun perdió algunos hombres que se ahogaron en los remolinos del río. Este incidente intimidó a los guaraníes, que le abandonaron, y él se volvió por tierra a la Asunción.

En seguida Irala autorizó a García Rodríguez de Vergara, acompañado de sesenta españoles, para fundar la ciudad de Ontiveros, en la costa oriental del Paraná, una legua por cima de la cascada, en el país de los guaraníes llamados canendiyús. Esta fundación se hizo en 1554.

Mientras que pasaba esto en el Paraguay se tomaban otras medidas en España. Apenas Alvar Núñez hubo llegado prisionero, se dió el mando del Río de la Plata a Jaime Resquen, uno de los principales autores de su prisión y que lo había conducido a España. Se embarcó; pero tuvo que regresar al puerto, y esto dió tiempo a Juan de Sanabria de intrigar para obtener la misma plaza, ofreciendo grandes ventajas, y lo consiguió. En consecuencia, Sanabria comenzó sus preparativos, que la muerte le impidió acabar; su hijo los continuó, y después de haber reunido cierta cantidad de gente y municiones lo remitió todo a Juan de Salazar, de quien hemos hablado, y que regresaba al Paraguay en calidad de tesorero general. Se detuvo dos años en la Corte, al cabo de los cuales se embarcó para ir a ocupar su puesto, al que no llegó porque abordó en Cartagena.

En 1552 partió de Sanlúcar con tres buques, de los que perdió uno hacia el 26° de latitud, y fondeó en el puerto de los Patos, en el Brasil. Esto ocasionó grandes disputas en la tripulación acerca del partido que debía tomarse. Salazar, acompañado de los que quisieron seguirle, se fué a San Vicente, un poco antes del 24° de latitud. Permaneció durante mucho tiempo entre los portugueses, pero al fin llegó por tierra, con sus gentes, a la Asunción al comienzo de 1555, acompañado

de este Melgarejo de que hemos hablado. Llevaba consigo el primer toro y las siete primeras vacas que se vieron en el Paraguay.

Los españoles que no siguieron a Salazar tomaron por jefe a Hernando de Trexo, al comienzo de 1553, y fundaron la colonia de San Francisco, entre la Cananea y la isla de Santa Catalina. Allí se casó Trexo, y tuvo un hijo llamado Hernando de Trexo, que fué con el tiempo obispo de Tucumán, adonde llevó de la Asunción una negrita esclava, que regaló a los jesuítas y que murió, hace poco tiempo, de más de ciento ochenta años de edad. Los colonos establecidos en San Francisco no estaban contentos, y se marcharon por tierra a la Asunción, adonde llegaron al mismo tiempo que Salazar.

Poco tiempo después, la víspera del domingo de Ramos de 1555, hizo su entrada en la Asunción el primer obispo, Francisco Pedro de la Torre. Llevaba consigo a sus clérigos, y fué recibido con gran alegría. El obispo traía a Irala varios despachos, entre los que figuraba el nombramiento de gobernador con poderes extraordinarios. En consecuencia, tomó Irala posesión; nombró diferentes empleados civiles; dividió los indios en encomiendas, regidas por las ordenanzas que redactó, y de que hemos hablado en el capítulo XII, y envió a Nuflo de Chaves con tropas a la Guayra, para ver si había medio de establecer comunicaciones con algún puerto de la costa del Brasil y de defender los indios contra los portugueses.

Chaves partió en septiembre de 1555; recorrió toda la provincia de Guayra y dió salvoconductos a muchos pueblos de guaraníes para presentarlos a los portugueses en caso de agresión. Fué atacado con frecuencia y volvió victorioso a la Asunción.

Irala, sin perder un instante, envió a Ruy Díaz Melgarejo, con cien soldados de los que no tenían encomiendas, los cuales se debían reunir con los colonos

de Ontiveros para repartirse los indios que Chaves había subyugado, después de haberles hecho prestar promesa de sumisión y homenaje. También debían escoger, después de una deliberación general, el lugar mejor para fundar una ciudad. En consecuencia, al comienzo de 1557 fijaron el emplazamiento en la confluencia de los ríos Peguiry y Paraná, a tres leguas poco más o menos al norte de la ciudad de Ontiveros, que se abandonó por entonces.

Para facilitar el paso al Perú, Irala, en el mes de abril de 1557 hizo partir a Nuflo de Chaves con doscientos veinte soldados, pertrechos y embarcaciones, ordenándole fundar una ciudad en el territorio de los indios xarayes. Apenas salió esta expedición fué Irala al pueblo de Itá, donde cayó enfermo; fué conducido en seguida a la Asunción, donde murió a los siete días. Tenía setenta años de edad y fué llorado por todo el mundo. Era natural de Vergara, en Guipúzcoa.

Nombró para sucederle a Gonzalo de Mendoza, su yerno, que fué reconocido en seguida y que dió parte de su nombramiento a Melgarejo, que fundó a Ciudad Real, y a Chaves, que estaba ocupado en remontar el río. Éste reconoció la isla Cumplida, a la que dió el nombre de los Orejones; siguió remontando hasta la desembocadura del río Jaurú, que llamó Puerto de los Perabazanes; allí dejó sus buques y se puso a buscar por el interior un lugar más favorable a sus planes. Penetró por todo el país que se llama hoy provincia de Chiquitos y Matogroso, donde recogió noticias de minas de oro. Los indios paysuris, xaramasis y samaracosis lo recibieron amistosamente; pero los trabasicosis le dieron un violento combate.

Allí fué donde recibió la noticia de la muerte de Irala, y en seguida resolvió fundar una nueva provincia independiente del Paraguay; pero cuando dió a conocer su proyecto casi todos sus soldados lo desaprobaron y se volvieron a la Asunción, quedando sólo

unos sesenta con Chaves. Llegó con ellos al río Guapay, y penetrando luego en las llanuras de Guelgorigota encontró a Andrés Manso, que venía del Perú con una compañía para establecerse en aquellos cantones. Ambos disputaron a quién correspondía el derecho de conquista, y Chaves partió para Lima a fin de sostener allí sus derechos ante el virrey. Éste falló a favor de Chaves y declaró el país independiente, nombrando al mismo tiempo a su hijo D. García de Mendoza gobernador. Pero éste quedó al lado de su padre y envió a Chaves, con el título de teniente gobernador, a la nueva provincia, con algunas tropas y pertrechos. Regresó, pues, Chaves, y en 1560 fundó la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, al lado del actual pueblo de San José, en la provincia de Chiquitos, a los 18° 4′ de latitud y 62° 24′ de longitud. Pero en 1575 se trasladó la ciudad al lugar que hoy ocupa, a 17° 49′ 44″ de latitud y 61° 43′ 30″ de longitud. Algunos habitantes no acompañaron a los otros en este desplazamiento; unos fundaron el pueblo de San Francisco de Alfaro, y otros, habiendo construído un buque, navegaron por el Mamoré y luego por el Marañón, acabando por arribar a Cádiz. Durante este tiempo el gobernador del Río de la Plata, Gonzalo de Mendoza, castigó a los agacés, que se habían vuelto insolentes, y murió el 1 de julio de 1558. En seguida se nombró para sucederle al otro yerno de Irala, llamado Francisco Ortiz de Vergara. Este padeció mucho a causa de una revuelta general de los guaraníes, ya sometidos, que le libraron muchas batallas cerca del monte Acaay y no lejos de los riachuelos Yaguaris y Mbuyapey. Los indios de Guayra se sublevaron también contra él, pero todo se apaciguó.

Cuando se pensaba en escribir a España para dar cuenta del estado de los asuntos se vió llegar de Santa Cruz a Nuflo de Chaves, con su cuñado D. Diego de Mendoza y otros, que venían a buscar a sus fami-

lias para llevarlas con ellos. Esto dió ocasión al obispo para persuadir al gobernador de partir con Chaves e ir a Charcas para pedir a la Audiencia, allí establecida, la confirmación de su cargo. Como el gobernador seguía ciegamente las indicaciones del obispo, hizo en seguida los preparativos del viaje, y en 1564 el gobernador, el obispo, Felipe de Cáceres y más de trescientos españoles, de los que uno tenía el título de procurador de la provincia, partieron para Charcas. Desembarcaron a los 19° 18′, y después de haber atravesado la provincia de Chiquitos llegaron a Santa Cruz y después a Chuquisaca. Inmediatamente el gobernador, apoyado por el obispo, hizo la demanda que era objeto del viaje; pero como había otros que deseaban la plaza, ganaron al procurador mismo del Paraguay, y éste acusó al gobernador de haber abandonado su provincia, que dejaba sin defensa, únicamente para hacerse confirmar en el cargo, cosa que podía haber realizado sin dejar su puesto. La Audiencia no tomó acuerdo alguno, y Cáceres, que era del partido contrario al gobernador, se marchó con otros pretendientes a Lima, donde el virrey privó a Ortiz de Vergara del gobierno y nombró a Juan Ortiz de Zárate, a condición de que su nombramiento fuera confirmado por el rey, cláusula que se insertó en el contrato.

En seguida Zárate nombró a Cáceres teniente gobernador y lo envió al Paraguay, mientras que él partía para España a fin de hacer confirmar su nombramiento. Cáceres pasó a Chuquisaca, donde se reunió con el obispo y los otros españoles que habían acompañado al gobernador, y partió para la Asunción por el mismo camino que había traído; fué atacado muchas veces por los indios y llegó por fin al comienzo de 1569.

Cáceres, con arreglo a las órdenes que tenía, descendió en seguida el río de la Plata para buscar un lugar a propósito para fundar una ciudad. Al llegar de re-

greso a la Asunción se encontró con que el obispo, resentido de que él había figurado entre los contrarios al gobernador depuesto, se había formado un partido para quitarle el mando. Esto le determinó a prender a algunos, y el obispo excomulgó a todos sus partidarios. Se esperaba que Zárate llegara pronto, y Cáceres descendió el río de la Plata para encontrarlo cerca de la desembocadura; pero al fin, cansado de esperar, regresó a la Asunción. El obispo había ganado a mucha gente y se disponía a hacer perder la libertad o la vida a Cáceres. Este reforzó su guardia, castigó a algunos de sus enemigos y otros se retiraron. Nunca se había visto tanta confusión y desorden. Por último, en 1572, habiendo ido Cáceres a misa, el obispo lo hizo prender, en la misma iglesia, por sus partidarios y en su presencia, encerrándolo en una prisión de que el mismo obispo guardó la llave. Martín Suárez de Toledo, principal confidente del obispo, se apoderó del mando, y entre otras cosas ordenó a Juan de Garay reclutar gente para fundar una ciudad. En consecuencia, reunió el 14 de abril de 1573 ochenta españoles, que iban de conserva con el buque que llevaba a Cáceres, siempre con grillos y bajo la custodia de sus dos peores enemigos: el obispo y Ruy Díaz Melgarejo. Pero cuando llegaron al brazo del Paraná llamado de los Quiloazas, Garay entró en él con su gente y el buque siguió su ruta hasta San Vicente, en la costa del Brasil. Allí se depositó a Cáceres en la cárcel pública, pero los portugueses lo pusieron en libertad y lo ocultaron; mas el obispo los excomulgó a todos hasta que se lo devolvieron. El triunfo del obispo fué de corta duración, porque murió poco después, en este lugar mismo, y Cáceres fué a España, donde se aprobó por completo su conducta. En cuanto a Garay, fundó en julio de 1573 la ciudad de Santa Fe de la Vera Cruz, de que he hablado en el capítulo anterior.

En esto recibió una carta de Zárate, que además de

trescientos hombres que había perdido en su larga navegación acababa de tener ochenta muertos por los charrúas en la Colonia del Santo Sacramento. Pedía a Garay víveres y tropas, y para obligarlo lo confirmaba en el gobierno de Santa Fe. En seguida se apresuró Garay a hacer partir víveres, y se puso en marcha él mismo con treinta soldados y veinte caballos. Supo que Zárate había pasado a la isla de Martín García y que había mandado una parte de su tropa por el río Uruguay a fin de fundar allí una ciudad. Garay dió sobre este río una gran batalla a los charrúas, y después de vencerlos continuó su ruta hasta que encontró a los españoles fondeados en el río de San Salvador. Se fundó allí la ciudad de San Salvador y se dió a todo el país el nombre de Nueva Vizcaya. Garay fué nombrado teniente general de Zárate.

Éste fué inmediatamente a la Asunción, y como desaprobó formalmente todo lo que habían hecho los enemigos de Cáceres, ellos le prendieron, y murió al fin en 1575. Dejó por heredera a su hija única, doña Juana, que estaba en Chuquisaca; y como su nombramiento era por la vida de dos personas, nombró por su sucesor al que se casara con su hija y por su tutor a Garay. Entre tanto dió el mando a su sobrino Diego Ortiz de Zárate y Mendieta. Éste fué a Santa Fe para visitar la provincia; pero los españoles se sublevaron y lo prendieron. Se lo obligó a partir para España, y fué muerto por los indios del Brasil en Mbiazá, donde había desembarcado.

Garay se había trasladado a Chuquisaca para casar a D.ª Juana, y tenía arreglado el negocio con D. Juan de Torres de Vera y Aragón, auditor de aquel tribunal. Iba a verificarse la boda, cuando el virrey de Lima, que quería casar a esta heredera con otra persona, envió a Garay orden de suspender el casamiento e ir a verlo. Pero Garay, en vez de obedecer, aceleró las cosas y lo celebró, y habiendo sido nombrado tenien-

te por el nuevo gobernador, regresó a la Asunción y dejó en Chuquisaca a los reciéncasados.

Apenas hubo Garay tomado el mando, cuando, a fines de 1576, envió a Ruy Díaz Melgarejo con cuarenta españoles a fundar una población en Guayra. Fundó a Villarrica del Espíritu Santo, de que he hablado en el capítulo XVI. Los habitantes de esta ciudad y los de Ciudad Real repartieron entre sí, en forma de encomiendas, a los indios de esta provincia, y establecieron en regla los trece pueblos que había ya y que habían sido reducidos o sometidos por Chaves en 1555, como antes hemos visto.

En seguida enganchó ciento treinta españoles y recorrió las llanuras del río Yaguarí, que vierte en el Paraná por encima de la gran cascada. Recorrió igualmente las de Xerez, y el resultado fué la fundación del pueblo de Perico Guazú, formado con indios ñuarás, y del de Jesuy, compuesto de guaraníes. Fundó también, junto al río Jesuy, la colonia española de Talavera, que se despobló en 1650, por consecuencia de un ataque de los payaguás. Llegado a la Asunción en 1579, autorizó a Ruy Díaz Melgarejo, acompañado de sesenta soldados, a fundar la ciudad de Xerez, sobre el río de Mbotetey, que se reúne al Paraguay a los 19° 21′ 20″ de latitud, cosa que se realizó en 1580; pero los habitantes abandonaron muy pronto esta colonia. Es necesario no confundir esta ciudad de Xerez con otra del mismo nombre fundada en 1593, cerca del nacimiento de río Pardo, que viene de Camapuán. Los colonos de éstas pasaron pronto a las llanuras que llevan el nombre de la primera, y como su número estaba reducido a quince, acabaron por reunirse a los portugueses.

Por este mismo tiempo se trasladó Garay al antiguo emplazamiento de Buenos Aires, y la fundó de nuevo, sobre sus mismas ruinas, estableciendo allí sesenta españoles, el día de la Trinidad de 1580. Dividió en

1835

encomiendas a los indios guaraníes que había en Monte Grande, en el valle de Santiago (hoy San Isidro y Las Conchas) y en las islas inferiores del Paraná, y también fundó el pueblo de Baradero con mbeguas.

Después de tomar todas estas medidas pasó Garay a San Salvador; hizo salir los habitantes y siguió remontando el río con toda esta gente, para ir a la Asunción; pero habiendo desembarcado, para dormir, a los 32° 41′ de latitud, fué sorprendido por los indios nuimanes, que lo mataron, con cuarenta de los suyos. El resto regresó a la Asunción.

Esperando la llegada del gobernador, Garay fué reemplazado por Alonso de Vera y Aragón, a quien su fealdad hizo dar el nombre de Cara de Perro. Este, con ciento treinta españoles, penetró en el interior del Chaco hasta las orillas del río Bermejo o Ipitá, y fundó el 15 de abril de 1585 una ciudad con el nombre de Concepción de Buena Esperanza.

Mientras que el Río de la Plata estaba gobernado por los tenientes del gobernador principal, Juan de Torres de Vera y Aragón, el virrey del Perú lo retenía en aquel país y le hacía formar causa, sin que le fuera posible trasladarse a la Asunción hasta 1587. Al año siguiente envió ochenta españoles, mandados por Alonso de Vera, llamado por apodo El Tupy, para distinguirlo del llamado Cara de Perro. Este destacamento fundó la ciudad de Corrientes, de que ya he hecho mención en el capítulo XVII. Los colonos formaron encomiendas con los indios de aquel territorio, que se repartieron entre sí. Tal fué el origen de los pueblos de los Guacarás, Itati, Ohoma y Santa Lucía.

Inmediatamente después de esta expedición el gobernador renunció su plaza y se retiró a España. No habiendo hecho sus sucesores ni descubrimientos ni conquistas, no he de hablar de ellos.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO